

En el Luna Park, durante el acto de los obreros de la carne

2 de agosto de 1947

Compañeros:

Una inmensa felicidad embarga mi espíritu al haber escuchado esta tarde palabras tan sensatas, sabias y prudentes como las del secretario de la Federación de la Carne. Los gremios no valen por el número de adherentes; valen más por los dirigentes que saben elegirse. Ellos son los verdaderos conductores, los que elaboran el éxito o el fracaso de las futuras conquistas. Son los dirigentes lo que hay que cuidar, seleccionar y después proteger, como se deben cuidar y proteger a los que tanta importancia tienen para el desenvolvimiento de la función gremial.

He escuchado conmovido las palabras del secretario de la Federación porque él, en muy pocas palabras, ha dado el contenido social a un gremio tan noble y grande como el de la carne.

No podríamos agregar sino muy poco a lo que él, con tanta prudencia, ha enunciado esta tarde. Él ha dado la justa definición de lo que es un dirigente gremial. Hace cuatro años que vengo sosteniendo que es mayor honor para un hombre ser dirigente gremial que ninguna otra cosa. El dirigente gremial que vive para su gremio sabe despreciar todas las otras ambiciones que no sea la de luchar por sus compañeros, para cristalizar claramente lo que ya hemos dicho como un aforismo de nuestro movimiento: Que seamos todos artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie.

Señores: He dicho tantas veces que la política metida dentro de un gremio es una bomba de tiempo que uno no sabe cuándo va a explotar. No son las ambiciones políticas de un dirigente las que pueden hacer fuerte y dichoso a un gremio; son la honradez y la lucha del dirigente honrado lo que lo hace grande y poderoso.

Pero ha dicho más el secretario general de la Federación: Ha dicho que él quiere conformar un gremio organizado y unido; elevar la cultura de ese gremio; realizar una obra de sacrificio desde su puesto, y, señores, en la vida, la experiencia prueba que los gremios, los pueblos o las naciones sólo se hacen grandes con el trabajo y el sacrificio.

Por todo ello, felicito al gremio que conforma esta magnífica organización que es la Federación de la Carne; lo felicito, porque unido, organizado y con buenos dirigentes a su frente tiene el destino en sus manos.

Señores: Afortunadamente, ya pasaron los tiempos en que un presidente quería tener gremios desunidos y disociados. El Gobierno actual desea tener gremios orgánicos, unidos a todos los trabajadores adheridos a una sola causa, que es la causa de los humildes y debe defenderse por todos unidos.

Cómo no hemos de querer que los trabajadores se encuentren agrupados y unidos, si ésa es la garantía que nuestro Gobierno tiene para ir cumpliendo cada una de las conquistas de la nacionalidad? Entiendo que, para un gobierno oligárquico, esto no era posible ni favorable, porque gobernaban en beneficio de un diez por ciento de la población. En cambio, nosotros aspiramos a gobernar para el otro noventa por ciento.

Por eso, nuestro Gobierno quiere una clase trabajadora organizada y férreamente unida como garantía de un apoyo que le permitirá seguir adelante en las conquistas logradas, para que en lo sucesivo el país pueda sentir que la riqueza argentina se distribuye equitativamente entre los dieciséis millones de habitantes y no entre cien familias privilegiadas.

Señores: No es un secreto para nadie lo que estoy diciendo, porque hemos declarado, sin subterfugios y sin disimulo de ninguna naturaleza, que nuestro Gobierno es de basamento obrero, que queremos cumplir el programa de los trabajadores argentinos y que en ello hemos empeñar nuestra vida, si es preciso.

¿Qué nos han de decir de nuevo los políticos que desde hace cincuenta años vienen prometiendo lo que nunca cumplieron? Nosotros sabemos muy bien que ellos no pueden darnos nada. Los únicos que pueden darnos un mejor bienestar son los trabajadores, que elaboran la riqueza. Porque la felicidad, señores, no se conquista con palabras, sino con trabajo; la dignidad no se alcanza con discursos, sino obligando a que cada uno respete a los otros hombres en todo aquello en que los otros hombres deben ser respetados.

Estamos revisando la legislación que esos políticos habían dado a la clase trabajadora argentina. En cada ley que observamos vamos encon-

trando nuevas sorpresas. Bastaría recordar ciertas leyes que no se cumplieron nunca, simplemente porque el que las hizo fue tan ingenuo que no estableció en las mismas sanciones para cuando no se cumplieran.

El señor gobernador de la provincia de Buenos Aires termina de decir que él ha instaurado una forma de juicio oral que permitirá que todo proceso se ventile en una sesión, para evitar que ocurra nuevamente lo que estamos acostumbrados a presenciar en la justicia argentina: que a un obrero, para el que la ley fija una indemnización por despido, con el fin de que pueda vivir mientras esté sin trabajo, se le paga esa indemnización siete meses, ocho meses, diez meses, dos años o tres años después, cuando ya no la necesita porque ya está trabajando nuevamente. El resultado de una justicia de esa naturaleza será el suprimir la chicana en los juicios y hacer justicia inmediata, sin que le cueste al obrero el importe de esa indemnización el poder llevar adelante el pleito, y sin que se preste a que sea explotado, no solamente por el patrón, sino también por los avenegras que los defienden.

Señores: Asistimos a una nueva era anunciada hace ya tres años. Lo que nuestros adversarios políticos creyeron que no íbamos a poder sustentar, porque nos cansaríamos o cederíamos a las halagüeñas oportunidades que se nos pudieran presentar, hoy es una realidad. Nosotros somos hombres de una causa y no de una ambición; cumplimos el deber por el deber mismo y no por lo que podamos ganar cumpliéndolo.

Estas concentraciones, donde los trabajadores de diversas regiones, pero de un mismo gremio, toman contacto para cambiar impresiones, protegidos por el sentimiento de la comunidad, son tan saludables, tan fructíferas, que el Estado tiene la obligación de apoyarlas y defenderlas. Es en ese sentido que, al llegar a este local para compartir una vez más breves instantes con los compañeros que en distintas regiones de la Patria labran también la grandeza a que todo país aspira, quiero solamente decirles unas pocas palabras como presidente de la Nación, ya que hasta estos momentos les he hablado como un compañero.

En estos últimos tiempos, nuestros enconados adversarios, esos a quienes nosotros llamamos ya familiarmente "los de la contra", han desatado una campaña de diatribas y de calumnias. No pasa un día sin que en sus diarios no me insulten de la manera más soez. Pero con todos esos insultos y con todas esas infamias es sobre lo que estoy edificando mi honor, porque serían para mí deshonorosas sus alabanzas. Estamos defendiendo al pueblo argentino, pero al verdadero pueblo argentino, y no al que ellos di-

cen representar, que no es el pueblo argentino. Hay una diferencia muy clara entre ellos y nosotros: ellos son políticos, nosotros no somos políticos.

Pero hay otra diferencia aún más grande: ellos fueron los que vendieron nuestros ferrocarriles, nuestros teléfonos, nuestra fuerza, nuestros servicios públicos. Por ellos vemos cómo la corporación no puede cargar los pasajeros; por ellos pagamos por la luz lo que estamos pagando; por ellos la Nación debía 12.500 millones de pesos; por ellos sufrimos todos los males que hemos sufrido. En cambio, por nosotros, son hoy argentinos los ferrocarriles, los teléfonos, los seguros, los reaseguros; tenemos 1.200.000 toneladas de flota mercante argentina para hacer argentinos los transportes marítimos; por nosotros, la plata es argentina y el Banco Central no es extranjero.

Y podría seguir hablando dos horas; pero sólo quiero agregar que por ellos durante tantos años han sido explotados los trabajadores argentinos. Por nosotros, se han liberado. Es que ellos representaban a los grandes consorcios capitalistas de explotación, mientras nosotros representamos al verdadero pueblo argentino.

¿Y cómo se llama el que se opone sistemáticamente a la independencia económica de nuestro país? Señores, si hubiéramos de poner el verdadero calificativo que esos hombres merecen, tendría que ser yo más que soez en el insulto de los que son ellos en sus pasquines inmundos. Yo sé que ellos buscan que tome medidas violentas contra los que así proceden; pero no lo han de conseguir, porque quiero dejar que mueran envenenados por su propia infamia. No me he de preocupar en difamar, cuando tengo la obligación de defender al pueblo argentino, que es lo que interesa.

Señores: ¿Quién podría honradamente decir que un pobre hombre como yo, y modestos colaboradores como los que me rodean, hubiesen podido realizar lo que en un año hemos cumplido? ¿No hemos afirmado la independencia y la estamos consolidando? ¿Qué más quieren que hagamos en un año de gobierno?

Es que ellos no sólo quieren que hagamos más; lo que ellos quieren es que no hagamos nada, porque así podrían seguir realizando exacciones en los colectivos, robando las concesiones de la luz, robando nuestras cosechas o enriqueciéndose con todos los negociados que les conocemos.

Señores: Si entre nosotros se llegara a "colar" alguno que tenga la costumbre que ellos tenían, tengan la seguridad de que lo he de mandar a la cárcel. Nosotros no tenemos nada que ocultar. Cada uno de los que trabajan conmigo ha hecho su declaración de bienes ante el escribano de go-

bierno, y cuando terminemos nuestro mandato, todos hemos de poner a disposición del pueblo nuestros bienes para que vean que no nos hemos enriquecido en el Gobierno.

Pero lo que sí puedo asegurar es que nuestro programa social, nuestro programa económico y nuestro programa político será cumplido integralmente. Vamos a asegurar la independencia económica del país, a producir más, a enriquecer al país; lo vamos a hacer fuerte y de ahora en adelante ha de explotarse la tierra y la máquina, pero pobre del que quiera explotar al hombre.

Y en la política ha de ser el tiempo quien nos confirme o nos releve de la obligación de gobernar. Hemos de asegurar comicios limpios, en los que sea el pueblo quien decida, y si decide contra nosotros, reconoceremos que tiene razón.

Señores: Hemos de dar al pueblo argentino la soberanía que se merece. Él dirá quién ha de conducirlo y de gobernarlo, y nosotros, que terminamos con el fraude, no podemos ser tan miserables para volverlo a entronizar, para escarnecer a este pueblo que ha ganado con nuestras conquistas, que ha resurgido con la nueva justicia y que ha renacido con las aspiraciones de hacer una Patria grande y poderosa que sirva de ejemplo a todos los países civilizados de la tierra.

Si cumplimos tan elevados objetivos, si realizamos este programa que es el de la Patria misma, tendremos en el futuro la honra extraordinaria de poder decir que esta obra grandiosa la han realizado los trabajadores, la han ejecutado los obreros que agregaron a la historia un nuevo gajo de laurel, como los descamisados que durante la guerra de la independencia jalonaron nuestro territorio con sus osamentas ofrendadas a la Patria.

Compañeros: Trabajamos con esa consigna, somos hombres de una causa. Yo les hablo fuera de la situación normal de los hombres que pueden aspirar a algo. Yo he llegado al más alto sitio a que puede aspirar un ciudadano de nuestra República. ¿Qué ambiciones puedo tener para mí que no sean las más nobles, las de hacer progresar un poco más a la Nación? ¿Cuál puede ser nuestra aspiración que no sea la de realizar el bien por el bien mismo para todos los argentinos? Ninguna ambición bastarda puede caber en la mente de los hombres que han cumplido su vida, como la he cumplido yo, que si en este momento no viviera esta causa que me alienta, si no fuera ese objetivo que me impulsa, no me quedaría cinco minutos más en la Casa de Gobierno, donde trabajo todos los días desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche.

Yo no necesito riquezas, porque no soy de aquellos que aspiran a conseguirlas. Yo, como ustedes, soy un hombre modesto que vive con trescientos pesos mensuales, y no necesito más.

Señores: Sé bien de la fe que alienta a los corazones de todos los des-
camisados. Ella es mi fuerza, ella es la que me impulsa y ella es la que me
inspira en todos mis actos. Cuando alguna vez tuviera una intención dis-
tinta, sería suficiente recordar el 17 de octubre para volver a encauzarme por
la senda del trabajo y el sacrificio constructivo en bien de ese pueblo al
que le debo todo, al que todo le doy y al que todo le daré por el resto de
mis días.

Al condecorar al coronel Cavenagh

4 de agosto de 1947

Señor coronel Cavenagh:

El Gobierno, por mi intermedio, quiere hacerle llegar el sentimiento con que los soldados argentinos lo ven partir, después de haber compartido algunas fatigas, preocupaciones y quizá sinsabores.

Al verlo partir, señor coronel, deseo que lleve usted la persuasión absoluta de cuál es nuestro reconocimiento a su honrada conducta de soldado, a la que queremos premiar con nuestro recuerdo.

Pocas veces ha sido dado en el Ejército Argentino y en la Aviación observar hombres, que han debido desempeñarse en un difícil medio y en difíciles circunstancias, con la honradez, con la caballerosidad y la competencia con la que lo ha realizado el señor coronel.

Crea el señor coronel que deja entre sus camaradas argentinos el reconocimiento a esa conducta virtuosa y recta de un hombre que ha compartido con nosotros buenos y malos momentos, pero que siempre ha sabido sobreponerse a las circunstancias a que un soldado, capacitado para todas las funciones de tal, puede verse sometido en la vida.

El triunfo del señor coronel entre nosotros es un triunfo afectivo: es un triunfo del americanismo, tal como lo entendemos nosotros, sirviéndolo en la amistad y en el corazón de los hombres, que es la mejor manera de realizarlo.

Su Patria puede estar orgullosa de encontrar entre sus filas un soldado que tiene el talento y la virtud que usted ha puesto de manifiesto entre nosotros. Por eso, el Gobierno argentino ha querido conferirle la condecoración de la Orden del Libertador, instituida en homenaje a quien fue un hombre que supo cumplir con talento y virtud todas las misiones que la vida le deparó y que él realizó entre los pueblos americanos. Ese recuerdo, señor coronel, quiero que le haga rememorar en todas las horas el gran

cariño que todos sentimos por usted. Y deseo también que recuerde que los argentinos podremos, quizá, tener muchos defectos, pero cuando entregamos nuestra amistad, ella es leal, sincera, pura e imperecedera.

Ante la convocatoria docente en el Teatro Colón

5 de agosto de 1947

En la enseñanza, como en tantas otras actividades de la vida de la Nación, el problema argentino actual es más bien la lucha de generaciones. Y como acaeció siempre en la historia, en las luchas que la renovación y la evolución propugnan, no puede ser ésta enconada, sino que debe ser una discusión prudente y juiciosa, para que al fin todos nos decidamos a realizar esta transformación, lo más patriótica y racionalmente posible, en beneficio de la nacionalidad.

Este problema no es simple porque las generaciones que se deben ir, por haber cumplido el ciclo en el que les tocó actuar, a menudo no lo hacen sin defenderse. Nosotros no queremos que se vaya la generación que actuó, sino que le pedimos que se asimile a los tiempos y cumpla, si es preciso, un nuevo ciclo, porque la mentalidad nueva y con los deseos de servir siempre invariablemente esa evolución, impedirá que la Patria envejezca y la mantendrá libre, hermosa y promisirosa, como en todos los tiempos. ¿Cuál es la médula de esta síntesis con que nosotros interpretamos los nuevos tiempos? Aspiramos a empenachar de ideales a la juventud que deberá cumplir libremente su destino, sin otra tutela que las armas espirituales e intelectuales que debemos proporcionarle, para que pueda desempeñarse en la vida de la Nación, consciente y libremente, ejecutando los designios de su destino para bien de todos los argentinos. Ésta es nuestra aspiración y así lo anhelaron la generaciones de argentinos que desde el fondo de la historia nos miran, las que en el presente nos observan y las que nos esperan en el futuro. Por eso, hemos encarado una reforma que comprende a todas las actividades del país.

En lo social, vamos hacia una concepción jurídica equilibradora en la realidad, dejando las antiguas concepciones teóricas que en la práctica no se cumplían. Queremos cristalizar nuevos derechos que tienden a un equilibrio de los hombres que trabajan. Deseamos la explotación de la tierra y

de la máquina al máximo; pero vamos a destruir para siempre, en esta hermosa tierra argentina, la inequidad de la miseria en medio de la abundancia y la explotación del hombre por otro hombre.

En lo económico, buscamos realizar la independencia económica de la Nación. Este objetivo marca nuestra obligación presente y asociando el programa económico al social, para entregarlo a los dieciséis millones de argentinos en una humana y cristiana distribución de bienes, de acuerdo a las capacidades y a los sacrificios

En lo político, queremos trabajar para una Nación, y no para una parte del país o para un partido político. Entendemos la política como un medio. El fin es uno y exclusivo: la Nación misma. Por eso estamos empeñados en desalojar de la administración y del Gobierno toda actividad política, porque es ajena al medio y porque ni en el campo del Gobierno ni el de la administración cabe la política.

La función del maestro es trascendente en la hora en que vive el país. El profesor tiene una misión bien clara: formar hombres, por lo tanto debe no solamente a dictar clase; su función es ser modelo, es ser ejemplo y ser maestro, en todo lo que este término encierra y en la profunda concepción que representa. Ser formador de hombres frente a la tremenda responsabilidad de un futuro que espera de nosotros algo más de lo que hemos hecho hasta el presente.

Para ello, el profesor y el maestro deben dedicar su vida a la enseñanza. Pero para que esto sea posible, el Estado debe cuidar y ha de responsabilizarse del futuro de ese hombre que renuncia a la vida por un objetivo superior a la vida misma, la enseñanza entendida como un apostolado. Y el Estado no ha de tener la pretensión de que en cada maestro o profesor haya un héroe, porque la sociedad no puede estar formada por héroes que todo lo sacrifican, frente a otra parte de la sociedad que disfruta de todos los placeres y la dicha de una vida regalada, sin compensación con sus esfuerzos y sacrificios.

Es menester, señores, que en estos grandes problemas se conozca el fundamento humano, porque ya decía Alfonso el Sabio que gobernar es asunto de hombres, y el gobernante, antes que ninguna otra condición, ha de ser un profundo conocedor de hombres.

El Estado tiene la obligación de formar ciudadanos útiles, es decir, capaces de virtud. El niño, el adolescente y el hombre, necesitan de la educación y de la instrucción. Y el Estado está en la obligación de ofrecerles todo ello, ha de dedicarse al espíritu, a la inteligencia y al cuerpo,

para formar la integral trilogía de lo que un hombre debe ser; para ser sano y fuerte, para ser virtuoso y para capacitar su inteligencia para las buenas obras, que es para lo que ha sido creado, y para lo que la humanidad lo mantiene.

Para enseñar se necesita, en primer término, poseer un cuerpo docente a la altura de su misión, y la Argentina, antes como ahora, se encuentra orgullosa de su cuerpo docente. He recorrido el mundo y cómo han sido siempre problemas que me han interesado. Porque no he sido nada más que un estudiante durante cuarenta años de mi vida, he podido comprobar cuál es la altura y la jerarquía del cuerpo docente argentino en todas sus categorías. Y creo que no habrá argentino que, en comparación con otro, no se sienta orgulloso de nuestro cuerpo docente. Para señalar aún más la trascendencia de esto, bastaría pensar que si el presente de nuestro país puede estar en manos de un gobierno, en las vuestras está su futuro.

Es menester enseñar a concebir; pero para ejecutar, que es la función esencial de los tiempos, hay que formar hombres profundos y de acción, no diletantes o generalizadores; hombres de acción para la función nacional, y no simuladores intrascendentes; hombres de ciencia, virtuosos y capaces al servicio de la humanidad, y no especuladores de la ciencia; hombres morales que aprendan que, para poder ser libres, es menester que sepan ser esclavos del deber y de la ley; hombres que sepan que en el camino de la vida se vence por sacrificio y por honor, nunca por la malicia ni por la satisfacción de vicios y pasiones; hombres que aprendan a vencerse a sí mismos como preparación para vencer las dificultades externas; hombres, al fin, señores, a quienes ustedes les darán las más nobles armas: las de la inteligencia... Pero cuidado, no vayáis a dar armas a una mala persona.

En nuestro Plan de Gobierno hemos podido desenvolver numerosos estudios, y a cualquiera de los ángulos que hayamos dirigido nuestra mirada hemos podido comprobar que el más grave mal que aqueja al país es el de la falta de coordinación orgánica y funcional. La organización es una ciencia que hoy se estudia en todas partes y en todas las etapas de la instrucción de los pueblos. Nosotros seguimos despreciando sus enseñanzas; muy poca organización se estudia en nuestro medio. Parecería que ese pecado lo pagamos con nuestra desorganización. Nuestro país tiene necesidad de organizarse en todos sus aspectos, porque solamente la organización vence a la desgracia, al número, a las vicisitudes; prevé y prepara todas las soluciones. El olvido orgánico lleva normalmente a los pueblos a organizar una débil sociedad sin autodefensas y sin defensas externas.

Es imposible aceptar, en los tiempos modernos, que en este país los hombres de distintas actividades piensen de distinta manera por haber recibido una cultura distinta y falta de coordinación. Yo lo observo todos los días. Converso con un militar, a la media hora con un abogado, poco después con un médico, luego con un profesor, y me encuentro con que cada uno de estos hombres dedicados a distintas actividades piensa en forma totalmente distinta, discurre de manera diferente y asigna a la Nación objetivos absolutamente diversos, aferrados todos a una unilateralidad que es necesario superar cuando se trata de la Nación.

La segunda coordinación sería la referente a cada una de las partes parciales. Debe coordinarse la enseñanza primaria en forma perfecta dentro de su especialidad; debe coordinarse la enseñanza secundaria y debe hacerse lo propio con la universitaria. La cultura en cada uno de sus aspectos parciales debe ser coordinada.

La tercera coordinación es la que corresponde al organismo superior, es decir, en este caso, al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el que tendrá a su cargo la coordinación de cada uno de los ciclos. El Ministerio deberá coordinar la enseñanza primaria con la media, con la universitaria y con la técnica, para que así se asegure en todo lo que aprendan una orientación uniforme: en lo espiritual, por la doctrina; en lo material, por una organización parcial de la cooperación en los ciclos, y una coordinación asegurada, en lo general, por la coordinación y sintonización de los ciclos entre sí. Sin esa coordinación seguiremos enseñando en compartimentos estancos y formando argentinos con mentalidades y sentimientos diferentes, lo que indudablemente será muy peligroso para la propia Nación y para la propia nacionalidad.

El magisterio argentino no podrá tener estabilidad y no podrá ser justamente considerado hasta que no tenga su ley orgánica, que fije el escalafón y que establezca la obligación de los legajos personales con la constancia de sus méritos y de sus faltas. De este modo se podrá hacer justicia por un tribunal sometido sólo a la influencia de la verdad y de lo justo, y no a influencias espurias. Por ese único medio deberá fijarse cuál ha de ser el destino de cada uno de los componentes del magisterio, destino que estará en razón directa de su capacidad, de su preocupación y de su sacrificio, y no de sus vinculaciones o de sus influencias o de otras cosas que conocemos.

Señores: Solamente quiero entrar en pocos aspectos concretos del problema después de las generalidades a que me he referido.

En cuanto al profesorado y a su instrucción técnica, la inspección inteligente, activa y estimulante de su doble acción de controlador y de valorización de esfuerzos y tareas tiene además una función orientadora en la marcha de la enseñanza, de ahí su importancia. Por eso considero necesaria su reorganización, que no sólo es necesaria, sino urgente.

La inmediata determinación de zonas de inspección, con jefaturas responsables de residencia, fija la unidad orientadora, cooparticipación y responsabilidad del inspector en la tarea del docente; y en el mejoramiento del medio en que actúa, organización y racionalización de las tareas administrativas, que no deben incidir negativamente en la labor del inspector, jerarquía funcional de la inspección.

En cuanto a la organización, el actual sistema de horas atenta contra el didáctico progreso y es pésimo como medio docente.

La ordenación por cátedras de materias afines permitirá mayor amplitud de miras en el profesor; una mejor distribución horaria y notables ventajas de orden pedagógico, como la apreciación integral de las aptitudes de los alumnos y la adecuación de la enseñanza a su finalidad formativa. Suena necesario y altamente conveniente para el buen resultado de la enseñanza que el profesor conozca a sus alumnos.

Nos proponemos enseñar a vivir mejor. Sostener mediante una más comprensiva y justa política educativa, habilitar a los más, darles nuevos horizontes creando en cada espíritu nuevas inquietudes y dando a cada cual las mejores disposiciones para que encuentre una solución para su educación personal. Que cada uno tenga el lugar de su oportunidad por los caminos mejores con un alto y superior propósito que todo lo justifica y lo comprende: una vida mejor al servicio del día mejor de la Patria.

Por ese camino de ideas hemos llegado a las misiones monotécnicas de cultura rural y doméstica y de residencia transitoria, que no sólo prepararán expertos utilizando los elementos regionales, sino que, radicando y defendiendo las industrias y posibilidades, incorporarán a la Nación hombres y mujeres dotados de inteligencia práctica de amor a la tierra y de sentido actual de los problemas. Por ahí hemos de alcanzar las nuevas etapas de superación en todos los órdenes. Pero consideramos que solamente un magisterio o un profesorado libres de preocupaciones económicas puede alcanzar resultados definitivos. Así lo entendemos, y hablamos consecuentemente.

Será el nuestro, si es menester, el profesorado mejor pagado en todo el mundo. Eso creará una tremenda responsabilidad que vuestra conciencia y vuestro concepto profesional no ha olvidado, afortunadamente.

En San Vicente, al inaugurarse la sucursal del Banco de la Provincia

9 de agosto de 1947

Sólo soy un vecino de San Vicente, y no tendría por qué hablar en este acto. Obligado a hacerlo, quiero agradecer y felicitar al Gobierno de la provincia, y muy especialmente al señor presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, por la rapidez con que se ha procedido a inaugurar esta sucursal. A ese ritmo ha de cumplirse toda nuestra acción de gobierno, realizando lo mejor en el menor tiempo posible.

Con este agradecimiento y con esta felicitación quedo en la situación que quiero tener aquí, la de un simple vecino de San Vicente que comparte con ustedes la dicha y la tranquilidad de estos lugares, adonde todavía no han llegado los elementos que perturban la tranquilidad. Todos nosotros, unidos por ese sentimiento lugareño, sin excepciones y sin tener en cuenta ninguna otra circunstancia, debemos hacer cuanto esté de nuestra parte, con toda voluntad y energía, para que San Vicente gane el tiempo que ha perdido en su desarrollo en su ya larga historia de más de un siglo. Yo sabré cumplir con mi deber como vecino, y cualquiera sea el esfuerzo personal que deba realizar, pueden tener la completa seguridad de que lo realizaré.

Si cada uno de los argentinos dedicase una parte de su vida, en el punto del país en el que se encuentra, a ese esfuerzo común, la Argentina se engrandecería muy pronto. Cualquiera sea la forma como se valora la vida, cada uno puede cumplir esta consigna de trabajar por el bienestar colectivo, haciendo de esta manera bien a la Patria, finalidad que ningún habitante de esta tierra puede jamás olvidar. Para los hombres que así trabajan no existe ideología ni partido: sólo hay la Argentina.

Por eso, cuando tuve la suerte de intervenir para tratar de que este pueblo comenzase a avanzar, sólo he pensado en cómo podíamos hacer

todos, sin excepción, para trabajar por el progreso de San Vicente, unidos como una sola familia; porque si esa unidad no existe, mientras la mitad trabajamos por levantarnos, la otra mitad lo hace para aplastarnos. Cuando en cada pueblo logremos eso, la unidad dentro de la Patria se conseguirá. Seamos oficialistas u opositores —como se ha dado en llamar a los que se enfrentan a esta lucha actual, librada entre argentinos, que no conduce sino a la destrucción por el odio y por el encono—, trabajemos por la grandeza de la Patria, que sólo se conseguirá cuando esa lucha haya desaparecido.

Yo señalaría a la consideración de todos los hombres del país un cuadro regalado por la Cámara de Diputados de Chile a la nuestra y que representa el genio del mal. Se ve allí a un sembrador que va sembrando sobre la tierra que ya ha roturado, mientras detrás suyo el genio del mal va destapando la semilla arrojada. Yo asocio siempre este cuadro a la obra que debemos realizar los argentinos: Sembremos todos, pero que no vaya el genio del mal destapando lo que otros siembran. Sólo así la Patria será grande; solamente así se conseguirá la unidad necesaria para trabajar eficientemente por la Patria. Y entonces dejaremos de ver la infelicidad de la calumnia y de la infamia, y marcharemos del brazo con la buena fe y la buena voluntad para trabajar por el país.

Señores: Yo hago solamente un voto, un voto lugareño, que es de los votos más puros: Que todos trabajemos, que ninguno tenga dificultades, pensando que todos tenemos una misión que cumplir frente al país, dedicando un poco de nuestra vida para mejorar y engrandecer este lugar, seguros de que los hombres, cuando realizan una obra de bien, dondequiera que lo hagan, merecen el apoyo de Dios y el reconocimiento de la Patria.

En la Universidad Nacional de La Plata

la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires
16 de agosto 1947

Señor interventor; señores ministros y legisladores; señores:

Es para mí un insigne honor el haber podido compartir con los señores profesores de la Universidad de La Plata esta mesa que me habla de una cordialidad que yo ambiciono para todos los argentinos. Es un honor que exalto como una de las realidades que toda vida de gobernante puede tener cuando se pone en contacto con lo que representa el verdadero cerebro de la Patria, es decir, con los hombres a quienes la Providencia ha señalado con el dedo para formar a otros hombres; con los hombres a cuya responsabilidad el Estado entrega lo más sano y lo más puro que la Patria tiene, que es su juventud, para que ellos la guíen y le enseñen los caminos buenos de la vida, transmitiéndole su experiencia, en tanto ella les ofrece la sinceridad, la lealtad y el entusiasmo de los años mozos.

Una de las más puras aspiraciones de mi espíritu es, casualmente, llegar a dar la mano amistosa, de compatriota y de amigo, a todos los hombres que cumplen dentro de la Patria una misión tan sagrada como la de formar a los hombres que han de conformar el destino mismo de la Patria. A esos hombres a quienes respeto en el presente y venero en el pasado por lo que supieron transmitirme en todas las inquietudes de mi vida; a esos hombres a quienes la Nación, al par que les confía lo más sano y más hermosos que ella posee, los carga de la responsabilidad más tremenda, porque les confía el destino mismo de la Nación, quiero decirles, en pocas palabras, cuál es mi respeto, cuál es mi admiración y cuál es también mi ambición, como gobernante, de tenerlos cerca de nuestra acción y aún más cerca de nuestro corazón.

No sé, señores, si habré tenido la habilidad a la altura de mi buena intención para buscar el acercamiento que anhelo con todos los hombres que trabajan en nuestra tierra; no sé si prácticamente he podido conformar la idea, que aliento desde que ejerzo el gobierno de la Nación, de acercar

a todos los argentinos para que pensemos de una manera similar; pero lo que sí puedo asegurarles, y sobre lo que cada uno de ustedes debe tener la persuasión más absoluta, es que ejerzo una inmensa buena voluntad para que todos los hombres, piensen como piensen en las más diversas cuestiones, tengan un solo pensamiento fundamental, que es el nuestro: Servir, con toda nuestra fuerza, con toda nuestra sinceridad y con toda nuestra lealtad y sacrificio, al fin único que debe alimentar el alma de todos los argentinos, es decir, servir a la Patria en todo lugar y en todo momento.

No sé, señores, si lo he conseguido o si habré de conseguirlo; pero pueden estar seguros de que mi único anhelo es el de pacificar los espíritus de los hombres para llegar a establecer una sola falange que lucha por una sola causa. Por eso he tolerado lo que no había tolerado en mi vida; he sufrido el agravio, el insulto, la calumnia y no he reaccionado en manera alguna como no fuera para perdonar y para aguantar hasta la calumnia y la infamia.

Pertenezco, señores, a la clase de hombres que colocados en la situación en que me encuentro, no piensan para sí ni sienten para sí, sino que piensan y sienten únicamente para la Nación. Por eso los agravios no me alcanzan; por eso la calumnia no me hiere; por eso, encandilado como estoy en seguir adelante, con una acción que creo pura, leal y sincera para el Estado, lucho en el orden económico para asegurar nuestra independencia económica. Y en ello, señores, hemos conseguido mucho: de país deudor, hemos pasado a ser país acreedor; de país protegido hemos pasado a ser país protector.

El porvenir de nuestra Patria en el orden económico no ha estado jamás asegurado como lo está hoy. Esta tierra, que debía 12.500 millones de pesos al extranjero, no debe hoy un solo centavo. Hemos incorporado al haber patrimonial del Estado, por compra directa de nuestros servicios, otros 12.500 millones de pesos. Nuestra moneda, que estaba en la época que se consideró brillante, con un respaldo del veinte por ciento, tiene hoy un respaldo de más del cien por ciento. Solamente un hombre de mala fe puede pensar que el porvenir de esta Patria ha podido ser mejor asegurado.

Y en el orden social, ¿no éramos el último país de la tierra y no hemos pasado a ser el primero del mundo?

En el orden de nuestra política internacional, marchábamos siempre a la zaga de una comparsa, a la que nunca alcanzábamos a pesar de todos nuestros esfuerzos. Jamás nuestro país ha alcanzado una situación tal de

brillantez como la actual, ni merecido tanto respeto de los grandes países de la tierra.

Señores: En estos momentos es menester colocarse la mano sobre el corazón para pensar como argentinos y obrar como tales.

Antes, cuando íbamos a Europa y preguntábamos a cualquiera sobre la situación geográfica de la Argentina, nos ubicaban en la India o en el África; hoy no hay país de la tierra que no sepa qué es y dónde está la República Argentina.

Cuando marchábamos en pos de esa comparsa no se nos distinguía ni por nuestros colores ni por nuestros penachos; hoy asistimos a conferencias donde se nos señala como uno de los tres grandes, según lo que se acostumbra a decir en el orden internacional.

Señores: No quiero mencionar estas cosas para hacer una propaganda que no necesitamos. Somos modestos hombres de trabajo y hacemos de nuestra parte cuanto podemos para estar a la altura de las circunstancias; pero todo ello no tendría para mis afanes de argentino ningún valor si abandonáramos la ciencia frente a todas las demás conquistas obtenidas por el país. Ha sido mi pensamiento profundo dar a las universidades argentinas lo que nunca ellas tuvieron: medios para trabajar y medios para hacer hombres de ciencia. Y en ese sentido puedo garantizarles a ustedes que no habrá esfuerzo ni sacrificio que no se realice para llevar a la ciencia por el camino del progreso. Sabemos bien que un porvenir sin ciencia es un porvenir oscuro, y queremos para nuestra Patria, no la oscuridad de un materialismo mortal, sino la luz de la ciencia que hace grande a los pueblos y a los hombres. No somos una pléyade de ignorantes que reniegue de los altos valores del intelecto y del espíritu. Sostenemos que sobre ese cuerpo férreo que estamos creando en la Nación, ha de florecer la ciencia y el espíritu para colocarlo a la altura de lo que anhelamos todos los argentinos, que queremos un pueblo con Dios, con Patria y con hogar.

Con ello, señores, podemos seguir luchando por un porvenir mejor, que se alcanza solamente por el pensamiento, apuntalado en la justicia, la verdad y la realidad.

Y si hubiera de darle un consejo a esta Universidad, le diría: Mirad vuestro escudo donde está inscrita una frase que es la verdad de todos los tiempos: "*Pro scientia et Patria*".

Y así como considero que no podría ser fructífera, como la deseamos, la Patria sin la ciencia, considero también que no sería tampoco, como la deseamos, la ciencia sin la Patria. Por ello es que estoy empeñado

en dar a la Universidad argentina una ciencia argentina que sea orgullo de esta tierra y que sirva a la humanidad, a fin de que todos los que se sirvan de ella puedan decir algún día que ésa es la ciencia argentina. Por esa ciencia hay que sacrificarse, por esa ciencia hay que poner en juego toda nuestra capacidad, porque en ella estará todo el numen de la Patria pasada y de la Patria presente, estará el destino de esta Patria que todos soñamos grande, fuerte y poderosa para todos los tiempos.

Antes de terminar quiero presentar, en nombre del Gobierno, nuestro agradecimiento por la extraordinaria y prudente colaboración que el señor interventor le ha prestado desde esta Universidad. Algún día la Universidad sabrá cuánto debe La Plata al gobernador Mercante, al doctor Adorni y a los muchachos de la Unión Sindical Universitaria.

Señores: Agradezco profundamente esta demostración, que es la más grata que se puede brindar al espíritu de un hombre patriota. Es ésta la primera de las universidades argentinas a la que asisto, llevado por mi anhelo —que es el anhelo del Gobierno— de estrechar vínculos con la Universidad. Sabemos cuán profundos y cuán valiosos son los elementos con que ella cuenta, y en este ordenar de valores que durante la marcha es menester realizar, trataré de buscar su colaboración para que todos tengan la oportunidad de influir en las grandes decisiones de esta tierra, que, por pertenecemos a todos, no pertenece a ninguno en particular. Así, junto con nosotros, podrán ustedes un día estudiar y resolver los grandes problemas de la nacionalidad. De este modo, al mismo tiempo que mi corazón de compatriota, ofreceré a la Universidad argentina la posibilidad de que cada uno sea artífice del destino de todos los demás.

Finalmente deseo hacer un brindis: Que el destino de esta Universidad sea cada día más grande y más luminoso, porque de ese destino de los hombres dirigentes del país ha de surgir el destino de la Patria que todos soñamos.

En esta ocasión, al hacer un brindis con ustedes, señores, tiene la impresión de estar más del lado de ustedes. No me hace un instante de mala gana pensar que el porvenir de esta Patria depende de mí, sino que depende de ustedes, señores, que son los dueños de la tierra y que se han parado a ser el primero del mundo.

En el orden de nuestra política nacional, marchamos siempre a la vanguardia de nuestro país, a la que ponemos alanzamientos a pesar de todos nuestros esfuerzos, y una nación que ha alcanzado esta situación, tal o

En el regreso de Eva Perón

23 de agosto de 1947

Compañeros:

Nos trae Eva de Europa una visión clara de aquellos pueblos que se han debatido en una lucha interna y en una lucha internacional que todavía no ha terminado. De esa lucha no ha quedado en los pueblos sino dolor, hambre y miseria. La humanidad quiere reeditar hoy esa lucha interna e internacional, que sumirá al mundo en un dolor, en una miseria y en un hambre más grande todavía que los que está sufriendo. Es que los pueblos no aprenden la lección de los tiempos. Es que los hombres no aprenden la lección de las luchas. Es que, señores, las fuerzas del egoísmo y las fuerzas nefastas de la anarquía social que se pretende imponer al mundo no aprenderán nunca que por este camino van errados, que van hacia la ruina, la miseria y la desesperación.

Nosotros hemos inspirado una doctrina de paz, de trabajo y de colaboración, y a ella ha de amoldarse nuestro pueblo.

Señores: Pedimos paz para todo el mundo, pedimos tranquilidad y colaboración. Las fuerzas del mal, luchando con la injuria y la calumnia, están terminando con nuestra tranquilidad y paciencia. Hace un año y medio que toleramos lo intolerable, que vivimos pidiendo tranquilidad, que no usen la infamia como lucha ni la calumnia como arma. Es menester que nos escuchen; queremos paz, queremos tranquilidad, porque si algún día nos convencen que para obtener esa tranquilidad es necesario luchar, lucharemos.

Para llevar adelante la obra de gobierno es menester paz y tranquilidad. Nadie puede decir que el Gobierno no ha pedido en múltiples ocasiones que los hombres se tranquilicen y que trabajen por el bien y no por el mal del país, que colaboren en la consecución de la paz, que trabajen en paz todos los argentinos y que nos unamos todos los argentinos. De manera que si mañana —Dios no lo quiera— llega el momento de imponer esa

paz por la fuerza, estoy decidido a hacerlo. Y en ese caso, ellos cargarán con una responsabilidad tremenda. Durante un año y medio hemos pedido paz y ellos no la han querido. Dios no quiera que esa paz tenga yo que imponerla por la fuerza.

Es la lección de los pueblos que han luchado. Que su miseria y su desgracia presente sirvan de maestra al pueblo argentino; que no espere a sentirla en carne propia, porque la experiencia en carne propia es maestra de los tontos.

Es menester que aprendamos por los ejemplos que a la distancia nos está brindando el Viejo Mundo; es menester que entremos en juicio, que dejemos la lucha inútil de la política para dedicarnos a la lucha de engrandecer esta tierra. Al fin y al cabo, no se pide a nadie nada extraordinario: que trabaje para producir, por lo menos, lo que cada uno consume.

Pedimos, por sobre todas las cosas, juicio. Pedimos honradez y respeto por los demás. Que la oposición nos respete como los respetamos a ellos, por buen entendimiento, porque si no, nos han de respetar por otros medios.

Compañeros: Para terminar, les agradezco que hayan venido hasta aquí en éste día de descanso para ustedes. Yo sé que con esto la hacen inmensamente feliz a Eva, que día y noche, aquí, en Europa y en todas partes, no sueña más que con una cosa: con la felicidad y la tranquilidad de sus queridos descamisados. Yo sé bien cuánta es la colaboración que ella presta a nuestra causa, y cuánto se lo agradecen los descamisados; porque nuestro objetivo, el objetivo final y definitivo de nuestro Gobierno, es uno solo: hacer que el pueblo argentino sea más feliz que lo que ha sido, y tenga lo que en justicia le corresponde por su sacrificio y su trabajo.

Yo sé que al exterior, en el mundo, se hacen un gran número de cosas increíbles, pero yo sé muy bien que el trabajo por el que yo sé que los mexicanos van a pagar 2,500 millones de pesos. Nuestra moneda que está en 11 pesos por el dólar, se va a convertir en un dólar por ciento. Deseo hoy que los países más del mundo me den su amor y su apoyo de una manera que me permita pensar que es por venir a esta Patria a pelear por unirse a nosotros. Yo sé que el mundo es el día que más de la tierra y no solamente para él sino el primero del mundo.

En el orden de nuestra política, la emancipación de América se va a pagar de una manera que no se puede alzar a los brazos a pagar de todos nuestros esfuerzos, y más que eso, para la vida en el mundo, se va a pagar de

A la delegación obrera que asistió a la Conferencia Internacional del Trabajo

28 de agosto de 1947

Hemos escuchado la autorizada palabra de uno de nuestros delegados a la Conferencia Internacional de Trabajo de Ginebra. Pocas veces, señores, nos es dado disfrutar de una franqueza y de una honradez como las que acabamos de apreciar en este viejo dirigente que hace honor a los gremios argentinos. Yo he dicho muchas veces que el valor de los gremios ha de tener su espejo reflector en sus dirigentes. Cuando se lleva una bandera limpia, como la que hemos llevado a la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra, y cuando a esa limpieza de nuestra bandera se le agregan la lealtad, la sinceridad y la honradez de los hombres que constituyeron la comisión, es cuando solamente se tiene el derecho de decir cosas que estos hombres han dicho quizá con el beneplácito oculto de muchos de los que negaron a la Argentina en la misma Conferencia.

Los pueblos del mundo están hoy, como lo han estado siempre, bajo la égida de dos tendencias que consideran a la opulencia de los pueblos con distintos criterios. Hay quienes están en la égida de la riqueza sin otra consideración que la riqueza misma, y otros que se encuentran bajo la protección de la égida de la felicidad de los pueblos, que nada tiene que ver con su riqueza.

Los primeros basan la riqueza en una acumulación de dinero y de posesiones; los segundos basan su riqueza en el bien moral y material de que disfrutan los hombres que componen el pueblo. Los primeros recurren a la explotación de las masas para acumular más riquezas; los segundos, a la institución justa y equitativa de esa riqueza para que pueda ser disfrutada por todos.

¿De qué podría valerle a nuestro pueblo acumular toneladas y toneladas de oro si con ello no ha de poder siquiera disfrutar de lo indispensable para vivir?

Los imperialismos de derecha o de izquierda están en el primer grupo; porque si el trabajador ha de ser explotado y exprimido, poco importa que lo haga el Estado o los capitalistas. Lo que nosotros sostenemos es que el pueblo, para ser feliz, no debe tener en caso alguno ningún explotador. Pensamos que da nada vale la riqueza de una Nación si aquella ha de hacerse a base de la explotación y de la desgracia de los que componen ese pueblo. Nosotros creemos que la riqueza ha de elaborarse sobre la independencia, sobre la libertad y sobre la felicidad del hombre.

Hace poco tiempo un alto funcionario de un país amigo me decía que solamente podía salvar la situación de su país un empréstito de muchos millones de cierta moneda. Y yo le dije: "Señor, yo pienso de distinta manera. Creo que en lugar de solicitar esos empréstitos es mejor que ponga a su pueblo a trabajar para que produzca esos miles de millones". Porque los empréstitos subyugan la mínima independencia económica, que es el factor básico y fundamental de su felicidad. Nadie, atado a la presión de un dominio económico, podrá hacer feliz a su pueblo. Desde la más remota antigüedad rige un principio fundamental en todos los actos de la vida: no es la dádiva o el empréstito, para ser generoso, el que hace la felicidad del hombre y de los pueblos; esa felicidad se obtiene por un solo camino: el trabajo y el sacrificio. Es muy fácil gobernar a una generación con numerosos empréstitos; pero así como es fácil, resulta también peligroso, porque estamos hipotecando la felicidad y la independencia de la futura generación que gemirá bajo la presión del dominio económico extraño. ¿Y cómo habría de ser justo que cambiáramos nuestra felicidad por la desgracia de nuestros hijos?

Todo este problema que se ha ventilado en esta conferencia radica solamente en que los pueblos se pongan a trabajar para conquistar una independencia económica, si quieren obtener la felicidad presente y anhelan dejar a sus hijos y a sus nietos la felicidad que ellos han conquistado, para que su descendencia la disfrute: éste es el problema.

Es indudable que dentro del país, y fuera del mismo, fuerzas de extraordinario poder han de luchar incesantemente para que ello no se produzca; han de luchar, señores, los que vivieron de esa entrega y los que explotaron desde afuera esa entrega. Pero, ¿seremos tan desgraciados como para que, con nuestro esfuerzo, nuestro sacrificio y nuestra lucha, si

es preciso, no seamos capaces, ahora que nos encontramos a su alcance, de asirnos a la mano de la fortuna?

Por eso, señores, siempre hablo de la necesidad de que seamos artífices de esa independencia. Nos ha tocado vivir una hora de lucha para conseguirla. A mí me hubiera sido más sencillo renunciar a la lucha, porque ella siempre trae dolores y sinsabores. Pero es precisamente el sacrificio y el enfrentar esos dolores y esos sinsabores lo que puede conducir a los triunfos que todos anhelamos. Es indispensable que cada uno de los trabajadores argentinos se persuada de que sin su esfuerzo ese éxito se alejará siempre un poco más, y de ahí la obligación que tiene cada uno de los trabajadores de sumar a su esfuerzo el común para lograr ese éxito. Hemos visto el panorama del mundo y lo hemos comparado con el de nuestra tierra, aun cuando algunos digan que estamos ejerciendo una tiranía y que yo soy el tirano, un tirano, señores, que siente la satisfacción de leer todos los días cómo lo insultan esos diarios con toda injusticia. Todos esos calificativos no tienen para mí ninguna importancia; así como a la delegación argentina la llamaron totalitaria y comunista, a mí, antes de llegar a la Secretaría, me decían nazi y fascista; y una vez que estuve en ella, me llamaron comunista. Yo les he de demostrar desde el Gobierno que no soy ni lo uno ni lo otro, que soy solamente argentino.

El secreto de nuestro éxito, el secreto para alcanzar el destino que todos soñamos, está, como lo he dicho tantas veces, en la unidad de la clase trabajadora. Solamente confío en esa fuerza, porque es la que amasa lo que comemos y la que forja la grandeza, la riqueza y la felicidad de nuestra Patria. Por eso quiero que la clase obrera se una, pese a todos los perularios que pretenden introducirse en ella para disociarla y para utilizarla en la política o en otras cosas peores. Esta unidad solamente podrá realizarse cuando todos nuestros trabajadores tengan fe y se unan de corazón a la Confederación General del Trabajo. La unidad obrera sólo puede alcanzarse en una gran central, bien organizada, disciplinada, incansable en el trabajo, defensora de la clase trabajadora y que piense todos los días que la felicidad del último obrero está ligada a la felicidad de toda la Nación, porque el derrumbe de nuestra Patria, en cualquier orden, representará el derrumbe de los argentinos, ya que a él no escapará ni el más lejano ni el más pobre de nuestros trabajadores.

Por ello creo que la unidad de que tanto hemos hablado en estos tres años ha de realizarse alrededor de la central obrera que irá desarrollándose paulatinamente. Es menester que todos pongamos un poco de buena voluntad y toleremos cualquier imperfección, porque bien sabemos que has-

ta ahora las centrales obreras no han gozado del apoyo necesario que deben prestarle todos los dirigentes para convertirla en una central obrera con prestigio y con capacidad.

Para terminar, señores, quiero recordarles que cuanto se ha dicho esta noche es interesante que llegue a la masa trabajadora. La Confederación General del Trabajo, según me ha dicho su secretario general, va a hacer imprimir las palabras del compañero Soto y la conferencia que hemos escuchado, a fin de que se repartan profusamente entre todos los gremios para que, ya que desgraciadamente no podemos traer a todos a este local, cada compañero pueda enterarse de lo que se ha dicho aquí y para que ustedes, los dirigentes, los verdaderos dirigentes de la clase trabajadora, puedan cumplir con esa función tan elemental de interiorizar a los gremios de cuáles son los grandes problemas que se ventilan en el mundo, cuáles los que se ventilan en nuestro país, cuáles las posibilidades que se presentan al mundo y cuáles las aspiraciones que nosotros estamos decididos a cumplir, cueste lo que cueste y le pese a quien le pese.

Perdónese a señores a la clase trabajadora que colocados en la situación que yo creo que no piensan que es la correcta, pero a sí mismo que yo sé que es la correcta, para decirle: No hay por eso los gremios no me alcanzan por eso la calidad de los dirigentes que yo creo que como dirigentes son muy buenos, pero que el problema del y la acción para el Estado está en el extranjero, donde están los grandes independientes económicos. Y en el extranjero, hombre, ¿cómo es el comercio de los productos básicos? ¿cómo es el comercio de los productos básicos? ¿cómo es el comercio de los productos básicos? ¿cómo es el comercio de los productos básicos?

El porvenir de nuestra Patria en el mundo, señores, no ha estado jamás tan negro como lo está hoy. Estamos en el día 12.500 millones de pesos al extranjero, no los he ganados sino que los he perdido, y eso es una gran pérdida para el Estado. Por eso yo digo que a los que nos ven a los ojos, 250 millones de pesos. Nuestra moneda, que estaba en 100 pesos por el dólar, ahora vale 25 pesos por el dólar, y eso es un hecho que hay que tenerlo en cuenta. Si nosotros no cambiamos de rumbo de mala fe, puede ser que el porvenir de esta Patria sea muy negro, señores.

Y en el orden social, señores, es el día que nos da la tierra y los campos para la semilla primero del mundo.

En el orden de las relaciones de equidad, señores, nos vemos en la zepeda una campesinidad que nunca alcanzamos a pesar de todos nuestros esfuerzos. Jamás más ni país ha alcanzado a los campesinos de

Al condecorar al coronel Martos del Ejército Español

28 de agosto de 1947

Señor coronel:

El Gobierno de la Nación, por mi intermedio, quiere entregaros esta condecoración argentina que simboliza a un gran soldado, cuya formación, como todo lo nuestro, pertenece a vuestra Patria.

El general San Martín fue un soldado modelo al servicio de esta Nación, nuestra Patria, hija de la vuestra. El sentido sanmartiniano de la vida argentina tiene su origen, como todo lo nuestro, en la gloriosa e inmortal España de todos los tiempos, y simboliza por eso la hidalguía, la honradez y la hombría de bien.

Cuando nosotros, como vosotros, reconocemos méritos, lo hacemos teniendo en vista el alma de las personas, que es para nosotros lo que más vale, y si esa expresión está referida a un soldado, hay una doble espiritualidad con que los conductores festejamos esa hidalguía, esa honradez y esa hombría de bien.

Al colocaros esta condecoración en vuestro cuello significa también cuánto es el profundo reconocimiento y el eterno honor que guardamos los soldados argentinos por los soldados españoles, como en vuestra Patria guardan por los nuestros.

Señor coronel: Vuestro desempeño en la Argentina os ha caracterizado como al soldado español que, a través de tan larga y gloriosa historia como es la de España, ha dejado a salvo, por sobre todas las cosas, su hidalguía, su honor y la grandeza de su valor extraordinario.

En esta condecoración os recuerdo durante el largo tiempo que tuvisteis el honor de formar a nuestro lado y de festejar nuestras efemérides, en las que siempre hay una bandera argentina al lado de la española. Os recuerdo

En el acto de entrega de la Orden del Libertador al jefe de la misión militar española

3 de septiembre de 1947

Mi general:

El Gobierno argentino, queriendo significar cuanto es nuestro aprecio y el honor que representa el haberos contado entre nosotros durante algún tiempo, os confiere, por mi intermedio, esta Orden del Libertador San Martín.

El valor, la honradez y la hidalguía que ostentan los hombres de vuestra Patria latén también en nuestros pechos hermanos, que alientan los mismos sentimientos. Al regresar a vuestra tierra, vuestros camaradas argentinos os pedimos de todo corazón que seáis portador de esos sentimientos que nos animan, y que llevéis un abrazo cordial a vuestros compañeros del ejército español.

Al mismo tiempo, os expresamos nuestro afecto y nuestro reconocimiento hacia España, cuyo estandarte flamea en nuestro espíritu con los mismos ideales y los mismos entusiasmos.

Ante los delegados a la Conferencia Panamericana de Salud

25 de septiembre de 1947

En primer término, sean ustedes bienvenidos nuestro país, donde encontrarán, con esta acogida cordial de la Nación, todas las facilidades que necesiten para el desempeño de las funciones que les están encomendadas, como así también toda la colaboración que el Gobierno pueda prestarles si desean visitar y recorrer el país o realizar cualquier gestión personal, para lo cual ponemos a su disposición todo lo que tenemos, que no es mucho, pero que lo ofrecemos de todo corazón.

Para nuestro país es una enorme satisfacción el que este Congreso se desarrolle en Buenos Aires. No podemos ofrecerles, en este sentido, nada que no sea el descuido en que ha vivido este país con respecto a la salud pública. Reaccionó hace poco tiempo, cuando creamos la Secretaría de Salud Pública. Hemos tenido durante cien años un Ministerio de Agricultura y Ganadería para cuidar la buena salud de nuestra hacienda y de nuestro agro, pero no habíamos tenido la suerte, todavía, de contar con una Secretaría de Salud Pública para cuidar la salud de nuestros hombres. Ya decía hace mucho un poeta argentino que "en tierra de sementeras las cosas se producen generalmente así".

Afortunadamente, se ha producido una reacción en este sentido. El estado sanitario de la República Argentina es malo, y lo es como consecuencia de esa incuria en que hemos vivido tantos años, abstraídos quizás en la contemplación de las grandes ciudades donde la defensa de la salud es una cosa casi natural por la existencia de medios y de elementos científicos para combatir las enfermedades; pero los flagelos en el interior de nuestro país son los más terribles que pueden ser para un país civilizado. A ese respecto nosotros hemos reaccionado y hemos empleado un sistema integral, es decir, comenzando por donde debe comenzarse para restaurar

lo que en la salud de la población se ha perdido y previendo la posibilidad de resolver esos grandes problemas.

Si solamente hubiéramos creado una Secretaría de Salud Pública, no habríamos hecho sino una pequeña parte de la obra; porque ese organismo debería pelear quizá con el mismo Gobierno para que se tuvieran en cuenta otros factores que en la acción de gobierno llevan precisamente a la solución natural de los problemas de la salud pública.

Por eso, dentro de las reformas que involucra el movimiento que estamos cumpliendo desde el Gobierno, hemos entendido que hay una escala para la defensa del material y del potencial humano de la Nación. Y en esa escala nos encontramos en primer término con las exigencias económicas, después con las sociales, con las cuales es posible propender a un mejor grado de salud física y moral, o sea a la defensa integral de la salud de la población. Entendiéndolo así hemos comenzado por crear condiciones económicas en la población necesitada, ya que la otra población, la que no es necesitada, se defiende sola. A esa población necesitada hemos tratado de elevarle el estándar de vida, y lo hemos conseguido ya casi en un doscientos por ciento. Con ello, la salud pública ya ha mejorado extraordinariamente. La estadística nos está demostrando que el sólo hecho de la elevación del estándar de vida en la población ha permitido ya un mejoramiento natural en el estado de salud de la población.

Del mismo modo, las medidas sociales, como consecuencia de las medidas económicas generales, han permitido establecer dentro del país, ya sea en la previsión social o en la asistencia social, lo que la estadística ya está también demostrando, que en pocos años nosotros vamos obteniendo índices muy favorables en este aspecto.

Igualmente, con la creación de la Secretaría de Salud Pública nos ha sido permitido encarar el problema en su tercer aspecto, tal como lo consideramos nosotros: el de la salud propiamente dicha, aspecto en el cual nos encontramos en muy buenas condiciones a pesar de que hace apenas un año que estamos trabajando en él.

La República Argentina tiene problemas gravísimos, desde el de la tuberculosis, la lepra y demás secuelas que alrededor de estos dos grandes flagelos se desarrollan en casi todas las regiones del mundo, hasta el de la brucelosis, que plantea una situación bastante grave en ciertas regiones del país.

Nosotros hemos encarado este problema desde el Gobierno; lógicamente, estoy hablando de lo que puede hacer el Gobierno, no de lo que

puede hacer el médico, porque eso lo saben ustedes mejor que yo. El concepto con que encaramos el problema desde el Gobierno es el de reestructurar toda la acción médica en el país, tanto preventiva como curativa. Hemos observado que en el estado primitivo en que nosotros nos encontramos con el problema de la salud pública, cada día el índice de los flagelos colectivos iba siendo más pavoroso para el país. Y yo lo he comprobado personalmente porque me ha tocado presenciar las revisiones médicas de los hombres de veinte años —donde está el índice de vigor de la población en su grado más alto—, y era triste contemplar que entre esos hombres cada vez teníamos un porcentaje mayor de inútiles. Pero no eran inútiles, precisamente, por las pestes que azotan a ciertas regiones de nuestra Patria; desgraciadamente lo eran por el hambre que era el pero de todos los flagelos que sufría el país, este país que produce enormes cantidades de trigo, de pan y de carne. Hemos tenido clases donde un treinta y tres por ciento han resultado inútiles por infraalimentación. Eso sería ya suficiente para hablar claramente de la miseria fisiológica de cierta parte de nuestra población, pero más aún de la miseria social, que es todavía más grave, porque de ella se debe culpar directamente a nuestras clases dirigentes y a nuestros gobiernos.

Por otra parte, a esos males graves, terribles, se suma la falta de organización médica. Yo siempre he pensado, al estudiar estos problemas con el doctor Carrillo —ya que por ser soldado entiendo un poco de organización para la lucha—, que la lucha contra el mal, como la lucha contra el hombre, que algunas veces suele ser también un mal, tiene reglas que les son muy comunes. Y le decía a ese respecto: “Hasta ahora nosotros no hemos tenido más que médicos francotiradores, que recibían un título y salían a curar”. Es indudable que ellos curaban a la población en forma intermitente y ocasional, cuando el mal llegaba a manifestarse y ponía en peligro la tranquilidad física de los individuos. Es lo mismo que si para defendernos contra un ataque de un enemigo extraordinario que cuenta con un ejército organizado, entregáramos un fusil a cada uno de los hombres de la población para que ellos, por su cuenta, hicieran la defensa. Yo creo que sería muy poca la eficacia que conseguiría en esa forma un país frente a un ejército organizado. Y el flagelo colectivo es un ejército organizado.

Mientras el Estado no organice sus médicos, mientras no se organice una fuerza para combatir el flagelo colectivo, es inútil que pensemos en terminar con esos grandes males que todavía azotan a ciertas regiones de

nuestro continente, entre las cuales algunas en nuestro país son de carácter verdaderamente grave.

Ése es el primer paso que estamos realizando. Salud Pública es un comando en jefe para organizar el ejército que ha de combatir, especialmente, los males colectivos, y nosotros somos el Cuartel Maestro General que sirve a esa organización y que servirá de apoyo a ese ejército que va a combatir los males.

Pensemos que en tres o cuatro años, con una acción centralizada y organizada de toda la sanidad argentina, hemos de terminar, por lo menos, con los flagelos más graves que en forma colectiva atacan a ciertas regiones. Y creo que todo lo que se haga será poco para lanzarse en una acción de conjunto que hemos de realizar inflexiblemente, con todos los medios de que disponemos.

En ese sentido, hemos cambiado la orientación que antes se tenía sobre la disposición de medios para la defensa de la salud. Antes se hacía un presupuesto, siempre muy exiguo, lo menor posible, y se disponía de algunos medios para combatir casi subrepticamente, como si hubiera temor de empeñarse en una acción definitiva contra esos males colectivos. El resultado ha sido pésimo. La orientación que hoy tenemos es que el presupuesto de Salud Pública, como es racional y natural, se conozca a fin de año, cuando se ha realizado todo lo que ha sido necesario hacer en bien de la humanidad.

Yo he puesto esta empresa en manos de un médico caracterizado que moviliza a todos los demás médicos de la República, y creo que por ello podemos confiar en que la conducción de este combate dé resultado fructífero para nuestro territorio. Y al mismo tiempo será también beneficioso para los países limítrofes, que si nosotros no combatimos los males que ellos todavía no padecen, los han de padecer con el tiempo; el paludismo, por ejemplo, que afectaba solamente a una estrecha región de nuestro país, ya se está extendiendo a una gran parte de nuestro territorio y quizá pase pronto al Paraguay, y hasta al Uruguay, si nos descuidamos y no establecemos una acción de conjunto. En ese sentido el país está dispuesto a acometer cualquier empresa y a realizar cualquier sacrificio, porque es un anacronismo que en el año 1947 todavía existan estos males endémicos, que no tienen ninguna razón de ser frente a la preocupación decidida de un gobierno para terminar con ellos. Y nosotros estamos decididos a terminarlos.

El Gobierno debe practicar una justicia distributiva entre sus clases trabajadoras para mejorar sus condiciones de vida, tanto material como moral, y en eso también estamos empeñados. Tratamos por todos los medios —sin desequilibrar nuestra economía, porque eso sería lo más terrible— de desarrollar una acción social que permita a la clase necesitada disfrutar de un estándar de vida elevado, de una vida higiénica, de procrearse en las mejores condiciones, asegurando un alto índice de vigor a la raza. Porque la defensa del potencial humano es para nosotros lo más fundamental de nuestro programa.

No podemos ofrecer, todavía, ejemplos de acciones que recién comenzamos a realizar. Pero nuestra intención, nuestra aspiración y quizá nuestra ambición es, en un futuro cercano, poder ofrecer a los demás países hermanos del continente el ejemplo de cómo hemos atacado los flagelos colectivos y cuáles han sido los resultados que hemos obtenido, en forma tal que esta experiencia que nosotros iniciamos con toda decisión pueda también servir para los demás países que tengan los mismos males. Tan pronto realicemos esta obra, hemos de hacer llegar los resultados a todos los países americanos con un informe completo por lo que pudiera servirles como experiencia. Les enviaremos, con la más amplia y buena voluntad, sin limitaciones de ninguna naturaleza, toda la experiencia que acumulemos, con una idea profunda de colaboración y cooperación.

Yo deseo que el desarrollo de este congreso con que se honra hoy a la ciudad de Buenos Aires obtenga los resultados más provechosos. Podrá haber disensiones de cualquier orden, pero no puede haberlas, como tampoco puede haber diversidad de interpretaciones de ninguna naturaleza, cuando se trata de defender el bien de todos, que es la salud moral y salud física de nuestro continente. Por eso nos ofrecemos incondicionalmente para colaborar en cualquier acción en ese sentido, poniendo en ello todos los medios de que disponemos.

Les agradezco que hayan tenido la amabilidad de llegar hasta aquí para darme el placer de poder saludarlos y poderles expresar en estas pocas palabras lo que hemos hecho, lo que estamos haciendo y lo que queremos hacer.

Ése es el primer paso que estamos realizando. Salud Pública es un comando en jefe para organizar el ejército que ha de combatir, especialmente, los males colectivos, y nosotros somos el cuartel maestro general, que sirve a esa organización y que servirá de apoyo a ese ejército que va a combatir los males.

**En el Salón Blanco de la Presidencia,
durante el acto en honor
al doctor Alexander**

1° de octubre de 1947

Señores:

Hace ya largamente un siglo, las armas argentinas y bolivianas, unidas, comenzaron la primera epopeya de nuestro país, es decir, la lucha por la independencia argentina. Las fuerzas argentinas tuvieron el bautismo de fuego unidas con las fuerzas bolivianas, o del Alto Perú, como se llamaba entonces, en la lucha que se prolongó después hasta Warnes y Arenales.

La acción continuó hasta obtener definitivamente la independencia política de toda la América del Sur y no sé, señores, por qué designio del destino hoy, después de ciento cuarenta y tantos años, iniciamos una segunda epopeya tras el objetivo de conquistar la independencia económica de esta región de América; y como entonces, los primeros hechos encuentran nuevamente unidos a argentinos y bolivianos en esa primera batalla que sella la unidad económica de la Argentina y de Bolivia para emprender juntos la nueva cruzada.

La República Argentina no olvidará jamás este hecho, que señalamos como histórico, porque esta unidad no puede ser sino una unidad ya definitiva. Sin esta unidad no seríamos económicamente libres, como no hubiéramos sido políticamente libres con la unidad de nuestros mayores.

Por eso, señores, en esta sencilla ceremonia a la que asiste un ilustre amigo nuestro, el Dr. Alexander, presidente del Banco Central de Bolivia, que en nombre y representación de su gobierno ha finalizado todas las gestiones del acuerdo que hemos de firmar dentro de breves días con el excelentísimo señor presidente Hertzog en Yacuiba, debo decir —y ustedes lo saben tan bien como yo— que la Argentina no abraza otros sueños

que los de la hermandad absoluta con las demás naciones hispanoamericanas. Esos sueños no son, como dicen algunos, de imperialismo; en todo caso, sería un imperialismo vertical, hacia arriba, pero nunca lateral.

La unidad económica que establecemos con Bolivia será total, para la defensa de nuestros propios intereses, y para que en el futuro no pueda darse el caso de que una Nación de este continente pueda ser explotada desde afuera, como lo hemos sido durante un siglo. Pueden estar seguros los bolivianos que la Argentina jamás hará presión de ninguna naturaleza para forzar a Bolivia a hacer lo que ella no desee hacer. La hermandad que ellos y nosotros iniciamos en el campo de las realizaciones económicas, será de cooperación y colaboración, y yo ruego al Dr. Alexander que lleve a los hermanos bolivianos estas palabras, que son el compromiso solemne de que la Argentina sabrá mantener el espíritu de cooperación hermana, como en el pasado nuestros mayores supieron mantenerlo.

En el momento en que yo me voy, quiero decir algunas palabras sobre la cultura y la educación.

Pertenecemos a una clase de hombres que se educaron en la fraternidad en que fue enseñada a pensar, para sí y para otros, para sí y para que otros y también únicamente para sí. Nuestra obra es la agricultura no imitando por eso la cultura ni el modo de hacer países, sino el modo de ser un espíritu de colaboración, un espíritu que cree en el valor y en la utilidad para el Estado y para el mundo entero. Para eso se ha iniciado una revolución económica. Y en el futuro, señores, haremos un país que no sea de más de diez millones de habitantes, pero que sea el país de más producción por hectárea y por persona.

El porvenir de nuestra patria en el campo económico no ha estado nunca tan brillante como la esperanza. Esta tierra, que del 1825 al 1914 miles de veces al extranjero no dejó hoy un solo centavo, la hemos inaugurado a haber por primera vez. Esta tierra, que era la tierra de nuestros servicios, que 125 millones de pesos. Nuestra moneda, que estaba en la época que yo he vivido en la tierra, con un valor de 100 pesos, hoy vale 100 pesos de más del tiempo de entonces. Si como yo me voy, digo de mala fe puede pensar que de porvenir de la patria no puede haber nada de esperanza. Y en el momento en que me voy, es el día de mañana de la tierra, y no me voy más allá de los primeros del camino.

En el orden de nuestra política y en el orden de nuestra vida siempre a la zaga de una campaña, y a la vez a una distancia, vamos a poner de todos nuestros esfuerzos, a más de la patria y a la patria, a la vez, a la vez, a la vez.

Ante la delegación de profesores de la Universidad de Buenos Aires

3 de octubre de 1947

Desde que comenzó a estructurarse en el Congreso la ley universitaria, el Poder Ejecutivo siguió con verdadero interés las discusiones que al respecto se suscitaron.

No ha escapado a nuestra comprensión que la aplicación de este artículo 47 bis, introducido en la ley con la mejor intención, produciría una honda perturbación en el cuerpo de profesores de la Universidad si hemos de atenernos a la interpretación gramatical de esa disposición.

El Poder Ejecutivo, en numerosas oportunidades, conversando con grupos de profesores, les ha prometido y ha empeñado su palabra en el sentido de que ni la sujeción al *full-time* podría privarlos del ejercicio normal y natural de su profesión fuera de la hora que el *full-time* le requiera en el desempeño de su cátedra. Esa actividad profesional debe considerarse lógicamente como una extensión de la actividad universitaria, pues sin aquella el docente iría paulatinamente perdiendo su aptitud. Considero que esto quedaría realmente comprometido con la aplicación estricta del artículo 47 bis de la ley universitaria recientemente sancionada.

Quiero que ustedes tengan la seguridad de que esa disposición no será aplicada en forma alguna. Yo tomaré las medidas necesarias para eso, y también hablaré con los senadores, quienes indudablemente no han meditado lo suficiente el posible alcance del referido artículo. Cualquiera sea el procedimiento que hayamos de emplear, evitaremos que se produzca algún inconveniente. Personalmente, me inclino por la supresión de ese artículo a efectos de que el Senado, si así lo considera oportuno, estudie el próximo año las reformas necesarias. Hasta entonces, el artículo no va a ser aplicado.

No creo, señores, que el Senado haya querido darle a esta disposición el alcance que tiene a través de su lectura, sino que, probablemente, en los apuros de los últimos días, se haya querido establecer con buena intención alguna incompatibilidad de carácter político, con lo cual yo estoy de acuerdo. Creo que la actividad política es incompatible en gran parte con la actividad docente, porque es muy difícil que un hombre pueda independizarse de la influencia política. Pero en modo alguno esto puede alcanzar al desempeño de cualquier función. Pienso que en este asunto ha fallado la redacción, y por ello hemos de realizar lo necesario para subsanar los inconvenientes que puedan producirse.

Les ruego transmitan a sus colegas estos conceptos. El artículo 47 bis no puede ser aplicado y no se aplicará. El día 9 vamos a hacer la promulgación pública de la ley, oportunidad en que podremos anunciar el veto parcial, de modo que entre a funcionar sin inconvenientes.

Les agradezco su concurrencia de hoy porque ella refuerza la decisión que ya el Poder Ejecutivo había tomado a ese respecto. La presencia de los profesores, con la alta consideración que ellos merecen al Poder Ejecutivo, implica un refuerzo ponderable para nuestra opinión. Sé perfectamente bien que ustedes llegan aquí en defensa de su propia función en la Universidad, y les ruego que empleen siempre este mismo procedimiento y que defiendan la Universidad.

Yo he de entregarles a ustedes la Universidad para que la hagan funcionar de la mejor manera posible; y les he de entregar también los medios necesarios para que, uniendo a ello el esfuerzo personal de ustedes, la Universidad salga adelante. Estoy absolutamente persuadido de que a los profesores argentinos no se les presentará jamás una oportunidad más brillante para elevar a nuestra Universidad y para poner en ella todas las inquietudes y todos los entusiasmos en aras del perfeccionamiento de la ciencia argentina.

Hemos de trabajar incansablemente para dotar a la Universidad de las ramas necesarias para una investigación científica de gran envergadura. Hemos de formar también una Academia que sea una extensión cultural de profesionales que deseen prolongar sus estudios e investigaciones, en lugar de crear cuerpos muertos que no realizan una verdadera tarea en favor de la ciencia.

En esta obra cada uno de los profesores tiene una obligación que cumplir. Entiendo, señores, que ahora, realizada ya la consolidación, pacificada la Universidad, sacada de ella toda tarea que no sea exclusivamente

universitaria, nos encontramos en excelentes condiciones para empezar a trabajar decididamente en pro de la ciencia y de la preparación de las futuras generaciones de argentinos. Por nuestra parte, no atenderemos a ningún factor extraño a la Universidad. Vamos a defender a la Universidad en toda forma, dotándola de todo cuanto necesite, ayudándola sin limitación.

Cuando el día 9 sea promulgada la ley, yo de he de hacer un pedido a todos los profesores en el sentido de que defiendan a la Universidad contra todos los males que puedan amenazarla, especialmente la política, que es lo peor que puede introducirse en los claustros universitarios. No dividamos allí a los argentinos en tendencias, porque en la Universidad ellos deben tener una sola tendencia, que es la de la ciencia por la ciencia misma. Si realizamos eso, habremos dado el paso más grande en defensa de la labor específica que corresponde a la Universidad argentina.

Tengo absoluta confianza en la labor que ustedes han de desarrollar en el sentido indicado. El Poder Ejecutivo, por su parte, no escatimará esfuerzos para el logro de esa finalidad, comenzando por la aplicación de esta ley, que precisamente tiende a consolidar un régimen natural de trabajo y de dedicación; a establecer para siempre la pacificación en los espíritus; a dar a los profesores el lugar que les corresponde, tanto en lo material como en lo espiritual, a fin de que sean maestros y ejemplo de los hombres que están formando.

Si la aplicación de la ley universitaria nos lleva a la obtención de los objetivos perseguidos, habremos puesto el más fundamental de los jalones que se requieren en el momento actual para bien de nuestra Patria: el de llevar adelante la ciencia argentina. Un país sin ciencia es un país de cortos horizontes. Nosotros debemos pensar que la ampliación de nuestros horizontes está en manos de los hombres que se dedican a la labor científica.

En la inauguración de la sede central de la Confederación General del Trabajo

3 de octubre de 1947

Compañeros:

Una de las más grandes de nuestras aspiraciones ha sido siempre ver a la clase trabajadora unida en una gran central obrera. Lo hemos repetido miles de veces y en ello hemos puesto todos los entusiasmos de tanto tiempo de trabajo incansable, para llegar a esa unidad que ha de significar, a la vez, unidad de concepción y unidad de acción en todos los trabajadores del país.

Conformar una central obrera no es cosa simple; hay que luchar y vencer previamente a los enemigos de adentro y a los de afuera. Los de adentro somos nosotros mismos, por lo que ambicionamos y por nuestra intolerancia. Para que haya verdadera unidad entre los trabajadores es preciso que primeramente se forme una unidad espiritual en el corazón de cada uno de los hombres que dirigen el movimiento obrero. No es posible que sigamos tolerando, dentro de las organizaciones sindicales, la lucha entre los propios dirigentes. Ése es el peor enemigo, porque mientras nuestros dirigentes se combaten entre ellos, los que ganan son los adversarios de nuestro movimiento. Entonces, que cada dirigente, dentro de su organización sindical, trabaje por establecer una absoluta unidad en su gremio; por organizar y por instruir a los hombres que lo forman, sin ocuparse de cómo lo hace el dirigente del gremio de al lado, porque ése no es aspecto que le compete. Es menester que comprendamos alguna vez que, para un trabajador, no debe haber nada mejor ni nadie más querido que otro trabajador, y que las luchas entre los trabajadores mismos, que tienen un mismo ideal y marchan hacia igual objetivo, son inadmisibles.

Otro de los enemigos interiores es la política. En los sindicatos no puede ni debe entrar la política, porque cuando ella entra por la puerta, la

tranquilidad y la unión de los trabajadores de ese sindicato salen por la ventana. Sabemos muy bien, señores, que en las actividades políticas todo es una lucha; y sabemos también que la política es como la caña, que a todos se nos va a la cabeza. Es menester, entonces, que quien quiera hacer política la haga fuera de los sindicatos, jamás dentro de los mismos.

Digo esto, señores, porque ya demasiadas luchas hay en la dirección sindical como para aumentarlas con una nueva actividad, que es siempre ajena a los sindicatos. Que cada dirigente surja de la masa, porque éste es otro de los fenómenos comunes en las organizaciones gremiales. Quienes influyamos de alguna manera para favorecer a determinado dirigente estamos en realidad perjudicando al sindicato que se trata de dirigir; porque el verdadero dirigente sale solamente de la masa, y aquel a quien nosotros hagamos dirigentes a dedo terminará por no dirigir a nadie.

La base para poseer dirigentes calificados y capacitados, que constituyan verdaderos dirigentes de la masa trabajadora, es dejar que la propia masa establezca quiénes han de dirigirla. Nadie lo hará nunca en su reemplazo en forma tal que la masa obrera tenga nada que agradecerle. Y, entonces, es preciso llegar a establecer claramente que, procediendo de esa manera, cuando todo ello se haya realizado, la unidad obrera se irá consolidando paulatinamente y por fenómeno natural, pero no encauzado ni dirigido.

Me siento feliz, señores, de asistir a esta inauguración de la casa de la Confederación General del Trabajo, y más todavía al poder felicitar al secretario general del Trabajo, y más todavía al poder felicitar al secretario general de la Confederación General del Trabajo por la obra que ha realizado desde que está al frente de esta organización. Creo que por primera vez se echan las bases de una gran central obrera con un criterio orgánico y profundamente obrero para orientar a las masas argentinas. Por primera vez una Confederación General del Trabajo sale de los límites de la Capital Federal para extender su acción al campo, donde también hay trabajadores, para llevar su acción a los congresos locales y regionales, donde se va paulatinamente adoctrinando a los hombres a fin de que, por ignorancia o desconocimiento, no obren en contra de sus propios intereses.

Señores: La tarea más fundamental a realizar por la central obrera en nuestros días es la de llevar al ánimo, al conocimiento y al corazón de cada uno de los trabajadores cuál es la orientación de nuestro movimiento; llevarles la convicción más absoluta de que nadie, en ningún tiempo, en ningún momento, ha velado ni vela más que el propio Gobierno por resolver

los problemas económico-sociales, manteniendo el equilibrio social y el equilibrio económico, compensando valores, distribuyendo la riqueza argentina en una forma apropiada y que compense el esfuerzo y el sacrificio. Jamás nadie se ha ocupado en nuestro país de ello más que nosotros. De manera que, cuando no se puede hacer una cosa, es inútil que pretendamos hacerlo por la violencia o por la substracción a la energía y a la riqueza de nuevas actividades. Cuando se puede, se hace, porque nadie está más empeñado que nosotros por dar a cada uno lo que le corresponde. Pero eso hay que hacerlo sin romper el equilibrio; porque roto el equilibrio hemos de sufrir todos, proporcionalmente a nuestros medios, las consecuencias.

Los trabajadores saben que cuando llegué a la Secretaría de Trabajo y Previsión fui un agitador que en otras épocas hubiera tenido que sopor-tar mucho tiempo de cárcel; pero en aquellos momentos la situación de los trabajadores argentinos no era la que hoy disfrutan. En esos momentos, por lo que se les había negado durante tantos años, era necesario hacer una política de agitación para dar a cada uno lo que le correspondía. Hemos llegado a nuestros días dando todo lo que ha sido posible dar. Ahora hay que comenzar a dar con prudencia, porque para dar es menester construir primero; porque si se recibe a cambio de no construir, no se podrá asegurar el futuro, que es lo que más nos debe preocupar para consolidar nuestras conquistas y para entenderlas cada vez más en la medida de lo que vayamos construyendo dentro del país. Triste sería —y eso es lo que muchos esperan ver— que por una imprevisión del Gobierno rompamos el equilibrio económico. Roto el equilibrio económico, retrocederíamos veinte años. Se construiría nuevamente la economía con el esfuerzo de todos, pero entonces las conquistas sociales habrían desaparecido irremisiblemente y tendrían que luchar otro siglo para volver al momento actual.

Por eso, señores, vivimos momentos de extremada prudencia y es necesario estudiar meticulosamente cada una de las cosas que hacemos.

La República disfruta de un momento económico que es verdaderamente extraordinario. Jamás en la historia argentina la economía ha sido más brillante que en los momentos actuales. Por ello, hoy debemos tener más prudencia para no destruir la brillantez de esa situación económica.

Es necesario que la Confederación General del Trabajo, con su prédica diaria, lleve al convencimiento de cada uno de los hombres que trabajan en nuestra tierra la idea de que hay que trabajar, construir y producir,

porque si no producimos, construimos y trabajamos, el problema no tendrá una solución tan feliz como todos nosotros anhelamos.

Hemos visto por el censo que en este país, de dieciséis millones de habitantes, los que trabajan realmente, activamente, no alcanzan a cuatro millones. Es menester conseguir que la gente trabaje. Cada uno debe trabajar, por lo menos para reponer lo que consume y no vivir a expensas de los otros que producen por él.

Para nosotros no es nuevo este problema. Nuestro Plan de Gobierno está destinado, precisamente, a obligar a trabajar a los que hasta ahora no lo han hecho y llevarlos paulatinamente a la convicción de que cada uno debe poner su esfuerzo al servicio de la Nación, si quiere vivir en ella.

Otro problema es el de crear fuentes de trabajo. En nuestro país, hasta ahora, se había trabajado en lo que se podía. El Estado no había creado trabajo. Es indispensable aumentar las posibilidades de los hombres, y ello se va a realizar por el Plan de Gobierno en que estamos empeñados.

Otro de los graves defectos de nuestro país ha sido la falta de continuidad en la acción de los gobiernos, que ha llevado a la disminución de las fuentes de trabajo. Observemos cuál es el panorama que ofrecían los anteriores gobiernos. Cuando había que iniciar una obra se calculaba si se podía terminar en cuatro o cinco años para que así, al concluirla, se colocase la chapa con el nombre del presidente y los ministros. Si ello no era posible, no se daba comienzo a la obra. Yo pregunto que si para llevar a cabo las grandes obras que necesita el país, como es el aprovechamiento de la energía hidroeléctrica y de otras que exploten su inmenso potencial, se puede fijar un plazo de cuatro o cinco años.

Yo he proyectado un Plan Quinquenal que ha de durar posiblemente diez o quince años, y lo he hecho preconcebidamente, porque no tengo interés en poner chapa alguna; pero he de dejar al que me suceda las obras comenzadas y él no tendrá más remedio que continuarlas.

En toda esta obra el Gobierno necesita la colaboración de la Confederación General del Trabajo. Sé bien que nuestra tarea se dificultará extraordinariamente si esa colaboración que necesitamos de la Central Obrera y de todos los gremios no se realiza. En tal sentido, yo aprovecho esta feliz circunstancia para pedirles a todos los dirigentes obreros del país que me escuchan en este momento, que se unan, que apoyen a la C.G.T., que trabajen con la C.G.T. deponiendo rencillas y cuestiones secundarias y subalternas frente a la inmensa obra que tenemos por delante; y les pido que realicen esa unión renunciando a la intemperancia, a la lucha estéril entre

compañeros, y que cada uno respete a los demás dirigentes y colabore con ellos con esa inmensa tolerancia que implica la vida de relación.

Para todos los dirigentes ese comportamiento ha de ser una obligación permanente y constante, para que la ayuda de uno beneficie a los otros y para que desaparezca la lucha inútil y estéril entre dirigentes que tienen una misma misión, que están detrás de un mismo objetivo. La lucha que sólo favorece a nuestros enemigos desaparece si hay unión. No es posible luchar por "pavadas" cuando tienen frente a sí una responsabilidad tan enorme. Si esos dirigentes superficiales, que ven las pequeñas cosas y no las grandes, hicieran fracasar el movimiento, lo habrían de llorar después ellos mismos, sus hijos y sus nietos; porque deben saber, señores, que esta oportunidad quién sabe si se vuelva a presentar en la vida del país; quién sabe si el futuro nos permitirá entrever otro momento como éste. Por eso, a esos dirigentes que se ocupan de pequeñas cosas, llamémosles a la realidad y digámosles bien claro que no hay cuestión que no pueda subordinarse al objetivo general de los trabajadores argentinos, que consiste en consolidar lo alcanzado y trabajar incansablemente por mantener una organización que sea la garantía de nuevas conquistas.

Señores: Aprovecho esta oportunidad para desearle a la Confederación General del Trabajo, en ésta su nueva casa, toda clase de éxitos y felicidades, y solicitarles que sigan incansablemente en la tarea de organizar el movimiento sindical, de adoctrinarlo, de instruir y preparar a sus dirigentes, porque ése es el futuro de la organización sindical argentina, es decir, formar dirigentes capaces y, sobre todo, honrados.

Les pido que pongan en esta casa lo que ya hemos dicho tantas veces y que constituye la columna vertebral de la conciencia social de la clase trabajadora: "Que seamos todos artifices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie".

En el agasajo al embajador de Bolivia

3 de octubre de 1947

Señor embajador:

He querido entregarle personalmente una copia de la promulgación de la ley 13.021 con la que se aprueba el convenio sobre cooperación económica y financiera entre la República Argentina y la República de Bolivia, porque desco que conserve este modesto recuerdo en el que nosotros queremos sintetizar los sentimientos de amistad, consideración y agradecimiento por todo cuanto usted ha hecho para que este convenio, de una trascendencia extraordinariamente histórica para nuestros países, se lleve a cabo, para lo cual siempre hemos encontrado buena voluntad en el señor embajador, ilustre amigo de nuestro país desde hace mucho tiempo.

Nos es extraordinariamente grata la presencia del señor embajador en nuestra tierra, desde que lo sabemos un amigo sincero y leal, y a través del tiempo que tengamos la satisfacción de contarle entre nosotros, hemos de mostrarle cuánto es nuestro aprecio y nuestro reconocimiento para los hombres de Bolivia, que con una alta comprensión de los momentos actuales y de sus problemas confían en la buena fe de la Argentina, así como nosotros confiamos en la buena fe de Bolivia para construir un futuro económico, comercial y cultural que esté a la altura de las grandes aspiraciones de nuestros pueblos, todavía incomprendidos por muchos.

Nosotros creemos que con este tratado se inicia para Bolivia y Argentina una etapa de unidad económica que ha de ser provechosa para los dos países. Pero por sobre todas las cosas, será un acicate para lo que nosotros consideramos en estos momentos como la obligación más sagrada del pueblo argentino: la conquista de su independencia económica. Esta independencia económica, que es la causa sagrada que defendemos hoy, aspiramos a que se realice también en Bolivia para bien de los bolivianos

y para que las generaciones venideras guarden memoria de los hombres que, como el señor embajador, han trabajado codo con codo con nosotros para afirmar ese destino común de independencia para Bolivia y para Argentina, actualizando con ello los lazos históricos que recuerdan Warnes y Arenales en la Guerra de las Republiquetas, donde nos encontramos como hoy, unidos para luchar por la misma causa.

En el congreso de la Confederación de Empleados de Comercio

6 de octubre de 1947

En el camino tan comúnmente áspero que seguimos con el espíritu inflamado por el sublime sentimiento de hacer todos los días algo para dejar a nuestra Patria más grande y más próspera que lo que la hemos conocido; en este camino de sinsabores, como todas las rutas de sacrificio, se encuentran a menudo oasis donde el alma descansa luego de fatigosas jornadas. Esos oasis nos brindan la inmensa satisfacción de sentirnos alguna vez comprendidos y apreciados por nuestros conciudadanos, a los cuales uno considera que no tiene mucho más para dar, habiéndolo dado todo, y nos comprometen a nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios.

Solamente los que como yo creen que el genio es solamente el trabajo, reciben la fuerza motriz para su marcha en estas exteriorizaciones que constituyen el más poderoso estímulo para perseverar en la lucha. No puede haber aliciente mayor para los que sienten a la Nación y al pueblo en lo más profundo de su corazón.

Agradezco ese estímulo, que es lo único que he aprendido a apreciar en mi vida, y lo retribuyo con mi palabra a la Confederación General de Empleados de Comercio, benemérita asociación argentina, saludando a sus representantes y delegados que desde el interior del país han llegado hasta la Capital para afirmar, con su pensamiento y su acción, una conquista más en la lucha de todos los días.

Las declaraciones de este Congreso son tan satisfactorias para el Gobierno y para la nacionalidad que todo cuanto yo pudiera agradecer quedaría empequeñecido frente a la inmensa satisfacción que debe sentir el país, en el momento en que los representantes de un millón de argentinos llegan hasta la meta de todas nuestras conquistas para decir que ese millón de hombres, inclinados de la mañana a la noche por hacer algo grande y

hermoso en esta tierra, están conformes con todo aquello que el Gobierno está empeñado en realizar en medio de problemas y dificultades, a fuerza de energía y de sacrificio, y con una sola orientación: marchar rectamente por el camino de la honorabilidad para lograr el único objetivo perseguido, que es el de la felicidad presente de todos los argentinos y la grandeza futura de la Patria.

Siempre he pensado que si en la verdadera democracia el Gobierno ha de ser del pueblo y sus decisiones han de ser para beneficio del pueblo, poco importa que su representación haya surgido o no de un formal acto eleccionario, si las masas, por sus hombres dirigentes, pueden llegar al Gobierno y decirle: "Representamos a un millón de personas que piensan así, y en su nombre pedimos que se nos escuche y que se realice lo que esos hombres anhelan". ¿No es éste el pueblo? ¿No es ésta una representación popular? ¿O es necesario que formalmente hayan pasado por las horcas caudinas de cincuenta mil influencias espurias para poder representar al pueblo?

Felizmente, nuestro Gobierno ha dado ejemplo de esa comprensión popular, ya que somos una partícula de ese mismo pueblo. Afortunadamente nuestro Gobierno no hace oídos sordos cuando se trata de peticiones del pueblo, porque entendemos el mandato que desempeñamos como un pacto bilateral. Yo he sido puesto para gobernar en nombre del pueblo, para cumplir sus aspiraciones y para interpretarlo, y el día que la mayoría del pueblo no estuviese de acuerdo con mis acciones, no me quedarían más que dos caminos: o cumplir a disgusto con mis funciones o abandonar el Gobierno.

De ahí mi enorme satisfacción frente a las decisiones de este Congreso que representa a los empleados mercantiles de este país, decisiones que tienen para mí un valor extraordinario, dado que por ellas voy sabiendo en forma directa y fehaciente que estoy cumpliendo con mi deber. La base de la estabilidad con que he de sentirme en el puesto que ocupo está afianzada por esa sola circunstancia. El día que no fuese capaz de cumplir con mi deber, prometo al país que no permaneceré un segundo más en la Presidencia de la Nación.

Me llega este estímulo en momentos en que desde diversos ángulos estoy obteniendo la comprobación real de los efectos de medidas de gobierno tomadas con mucha anticipación. Yo analizo los diversos factores desde un punto de vista objetivo. Es inútil la subjetivación de los hechos

cuando los objetivos de su realización nos muestran claramente los aciertos y desaciertos de una tarea de gobierno.

Analizo nuestro panorama en lo que se refiere a la política internacional, a la política económica, a la política social y a la política cultural, y voy apreciando cada uno de los factores que nos están dando los índices de los aciertos y de los errores de mi Gobierno.

En el orden internacional, advierto que mi país va subiendo paulatinamente esa cuesta que resulta tan pesada en el desenvolvimiento de las relaciones entre los países de la tierra; lo voy viendo crecer; veo que se nos considera, que desaparecen los obstáculos que se oponían al avance nuestro; veo en la Sociedad de las Naciones, entre los hermanos de América, en el mundo entero, que somos considerados y que somos prestigiados. ¿Cómo no he de creer, entonces, que estamos procediendo con acierto?

En el campo internacional nadie regala nada. Allí hay que luchar efectiva e inteligentemente por el prestigio de una nación. Yo digo que los pueblos no tienen amigos permanentes, sino intereses permanentes. La República Argentina sigue una política prudente. No busca interponerse en el interés de nadie, sino cumplir su vida de trabajo, de sacrificio y de engrandecimiento dentro de sus propias fronteras. La República Argentina tiene intereses paralelos con todos los demás pueblos y nunca intereses contrapuestos con los de las demás naciones. La República Argentina sabe que cuando se establecen intereses paralelos aun los enemigos pueden ser amigos.

No estamos contra nadie. Estamos a favor de todos. Ésa ha sido y seguirá siendo la doctrina argentina. No hemos de ser tampoco instrumento de la ambición de nadie; y entendemos que así como en el orden interno hemos auspiciado el derecho de los más débiles a fin de equilibrarlo con el de los más fuertes, en el orden internacional han de defenderse con igual fuerza y valor los derechos de los pueblos débiles frente a los derechos de los países fuertes.

Por eso es que nuestra doctrina, que ha triunfado ya en lo interno, ha de triunfar también en lo internacional, porque la República Argentina no estará jamás detrás de una mala causa, pero tampoco estará ausente para defender las buenas.

En cuanto al orden económico, para juzgar la economía de un país pueden utilizarse dos métodos. El objetivo, que se hace por comparación con los demás países, y el subjetivo, que se realiza por lucubración teórica de causas y efectos. Este último no puede ser tan claro como el primero

porque se presta a la retórica y la condensación de un sinnúmero de conclusiones que bien no pueden ser exactas.

Yo recorro al primero y pregunto si este país se ha encontrado en algún momento de su historia en una situación más brillante en cuanto a bienestar que la que actualmente disfrutamos. Pregunto si alguna Nación de la tierra, desde el punto de vista económico, puede hoy ostentar un presente más brillante y un porvenir más promisorio. Me planteo el interrogante de cómo deberíamos juzgar nuestra situación económica de diez años atrás si considerásemos mala la de este momento. Entonces no teníamos nada de lo que hoy tenemos como patrimonio del Estado, no existía nada asegurado en manos argentinas y para el porvenir de nuestros hijos y de nuestros nietos.

Los opositores van a seguir sosteniendo que no procedemos bien, que la única manera de poder gobernarnos económicamente es entregando nuevamente los resortes económicos de la Nación a los antiguos consorcios capitalistas extranjeros y que no estamos en condiciones de administrar lo que producimos en riquezas.

Sabemos que esos grandes financistas son maestros en el manejo de las riquezas, pero sabemos que son maestros de manejarla en su provecho y no en el nuestro. En esto ya hemos tomado partido; preferimos administrar mal lo nuestro, para nosotros, a traer un sabio que administre bien para él.

Sería largo enumerar los innumerables factores que gravitan en el orden económico. Pero los economistas, un poco a la antigua en sus concepciones, olvidan que no sólo influyen en la economía los factores puramente económicos. Hoy juegan otras causas, que habían sido olvidadas en los últimos años, pero que intervienen en modo preponderante.

Me refiero al aspecto social. Conformando a los artifices de la riqueza de los Estados, se da estabilidad al propio sistema económico. Si se olvida el papel que desempeña lo social en la organización económica de los Estados, se podrá construir un sistema al parecer poderoso, pero que puede derrumbarse algún día, de la noche a la mañana, y no levantarse jamás.

Lo que puedo decir es que la economía argentina está bien consolidada, bien asegurada, que hemos de mantener el equilibrio y que mientras éste exista no habrá absolutamente ningún peligro, pese a lo que digan los pasquines, pese a los que desde el anonimato y en lo subrepticio, por propia modalidad, esgrimen argumentos inaceptables por oposición sistemática. Seguirán diciendo que vamos a la ruina, mientras ellos ganan todos los días un poco más. Afirmarán que el Gobierno realiza negociados, mientras

todos los días mandamos a uno de ellos a la cárcel o lo entregamos a la justicia para que rinda cuentas. Si estamos persuadidos de que hemos de terminar con esta clase de negociados, ellos deberán convencerse, también, que habrán de concluir con sus negociados.

En cuanto a la situación social de la Nación, no sería el caso que yo la mencionara ante ustedes, que en un brillante congreso, realizado con la representación auténtica de todo el gremio, concluyen apoyando un movimiento que más que mío es de ustedes mismos. Son ustedes los artífices de su propio destino.

Yo he de terminar, porque soy un hombre; ustedes habrán de prolongarse en el tiempo, porque son una institución. Lo que aspiramos que sea eterno en el país ha de pertenecer más a ustedes que a la efímera vida de un hombre, que puede pasar quemándose en el espacio para alumbrar un momento de la vida argentina.

Deseo hacer un pequeño paréntesis y detenerme ante un hecho. El Gobierno tiene una multitud de problemas a resolver, pero hay uno con el que está en mora, y es precisamente el que atañe a la organización del turismo para los trabajadores. No se ha podido asegurar aún la adopción de un sinnúmero de medidas que permitan al empleado y al obrero, que trabaja todo el año al pie de una máquina o frente a un mostrador, oxigenarse durante un mes en la montaña o a orillas del mar. Agradezco, entonces, el empeño que ustedes ponen en la instalación de colonias de vacaciones o lugares de esparcimiento, porque es una tarea que el Gobierno tiene obligación de realizar. Ya vendrá la crítica de los opositores, que dirán que el Gobierno regala dos millones de pesos; pero yo les contesto que es preferible que ustedes se encarguen de la obra, porque si la hiciera el Estado gastaría cuatro millones. Agradezco, pues, que la Confederación General de Empleados de Comercio tome a su cargo la realización de los trabajos.

El turismo obrero debe ser encarado por todos los países civilizados de la tierra, porque no sólo el pudiente ha de disfrutar de un poco de yodo en el mar o de un poco de oxígeno en la montaña, sino que cada uno de los hombres que trabajan debe reponer sus energías gastadas por el trabajo para regresar con nuevos bríos a la labor diaria. Es de felicitarse que sean los propios asociados quienes se encarguen de fijar los lugares de recreo y de organizar las excursiones para disfrutar de un merecido descanso que reponga de la larga y agotadora tarea desarrollada durante un año. El turismo habrá de extenderse a todos los gremios, y por eso estamos organizando, en Córdoba, Mendoza y Bariloche, colonias de vacaciones para

llevar en un futuro no muy lejano a todos nuestros trabajadores, facilitándoles el transporte y el abastecimiento a precios económicos.

¿Cómo no he de sentirme intensamente feliz si frente a todos nuestros inconvenientes, si en medio de tantos afanes, las grandes agrupaciones útiles y constructivas de nuestro país nos declaran su decidido apoyo en la obra en que estamos empeñados: hacer un poco más felices a todos los argentinos? ¿Cómo no he de sentirme inmensamente dichoso cuando en un acto de esa naturaleza una de las agrupaciones más representativas del trabajo nacional le dice a los hombres de gobierno que está conforme con lo que el Gobierno hace y que lo apoya porque su obra es justa y patriótica?

Con tales manifestaciones, un gobernante se siente inmunizado y fortalecido para enfrentar a la calumnia, a la insidia y a la incapacidad.

Señores: Les agradezco que me hayan ofrecido esta oportunidad y tanta satisfacción. Sé bien cuáles son los valores que adornan a esta benemérita asociación de empleados de comercio; sé bien lo que vale que ustedes compartan nuestros desvelos, y aprecio en su justo valor las palabras prudentes y sabias que acabo de escuchar a los delegados de la confederación. Cuando se está en compañía de hombres que representan la prudencia, el buen juicio, se halla uno en buena compañía. Al agradecerles esta amabilidad, que me hace tan inmensamente feliz, quiero manifestarles que estoy construyendo para el porvenir, porque los pueblos no comprenden los tiempos presentes. En materia de reconocimiento conjugan solamente los tiempos pasados, y cuando un sector de la importancia de la Confederación de Empleados de Comercio hace llegar al modesto ciudadano que soy, en ejercicio de una función de gobierno, su palabra de estímulo y de aliento, ese gobernante puede dar gracias a Dios porque hechos tales constituyen verdaderas excepciones en la vida de los hombres que han puesto la suya al servicio de la nacionalidad.

Al agradecer un obsequio del personal de la Presidencia con motivo de su cumpleaños

8 de octubre de 1947

Agradezco muchísimo este obsequio, que será para mí un recuerdo más de la amabilidad de ustedes. Pero quiero también agradecer el afán, la sinceridad y la lealtad con que todos ustedes trabajan en la silenciosa tarea de cada día, pues es el espíritu de colaboración que anima al personal de la Presidencia en el cumplimiento de su deber.

Sé perfectamente los buenos resultados que estamos alcanzando en nuestro trabajo; el personal de la Presidencia tiene una tarea dura y de grave responsabilidad, pues en esta casa confluyen, puede decirse, todas las agitaciones de la República, y sobreponerse a todas esas cuestiones es un gran mérito.

El funcionamiento de nuestra casa, en mi concepto, se perfecciona cada día, y ése es el mérito de todos los funcionarios y empleados que saben trabajar con espíritu de camaradería y compañerismo, ejerciendo sus funciones silenciosamente y poniéndose por sobre todo interés personal a fin de lograr un mejor servicio.

Ese desinterés, esa discreción, es lo que yo quiero agradecer y destacar. El solo hecho de pertenecer a la Presidencia ya es de por sí una recomendación, pues implica haber sido seleccionado entre todo el personal que sirve al Estado.

Les agradezco una vez más que se hayan acordado de mí, que soy simplemente un hombre que, como ustedes, está empeñado en ganar horas al tiempo para lograr mayor bien para el país. Así tendremos la satisfacción de haber cumplido lo que yo siempre digo: Que a la noche, al acostarse, cada uno piense si durante el día ha hecho algo en bien de la Patria.

Muchas gracias, señores y, como siempre, tienen ustedes en mí un compañero de tareas.

En la Academia Argentina de Letras, en homenaje a Cervantes y conmemorando el Día de la Raza

12 de octubre de 1947

No me consideraría con derecho a levantar mi voz en el solemne día que se festeja la gloria de España si mis palabras tuvieran que ser solamente halago de circunstancias o simple ropaje que vistiera una conveniencia ocasional. Me veo impulsado a expresar mis sentimientos porque tengo la firme convicción de que las corrientes de egoísmo y las encrucijadas de odio que parecen disputarse la hegemonía del orbe serán sobrepasadas por el triunfo del espíritu, que ha sido capaz de dar vida cristiana y sabor de eternidad al Nuevo Mundo.

No me atrevería a llevar mi voz a los pueblos, que junto con el nuestro formamos la Comunidad Hispánica, para realizar solamente una conmemoración protocolar del Día de la Raza. Únicamente puede justificarse el que rompa mi silencio la exaltación de nuestro espíritu ante la contemplación reflexiva de la influencia que para sacar al mundo del caos en que se debate puede ejercer el tesoro espiritual que encierra la titánica obra cervantina, suma y compendio apasionado y brillante del inmortal genio de España.

Al impulso ciego de la fuerza, al impulso frío del dinero, la Argentina, coheredera de la espiritualidad hispánica, opone la supremacía vivificante del espíritu.

En medio de un mundo en crisis y de una humanidad que vive acongojada por las consecuencias de la última tragedia e inquieta por la hecatombe que presiente; en medio de la confusión de las pasiones que restallan sobre las conciencias, la Argentina, isla de paz, deliberada y voluntariamente, se hace presente en este día para rendir cumplido homenaje al

hombre cuya figura y obra constituyen la expresión más acabada del genio y la grandeza de la raza.

Y a través de la figura y de la obra de Cervantes va el homenaje argentino a la Patria Madre, fecunda, civilizadora, eterna, y a todos los pueblos que han salido de su maternal regazo.

Por eso estamos aquí, en esta ceremonia que tiene jerarquía de símbolo. Porque recordar a Cervantes es reverenciar a la madre España; es sentirse más unidos que nunca a los demás pueblos que descienden legítimamente de tan noble tronco; es afirmar la existencia de una comunidad cultural hispanoamericana de la que somos parte y de una continuidad histórica que tiene en la raza su expresión objetiva más digna, y en *El Quijote* la manifestación viva y perenne de sus ideales, de sus virtudes y de su cultura; es expresar el convencimiento de que el alto espíritu señorial y cristiano que inspira la Hispanidad iluminará al mundo cuando se disipen las nieblas de los odios y de los egoísmos. Por eso rendimos aquí el doble homenaje a Cervantes y a la Raza.

Destino maravilloso el de Cervantes que al escribir *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* descubre en el mundo nuevo de su novela, con el gran fondo de la naturaleza filosófica, el encuentro cortés y la unión entrañable de un idealismo que no acaba y de un realismo que se sustenta en la tierra, y además, caridad y amor a la justicia, que entraron en el corazón mismo de América. Y son ya los siglos los que muestran, en el laberinto dramático que es esta hora del mundo, que siempre triunfa aquella concepción clara del riesgo por el bien y la ventura de todo afán justiciero. El saber "jugarse entero" de nuestros gauchos es la empresa que ostentan orgullosamente los "quijotes de nuestras pampas".

En segundo lugar, sea nuestro homenaje a la Raza a que pertenecemos.

Para nosotros, la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos y nos impulsa a ser lo que debemos ser, por nuestro origen y nuestro destino. Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades cuyas esencias son extrañas a las nuestras, pero a las que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros la raza constituye nuestro sello personal indefinible e inconfundible.

Para nosotros, los latinos, la raza es un estilo. Un estilo de vida que nos enseña a saber vivir practicando el bien y a saber morir con dignidad.

Nuestro homenaje a la madre España constituye también una adhesión a la cultura occidental.

Porque España aportó al occidente la más valiosa de las contribuciones: el descubrimiento y la colonización de un nuevo mundo ganado para la causa de la cultura occidental.

Su obra civilizadora cumplida en tierras de América no tiene parangón en la Historia. Es única en el mundo. Constituye su más calificado blasón y es la mejor ejecutoria de la raza, porque toda la obra civilizadora es un rosario de heroísmos, de sacrificios y de ejemplares renunciamientos.

Su empresa tuvo el signo de una auténtica misión. Ella no vino a las Indias ávida de ganancias y dispuesta a volver la espada y marcharse una vez exprimido y saboreado el fruto. Llegaba para que fuera cumplida y hermosa realidad el mandato póstumo de la Reina Isabel de "atraer a los pueblos de Indias y convertirlos al servicio de Dios". Traía para ellos la Buena Nueva de la verdad revelada, expresada en el idioma más hermoso de la tierra. Venía para que esos pueblos se organizaran bajo el imperio del derecho y vivieran pacíficamente. No aspiraban a destruir al indio, sino a ganarlo para la fe y dignificarlo como ser humano.

Eran un puñado de héroes, de soñadores desbordantes de fe. Venían a enfrentar a lo desconocido, a luchar en un mundo lleno de peligros, donde la muerte aguardaba el paso del conquistador en el escenario de una tierra inmensa, misteriosa, ignorada y hostil.

Nada los detuvo en su empresa; ni la sed, ni el hambre, ni las epidemias que asolaban sus huestes, ni el desierto con su monótono desamparo, ni la montaña que les cerraba el paso, ni la selva con sus mil especies de oscuras y desconocidas muertes. A todo se sobrepusieron. Y es ahí, precisamente, en los momentos más difíciles, en los que se los ve más grandes, más serenamente dueños de sí mismos, más conscientes de sus destinos, porque en ellos parecía haberse hecho alma y figura la verdad irrefutable de que "es el fuerte el que crea los acontecimientos y el débil el que sufre la suerte que le impone el destino". Pero en los conquistadores pareciera que el destino era trazado por el impulso de su férrea voluntad.

Como no podía ocurrir de otra manera, su empresa fue desprestigiada por sus enemigos, y su epopeya objeto de escarnio, pasto de la intriga y blanco de la calumnia, juzgándose con criterio de mercaderes lo que había sido una empresa de héroes. Todas las armas fueron probadas: se recurrió a la mentira, se tergiversó cuanto se había hecho, se tejió en torno suyo una leyenda plagada de infundios y se la propaló a los cuatro vientos.

Y todo, con un propósito avieso. Porque la difusión de la "leyenda negra", que ha pulverizado la crítica histórica seria y desapasionada, interesaba doblemente a los aprovechados detractores. Por una parte, les servía para echar un baldón a la cultura heredada por la comunidad de los pueblos hermanos que constituimos Hispanoamérica.

Por la otra, procuraba fomentar así, en nosotros, una inferioridad espiritual propicia a sus fines imperialistas, cuyos asalariados y encumbradísimos voceros repetían, por encargo, el ominoso estribillo cuya remunerada difusión corría por cuenta de los llamados órganos de información nacional. Este estribillo ha sido el de nuestra incapacidad para manejar nuestra economía e intereses y la conveniencia de que nos dirigieran administradores de otra cultura y de otra raza. Doble agravio se nos infería; aparte de ser una mentira, era una indignidad y una ofensa a nuestro decoro de pueblos soberanos y libres.

España, nuevo Prometeo, fue así amarrado durante siglos a la roca de la Historia. Pero lo que no se pudo hacer fue silenciar su obra ni disminuir la magnitud de su empresa, que ha quedado como magnífico aporte a la cultura occidental.

Allí están, como prueba fehaciente, la cúpula de las iglesias asomando en las ciudades fundadas por ella; allí, sus leyes de Indias, modelo de ecuanimidad, sabiduría y justicia; sus universidades; su preocupación por la cultura, porque "conviene —según se lee en la *Nueva Recopilación*— que nuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en los reinos de Indias, universidades y estudios generales donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia y del error, se crean Universidades gozando los que fueren graduados en ellas de las libertades y franquezas de que gozan en estos reinos los que se gradúan en Salamanca".

Su celo por difundir la verdad revelada porque —como también dice la *Recopilación*— "teniéndonos por más obligados que ningún otro príncipe del mundo a procurar el servicio de Dios y la gloria de su santo nombre y emplear todas las fuerzas y el poder que nos ha dado en trabajar que sea conocido y adorado en todo el mundo por verdadera, Dios como lo es, felizmente hemos conseguido traer al gremio de la Santa Iglesia Católica las innumerables gentes y naciones que habitan las Indias occidentales, isla y tierra firme de la mar océano".

España levantó templos, edificó universidades, difundió la cultura, formó hombres e hizo mucho más: fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijas con un sello que las hace, si bien distintas a la madre en su forma y apariencias, iguales a ella en su esencia y naturaleza. Incorporó a la suya la expresión de un aporte fuerte y desbordante de vida que remozaba a la cultura occidental con el ímpetu de una energía nueva.

Y si bien hubo yerros, no olvidemos que esa empresa cuyo cometido la antigüedad clásica hubiera discernido a los dioses, fue aquí cumplida por hombres —por un puñado de hombres que no eran dioses, aunque los impulsara, es cierto, el soplo divino de una fe que los hacía creados a imagen y semejanza de Dios.

Son hombres y mujeres de esa raza los que en heroica comunión rechazan, en 1806, al extranjero invasor, y el hidalgo jefe que obtenida la victoria amenaza con “pena de la vida al que los insulte”. Es gajo de ese tronco el pueblo que en mayo de 1810 asume la revolución recién nacida; es sangre de esa sangre la que vence gloriosamente en Tucumán y Salta y cae con honor en Vilcapugio y Ayohuma; es la que anima el corazón de los montoneros; es la que bulle en el espíritu levantisco e indómito de los caudillos; es la que enciende a los hombres que en 1816 proclaman a la faz del mundo nuestra independencia política; es la que agitada corre por las venas de esa raza de titanes que cruzan las ásperas y desoladas montañas de los Andes conducidas por un héroe en una marcha que tiene la majestad de un friso griego; es la que ordena a los hombres que forjaron la unidad nacional, y la que alienta a los que organizaron la República; es la que se derramó generosamente cuantas veces fue necesario para defender la soberanía y la dignidad del país; es la misma que moviera al pueblo a reaccionar sin jactancia, pero con irreductible firmeza, cuando cualquiera osó inmiscuirse en asuntos que no le incumbían y que correspondían solamente a la Nación resolverlos. De esa raza es el pueblo que lanzó su anatema a quienes no fueron celosos custodios de su soberanía, y con razón, porque sabe, y la verdad lo asiste, que cuando un Estado no es dueño de sus actos, de sus decisiones, de su futuro y de su destino, la vida no vale la pena de ser allí vivida. De esa raza es ese pueblo, este pueblo nuestro, sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, heroico y abnegado pueblo, virtuoso y digno, altivo sin alardes y llano de intuitiva sabiduría, que pacífico y laborioso en su diaria jornada se juega sin alardes la vida, con naturalidad de soldado, cuando una causa noble así lo requiere; y lo hace con generosidad de Quijote, ya desde el anónimo y oscuro foso de

una trinchera o asumiendo en defensa de sus ideales el papel de primer protagonista en el escenario turbulento de las calles de una ciudad.

Señores: La historia, la religión y el idioma nos sitúan en el mapa de la cultura occidental y latina a través de su vertiente hispánica, en la que el heroísmo y la nobleza, el ascetismo y la espiritualidad, alcanzan sus más sublimes proporciones. El Día de la Raza, instituido por el presidente Irigoyen, perpetúa en magníficos términos el sentido de esta filiación. "La España descubridora y conquistadora —dice el decreto—, volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales; y con la aleación de todos estos factores, obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos de afirmar y de mantener con jubilosos reconocimientos."

Si la América española olvidara la tradición que enriquece su alma, rompiera sus vínculos con la latinidad, se evadiera del cuadro humanista que le demarca el catolicismo y negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo: "Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original, ni una idea dominadora". Y situado en las antípodas de su pensamiento, Rénan afirmó que "el verdadero hombre de progreso es el que tiene los pies enraizados en el pasado".

El sentido misional de la cultura hispánica, que catequistas y guerreros introdujeron en la geografía espiritual del Nuevo Mundo, es valor incorporado y absorbido por nuestra cultura, lo que ha suscitado una comunidad de ideas e ideales, valores y creencias a la que debemos preservar de cuantos elementos exóticos pretendían mancillarla. Comprender esta imposición del destino es el primordial deber de aquellos a quienes la voluntad pública o el prestigio de sus labores intelectuales les habilita para influir en el proceso mental de las muchedumbres. Por mi parte, me he esforzado en resguardar las formas típicas de la cultura a que pertenecemos, trazándome un plan de acción del que pude decir —el 24 de noviembre de 1944— que "tiende, ante todo, a cambiar la concepción materialista de la vida por una exaltación de los valores espirituales".

Precisamente esa oposición, esa contraposición entre materialismo y espiritualidad constituye la ciencia del *Quijote*, o más propiamente, repre-

senta la exaltación del idealismo, refrenado por la realidad del sentido común.

De ahí la universalidad de Cervantes, a quien, sin embargo, es preciso identificar como genio auténticamente español, al que no puede concebirse como no sea en España.

Esta solemne sesión, que la Academia Argentina de Letras ha querido poner bajo la advocación del genio máximo del idioma en el cuarto centenario de su nacimiento, traduce —a mi modo de ver— la decidida voluntad argentina de reencontrar las rutas tradicionales en las que la concepción del mundo y de la persona humana se origina en la honda espiritualidad grecolatina y en la ascética grandeza ibérica y cristiana.

Para participar en este acto, he preferido traer, antes que una exposición académica sobre la inmortal figura de Cervantes, su palpitación humana, su honda vivencia espiritual y su suprema gracia hispánica. En su vida y en su obra personifica la más alta expresión de las virtudes que nos incumbe resguardar.

En Cervantes cabe señalar, en primer término, la extraordinaria maestría con que subordina todo aparato erudito a la llaneza de la exposición, extraída de la auténtica veta del pueblo, en los aforismos, sentencias y giros propios del ingenio popular. Ningún autor ha penetrado de manera más natural y expresiva en la entraña popular, en el río pintoresco en que bogan, como bajeles de mil colores, las esperanzas, angustias y emociones de los humildes. Esta ausencia de complicación, este deliberado acento familiar con que el genio cervantino traza su prosa, no quiere decir, ni mucho menos, que adolezca de plebeyismo o de pobreza. Por el contrario, es fina y magistral, exhibiendo una riqueza tal de vocablos que cabe deducir cuán hondos y variados son los matices del habla popular y hasta qué punto es viva y expresiva la facundia del pueblo.

Ya en su primera obra, *La Galatea*, Cervantes pone de manifiesto la sencillez de su estilo, que cobra naturalidad en las costumbres simples y puras de la vida pastoril, a la que pinta con tan noble emoción que no puede dudarse de la íntima solidaridad que le une a rústicos y desheredados. Don Quijote, dirigiéndose a Sancho, ofrece elocuente testimonio: "Quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que sea una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala". La perennidad del *Quijote*, su universalidad, reside, esencialmente, en esta

comprensión de los humildes, en esta forma de sentir la ardiente comunidad de todos los seres, que trabajan y cantan entre las rubias espigas de la creación. Ese amor a los humildes que sintió Cervantes, ese mismo afán de compenetración, ese deseo metafórico de comer en el mismo plato, me ha llevado a decir en otra ocasión que el canto de los braceros, de esos centenares de miles de trabajadores anónimos y esforzados, de los que nadie se había acordado hasta ayer, puebla en estos momentos la tierra redimida. Legislamos para todos los argentinos, porque nuestra realidad social es tan indivisible como nuestra realidad geográfica.

Cervantes demostró profunda conciencia social en todos los actos de su vida. Cuando se desarrolló la batalla naval de Lepanto, no obstante hallarse enfermo y con calentura, quiso correr la suerte de sus camaradas y participar en la lucha, porque "más vale pelear en servicio de Dios e de su magestad, e morir por ellos, que no baxarme so cubierta". Más tarde, cautivo en Argel, junto con veinticinco mil cristianos que pagaban así su delito de amar a la Patria y de sentir la fe, el glorioso "Manco de Lepanto" padeció, más que su propio dolor físico y espiritual, la incesante tortura de ver aherrrojados a sus compañeros de esclavitud y de ver perseguida, aborrecida y negada a la religión en la que había depositado toda la confianza de su corazón. En sus propias palabras lo dice: "Ninguna cosa fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos".

No obstante, tan admirables sentimientos no siempre obtuvieron el estímulo de la reciprocidad. Su vida fue triste, estrecha, dolorosa. Como pasa siempre, hasta la gloria más singular y la pureza más nítida tienen sus detractores. Aun muchos años después de haber entrado a la inmortalidad, se le siguió acusando de fallas, defectos y vicios; no faltó quien en el *Diario de Madrid* adujera en 1788 que "depravó, corrompió y estragó el estilo y la gracia del manuscrito". Felizmente, Cervantes, con genial previsión, se adelantó a sus detractores; en su obra póstuma *Persiles y Segismunda*, estampó estas sabias reflexiones aplicables a todos los tiempos y lugares, y especialmente a cuantos compatriotas se empecinan en difamar a no importa quién: "Los satíricos, los maldicientes, los malintencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: la traición contenta, pero el traidor enfada".

La posteridad, que desdeña los inventos de quienes odian todas las muestras de la grandeza, ha hecho a Cervantes la justicia que él esperaba

con profética certidumbre. En efecto, en el escudo que exhibe la edición primitiva del *Quijote*, Cervantes grabó el conmovedor versículo de Job: "Post Tenebras spero lucem". No puede suponerse mera coincidencia la elección de esta leyenda. El inmortal alcalaíno fue, dramáticamente, y de una manera tan lacerante —que duele el alma el sólo pensarlo—, el prototipo del caballero católico, de raíz hispánica, que se sumerge en el diálogo metafísico con la propia Divinidad, movido por la angustia de arrancar sus secretos al infinito. Llevado por el fuerte poder creador de lo español, Cervantes se tortura en el intento de descifrar todos los misterios de la vida y de la muerte, del espíritu y de la inmortalidad. Su indómita inteligencia no puede resignarse al acatamiento sumiso de los dictados teológicos y quiere —como Job— "Venir a razones con la Divinidad". Urgido por la tremenda necesidad de saberlo todo, levanta su alma a Dios, con delicada humildad, pero dispuesto a interrogar, a hurtar, a saber, pues le atormenta la idea de que acaso su certeza resulte insuficiente y no sea debidamente viva su pasión. Por eso, en la edición primigenia del *Quijote*, Cervantes se ampara en la dolorosa figura bíblica y se conforta con la desgarradora certeza de que, más allá de las tinieblas, lo espera la luz.

Toda la obra cervantina está penetrada de este latido inmaterial, de esta como niebla desvaída en que las cosas se van desdibujando y, no obstante, precisando, porque tal es la magia de la eternidad. Cervantes tiene la plenitud y la hondura de lo inefable. Ortega y Gasset lo dice: "He aquí una plenitud española. He aquí una palabra que en toda ocasión podemos blandir como si fuera una lanza. Si supiéramos con evidencia de qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado. Porque en estas cimas espirituales reina inquebrantable solidaridad y un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política". No estará todo dicho, por el propio Cervantes, cuando pone en labios de Marcela, estas palabras maravillosas: "Tienen mis deseos por término estas montañas y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera".

Aquí podría terminar el somero viaje cervantino, con que me quise adherir a la solemne celebración del más grande de los escritores castellanos. Pero antes quiero detenerme, siquiera sea por unos instantes, en el inmortal *Discurso de las Armas y de las Letras* que Cervantes confía a la minuciosa elocuencia de Don Quijote. Cuando el 10 de julio de 1944 cúpome la honra de inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata, me propuse destacar el sutil enlace que existe entre la inteligencia y las ar-

mas, aduciendo: "No es suficiente que los integrantes de las fuerzas armadas nos esforcemos en preparar el instrumento de lucha, en estudiar y preparar la guerra; es también necesario que todas las inteligencias de la Nación, cada una en el aspecto que interesa a sus actividades, se esfuerce también en conocerla, estudiarla y comprenderla". Aquel pensamiento cervantino, disgustó a algunas inteligencias que se proclaman fieles a Cervantes. Sin embargo, el inmortal complutense aboga por la principalísima importancia que tiene el espíritu en el ejercicio de las armas, impugnando a quienes sostienen lo contrario, "como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero, que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo".

El *Discurso de las Armas y de las Letras* es una de las piezas literarias más acertadas y hermosas que ha producido el ingenio humano. El soldado con toda la fuerza de renunciamiento que le impone el implacable deber aparece proyectado en esa atmósfera translúcida e insensible en que la propia vida pierde toda significación. Así, sabedor de que el enemigo está minando la parte en que él mismo se encuentra, no le queda otra alternativa que dar aviso al capitán "y el estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad". Así, también el marinero, que en la lucha con galera enemiga, "apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, otro ocupa su mismo lugar, y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes".

En el *Discurso*, Cervantes proporciona la imagen del héroe, en el gesto perenne de la heroicidad: esa plenitud de lo corporal y lo espiritual, en una amalgama tan indivisa y fluyente, que lo físico se hace etéreo y el puro valor anímico se torna irrealidad. Es el heroísmo que no teme a la muerte porque ama a la inmortalidad.

En el héroe cervantino está sumergido y latente el ideal hispánico —ascético, estoico, acaso resignado—, en el que se abre la flor de la caballería y se amasan los héroes y los santos. Ya lo dijo Cervantes: "El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga".

Según acabamos de ver, hay una concepción del mundo y del lugar que el hombre ocupa como sujeto de la Eternidad que es típica de la cultura occidental y cristiana. En el ámbito de ese orbe espiritual, que es el más

puro y elevado que han dado los siglos, España y el hispanismo representan la más prodigiosa acumulación de incitaciones ideales. Toda la fecundidad está ingravida en su arco, y sus flechas abren esa multiplicidad de destinos en que consiste, precisamente, la universalidad de lo español. Weber ha dicho, con notable acierto, que "lo universal se hace concreto en cada lugar". No es otro el misterio y la magia de Cervantes. Lo que Don Quijote tiene de español, de auténtico, de aferrado a lo suyo, es lo que le brinda esa universalidad que le permite cabalgar por todos los caminos. "Don Quijote y Sancho poseen el mundo" ha dicho con acierto un notable cervantista inglés.

Por esto, hablar de Cervantes o de España es meditar alrededor de un único tema, tema que es tan nuestro como de España, porque es de cuanto suspira por cosas eternas, adheridos al magno terrón de su tierra única y de su pueblo diferente. Madariaga ha dado una hermosa explicación de esta dualidad: "Esta universalidad de Don Quijote se debe —escribió—, no a su españolidad precisamente, sino a lo profundo del nivel a que Cervantes llega en su percepción y creación de esta españolidad. Porque lo universal no se alcanza generalizando, es decir extendiéndose a derecha e izquierda para ampliar el área de la observación, sino ahondando en lo único" o —podríamos completar nosotros— "elevándose hasta lo infinito".

No improviso, por cierto, al proclamar en este acto mi profunda adhesión a los valores espirituales que nos vienen en la tradición hispánica. En esto, como en tantas otras cosas, la unidad de mi pensamiento ha permanecido inalterable. Desde los balcones de la Casa de Gobierno, el 8 de julio de 1944, en homenaje a la Patria, que surgió del genio y de la sangre de España, proclamé la necesidad de que la Revolución llegue a las almas, porque en éste país, donde la naturaleza con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza material, deberíamos dar todos los días gracias a Dios por sus dones maravillosos; pero esa riqueza no es todo, sino que es necesario tender también hacia la riqueza espiritual, hacia eso que constituyen los únicos valores eternos y que son los que unirán, si es necesario, a los argentinos en defensa de la Patria, a costa de cualquier sacrificio.

Cervantes —prototipo del español— siente por encima de todo el amor a España. Ni los sufrimientos corporales que le agobian en los campos de batalla, en los grandes combates navales del Imperio o en las mazmorras de Argel; ni la pesadumbre moral que le causa el olvido en que le tienen los jefes a quienes ha servido; ni la desesperación que le produce el no poder trasladarse a América, ni el rigor de las prisiones llegan a que-

brar la exaltada adoración que siente por España, con ese patriotismo a la vez lírico y heroico que sus páginas encierran o que sigilosamente anima el espíritu de sus obras.

Feliz es el pueblo cuyos prosistas y poetas, clérigos y soldados, nobles y plebeyos, artistas y artesanos, viven enamorados de las bellezas de su tierra. La literatura española está impregnada de lo que puede llamarse amor geográfico. Los ríos, los mares, los valles y las montañas son caudal abundante de emoción patriótica. En la *Crónica general* de Alfonso el Sabio el elogio alcanza tonos de digna y majestuosa belleza:

"Esta España que dezimos, tal es como el Paraíso de Dios, que riégase con cinco ríos caudales, y cada uno de ellos tiene entre sí y el otro grandes montañas y tierras; y los valles y los llanos son grandes y anchos, y por la bondad de la tierra y el humor de ríos llevan muchos frutos y son abondados.

"España, la mayor parte ella se riega de arroyos y de fuentes, y nunca faltan pozos en cada lugar donde los ha menester.

"España es abondada de mieses, deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche y de todas la cosas que de ella hacen; llena de venados y de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura y batida de castillos; alegre por buenos vinos, holgada de abondamiento de pan; rica de metales de plomo, de estaño, de argento vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol; de sales de mar y de salinas de tierra y de sal en peñas y de otros mineros muchos; azul, almagre, alumbre y otros muchos de cuantos se hallan en otras tierras; briosa de sirgo y cuanto se face del; dulce de miel y de azúcar, alumbrada de cera, complida de olio; alegre de azafrán.

"España sobre todas es ingeniosa, atrevida y mucho esforzada, ligera de afán, leal al Señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, complida en todo bien, no hay tierra en el mundo que la semeje en abundancia, ni se iguale ninguna a ella en fortaleza. Y pocas hay en el mundo tan grandes como ella.

"España, sobre todas es adelantada en grandeza y más que todas preciada por lealtad.

"¡Ay, España! ¡No hay lengua ni ingenio que pueda contar tu bien!"

Esta prodigalidad de la naturaleza a que se refiere el Rey Sabio hace que todo lo español se ofrezca en un desbordamiento de pasión y excediendo los límites que son comunes a los pueblos de otro origen. Quizá por esta grandiosidad y por esta fuerza pudo ser España, sostiene un escritor contemporáneo, "escenario de grandes dramas históricos y produjo

hombres que correspondían a este escenario, exaltados, violentos, enamorados de la ventura, sumisos a los impulsos de la fe. Quizá en parte ninguna los hombres, el paisaje y las piedras, han formado una plástica con un sentido tan fuerte de unidad”.

De ahí que sea tan absorbente, profundo y total el sentimiento patriótico español.

Los pueblos de la Hispanidad también constituimos una unidad y también vivimos dominados por la pasión patriótica. Tenemos mucho en común que defender: unidad de origen, unidad de cultura y unidad de destino. Vivimos hermanados por vínculos de idioma, de religión, de cultura y de historia. Estas identidades deben impulsarnos a una empresa universal que, desbordando los límites geográficos aislados, integre la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos.

Pero nuestra empresa universal no puede interpretarse como un anhelo bélico, sino como un afán pacifista. Como un afán de que los valores humanos, los valores espirituales de cada hombre, sean respetados como criatura hija de Dios y hermana nuestra. Que no sienta ninguno de los mortales la injusticia de verse preferido en los goces de la vida por no haber nacido en un círculo de privilegiados que todo lo tienen; que no sienta ningún ser humano la humillación de verse privado de los derechos inherentes a su condición de criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. De este sentido primario de la justicia debe arrancar la paz del futuro.

Pero es un dicho conocido y cierto que la paz hay que ganarla como la guerra y que el sacrificio de los ciudadanos se requiere tanto para una situación como para la otra. A ese altísimo fin iba encaminado el llamamiento que en fecha reciente dirigía a todos los pueblos y el ofrecimiento que hice, interpretando los deseos de mis conciudadanos, en el sentido de que “las fuerzas materiales y espirituales de Argentina se movilizan hoy para expresar ante el mundo la voluntad nacional de servir a la humanidad en sus anhelos de paz interna e internacional”, colocándose “en la línea de ayuda que le sugiere el clamor universal”.

La actitud de la Argentina en estos graves momentos responde a su gloriosa trayectoria histórica y al pensamiento inspirador de sus grandes estadistas, y que quedó bien definida por mí en dos conceptos fundamentales. En uno, el requerimiento a la comprensión y a la tolerancia mediante la exaltación del valor humano.

“La labor para lograr la paz internacional —afirmé en aquella ocasión y repito ahora— debe realizarse sobre la base del abandono de ideo-

logías antagónicas y la creación de una conciencia mundial de que el hombre está sobre los sistemas y las ideologías, no siendo por ello aceptable que se destruya la humanidad en holocausto de hegemonías de derechas o de izquierdas." Y es otro el respeto absoluto a la soberanía de todas y cada una de las naciones. Mientras no se proceda en esa forma, serán inútiles cuantos esfuerzos se hagan para consolidar la paz en la tierra. Si bien se mira, el desconocimiento de los dos conceptos enunciados, es decir, el afán de hacer prevalecer en el mundo esta o aquella ideología y el desprecio de unos pueblos hacia los derechos y las modalidades de los otros han sido la causa principal, si no la única, de los dos últimos grandes conflictos bélicos, y que pueden originar un tercero. Como no quiero verme envuelto en tan grave responsabilidad, he proclamado el pacifismo y la generosidad pretérita, presente y futura de la política argentina, pues "las generaciones, desde el día mismo que nació la Patria, así lo determinaron, y el respeto inalterable por todas las soberanías nacionales, incluso las que forjara la espada luminosa de los arquetipos de la nacionalidad, han sido una virtud inmodificable del espíritu argentino".

Ahora bien, se equivocarán por completo quienes piensen que la guerra o la paz son problemas de relación exclusivamente externa. Pienso, contrariamente, y los hechos me dan la razón, que se trata en esencia de un problema interno, ya que no habrá paz internacional mientras cada nación no la haya conseguido para sí misma. El descontento, la miseria, la desocupación forman en cada país el clima necesario para la empresa guerrera. Por eso, siempre que he hablado de paz, he hablado también de justicia social y he señalado que "es demasiado duro el clima de la injusticia para condenar al hombre a vivir en él".

Sobre los temas internacionales, la Argentina puede hablar fuerte, no sólo porque el desinterés y la objetividad de sus opiniones se han hecho acreedores al respeto y al reconocimiento de los demás pueblos —aunque ello duela a los enemigos internos del Gobierno, que mejor querrían ver a su Patria postergada que reconocer el éxito de nuestra política exterior—, sino porque en la ayuda a las naciones ha adoptado una posición que, por idealista, sería propio calificar en este día de quijotesca. La Argentina contribuye también de esa manera al mantenimiento de la paz.

No debo insistir en esta cuestión porque mis palabras al respecto son muy recientes y han sido ampliamente difundidas. Permitidme, sin embargo, que resuma mi posición reproduciendo estos conceptos que deseo ver compartidos por todos los gobernantes del mundo: "Representamos una Patria que vive, desde su origen, los principios de la libertad. En la histo-

ria de la independencia de los estados, es la nuestra la firme voluntad de ser independientes y libres, respetando la autodeterminación de los pueblos y creyendo que no podrá haber jamás diferendos de cualquier naturaleza que no encuentren en los caminos del derecho y la justicia el cauce para que la civilización no fracase”.

Soldado por vocación y por profesión, me enorgullezco al poner mi confianza en los métodos y en las instituciones jurídicas, sin las cuales no hay posibilidad de convivencia civilizada. En lo íntimo de mi alma, igual que en el sentir de mis compañeros de armas, a quienes creo interpretar fielmente, está el convencimiento de que el Ejército Argentino, más que ninguno otro, tiene como una misión servir al derecho y a la justicia, tanto en el orden nacional como en el internacional. Si los pueblos y sus gobernantes ponen fe en la solución pacífica de sus conflictos, habremos alcanzado una etapa dichosa en que, como ahora sucede en el ámbito nacional, las armas sólo tendrán que actuar en lo internacional para restablecer el imperio de la justicia y del derecho conculcados.

Señores: El mundo vive hoy una revolución, quizás la más tremenda que haya conmovido a la humanidad. Espíritus avizores y dotados de sensibilidad habían percibido hace ya muchos años y dado su voz de alerta acerca del profundo cambio que comenzaba a operarse. Dentro de este hueco de tiempo, dos guerras mundiales fueron no la causa de esos desequilibrios, sino parciales manifestaciones del recóndito proceso que afloraba a la superficie y adoptaba las más diversas formas. Trascendía a lo específicamente político y se desbordaba en el campo de la economía, del derecho, del arte y de la ciencia misma, para golpear con toda su fuerza en el ámbito de lo social.

Y esta universal convulsión resquebrajaba todo un sistema que servía de soporte a las relaciones sociales y atacaba los fundamentos filosóficos y jurídicos del Estado burgués, reclamando su perentoria sustitución por otra más acorde con los anhelos de la humanidad. La humanidad doliente desea un ordenamiento social, político, jurídico y económico más acorde a las nuevas necesidades.

Muchas y muy variadas fueron las causas que contribuyeron a acelerar este proceso dándole en algunos países un tono sombrío y catastrófico. No fueron ajenos a él las clases rectoras que, por tener la responsabilidad de la conducción, no podían desentenderse de los acontecimientos, como desgraciadamente ocurrió.

Porque en presencia de la vasta transformación que se operaba, optaron por desconocer la realidad, como si fuese posible prescindir del medio y de los acontecimientos que nos rodean.

Por trágica paradoja, las clases conservadoras perdieron el instinto de conservación. Su anhelo vehemente de retenerlo todo, su afán de no ceder una sola de las ventajas acumuladas no les permitió ver lo que era de manifiesta evidencia: que el querer conservarlo todo las llevaría a perderlo todo. No comprendían que el saber adaptarse a la tremenda transformación que sufría el mundo era un problema de vida o muerte: lo conservador era, precisamente, ser revolucionario. ¡Pero no lo entendieron!

No comprendían que todo un sistema se había roto, y que lo viril, por consecuencia, era enfrentar los hechos nuevos y los problemas que iban apareciendo y darles solución. Pero prefirieron volver las espaldas a la realidad o descargar el inútil arsenal de sus denuestos contra los hombres que a su juicio eran los causantes de tales cambios. No advirtieron que las causas de las convulsiones sociales no estaban en los hombres que las promovían o en las masas que a éstos acompañaban, sino en la injusticia social que el antiguo régimen mantenía. Por esto, en su inconsciente razonar, han calificado de demagogos a cuantos concedores de la injusta desigualdad social y de las aspiraciones de las masas laboriosas quisieron realizar la transformación social por los caminos del orden y de la comprensión. Por esto, en su insustancial verbosidad, injurian a los que a la postre habían venido a salvarlos de una tragedia, que ellos mismos estaban auspiciando con su actitud, y de una catástrofe en la que serían los primeros decapitados —y esto, no por cierto en sentido metafórico.

El fenómeno ha sido universal, y por supuesto nosotros tampoco escapamos a esta abdicación de los deberes propios de las clases rectoras.

Dentro de este proceso histórico, otros movimientos, que inclusive habían soñado con la revolución, se sintieron desbordados o amedrentados por la revolución que se producía en la vida real.

Vióse así al socialismo, por ejemplo, ser superado en el planteo de los problemas, y fue dado presenciar cómo sus corifeos recorrían vanamente los archivos de la literatura marxista sin encontrar soluciones adecuadas.

Ellos confundían la revolución y lo revolucionario con lo extravagante. Hacían de la revolución un problema de vestuario. Ajenos al país y a su sensibilidad, negaban el pasado, se mofaban de la Patria y de la bandera

considerándolos conceptos anacrónicos, sin advertir que lo único pasado de moda era su incomprensión de los verdaderos problemas del trabajador.

Cuando vieron que la revolución que soñaban dejaba de ser un sueño; cuando se enteraron de que en otros países las banderas quedaban rojas a fuerza de la sangre que la revolución vertía, se convirtieron en hormiguitas prácticas, refugiándose en sus celdas para disfrutar pacífica y alegremente de la cosecha recogida en la primavera de la burguesía.

Mientras unos soñaban y otros seguían amodorrados en su incredulidad, fue gestándose la tremenda subversión social que hoy vivimos, y se preparó la crisis de las estructuras políticas tradicionales. La revolución social de Eurasia ha ido extendiéndose hacia Occidente, y los cimientos de los países latinos del Oeste europeo crujen ante la proximidad de exóticos carros de guerra. Por los Andes asoman su cabeza pretendidos profetas a sueldo de un mundo que abomina nuestra civilización; y otra trágica paradoja parece cernirse sobre América al oírse voces que con la excusa de defender los principios de la democracia (aunque en el fondo quieren proteger los privilegios del capitalismo) permiten el entronizamiento de una nueva y sangrienta tiranía.

Como miembros de la comunidad occidental no podemos substraernos a un problema que, de no resolverlo con acierto, puede derrumbar un patrimonio espiritual acumulado durante siglos. Hoy más que nunca debe resucitar Don Quijote y abrirse el sepulcro del Cid Campeador.

Al imponer la Orden del Libertador al director del Museo del Prado, señor Álvarez de Sotomayor

12 de octubre de 1947

El Gobierno ha querido distinguir en vos, además de vuestra personalidad destacada en el arte de España, al genio inmortal de nuestra raza.

Yo he deseado que esta condecoración os fuera entregada personalmente por mí, y en este ambiente, donde estamos recibiendo los efluvios de vuestra tan amada España, de nuestra tan amada España.

La orden del general San Martín en el pecho de un artista lucirá siempre más esplendorosa que nunca, porque el que la originó, el general San Martín, fue también otro gran artista. El arte de la guerra, quizá duro y sangriento, tiene en el fondo una expresión inimaginable de lo que es el arte de la tragedia. Vosotros tenéis más suerte: elegís vuestros temas. Nosotros, los soldados, solamente tenemos un tema para desarrollar.

Pero el arte, en un u otra manifestación, es siempre una expresión espiritual que España conoce en todos los campos. Y vos, maestro, que traéis la representación del inigualable y glorioso Museo del Prado, que no se puede visitar sin emoción, llevad también a vuestra tierra, con nuestro inmenso cariño a España, el reconocimiento por esta muestra. Y como director del Museo del Prado recordad siempre que si aquí no tenemos la suerte ni la tradición de vuestra tierra, de poseer un arte tan distinguidamente elaborado, tenemos un corazón común con el de vuestra tierra. Y vuestro arte, en España o en la Argentina, es siempre un arte común a nosotros y a España.

Al condecorar con la Orden del Libertador al general Jean de Lattre de Tassigny en la Embajada de Francia

13 de octubre de 1947

Mi general:

El pueblo argentino, que es un pueblo patriota y agradecido, no olvidará jamás que en vuestra dulce Francia, hace muchos años, nuestro Libertador encontró la tranquilidad que no halló en su país y que vuestra tierra acogedora y gentil le brindó.

Por eso yo quiero que llevéis para vuestra tierra, tan cerca de nuestro corazón, dos recuerdos ligados a nuestro Gran Capitán. Sé bien que estos recuerdos serán gratos a vuestro corazón de soldado y de héroe de la Francia. Esto es con lo que la República Argentina quiere distinguiros para que recordéis que en vuestra corta estada en nuestra tierra habéis ganado nuestra amistad y nuestro corazón.

En nombre del Gobierno argentino quiero tener el alto honor de prender en el pecho de un glorioso soldado de la Francia —que honrándola ha honrado a la humanidad y muy especialmente a nuestra propia raza, la raza latina— esta Orden del General San Martín. Al condecoraros, sé que estoy interpretando los designios del propio San Martín.

En ningún pecho estará mejor esta Orden de San Martín que en la de un glorioso soldado de Francia, que ya ha pagado su tributo a esa gloria que todos los latinos respetamos y compartimos con Francia en los momentos actuales, sean éstos de ventura o de desgracia.

Pensad, mi general, que en esta tierra dejáis buenos amigos. Nosotros tenemos un solo culto; es el culto de la amistad y del reconocimiento. Con esa amistad partid tranquilo, y si algún día nos encontramos en el camino de la vida, seremos tan amigos entonces como somos ahora.

Recordad siempre, mi general, que en la Argentina os esperamos con los brazos abiertos, y que esta amistad que estrechamos hoy con un soldado de la Francia, es el estrecho abrazo de una memoria eterna, de un recuerdo impercedero y de una amistad indestructible.

en la Embajada de Francia

17 de octubre de 1947

Mi general

El hecho argentino que es un hecho histórico y glorioso, es el hecho de que en esta guerra los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia.

Por eso yo quiero que usted sepa, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia. Y yo quiero que usted sepa, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia.

En nombre del Gobierno argentino quiero decirle, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia. Y yo quiero que usted sepa, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia.

Los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia. Y yo quiero que usted sepa, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia.

Los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia. Y yo quiero que usted sepa, mi general, que los argentinos, desde el primer día, estuvieron al lado de la Francia que se batía con el nazismo y que luchó por la libertad y la justicia.

El acto de la Unión Tranviarios

13 de octubre de 1947

Compañeros tranviarios:

Un compromiso del que ya estoy casi excedido en el tiempo me priva del placer de terminar con ustedes este magnífico acto. Por eso voy a hacer uso de la palabra antes que el compañero Bernárdez, y en contra de mis deseos, porque me hubiera sido muy grato escucharlo, mas el tiempo es un poco tirano.

Quiero hacer llegar mi saludo a este benemérito gremio de los tranviarios por el que siento un afecto especial en razón de ser un gremio trabajador y sufrido, organizado y unido tal como quiero ver a todos los gremios argentinos.

Sean mis primeras palabras de congratulación a todos los delegados de este magnífico congreso, porque son el alma de la organización, como así también a la comisión directiva y a la diversas comisiones directivas del gremio que actúan en toda la República. Los felicito porque estas demostraciones por parte de los gremios unidos, trabajando en sus problemas, es lo más constructivo y lo que más puede agradecer el Gobierno a los trabajadores. Las organizaciones sindicales deben dedicarse a resolver todos los inconvenientes, porque no se va adelante con inconvenientes, sino con soluciones.

Sabemos bien que los gremios del transporte, y especialmente el de la Capital Federal, tienen problemas difíciles que no han sido creados por los trabajadores ni por nosotros, sino por otros gobiernos que no supieron defender lo que es argentino del ataque extranjero. El Gobierno ha tenido que tomar medidas para mantener a la corporación y ha debido contribuir, y contribuye, todos los meses porque entiendo que no es justo que las consecuencias de una mala obra de gobierno tengan que pagarlas los trabajadores. En tal sentido, el Gobierno habrá de asegurar esa justicia indispensable en la vida de los hombres y no ha de escatimar ningún esfuerzo,

ningún sacrificio. No es justo que las malas obras de gobierno tengan que sufrirlas quienes no tienen culpa alguna. El trabajo ha de ser remunerado siempre en las compañías de transportes, sea que se desenvuelvan con buenos resultados o con pérdidas en su gestión económica. El trabajador cobra sus salarios cuando el patrón gana, y si el patrón pierde debe cobrarlos también.

Sabemos que hemos de afrontar un difícil problema. ¿Cómo surgió este problema? Lo conocen ustedes tan bien como nosotros. Vivíamos bien tranquilos con los transportes que poseíamos y buena parte de los mismos era explotada por los trabajadores. Un tratado internacional nos obligó a entregar parte de nuestra producción en una malhadada hora incluyendo a los transportes de la Ciudad de Buenos Aires, que pasaron a constituir un monopolio. La realización de un contrato leonino de tal naturaleza obligó al Gobierno argentino a valorizar el material viejo como si fuera nuevo, abultando el capital y comprometiéndose a garantizar hasta el siete por ciento de interés de ese capital ya aguada.

En estas condiciones, si estuviéramos que hacer frente hoy a la compra total de esa compañía, el Estado se vería perjudicado por lo menos en quinientos millones de pesos. Ésta es la realidad a la que nos ha condenado los gobiernos de los hombres que ahora nos critican y dicen que no hacemos nada bien. Hemos de encarar el problema y lo resolveremos de la mejor manera, pero de lo que pueden estar persuadidos es que cualquiera sea la solución no será en ningún caso perjudicando a los trabajadores de la compañía.

Agradezco todo cuanto han manifestado los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra, porque han revelado esa inmensa comprensión que encuentro todos los días entre los trabajadores y que quisiera hallar entre los demás argentinos, pero que, desgraciadamente, no existe en algunos sectores. Comprensión que es indispensable en el pueblo argentino, pero que si no llega, no hay que preocuparse, porque la gente que trabaja, que produce lo que consume, es la que entiende; la que no comprende es la que ha vivido siempre del trabajo ajeno, que en muchos casos no produce ni siquiera lo que consume.

Como el tiempo apremia, me despido como siempre con el profundo sentimiento que me liga a la masa de trabajadores argentinos. No he cedido, no cedo ni he de ceder un solo paso de lo que ustedes conocen como mi concepción primaria de gobierno: asegurar a los trabajadores una situa-

ción tan próspera y feliz como pueda brindarla la Nación dentro de su equilibrio económico social.

No descansaremos un minuto, si es preciso, para asegurar que esta masa de obreros, tan simpáticos, tan cara a mi corazón, lleve adelante su programa. Hemos de vencer porque por sobre todas las cosas nos asiste la verdad y la justicia; y cuando los hombres defienden la verdad y la justicia, están unidos y trabajan por ellas, son invencibles: y nosotros seremos invencibles.

Les pido a todos los compañeros delegados que lleven a los gremios que representan este caluroso y leal saludo de un compañero más, que aquí, en la Capital Federal, está trabajando por una Argentina mejor, por la Argentina con que soñamos los verdaderos argentinos; una Argentina para todos los argentinos y no para núcleos privilegiados de ninguna naturaleza; una Argentina grande, pero, por sobre todo, una Argentina justa.

En la promulgación del estatuto de los docentes particulares

15 de octubre de 1947

Les agradezco profundamente por haberse molestado en llegar hasta aquí para tener yo el inmenso placer de saludarlos.

Nuestra política, mi política, desde hace mucho tiempo, es una sola, y la he enunciado en muchas oportunidades. Ésa política es, dentro de nuestro Estado, dentro de nuestra organización institucional, asegurar a los grupos más débiles de la población la posibilidad de una forma que garantice integralmente sus derechos.

Éste, enunciado así, brevemente, parecería una cosa sin mayor importancia, pero pensamos lo que decía el inmortal Hernández cuando escribió el *Martín Fierro*: La justicia es una cosa semejante a la tela de araña, donde los bichos chicos quedan prendidos y los grandes rompen la tela y la pasan. Lo que nosotros queremos es que esos elementos colocados dentro de nuestra sociedad en posición de no tener las fuerzas que poseen los poderosos por su situación material, no que tengan la posibilidad de romper la tela, pero sí de obligar a los grandes a queden también prendidos en ella.

Por esa razón, dentro de nuestro orden interno, hemos creado los derechos del trabajador, y no comprendo cómo algunos piensan que son dedicados sólo a los obreros o a los operarios de cualquier naturaleza, pues esos derechos comprenden a todos, desde el presidente de la República hasta el último ciudadano, y desde el más poderoso capitalista hasta el más pobre de nuestros artesanos.

Lo que se ha querido con esos derechos es que se igualen los débiles con los fuertes, única manera de compensar ese extraordinario desequilibrio que nuestra sociedad viene observando entre los hombres que todo lo poseen —incluso el derecho de hacer ver como cierto lo que es incierto y

como real lo que es irreal— y los que por carecer de todo no tienen la posibilidad de proceder de tal manera.

La agremiación por actividades tiene esa finalidad, en lo social, en lo económico y en lo político por una simple razón, de la misma manera que la colectividad se defiende contra otros males por la asociación. En la previsión social, el punto de partida es el ahorro que cada uno hace como previsión social individual. Cuando ello no alcanza porque el mal es mayor que la posibilidad que existe de remediarlo con los propio ahorros, viene la formación de la mutualidad, que permite que la colectividad de un gremio vaya en apoyo de uno de los individuos que lo componen.

Tras de ello viene la previsión social del Estado, por cuanto no es posible que el hombre haga frente a la desgracia por sí solo, o que la colectividad a la cual pertenece no pueda prestarle la ayuda integral; y entonces, es el Estado quien tiene la obligación de preservar a este hombre, por una simple razón de concepción institucional. Si el Estado obliga a un individuo a vivir en una forma convencional, él tiene también la obligación de atenderlo y de cuidarlo cuando los males que lo amenazan sobrepasan las posibilidades de la propia ley.

En otro orden de ideas, el caso de los maestros es una demostración absoluta de cuanto vengo diciendo. Hasta ahora —como muy bien dijo el señor vicepresidente en su discurso—, todo el mundo comprendía que los problemas del maestro eran afligentes, que tenían razón, pero las soluciones no venían; y lo que a los maestros podía satisfacer eran las soluciones y no los reconocimientos. Frente a un problema puramente material se había optado por sacrificar al maestro, porque el problema era bilateral: o había mayor desembolso para satisfacer en forma más digna las necesidades de los que realizaban esa función o, a la inversa, se sacrificaba al que la realizaba para no cargar al otro término el gravamen de una solución material. Es decir, se había optado por que se sacrificase al maestro; vale decir, había quedado “en la tela”, mientras el otro la había roto y pasado.

Nosotros pensamos que si durante tantos años la parte negativa del problema había sacrificado a los maestros, era ya tiempo de que, en compensación, comenzara el sacrificio en el otro bando. Eso es, exclusivamente, lo que estamos haciendo. El otro bando encontrará la solución, y el Estado estará pronto para ayudar y buscar esa solución, pero mientras el desastre gravitase permanentemente sobre los maestros, existiría un problema que no tendría solución. Por eso encaramos la solución por el único lado del problema en que es posible hallarla, y hemos de encontrarla. No

han de haber inconvenientes tan graves que no puedan resolverse en este problema, como se han resuelto en todos los demás. No hemos de romper el equilibrio económico de la Nación porque se solucione un problema acerca del cual estamos totalmente convencidos que no se había encarado con justeza y con justicia.

Nos hemos ocupado, señores, hasta ahora, en proclamar que el magisterio es un sacerdocio. Estoy completamente de acuerdo, pero el sacerdocio hay que comprenderlo de una manera: este sacerdocio civil no puede aplicar el criterio de que todo el magisterio argentino esté formado por héroes. Las multitudes tienen algunos héroes, pero no se puede someter a la heroicidad obligatoria a toda una colectividad.

Ésa no puede ser la concepción y menos la realización de un programa nacional de gobierno. Por esa razón, nosotros entendemos también el magisterio como un sacerdocio, y éste requiere un requisito, que es indispensable cumplir en todos los casos. Si a un hombre le pedimos que dedique su vida a la enseñanza, el Estado, o quien utilice sus servicios, debe satisfacer sus necesidades. El que dedica su vida a la sociedad necesita que, del otro lado, se le asegure su bienestar, porque, si no, perece. En la satisfacción de las necesidades de la vida no entra solamente el factor material de sustentarla biológicamente, sino que también deben satisfacerse necesidades espirituales y morales de las personas que han de dedicar su actividad a una cosa tan noble como es la enseñanza.

No podremos tener buenos maestros si no viven tranquilos y felices, máxime en un país donde la felicidad no es la excepción, sino la regla, y la desgracia y la infelicidad, la excepción.

Señores: Es en cumplimiento de estas ideas básicas que el Gobierno sustenta que hemos creído indispensable comenzar a fijar en leyes orgánicas la situación de todo el personal del magisterio argentino.

Yo no me expliqué jamás cómo ha sido posible que hasta 1946 las actividades dentro de nuestro Estado no hayan sido regidas por algo estable, como es una ley orgánica, y cómo es posible que la gente haya podido vivir librada a la discrecionalidad de algunas personas que manejaban su porvenir, su vida y su felicidad.

Señores: Muchas veces pienso que lo más grave que pudo pasarle a una persona en su vida es no tener un porvenir más o menos visible y asegurado. Siempre que veo alguno de los tantos extraviados que cruzan delante de mí, pienso si es un desgraciado; y que quizá yo, en la misma situación, sería tan extraviado como él. Lo que el país debe asegurarle a

cada una de las personas que habitan en él es el porvenir, y logrado esto tendremos un pueblo que trabajará por el porvenir de la Nación. El hombre que tiene asegurado su futuro es un hombre seguro de sí mismo, que marcha con un objetivo y que sin duda alguna trabaja para asegurar el futuro de la Patria. Cada uno que marcha por la calle con su porvenir incierto es un peligro para la sociedad. La base real de una sociedad racional y estable está precisamente en que los hombres que piensen que no tienen asegurada su vida sean los menos; y si el Estado comprende que este hecho es racional y fundamental para la constitución de una sociedad organizada y constructiva, tiene la obligación de promulgar estatutos que den estabilidad y seguridad de porvenir a los hombres que cumplan con su deber, que trabajan honradamente y que están labrando diariamente en su puesto la grandeza del país, con el mismo derecho y el mismo honor que lo pueda hacer el Primer Magistrado de la Nación.

Por eso, señores, cada estatuto que sale me produce una gran alegría. Este país tiene dos graves defectos. Por un lado, sufrimos una desorganización tremenda; es menester que nos dediquemos a organizar; cada uno de estos estatutos es un paso adelante en la organización integral del país. El otro defecto que debemos reconocer es que se trabaja poco, y muchos no trabajan nada; tenemos que convertir a la Argentina en un país de trabajadores.

Entonces, señores, cuando encuadremos a todas las colectividades en sus leyes orgánicas, pocos podrán escapar a la necesidad de cumplir con su deber.

Llegará el tiempo en que este país, organizado integralmente, no deje lugar para los que consuman sin producir, y, en cambio, brindará una brillante posición a aquel que produce, por lo menos, lo que consume. Ésa es la base de la futura sociedad.

El desequilibrio económico y social que afronta el mundo en estos momentos es debido —en mi entender— exclusivamente a que día a día aumentaba el número de los que consumían sin trabajar y disminuía el número de los que trabajaban para producir lo necesario para ellos y para los que no trabajan. Ello se comprueba fácilmente si observamos que el problema del mundo actual es la infraproducción. Es decir, estamos por debajo del cien por cien de la producción normal del mundo. Inglaterra, por ejemplo, en carbón —sabemos lo que era aquello— produce actualmente ochocientas mil toneladas menos por semana que lo normal, y nosotros estamos produciendo un treinta por ciento menos que lo normal. Tenemos

que producir el doscientos por ciento más de lo que estamos produciendo, porque podemos hacerlo y debemos hacerlo. Cuando el mundo normalice su producción, yo creo que la mitad o las tres cuartas partes de los problemas habrán desaparecido.

La política que seguimos nosotros es la conformación de leyes orgánicas que encuadren a los hombres en las colectividades y actividades, que les dé sus derechos y se establezca sus obligaciones; y cuando ningún argentino escape a eso, la Argentina será el país más feliz, más grande y más hermoso de la tierra. A eso tendemos.

Por eso, señores, al entregarles simbólicamente la promulgación de este estatuto, no tienen ustedes que agradecérmelo a mí; tienen que agradecerse a ustedes mismos, porque este estatuto lo han conseguido merced a la fuerza que da la unión de todos ustedes.

Con esto han hecho un bien a la colectividad a la que pertenecen, pero estén seguros, absolutamente persuadidos, de que han hecho un mayor bien al Estado.

En la inauguración del Congreso pro Plan Quinquenal de la C.G.T.

16 de octubre de 1947

Compañeros:

Sean mis primeras palabras de saludo afectuoso y fraternal a todos los compañeros delegados que traen a este Congreso la representación de todos los otros camaradas que se escalonan a lo largo de la Patria, trabajando incansablemente por la felicidad de todos los argentinos. Y sea mi segundo pensamiento el de felicitación a la C.G.T., que concurre a este acto constructivo de los trabajadores para ponerse a tono con un gobierno que no es otra cosa que la representación auténtica y el cumplimiento fiel del mandato y la ejecutoria real de todos los trabajadores de la Patria.

No es un secreto para nadie que he proclamado, orgulloso, y con el mayor honor, que mi Gobierno es de base profundamente proletaria y obrera y que nuestros actos de gobierno se inspiran en esa masa y en ningún otro interés que no sea el de la Patria.

La central obrera, colocada en el plano de la construcción nacional y apoyando el Plan de Gobierno, da a nuestro movimiento la conjunción inamovible de las voluntades que están construyendo ya el futuro de la Nación. Esa conjunción representa la médula de nuestro movimiento democrático, porque la representación del país es tan representación en los delegados obreros como puede serlo en cualquier otra autoridad de la Nación.

Cumple bien la C.G.T. su misión cuando convoca a todas las representaciones sindicales de la Nación para discutir en un congreso sus problemas, ponerse de acuerdo en ellos y realizar después, simultáneamente en toda la República, con unidad de concepción y con unidad de acción, lo que mayormente convenga a los intereses de la Patria y a los sagrados intereses de los trabajadores. Ésa es la misión fundamental de la C.G.T.:

buscar la unidad de todos los gremios, realizar la unificación de propósitos, para que todos los trabajadores sepan adónde van y cuáles son los objetivos que deben perseguir. Esta obra significa dar al movimiento obrero de la Nación una orientación uniforme, que mayormente sirva a los intereses de la clase trabajadora, y prepararla, con unidad de acción, a seguir manteniendo y consolidando las conquistas obtenidas, al propio tiempo que pone a los trabajadores al servicio directo de la Nación, que es de ellos mismos.

Por eso, señores, llego hasta este local con la inmensa satisfacción de sentirme solamente un trabajador más, y de compartir estos breves instantes con los camaradas que, en otras partes de la Patria, son, también, un trabajador más. Desde la Casa de Gobierno los sigo, desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, con mi pensamiento, porque estoy persuadido de que lo único que puede levantar al país al punto en que lo veremos ver, de que lo único que puede salvar al país de caer en la desgracia en la que tantos países están hoy envueltos es el trabajo, no es la conversación y la charla; es el trabajo organizado y consciente que la colectividad puede realizar solamente cuando los hombres que trabajan y producen se ponen de acuerdo sobre cómo deben actuar y sobre cómo deben defender sus derechos.

Por eso, compañeros, al llegar hasta aquí vengo animado de un inmenso deseo de hacerles llegar a cada uno de ustedes la absoluta persuasión que yo tengo sobre la necesidad de unir la clase obrera por sobre todo otro interés que no sea el de la clase obrera misma.

Nuestro movimiento ha de triunfar con esa unidad, y así lo espero de este congreso que se inicia con el auspicio de esta lluvia que está cayendo y que bien saben los chacareros cuánto vale al llegar en un momento tan oportuno, cuando ya mucha pobre gente en el campo estaba pensando que podía perder el fruto de su trabajo y de su sacrificio.

Compañeros: Al darles la bienvenida y augurarles el mayor éxito para este congreso, como un compañero más que tiene alguna experiencia, he de hacerles algunos pedidos. Recuerden mis consejos de siempre: Para un obrero no hay nada mejor que otro obrero.

La clase obrera tiene un gran objetivo que cumplir, y es el de mantener y consolidar todas las reivindicaciones alcanzadas. Para ello es menester que cualquier otro objetivo secundario o parcial se sacrifique a la necesidad de sostener y de conseguir ese objetivo; que no hagamos una lucha personal en este campo; que recordemos que estamos en este Congreso

para trabajar por toda la clase trabajadora, y que todo problema que no se refiera al beneficio de toda la clase trabajadora no tiene ninguna importancia y no debe hacerles perder lamentablemente el tiempo.

Como presidente de la Nación debo agradecer a la Confederación General del Trabajo que, demostrando una comprensión superior a la que no llegan muchos que se creen sabios y prudentes, se decida a aprobar y a impulsar con su apoyo la realización del Plan de Gobierno. El Plan de Gobierno es la aspiración de los argentinos para ser realizada por los argentinos y para los argentinos.

Ese Plan de Gobierno tiene dos finalidades que son fundamentales: la primera es crear trabajo, y, junto con eso, obligar a que trabajen los que nunca han trabajado. Y si el Plan de Gobierno se cumple integralmente, algún día han de convencerse de que en esta tierra no hay lugar para los que consumen sin producir y que cada uno deberá producir, por lo menos, lo que consume.

La segunda finalidad es bien clara: Nuestro país ha estado enfermo de pequeñas realizaciones. Pareciera que en nuestro país nunca hubiera habido hombres capaces de emprender grandes empresas. ¿Qué es lo que ocurría? Que cada gobernante que llegaba estructuraba obras que terminaban en el corto período de cinco o seis años, para poderles poner una placa con su nombre y los de todos sus ministros. Y es natural concebir que una obra de gran aliento, como sería la distribución de toda el agua argentina o la utilización de toda la energía que está en los campos, en los montes o en los valles argentinos, o la utilización integral de la capacidad energética de este pueblo, nada de eso podía ser construido en cinco años, porque se necesita mucho tiempo más.

El Plan Quinquenal va a lanzar todas esas obras y las va a llevar adelante; y si no dejo terminadas más que algunas obras, al que me suceda le he de dejar comenzadas todas las demás. Con ello habremos asegurado la continuidad en las obras, para obligar a terminar aquéllas de gran aliento, aunque duren diez o veinte años, no por el egoísmo de que las hayamos de disfrutar nosotros, sino por el altruismo y el idealismo de que las han de disfrutar los hermanos argentinos que nos sucedan en las generaciones.

El Plan de Gobierno tiene todavía una finalidad superior que no todos comprenden. Este Gobierno se ha empeñado en crear un derecho para los grupos débiles, para los que no cuentan con el poder de la riqueza para defenderse a sí mismos.

Decimos que la ley es igual para todos, y eso, señores, hasta nuestros días, había sido una "mentira criolla". Ya el inmortal Hernández en su *Martín Fierro* había dicho que la ley es como la telaraña^o en que el bicho chico se queda prendido y el grande la rompe y pasa. Nuestra concepción de la justicia está basada en que ni el chico ni el grande puedan romper la tela. Para ello, frente a los demás derechos del más fuerte, hemos creado los derechos del trabajador. Estos derechos constituyen la espada y el escudo con que han de defenderse y pelear los grupos débiles de nuestra población. Y los hemos de aplicar y los hemos de llevar a todo el territorio, y, si es posible, los hemos de expandir por los cuatro puntos cardinales del mundo.

Otro de los puntos fundamentales, además de todos los que ha citado el compañero Hernández, estriba casualmente en que la enseñanza, en que la cultura, en que el perfeccionamiento intelectual alcance también a la clase trabajadora y a sus hijos. No es posible tolerar, en un país igualitario, que al privilegio material del dinero se le agregue también el privilegio espiritual de la ciencia y de la educación.

Si la sociedad puede imponer a los hombres relaciones de convivencia por el convencionalismo de las leyes, también tiene la obligación de proteger a los más débiles cuando la necesidad o la desgracia los azote.

Para la clase trabajadora, apoyar el Plan Quinquenal equivale a defender su propia obra y a lograr sus aspiraciones; el sabotearlo o interferirlo representa, en mi concepto, una verdadera traición a la clase obrera.

El Plan Quinquenal es la consolidación definitiva de todo cuanto venimos sosteniendo en nuestro movimiento; constituye la reafirmación de los derechos del trabajador y significa la total independencia económica de la Nación. Con la pérdida de estas tres conquistas, el pueblo argentino retornaría a cinco años atrás y volvería a ser esclavo de las fuerzas oscuras que han impulsado a la oligarquía y a otros poderes.

Como presidente de la Nación agradezco a la Confederación General del Trabajo, en nombre de la Patria y de los más sagrados derechos de la nacionalidad, que haya sabido interpretar y penetrar los designios que encierra esa realización planeada. No he encontrado todavía un solo hombre con fundamento o ideas que haya podido rebatir un solo aspecto del Plan Quinquenal.

Como un simple compañero les agradezco que pongan el hombro a esta obra que es de todos ustedes, que ayuden a la realización de estas ideas, que es lo único que puede llevarnos en el concierto de todas las na-

ciones del mundo. Les doy las gracias, por último, como hombre de trabajo que soy y que no tiene otra ambición en su vida que la de que, cuando cierre los ojos pueda exclamar: "He favorecido a los trabajadores de mi Patria".

Ahora quiero formularles un pedido y a darles un consejo de amigo y de hermano. Discutan con altura; no se ofusquen; esgriman razones y recuerden que esas razones nos llevarán a buen puerto; no planteen problemas que dividan, discutan problemas que unan. Tengan en cuenta que toda la clase trabajadora y todas las masas peronistas del país tienen puestos los ojos en este Congreso y, entonces, deben ustedes llegar a conclusiones constructivas que reflejen comprensión y buena voluntad para extenderlas a todo el territorio de la Patria.

Por sobre todas las cosas, sean compañeros, sean amigos, porque así serán invencibles. No se dividan, porque eso es lo que están esperando nuestros enemigos. Sacrifiquen cualquier cosa en aras de la unión, porque ésta representa el triunfo. La división es síntoma de debilidad. No olviden este consejo: Trabajen como hermanos en forma constructiva.

Les pido que luego de tratar los problemas obreros, al regresar a su tierra, lleven este consejo: Hagan gremialismo, hagan sindicalismo, pero no política. La Patria se ha de salvar por el trabajo, con el apoyo de los que trabajan, con esa fuerza que da el músculo y la inteligencia no aplicada a dividir el país en núcleos, sino a unirlo en una sola causa superior, que es el trabajo honrado.

Compañeros: Les deseo el más grande de los éxitos. Recuerden que el Gobierno espera los resultados de este Congreso para establecer una conexión y una colaboración absoluta con ustedes. Les consta que jamás el Gobierno se ha ocupado de dirigir organizaciones obreras de ninguna naturaleza. La organización obrera es autónoma y hace dentro de ella lo que mejor le viene en gana. El Gobierno no quiere sino su apoyo, pues no aspira a dirigirla ni a inmiscuirse en lo que no le importa.

Con ese inmenso respeto que he profesado siempre a las organizaciones obreras, y que hemos de seguir manteniendo para que los grupos sindicales sean el resultado auténtico de su labor fecunda, quiero expresarles que queremos trabajar con el Gobierno al lado de ustedes; queremos el apoyo de ustedes, porque con esa colaboración el Plan de Gobierno se ha de ejecutar mal grado la oposición o el sabotaje, parta de donde parta.

Señores: Con estas palabras, y con mis mayores deseos de éxito para el Congreso, les dejo un abrazo de compañero, que, como siempre, es de

corazón, augurándoles que sean felices y que los delegados del interior pasen estos días en Buenos Aires de la manera más grata. Para ellos estamos, desde ya, totalmente a su disposición.

Creo también que debemos comenzar con un objetivo y que sin dudar alguna trabaja para asegurar el futuro de la Patria. Cada uno que marcha por el bien de su patria, en el momento que le interesa para la sociedad. La base real de una sociedad nacional debe estar precisamente en que los hombres que piensan que no tienen asegurado su futuro agitan las manos; y si el Estado comprende que esta es la base nacional y fundamental para la construcción de una sociedad organizada y colectiva, tiene la obligación de tomar por estatutos que dan estabilidad y seguridad de tener en sus hombros que siempre con la idea de que a labran horridamente y que están labrando el Parlamento en su país, en esta vez del país, con el mismo corazón y el mismo honor que le presta a los otros países. Manifestada en la Nación.

Por eso, señores, creo oportuno que sea una práctica una gran idea. Este país tiene que dar grandes intereses. Que un día, sin otros una de organización nacional, es necesario que nos edifique una organización, cada uno de estos estados es un paso adelante en la organización nacional del país. El otro defecto que debemos reconocer es que se trabaja poco y a veces no trabajamos, tenemos que trabajar a la Argentina en un país que no trabajamos.

Entonces, señores, cuando en un momento si te das las cosas en un momento es en sus ojos, algunas, para poder escapar a la necesidad de cumplir con el deber.

Llegará el momento en que ese país, organizado, que primero no debe ser un país que consume sin producir, y en cambio, producirá una brillante producción que producirá, por lo menos, lo que consume, por lo menos una vez al mes se podrá.

El equilibrio económico y social que afecta a la economía. En estos momentos es de suma importancia— que no tiene que ser lo que dice cada uno de los miembros de los que consume, sin trabajo y eliminando el número de los que trabajan para producir los bienes que producen y para los que no trabajan. Eso se consigue, fácilmente si observamos que el producto que produce el país es la producción. En el momento que se produce por cada uno de los miembros de la producción normal del mundo, Inglaterra, por ejemplo, en el momento—ab, más lo que era aquel que se produce actualmente en el momento es un momento más por semana que lo normal, y nosotros estamos produciendo un momento por día, un momento que lo normal. Tenemos

En el acto inaugural de la Proveduría Central “Galería 4 de Junio”

17 de octubre de 1947

Esta vez, contrariamente a lo que sucede muy a menudo, que piden que hable, he pedido yo hablar porque esta obra es en mi concepto superior a toda ponderación y llena una finalidad cuya importancia quizá no se alcance a comprender todavía en toda su amplitud.

Una de las manifestaciones primarias del mejoramiento social es el aumento de sueldos, con el cual hasta ahora ha vivido encandilado el pueblo argentino. Pero el aumento de sueldos no ha resuelto, no resuelve ni resolverá nada por sí mismo. Al hombre, en vez de aumento de sueldos, hay que darles servicios para evitar que malgaste su sueldo. Los servicios difícilmente pueden ser malgastados y todo lo que represente una economía es, indirectamente, un aumento de sueldo.

Señores: Yo felicito de todo corazón al señor ministro de Guerra por la forma en que está impulsando los servicios sociales del Ministerio. No es la primera vez que tenemos la satisfacción de inaugurar obras tan acabadamente realizadas como ésta. El Ministerio de Guerra, en mi concepto, marcha hoy a la cabeza en materia de servicios sociales por la forma como están organizados y la racionalidad con que van siendo extendidos. Por eso, yo quería presentar públicamente mi reconocimiento por la labor del Ministerio en esta actividad que para mí tiene, dentro del Ejército, una importancia extraordinaria. Y felicito también al señor coronel Giavannoni, viejo luchador que me ha acompañado varias veces y que veo ahora seguir triunfando en esta actividad que es, sin duda, de su predilección. Por todo ello, al realizador magnífico de esta obra quiero hacer llegar mi felicitación en nombre del Gobierno.

En Plaza de Mayo, para celebrar el aniversario del 17 de Octubre

17 de octubre de 1947

Compañeros descamisados:

Con este magnífico 17 de octubre vivimos otro día memorable para la ciudadanía argentina. Con el corazón henchido de nobles sentimientos, venimos a esta plaza a conmemorar un fasto del pueblo. Ésta es la fiesta constructiva de la nacionalidad, en la que trabajadores, voceros de un pueblo honrado y consciente, aconsejan con la prudencia y la sabiduría de los tribunos.

Feliz la tierra de cuyo pueblo salen exclamaciones como éstas que escuchamos; feliz la Patria que puede ofrecer el espectáculo de hombres laboriosos y patriotas congregados en apretado ramo para exteriorizar sus sentimientos. Pueblo maravilloso de una Patria inmortal que está construyendo para ejemplo de los siglos una nueva doctrina y una nueva idealidad que el mundo no ha de olvidar jamás.

Qué importa que algunos no nos comprendan; qué importa que algunos nos combatan, si en el devenir del tiempo la historia ha de decir un día que el pueblo no se ha equivocado, y quiénes han sido los traidores de la Patria.

Echemos una mirada sobre el panorama de la Patria en el año transcurrido desde el 17 de octubre del año anterior.

En el campo internacional hemos prestigiado el país ante el mundo. Hemos dicho nuestra palabra de solidaridad y hemos llevado nuestra ayuda efectiva a los pueblos hambrientos y necesitados. Hemos hecho un llamado a la paz, aconsejando el cese de la lucha entre los hombres. La responsabilidad de no escucharnos ha de ser de esos pueblos. Pero podemos asegurar que la Argentina no será instrumento de nadie; que nuestro pueblo lucha y trabaja por la Argentina; que no estará jamás detrás de una

mala causa y que no desertará cuando se trate de apoyar una causa justa. Por eso se nos mira con respeto.

Dentro de las benditas fronteras de esta tierra mandan los argentinos, se sirven los intereses argentinos, y si fuese necesario nos haríamos matar en ella en defensa de la soberanía argentina.

En el orden económico, hemos puesto en pie al país en un año y medio de gobierno. Hemos declarado la independencia económica; hemos pasado de ser país deudor a ser país acreedor; hemos llevado a la conciencia de los patriotas argentinos la necesidad de defender con la vida, si fuera preciso, esa independencia económica; hemos reconquistado la Argentina para el pueblo argentino; hemos garantizado la solidez de nuestras finanzas y asegurado el equilibrio de nuestra economía, y nos hallamos empeñados hoy en la tarea de formar un país económicamente poderoso al servicio de intereses exclusivamente argentinos.

En lo social, hemos asegurado el orden y la evolución que el país necesitaba, y estamos afianzando esa evolución basada en los derechos inalienables que tiene el pueblo de vivir con dignidad, frente a un porvenir económico brillante como no lo ha conocido jamás la Nación. Estamos consolidando las conquistas alcanzadas mediante una legislación prudente y sabia, y hemos declarado a la faz del mundo los Derechos del Trabajador, que se incorporan a los códigos como la legislación más justa y avanzada de todos los tiempos.

He prometido que todos los 17 de octubre, en este acto, rendiría cuenta a mi pueblo de la tarea realizada por el Gobierno y el programa a desarrollar y que le preguntaría —como lo hago en este momento— si está conforme con la labor cumplida.

Frente a la aprobación de ustedes, que considero superior a toda otra, puesto que nace de una realidad superior a todas las realidades, no ha de importarme que los desplazados, enunciando principios que jamás cumplieron, y criticando obras que ellos no fueron ni siquiera capaces de concebir, griten, a base de calumnias o infamias, contra un gobierno que está realizando un programa que no fue ni esbozado por ellos. Pero debemos agradecer a esa inconsciente, impenetrable e incomprensible minoría de hombres que grite su ineptitud, que ponga en evidencia su oposición sistemática, pues así se elevará cada día más nuestra labor frente al desastre de sus propias obras, como la historia lo está demostrando, pese a la suficiencia de que hacen gala.

Cuando un pueblo como el reunido en este lugar realiza demostraciones como éstas, los gobernantes deben sentirse inmensamente satisfechos, porque no hay mejor premio para el hombre que trabaja con desinterés y con amor a la función pública que estas exteriorizaciones capaces de conmover hasta las lágrimas a los que tienen un corazón bien puesto y no exhiben un cerebro marchito.

Compañeros: Pueden ustedes tener la seguridad más absoluta de que quien les habla ha de ser fiel a la consigna hasta el último instante de su vida. Nuestras fuerzas son las fuerzas del pueblo; nuestro poder emana del pueblo mismo; nosotros somos hombres del pueblo. Luego, la traición y el engaño no pueden anidar en nuestros corazones. Hemos de cumplir fielmente cuanto nos hemos propuesto; hemos de servir al pueblo, y no hemos de servirnos de él para satisfacer ambiciones ilegítimas.

Quiero anunciarles ahora, como lo hice el primer 17 de octubre, desde este mismo balcón, que mañana es día feriado. Al decretar feriado el 18 de octubre, el Gobierno quiere que todos los trabajadores tengan una noche de fiesta, porque hoy es el día de todos los trabajadores de la Patria.

Y ahora, compañeros, como hace justamente dos años, he de pedirles que al descongestionar la plaza lo hagan con prudencia, porque hay muchas señoras entre el público.

Finalmente, compañeros, un pedido más: Que se conduzcan con prudencia. No nos conviene que mañana digan algunos que cometemos desmanes; no conviene tomar justicia por las propias manos, porque hay una justicia superior a las demás, que ha de llegar inexorablemente.

Y al retirarse quiero que lleven todos la persuasión de mi amor profundo por el pueblo y la sensación de que los estrecho fuertemente contra mi corazón.

Y ahora, compañeros, quiero decirles una cosa más: que se acuerden de que el pueblo es el dueño del destino del hombre. La historia no la escribe el que el pueblo no se ha conmovido, y que no ha sido la consecuencia de la vida.

¡Hoy, mis amigos, una gran victoria para el pueblo de la Patria en su lucha por la unidad desde el 17 de octubre de los últimos!

En el campo nacional he sido el más querido del continente. Hemos dicho guerra patriótica de solidaridad y hemos servido a nuestra causa y a los pueblos hambrientos y necesitados. Hemos hecho la historia de la paz, aconsejando ceses de la lucha entre los hombres. La responsabilidad de no escudarnos ha de ser de esos pueblos. Pero no vamos a seguir que la América no será un continente de tradiciones, nuestro pueblo ha de trabajar para la América que no sea un continente de tradiciones.

Al conferir la Orden del Libertador a monseñor Harrison

En Plaza de
el aniversario del 17 de Octubre

20 de octubre 1947

Monseñor:

El Gobierno argentino, por mi intermedio, quiere colocar esta condecoración en vuestro pecho, porque un cúmulo de circunstancias lo aconseja así. En primer término, sois mercedario, congregación a la cual nosotros rendimos, como rindió el Gran Capitán, un alto y grande afecto. Sois chileno, y habéis tenido la inmensa amabilidad de haber querido unir vuestra Patria a la Argentina espiritualmente, llevando a esa hermosa tierra de Arica, y especialmente a Concepción, nuestra Virgen de Luján. Y si ello fuera poco, sabemos bien cuál es vuestro trabajo honrado de chileno patriota para hacer que cada día Chile esté más cerca de la Argentina, y vuestra Patria más cerca de nuestros corazones.

Esta condecoración, que ha sido creada para premiar y distinguir a los hombres que trabajan por el acercamiento dentro de la idea sanmartiniana, en ninguna parte podría estar más honrada y más justamente colocada que en vuestro pecho. Entendiéndolo así, quiero que recordéis, monseñor, que los hombres que llevan esta condecoración tienen en la Argentina, y especialmente en mi persona, un amigo, y nosotros los argentinos hacemos de la amistad un culto, y ese culto es el de la incondicionalidad absoluta de nuestros sentimientos, para ahora y para todos los tiempos.

firmado desde el 17 de octubre de 1947, en Buenos Aires.

En el campo intelectual, tal como se definió el 17 de octubre, el mundo llama a dicho mundo por el nombre de socialismo, y tiene en vuestro pecho una condecoración que es el símbolo de la amistad y los deberes. Hemos nacido en la madre patria por aconsejarnos el curso de la historia y los deberes. La responsabilidad de no ser esclavos ha de ser de cada uno de nosotros. Pero no temas, monseñor, que la Argentina no te abandone.

El acto realizado en Tartagal

En Plaza de Mayo, para celebrar
el aniversario del 17 de octubre de 1947

17 de octubre de 1947

No podía dejar pasar esta oportunidad sin hablarle al excelentísimo señor presidente de la República de Bolivia, no como primer mandatario, sino como un compañero y como un soldado raso de este movimiento que está forjando la nueva Argentina. En nombre de todos los trabajadores de mi Patria, que me han conferido la designación de "primer trabajador", quiero dar un abrazo de hermano al "primer trabajador de Bolivia".

He hablado con el presidente de Bolivia y llevo cuarenta años de trato con los hombres; puedo decir que no he necesitado convivir mucho sino conversar pocos minutos con él para llegar a la conclusión de que posee un corazón grande y leal. En representación de todos los trabajadores de mi Patria, lo felicito públicamente por la obra de justicia social que desarrolla en su tierra. Debemos comprender los americanos que hemos de vivir unidos, porque cuando los hermanos se pelean los devoran los de afuera. Esta sentencia gaucha de todos los tiempos está llegando al corazón de todos los americanos, y cuando América se convenza de la necesidad de unirse, ha de presentarse al mundo como un bloque de granito que no lo podrá destruir ni el tiempo ni el olvido.

Compañeros: Vosotros que representáis las avanzadas de la Patria en esta bendita frontera; vosotros que compartís la tierra con los hermanos bolivianos, debéis saber que desde hoy en adelante habéis de vivir como hermanos con los bolivianos, porque estamos empeñados en convencer al mundo que en los tiempos actuales solamente puede haber fronteras de corazón entre los hombres de buena voluntad. No he de terminar sin decir que al llegar a esta tierra, que dejé hace diecisiete años, la encontré engrandecida y hermosa por vuestro esfuerzo, cumpliendo como argentinos la lucha que el destino ha deparado a esta Nación.

Felicito al Gobierno de Salta, y no he de descansar un minuto hasta traer todo lo que vuestras necesidades reclaman. Inauguramos hoy el ser-

vicio de agua corriente del hospital, pero más que eso traigo la solidaridad inquebrantable de los hombres de la Revolución, que no descansan por crear cada día mayor felicidad y dignidad para los obreros argentinos que en esta tierra bendita están labrando la grandeza y la felicidad de la Patria.

Excelentísimo señor presidente: Quisiera expresar en un fuerte abrazo el cariño, la hermandad y la lealtad que sienten dieciséis millones de argentinos hacia el pueblo boliviano.

En Plaza de Mayo, para celebrar
el aniversario del 17 de Octubre

17 de Octubre de 1917

En la Plaza 25 de Mayo de Resistencia

En Plaza de Mayo, el 25 de octubre de 1947
el aniversario del 17 de Octubre

17 de Octubre de 1947

Compañeros:

Desde lejos he venido pensando en la suerte de poder compartir con ustedes el júbilo y la alegría que deben sentir al realizar esta fiesta del trabajo, porque el trabajo representa en sí la única y verdadera fiesta de los que quieren hacer de su Patria una Nación grande, justa y libre.

Llego aquí, señores, convencido de que Resistencia, al festejar en la Fiesta del Algodón los frutos del trabajo honrado y del sacrificio creador, está poniendo los jalones de una nueva nacionalidad apegada a las virtudes de la raza, olvidando lo que han hecho durante tanto tiempo hombres sin conciencia para matar los valores de nuestro espíritu. Quiera Dios que los mandatarios de esta hora sepan cumplir mejor con su deber. Y el deber de la hora es uno solo: proceder con honradez, trabajar para beneficiar al pueblo y dar a cada uno de los ciudadanos lo que cada uno de ellos merece y se gana con el sudor de su frente, con su trabajo y con su sacrificio. No necesitamos mandatarios extraordinarios sino, repito, hombres que sepan cumplir con su deber. En último análisis, es el pueblo quien elige a los hombres que han de dirigirlo, y ese pueblo no ha de equivocarse, no debe equivocarse en la elección de sus hombres.

Por mi parte, desde que estoy en el gobierno, he tratado de ir paulatinamente contemplando las necesidades del pueblo, y hasta tanto los territorios nacionales puedan elegir por sí mismos los hombres y los funcionarios que han de administrar sus gobiernos, yo los he ido designando. Con el tiempo los territorios nacionales elegirán sus gobernantes, pero es preciso que tengan presente que al elegirles no debe volver a producirse el terrible fenómeno de designar hombres que, en lugar de propender al progreso del territorio que les corresponda gobernar, hagan toda suerte de combinaciones para estancarlo en beneficio personal.

Señores: Tendrán los territorios los derechos políticos que injustamente no poseen. Pero mediten ustedes profundamente que al ejercer esos derechos han de tener muy en cuenta que un error en la elección de los hombres será fatal para ustedes, porque los derechos mal ejercidos significan un peligro aún mayor que cuando no se ejercen esos mismos derechos.

Compañeros: Este entusiasmo desbordante que estamos presenciando y que constituye la verdadera fuerza del espíritu, porque pone de manifiesto los más nobles sentimientos de los hombres, ha de convertirse en la fuerza motriz que impulsará a la Nueva Argentina. Sé bien que en estos territorios es donde el patriotismo es más puro y más consciente; sé bien que ese patriotismo que ustedes sienten por la Patria Grande y por la Patria Chica, y que representa el reflejo del sincero patriotismo que sentimos todos los argentinos, ha de constituir la nueva antorcha que ilumine el camino de una nueva Patria, grande, poderosa y justa, donde la soberanía de la Nación sea lo máspreciado, donde su independencia política sea conservada férreamente y donde cada uno de ustedes piense que, en esta patriada que realizamos para conquistar nuestra independencia económica, su deber es el de morir en supuesto antes que ceder un solo paso.

Compañeros: Conozco muy bien las fatigas que cada uno de ustedes soporta todos los días; sé bien el esfuerzo que representa el poder abastecer al país en una de sus más importantes industrias; sé bien cómo se está trabajando en esta tierra; sé bien que los problemas sociales no han sido todavía resueltos en su conjunto. Pero ustedes, en su mayoría hombres de trabajo, deben pensar que lo que no se ha hecho en cincuenta años no se puede hacer en uno solo. La justicia social, señores, ha de cumplirse integralmente. Pueden ustedes estar absolutamente seguros de que ha de llegar aquí en todas sus formas, para que en esta tierra cada hombre que trabaja pueda vivir con la dignidad con que debe hacerlo todo ser humano.

He cruzado todo el Chaco, y como argentino me avergüenzo de que todavía en esta tierra no haya agua ni viviendas y de que la gente viva poco menos que como animales. Lástima que lo que me pasa a mí no les haya ocurrido a otros hombres desde hace cincuenta años, porque si ellos se hubieran avergonzado como me avergüenzo yo, no contempláramos el panorama inaudito de esta tierra que nunca fue defendida por sus gobernantes ni por los pobladores mismos. Porque tengan ustedes la firme convicción: No habrá gobierno que solucione esos problemas si cada uno

de ustedes no arrima el hombro a fin de mejorar y dignificar esta desastrosa vida del Chaco.

Es necesario que reflexionemos sobre estas necesidades y sobre la forma de ponerles remedio. El Chaco debe extender los beneficios del adelanto y de la civilización hasta el interior de su territorio. Hemos de hacer el esfuerzo que sea preciso para dotarlo de agua, de comunicaciones y de viviendas en el más corto plazo posible. Yo espero, señores, de las autoridades del territorio una preocupación constante por esos problemas; y espero también que cada uno de los pobladores ha de poner de su parte todo el empeño que sea menester para llevar adelante ese Plan de Gobierno, del que tantos hablan pero al que tan pocos apoyan decididamente.

Todos esos problemas han de solucionarse y espero que lo sean en el menor tiempo posible. Sin embargo, no han de ser la inquietud ni el apresuramiento lo que contribuya a resolverlos, sino el trabajo permanente, constante, de todos los días y de todas las horas, que será confiado a cada uno de los hombres.

Volviendo, señores, a esta Fiesta del Algodón, a la que el Gobierno de la Nación se asocia por mi intermedio y con mi propia presencia, quiero repetirles que constituye una satisfacción para nosotros el compartir con ustedes estos alegres momentos en que se festeja los frutos del trabajo y del sacrificio. Hemos querido traerles con nuestra presencia el estímulo que merecen los pueblos laboriosos y justos; hemos querido con nuestra presencia traer al Chaco la comprensión y la simpatía con que el Gobierno de la Nación sigue al último de los argentinos, donde el último de los argentinos cumple bien con su deber. Los problemas de ustedes son los problemas nuestros, y cuando ustedes no son felices, la culpa es nuestra porque nosotros hemos sido puestos en los cargos que desempeñamos para hacer la felicidad de los argentinos. Si pasáramos por la función pública en forma intranscendente e inoperante, la culpa será nuestra, pero también un poco de ustedes, que no supieron elegir a los hombres que habrían de dirigirlos. Si nosotros estimulamos, sentimos también el estímulo. Y al llegar hasta el Chaco con los deseos de compartir con ustedes los momentos dichosos en que se ven fructificar los esfuerzos realizados, recibimos también el estímulo de este pueblo generoso que con su entusiasmo y su fervor les está diciendo a sus gobernantes que tienen fe en los destinos de la Nación y confianza en los hombres que lo representan y trabajan por el bien de la Patria.

Por eso les agradezco a todos el que me hayan dado la oportunidad de llegar hasta aquí para tener la dicha de saludarlos en forma personal, y les deseo que en estas fiestas, como en el trabajo que culmina en ellas y como en la propia vida de estos hermosos lugares, sean ustedes inmensamente felices y dichosos.

En Resistencia, durante el banquete ofrecido por el Gobernador del Territorio

25 de octubre de 1947

Sería difícil para mí sustraerme a tan gratísima obligación y quiero decir algunas palabras en esta comida.

Termino de recorrer gran parte del territorio de mi Patria con la sensación feliz de ver en plena realización tantas cosas con las que venía soñando desde hace muchos años.

Todos los países del mundo tienen normalmente en su desarrollo dos etapas clásicas. Tales etapas están identificadas en la historia de los pueblos por lo que podríamos llamar las épocas de las pequeñas realizaciones y los tiempos de las grandes realizaciones.

Las pequeñas realizaciones que han venido sucediéndose desde el momento en que fuimos políticamente libres eran pequeñas realizaciones lógicas en el devenir de los tiempos, y probablemente no obedecieron en forma íntegra a todas nuestras aspiraciones y a todos nuestros sentimientos de patriotas. Tales fueron las épocas de las críticas realidades coloniales. Superada esa primera etapa con la declaración de nuestra independencia económica, pudimos comenzar a pensar en grandes realizaciones; pudimos pensar en entrar "por la puerta grande" a cumplir estas realizaciones de gran envergadura.

Conocedor como soy de la historia del mundo en todos los tiempos, no me extraña que ese fenómeno haya ocurrido en la Argentina y que muchas generaciones que nos han antecedido estuvieran enfermas de pequeñez en las realizaciones y no se animaran nunca a encaminarse hacia la realización de grandes obras que pusieran el prestigio propio en tela de juicio. Cuando había que realizar grandes obras, los hombres pensaban en que podían fracasar. Nosotros ya no podemos pensar de esa manera. O realizamos grandes obras o hemos fracasado antes de comenzar. Ése es el con-

cepto con que estamos llevando adelante toda la planificación que nos hemos propuesto desarrollar.

Es indudable, señores, que nuestro movimiento debe tener un sello característico, el cual ha de marcar una época en nuestra Patria, porque, si no, no habremos cumplido con nuestro deber.

Veo comenzar aquí, en Resistencia, la realización de esta época que ha de ser marcada por nuestro movimiento. Es necesario que cada uno de los hombres de este territorio, al empeñarse en su trabajo, piense en las grandes realizaciones y tenga fe infinita de realizar, realizar y realizar, día y noche, para formar en este imperio naciente una gran obra que será la obra de su trabajo y de su sacrificio. Ese esfuerzo hará colocar un jalón más dentro de la marcha de la Nación hacia la realización de su inmenso destino, que ningún argentino puede olvidar como obligación primordial de su vida.

Señores: He visitado con cierto detenimiento sólo dos regiones del Norte Argentino, Manuela Pedraza y Resistencia, y en las dos vi ya impreso el sello de las grandes realizaciones. Por eso llego hasta aquí con la inmensa felicidad de verme comprendido, por lo menos en estas dos regiones. Entre ellas hay un interregno que es triste pero halagüeño a la vez. Los pobres hombres que están combatiendo al desierto en este infierno verde, que es el monte del Chaco. Son los primeros pioneros que están poniendo los jalones iniciales de nuestras grandes realizaciones del futuro.

Ellos también merecen el reconocimiento del Gobierno y el apoyo de sus conciudadanos. Hemos de llegar, señores, adonde nunca se ha llegado, a los lugares más apartados del país, para llevar a ellos el aliento, la ayuda y el apoyo oficial, porque para el Gobierno de la Nación no existen provincias ni territorios; todos los lugares del país, cualquier región del mismo, es digno de su atención, y el Gobierno tiene la obligación de concurrir a ella, sea con su esfuerzo, sea con su sacrificio o con el esfuerzo y el sacrificio de todos los argentinos de esta tierra nuestra.

Ése es nuestro movimiento. Y es lógico que no seamos comprendidos por algunos, por todos aquellos que, cuando tenían delante de sí una empresa, pensaban que habían fracasado antes de comenzar la tarea de proponerse a vencerla. De eso hemos estado enfermos. Es necesario, pues, que nos convenzamos de una vez por todas que somos un país rico, un país poderoso, que podemos emprender cualquier empresa con la seguridad de que hemos de salir triunfantes. Ésa es la mentalidad nueva de la Nueva Argentina. Y de que somos capaces de ponerla en marcha, hay die-

ciséis millones de argentinos que están convencidos y que saben que hemos de llegar a los objetivos que nos proponamos.

Entendiéndolo así, comprendiendo profundamente el significado de lo que es emprender una gran empresa, el Gobierno está decidido a emprenderla, a realizarla, y si ello no fuera posible, caeríamos muertos durante la marcha.

Por eso, señores, nosotros no podemos estar ausentes en el momento en que el territorio del Chaco, que es una de las nueve hijas predilectas del Gobierno central, nos llama para festejar un triunfo anual de su esfuerzo, de su sacrificio y de su trabajo. No estará ausente jamás el Poder Ejecutivo de la Nación donde haya un esfuerzo que estimular y que reconocer. Nadie, cualquiera sea la situación y el pensamiento de los hombres que pueblan nuestra tierra, podrá jamás sentirse abandonado por un gobierno que tiene la obligación de propugnar lo bueno y anatematiza lo malo. Ésa es nuestra función y yo he de cumplirla al pie de la letra, día a día, mes a mes, año por año. Y he de llegar al Chaco todas las veces que sea necesario para compartir con todos los habitantes de este noble territorio el triunfo del trabajo y del esfuerzo, que es el único triunfo que en estos tiempos y en esta tierra se justifica y se glorifica.

Para terminar, quiero hacer un breve brindis que lleve en su evocación un recuerdo para los que pusieron en este territorio, a disposición del trabajo, los inmensos montes que hoy estamos explotando: los expedicionarios al desierto que nos legaron esta tierra para el trabajo fecundo. Con el pensamiento puesto en ellos, que se sacrificaron y murieron en la lucha por la conquista de tantas leguas de tierra argentina, quiero brindar porque siga el Chaco en este esfuerzo creador, que es el único esfuerzo que el hombre no ha glorificado todavía suficientemente, por la grandeza de la Patria y por la felicidad de cada uno de los señores que nos acompañan.

en forma intransigente e imparcial, la única que me atrae y me atraerá un poco de ustedes, entre los señores de la tierra, los señores que habitan el dirigente. Si no se resiste a un amigo, se me va, un bien de estar. Y al agua. La está el Chaco con los deseos de crecer y con los deseos de crecer los deseos de crecer en unirse con los esfuerzos realizados, recibirnos también el estímulo de este pueblo generoso que, con su entusiasmo y su fervor, les está diciendo a sus gobernantes que el enemigo es los señores de la Nación y confianza en los señores que lo representan y trabajan por el bien de la Patria.

En la fábrica "Fandet" de Resistencia

Octubre 26 de 1947

Hay actos que realmente me producen una profunda impresión, tales como la ceremonia que en esta fábrica nos ha puesto en contacto con Dios y las palabras de este trabajador, tan gratas a mi corazón. Ellas evidencian, señores, que estamos en presencia de esa transformación que soñamos para nuestra Argentina.

Tenemos con los trabajadores que piensan como el que acabamos de oír una deuda de gratitud que la Nación no podrá pagar nunca. Es reconfortante oír en nuestra tierra este nuevo mensaje de trabajo, de sacrificio y de comprensión. Y cuando ese mensaje sale de los labios de un hombre humilde, su valor es verdaderamente extraordinario.

Por eso los hombres de corazón bien templado, aquellos a quienes todavía el cerebro no se los ha marchitado, sienten latir su corazón con violencia frente a actos como éste, que ponen en evidencia que nuestro país ha salvado una etapa triste y entra en un período feliz y placentero. No habrá una felicidad que colme más plenamente el alma de un argentino que se siente tal, que oír hablar este idioma en nuestros establecimientos.

¿Qué piden nuestros obreros? Un policlínico y una mutualidad. Y eso es lo que vienen pidiendo hace dos mil años los hombres que están animados por la más sublime de todas las doctrinas, la doctrina de Cristo: curar a los enfermos y ayudar a los que no pueden subvenir integralmente sus necesidades.

Señores, sigamos así: Que en toda nuestra tierra se hable este mismo idioma, y entonces podremos estar persuadidos que vamos estructurando una nueva Patria, una nueva y gloriosa Nación para todos los tiempos.

Que Dios ilumine el espíritu de todos los argentinos, para que esto, que es simiente y vida, vaya penetrando en todos los entendimientos y en todos los corazones. Y cuando a los ojos de todos los hombres de esta

tierra asome una lágrima al oír hablar y ver sentir así, la Argentina habrá salvado todas sus etapas; será libre, grande, soberana, y habrá vencido a los tiempos.

de sus días, no amara el nombre, ni el mejor y dignificado de los católicos, el de la Cruz.

Va la ceremonia de entrega del Pectoral a monseñor Nicolás de Carlo por su obra social y cristiana

5 de noviembre de 1947

El Pectoral que se entrega a monseñor Nicolás de Carlo, obispo de Tucumán, es un símbolo de la obra social y cristiana que ha realizado en el país desde su llegada en 1937. El Pectoral es un símbolo de la obra social y cristiana que ha realizado en el país desde su llegada en 1937. El Pectoral es un símbolo de la obra social y cristiana que ha realizado en el país desde su llegada en 1937.

La Constitución argentina, al señalar las condiciones que se requieren para ser elegido presidente de la Nación, exige la de pertenecer a la Comunión Católica Apostólica Romana. Esta exigencia, que ha sido muy discutida, tiene, sin embargo, a mi juicio, un claro sentido que armoniza con la obligación, también constitucional, de sostener ese culto, y no es en modo alguno incompatible con el derecho igualmente reconocido de la libertad de cultos. El presidente es presidente de todos los habitantes del país, cualesquiera sean las religiones que profesen o aun cuando no profesen ninguna. Por eso, los preceptos a que me he referido no pueden establecer una sumisión del Poder Ejecutivo, como tal Poder Ejecutivo, es decir, como gobernante del Estado, a ninguna otra potestad. No ya la sumisión, sino la simple injerencia de la Iglesia en las funciones del Gobierno, es la Iglesia misma quien con mayor energía la condena, pues no otra cosa podría hacer sin desoír los mandatos del Divino Maestro, que al proponer que se diese a Dios lo que era de Dios y al César lo que era del César, no hizo otra cosa que establecer una diáfana distinción entre la jurisdicción espiritual y la civil. Ese sentido de la gobernación de los pueblos es tanto más maravillosa cuanto que Cristo proclamó el reconocimiento a la potestad terrenal del César cuando el César era hostil a sus predicaciones y a su labor proselitista.

Ahora bien —y a esta conclusión van encaminadas mis anteriores palabras—, el hecho de que la Iglesia no tenga que entender en la gobernación del Estado, es decir, de que mantenga la división de potestades, no significa que el Estado tenga que prescindir de la Iglesia. Esa *no prescindencia*, esa obligación de sostener el culto católico y de que el presidente pertenezca al credo católico constituye una de las más encomiables previ-

siones de nuestra Carta Magna, porque quienes la sancionaron, pese al amplio criterio liberal en que se inspiraron, y que se refleja en todas sus normas, no pudieron desconocer que la gobernación de los pueblos se ha de basar en normas de moral y que las normas de moral tienen su origen y fundamento en preceptos religiosos. Esa idea no es indiferente para la marcha de una nación, pues aun cuando existan normas de moral comunes a varias religiones, existen otras de indudable diferenciación. La igualdad de consideración de la mujer y del hombre dentro de la familia, el carácter sacramental del matrimonio, el respeto a la libertad individual, ciertos conceptos de la propiedad y de las relaciones del trabajo, así como otras muchas normas del cristianismo, no son compartidas por todas las religiones. Tan claro es esto, que la llamada civilización occidental arranca de la expansión del cristianismo en Europa y luego en América, y se diferencia de la civilización oriental precisamente en que ella se apoya en otras normas morales nacidas de otras religiones. Creeré cada cual que su moral es la mejor, pero nadie dirá que, en muchos aspectos, sea la misma.

Y si todos los pueblos necesitan gobernarse en base de una moral, los pueblos cuyo crecimiento se hace en parte considerable por medio de una inmigración de diferentes países y continentes precisan establecer en su Constitución cuál sea la moral por la que se han de regir, y que en la Argentina ha de ser, por razones obvias, la católica. De ahí que el presidente haya de ser católico. Por lo menos ése es el sentido que yo doy a la sabia previsión de nuestros constituyentes.

Declaro, pues, que mi fe católica me pone dentro de la exigencia constitucional. Quiero también señalar que siempre he deseado inspirarme en las enseñanzas de Cristo. Conviene destacar esa dualidad, porque al igual que no todos los que se llaman demócratas lo son en efecto, no todos los que se llaman católicos se inspiran en las doctrinas cristianas.

Nuestra religión es una religión de humildad, de renunciamiento, de exaltación de los valores espirituales por encima de los materiales. Es la religión de los pobres, de los que sienten hambre y sed de justicia, de los desheredados; y sólo por causas que conocen bien los eminentes prelados que me honran escuchándome se ha podido llegar a una subversión de los valores y se ha podido consentir el alejamiento de los pobres del mundo para que se apoderen del templo los mercaderes y los poderosos y, lo que es peor, para que quieran utilizarle para sus fines interesados.

Se lee en la epístola del Apóstol Santiago un consejo que siempre me ha producido emoción: "Hermanos míos: No queráis conciliar la fe de

vuestro glorioso Señor Jesucristo con la acepción de personas. Porque si entrando en vuestra congregación un hombre con sortija de oro y ropa preciosa y entrando al mismo tiempo un pobre con un mal vestido ponéis los ojos en el que viene vestido brillante y le decís: 'Siéntate tú aquí en este buen lugar', mientras que decís al pobre: 'Tú, estate ahí en pie o siéntate acá a mis pies', ¿no es claro que hacéis distinción dentro de vosotros mismos y os hacéis jueces de sentencias injustas? Oíd, hermanos míos muy amados, ¿no es verdad que Dios eligió a los pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que Dios prometió a los que le aman? Vosotros, al contrario, habéis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os tiranizan, y no son esos mismos los que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue sobre vosotros invocado?"

Precisa evitar que las consecuencias de ese error lleven incluso a la imposibilidad de conciliar la fe con la acepción de personas, porque en la congregación sólo pretendan entrar los hombres con sortija de oro y ropa preciosa. Pienso que ésa es la gran obra que debe desarrollar el Episcopado argentino. Por mi parte, creo haber cumplido la doctrina apostólica al crear la Secretaría de Trabajo y Previsión con espíritu de imparcialidad. En los organismos públicos que la precedieron, los funcionarios, respondiendo al ejemplo de los gobernantes, también ponían los ojos en el que iba bien vestido y le invitaban a sentarse en localidad de preferencia, mientras que el pobre permanecía en pie como un intruso. También la decepción había alejado a los proletarios del recinto de la Justicia. Me enorgullezco de haber logrado que a la Secretaría de Trabajo y Previsión entren todos con igualdad de derechos y de que si existen miradas de simpatía y asientos cómodos, sean dedicados a quienes visten humildes ropas, a esos descamisados ricos en la fe, pese a las asperezas de su vida, y de los cuales se ha hecho escarnio con aviesa intención política. Los escarneedores han sido quienes acostumbrados a elevadas posiciones de mando y al poder económico, procedían muchas veces, a título de católicos, con una altivez incompatible con los preceptos de la religión, certeramente condenada por San Pablo en su Epístola a Timoteo cuando dice: "A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni pongan su confianza en las riquezas inseguras, sino en Dios vivo que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso. Exhórtales a obrar bien, a enriquecerse de buenas obras, a repartir liberalmente, a comunicar sus bienes, a atesorar un buen fondo para lo venidero, a fin de alcanzar la vida verdadera".

La labor social que vengo desarrollando desde que ejerzo funciones de gobierno va encaminada tanto a exaltar los valores espirituales cuanto a buscar una mayor distribución de la riqueza, lo que me ha valido el calificativo de demagogo. He querido y he logrado que los trabajadores perciban retribuciones justas, y en mis esfuerzos a tal fin encaminados —que no representan un objetivo político, sino social—, me habría gustado alcanzar la colaboración activa del Episcopado, como espero obtenerla en adelante.

No creo que Vuestras Eminencias señalen en mí la mínima osadía si me permito recordar al respecto aquellas otras magníficas palabras del mismo Apóstol Santiago cuando dice a los ricos: “Sabed que el jornal que no pagasteis a los trabajadores que segaran vuestras mieses está clamando contra vosotros, y el clamor de ellos ha penetrado en los oídos del Señor de los Ejércitos”.

No sólo no he atacado la propiedad privada, sino que la he defendido denodadamente; pero he creído que la mejor manera de hacerlo era llevando a los poderosos al convencimiento de que tenían que repartir sus bienes con los desposeídos. Es preciso que los ricos sean menos ricos para que los pobres sean menos pobres.

Quienes no lo vean así estarán ciegos y habrán de sufrir las consecuencias de su ofuscación. No pretendo que compartan la idea de San Juan Crisóstomo de que “en el origen de todas las fortunas existe la injusticia, la violencia y el robo”, porque los hechos económicos se producen a través de la historia por causas superiores a la voluntad de los hombres. Me parece que sería suficiente con que aceptasen el pensamiento de San Ambrosio cuando establece que “de los hambrientos es el pan que tú tienes detenido; de los desnudos las ropas que tienes encerradas; de la redención y absolución de los desgraciados es el dinero que tienes enterrado.”

Contra lo que clama San Ambrosio no es contra la posesión o el dominio de lo necesario, sino contra la detentación de lo superfluo. No puede admitir que unos puedan guardar riquezas mientras otros carecen de lo más necesario para la vida. Protesta del espectáculo de la miseria en medio de la abundancia. Ni siquiera se justifica el afán de atesorar bienes, en perjuicio de los humildes, por el hecho de que en parte se dediquen al esplendor del culto.

En el Evangelio de San Marcos se encuentran estas frases de Jesús: “En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más en el arca que to-

dos vosotros, por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, todo su sustento”.

Es mejor y más conveniente para la vida del Estado, como para la de la Iglesia, volver a las costumbres sencillas, al predominio de la paz, del amor y de la confianza recíproca entre los hombres y entre las naciones. Para conseguirlo, el Estado ha de luchar con grandes dificultades, por la complejidad de la vida misma, por las pasiones inherentes a la condición humana y porque, en definitiva, los idearios políticos son múltiples y contradictorios. A la Iglesia, en cambio, le ha de ser más fácil el retorno a la pureza inicial de su doctrina, porque es única y porque, aun cuando en ocasiones parezca haberse desviado de su gloriosa trayectoria, siempre la predicación dogmática ha sido la misma. Y siempre también ha tenido un contenido social de repudio a la riqueza y de exaltación al trabajo que nadie ha superado, ni siquiera igualado de lejos. Ese contenido social está resumido en las palabras que Jesús dirige a los apóstoles: “No llevéis oro, ni plata ni dinero alguno en vuestros cintos, ni alforja para el viaje, ni dos túnicas, ni calzado, ni tampoco bastón, *porque el que trabaja merece su sustento*”. Esto quiere decir, si no me equivoco en la exégesis, que únicamente el trabajo es la fuente del sustento: el trabajo que redime al individuo y que sirve de base a la grandeza de los pueblos. Ese mismo concepto, pero expuesto de manera más cruda, se encuentra en otro de los grandes Padres de la Iglesia, cuando afirma que quien no trabaje no debe comer.

El desprecio a los bienes materiales no puede ser más bellamente expuesto que como lo hizo Cristo en la parábola del administrador infiel, al marcar la incompatibilidad entre el servicio de Dios y las riquezas, “porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón”; y cuando a quien le pide la parte de su herencia le rechaza diciéndole: “¡Oh hombre! ¿Quién me ha constituido a mí en juez o repartidor entre vosotros? Estad alerta y guardaos de toda avaricia, pues no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que posee.”

Seguramente Vuestras Eminencias habrán pensado que con mis palabras me he salido del terreno que como gobernante me incumbe, para entrar en otro en que carezco de autoridad para hablar y mucho más ante elemento tan versado y tan pulcro en estos problemas como es el Episcopado Argentino. Pido disculpas por ello y quizás me la concedáis de buen grado cuando advirtáis que si proclamo la necesidad de robustecer los conceptos morales que dimanen de la recta interpretación de la religión católica, que si me interesa evitar las corruptelas de una interpretación

acomodaticia e interesada, no es sólo porque me duele como católico la apostasía de las masas, precisamente de las masas humildes para las que Cristo difundió su doctrina y vertió su sangre, sino también porque no creo que pueda vivir con grandeza un pueblo que se hunde en el materialismo y para el cual nada significa ni la paz entre los hombres, ni el amor al prójimo, ni las altas concepciones del espíritu, porque sólo se nutre de la pasión del dinero. Evitar ese estado de cosas es función del gobernante, y para poder llevarla a su término, ninguna colaboración tan eficaz y valiosa como la que pueden prestarme Vuestras Eminencias, fuera de toda intención política, sino por simple repercusión de las ideas católicas en los altos propósitos por mí perseguidos y a los que acabo de referirme. He procurado poner en marcha muchos de los principios contenidos en las encíclicas papales. Si se interpretan mal, señalad sus defectos. Si se aplican bien, espero merecer vuestro estímulo.

Expuesta someramente cuál es, según mi criterio, la ayuda que puede desarrollar el Episcopado, no debo pasar por alto —antes, por el contrario, debo señalar especialmente— que el ilustre prelado monseñor Nicolás de Carlo, en cuyo honor hoy nos hemos congregado, es la figura prestigiosa que reúne las condiciones que he apuntado como necesarias para el desempeño de tan alta misión.

Chaco y Formosa deben a monseñor Nicolás de Carlo la afirmación de los principios cristianos y la acendrada fe católica de que se halla imbuida su población. Obra titánica de amalgama en el portentoso crisol que son tanto Chaco como Formosa, donde una multitud cosmopolita lucha y trabaja debatiéndose entre graves problemas de orden moral, por hallarse adormecidas las inquietudes del espíritu en grado alarmante y peligroso para la sociedad en formación, a causa del afán eminentemente materialista que arrastró hacia aquellas tierras a multitud tan heterogénea.

Desde la llegada al Chaco del ilustre prelado hace aproximadamente nueve años, con visión de gobernante y haciendo de su ministerio un apostolado, se dio a la tarea, llena de dificultades y sacrificios de toda índole, encaminada a edificar sobre bases firmes la moral y civilización que hoy se respira en aquellas tierras.

A pesar de que, como él lo dice, le han faltado colaboradores inmediatos, concretó una obra social de enorme significación y de beneficio directo para el pueblo, por cuanto tiende a elevar su nivel de vida aun en el orden material mediante la capacitación práctica en las artes manuales y

de artesanía, singularmente en la mujer que, especializada en esa clase de trabajo, lo jerarquiza elevándolo a la categoría de arte.

No otra cosa lleva implícita la instalación de los numerosos talleres de barrios que funcionan con extraordinario éxito en muchos de los pueblos de la diócesis con la entusiasta colaboración de la feligresía, penetrada con la obra del prelado.

A su dignidad y sabiduría un monseñor De Carlo las imprescindibles virtudes de la sencillez, modestia y accesibilidad para todos los humildes, a quienes llega su palabra de consuelo, aliento y esperanza.

Se le ve visitando de continuo los más apartados pueblos para pulsar en forma directa las necesidades y estimular, con su presencia, a los fieles y a las personas empeñadas en obras de caridad.

Gran propulsor de la obra de la escuela primaria, ha visto en ella la salvación de los individuos, del hogar y de la Patria.

Apóstol de Cristo, los niños son para él motivo de constante preocupación y amor como lo fueron para el Divino Maestro; anhela para ellos todo el bienestar y la felicidad a que tienen derecho, y más de una vez ha postulado ante las altas autoridades nacionales para que se solucionen en forma integral los afligentes problemas por los que atraviesan las escuelas por falta de locales decorosos y por carencia de maestros.

“Primero escuela —dice—, después lo demás; no importa por ahora el palacio del Obispado.” “Necesitamos construir la grandeza del país —agrega— sobre estados de conciencia colectiva, y para ello hay que liberar al pueblo de la ignorancia y sostenerlo con la fe en Dios.”

Cumple, en fin, su misión sagrada con humildad apostólica, que es, a mi modo de ver, la virtud evangélica que más enaltece las acciones de los hombres, tanto más cuanto más elevados se hallan en la escala jerárquica de la sociedad. Saber despojarse de la vanidad que asoma tan pronto se sube un escalón de donde está situada la masa del pueblo requiere una dosis de hombría equivalente a la del héroe frente a la incertidumbre que amenaza su vida. La humildad cristiana, la afabilidad paternal, el desprecio de la pompa y el boato constituyen las dotes que más aprecia el pueblo en quienes saben practicarlas. El pueblo las aprecia no sólo por ser símbolo tangible de virtud, sino porque constituyen la fuerza más poderosa que la atrae hacia la senda que le conduce a la verdadera paz de Cristo.

Esta semblanza es el diseño a grandes rasgos de lo que debe ser el Episcopado y de lo que es monseñor Nicolás de Carlo.

Monseñor Nicolás de Carlo: Recibid vos, y con vos todo el Episcopado Argentino, esta ofrenda que os entrego, con la esperanza de que selle la unión estrecha del pueblo argentino con su Episcopado, que es algo más que eso, puesto que representa la unión del pueblo en la fe de Cristo.

... ..

... ..

... ..

Sobre la política cultural del Estado, ante una delegación de intelectuales

13 de noviembre de 1947

Señores:

Abusando de la amabilidad de ustedes, me voy a permitir hacer una exposición un poco larga para tocar algunos puntos que me parecen importantes en el aspecto de la revolución cultural que todavía está por establecerse y realizarse.

En esta revolución nuestro movimiento ha debido proceder con método en algunos momentos y sin métodos en otros. Nosotros hemos sido más bien agentes de acontecimientos que se han producido sin contar con una dirección racional por nuestra parte. Más bien hemos sido hombres de contramedidas que de medidas.

El movimiento se produjo como uno de los tantos a que nos tiene acostumbrada la historia política e institucional de nuestro país. Aun para imponer nuestros puntos de vista en la interpretación de los acontecimientos históricos que hemos vivido, ha sido necesario luchar y esa lucha ha sido imperturbablemente continuada desde la iniciación de los acontecimientos que dieron lugar a nuestro movimiento.

Yo interpreto nuestro movimiento de una manera diferente a como lo han interpretado muchos otros argentinos, y parece que los hechos me han venido dando hasta ahora la razón. El éxito de la imposición de mis puntos de vista ha estado, en mi concepto, apoyado por esa circunstancia, porque creo haber acertado en la interpretación real del movimiento que, producido el 4 de junio como golpe de Estado, se convirtió después en un verdadero movimiento transformador.

La historia argentina nos presenta un caso extraordinario de repetición psíquica de todos esos movimientos, que nunca terminaron bien. Si analizamos la historia Patria desde hace sesenta u ochenta años hasta

nuestros días, observamos la repetición de un movimiento esporádico cada ocho, diez o doce años y los vemos fracasar sistemáticamente. Sin embargo, han sido movimientos populares que no fueron interpretados por los encargados de realizar la acción de manera que produjese una reforma que satisficiera plenamente las aspiraciones del pueblo que realizaba el movimiento revolucionario. Por eso fracasaron todos nuestros movimientos revolucionarios.

Y el análisis de esos hechos nos llevaría a conclusiones que creo son lógicas. Realizada nuestra independencia política en 1820, el pueblo, como término medio, comenzó a sentir otra clase de inquietudes que los gobernantes de todos los tiempos, desde la independencia hasta ahora, no supieron interpretar, en mi concepto. La independencia política de la Nación era una parte pequeña dentro de la independencia integral del país a que se refirió el doctor Martínez Zuviría. Se trataba de aceptar como norma definitiva lo que solamente era aparente. Por esa razón las inquietudes populares fueron gestando distintos movimientos y en cada uno de ellos los hombres que estaban al frente del golpe de Estado venían a esta casa y muchas veces juraron en este salón restituir el imperio de la Constitución y hacerla cumplir por los mandatarios y por el pueblo. Vale decir que ese movimiento revolucionario se había convertido tácitamente en una institución constitucional, con lo que la revolución, que es un hecho en sí tácitamente anticonstitucional e inconstitucional, venía en defensa de la Constitución.

El análisis de los hechos nos demuestra claramente que estos hombres que llegaron al poder por un movimiento violento eran hombres de buena fe y que traían buenas intenciones, pero que no supieron realizar los programas para cumplir esas buenas intenciones. En ello yo veo el defecto capital de todos esos movimientos revolucionarios. Lo que el pueblo quiere desde nuestra independencia política y desde nuestra organización nacional es encarar los otros procesos de independencia que han sido negados sistemáticamente. Es indudable que interpreté en el momento actual la revolución del 4 de junio como un hecho económico y no como un hecho político. Todos los anteriores revolucionarios habían interpretado los movimientos como un hecho político: habían cambiado los hombres, habían puesto nuevos gobernantes y habían así preparado un ciclo de diez años para una nueva revolución, una revolución con los mismos principios, con la misma justicia y con, más o menos, una orientación similar a la anterior. Y también con el mismo resultado: el fracaso.

Nosotros interpretamos ese movimiento revolucionario como un hecho económico-social, porque en nuestro concepto era ésa la aspiración popular que impulsaba a este movimiento. Ése es nuestro punto de partida para el movimiento que nació en esa Revolución.

Sería largo enumerar todas las demás cosas que se han ido sucediendo desde que esa Revolución se encauzó económico-socialmente hasta nuestros días, en que muchas promesas de esa Revolución se han ido cumpliendo con una reforma social, con una reforma económica y con una reforma política que estamos encarando.

Señores: Posiblemente en la historia de los movimientos de nuestro país ningún hombre tuvo una ocasión tan propicia ni una orientación tan clara dentro de nuestra misma concepción como el gobierno que inició Hipólito Yrigoyen en 1916. En mi concepto, él cometió un grave error, aun cuando la orientación que le imprimió a su gobierno era la misma que nosotros hemos pretendido dar a nuestro movimiento. Él inició, quizá con no mucha claridad, pero sí con gran intuición y dirección más o menos común con la nuestra, un tipo de reformas similar a la que nosotros propugnamos. Pero las reformas, para que tengan éxito, deben asegurarse en una base que las consolide, y él no aseguró tales bases.

En este tipo de movimiento revolucionario, es la base social del tiempo en que vivimos, la primera que debe consolidarse. Quien no cuente hoy con las masas populares, no gobierna. Hoy el Gobierno tiene formas un poco diferentes a las que estamos acostumbrados a conocer a lo largo de la historia, como que son producto de una evolución sui géneris hacia un desenvolvimiento sociológico distinto a todos los que hemos conocido.

Por esa razón, cuando se produjo la Revolución pensamos que lo primero que había que hacer era tomar la base social, porque ella iba a ser la determinante de este movimiento. Y tomamos la base social, hicimos eslogan, como se hace siempre en estas cosas, y después vino la tarea de la hormiga, trabajando nosotros durante un año y medio o dos años hasta conseguir el objetivo que perseguíamos para entregar la bandera de la Revolución al pueblo, ya que desde el pueblo venía el movimiento, entregándosela conformada con una doctrina que debía tener su mística. Eso lo realizamos desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Nosotros, en el Plan que nos habíamos propuesto, habíamos escalonado, como el primer objetivo a alcanzar, la captación y dominio de la masa popular, y ello fue obtenido. A este respecto les diré a ustedes algo más: llegó un momento, cuando la lucha se hizo un poco fuerte entre los

que estábamos trabajando las masas, y esa misma masa, contra las fuerzas contrarias, en que yo recurría una concentración manifestando que si no teníamos en la misma trescientos mil hombres, renunciaría. Peroafortunadamente hemos tenido mucho más. Desde ese momento juzgamos que habíamos conseguido el apoyo de la masa social y con el apoyo de la misma podíamos ya iniciar los trabajos para duplicar, triplicar y hasta cuadruplicar su número.

Todo eso sucedió de acuerdo a lo que habíamos previsto, es decir, la Revolución había triunfado como la veía y la interpretaba yo. Pudimos encarar entonces, de inmediato, el segundo aspecto, o sea el segundo objetivo perseguido, la base económica, ya que con la base social sola no hubiéramos hecho sino llevar al país al caos provocando una carrera entre precios y salarios que se hubiera traducido, indudablemente, en la ruptura del equilibrio económico-social.

Era necesario en ese momento abocarse al problema económico, y en esa lucha hemos estado desde casi un año antes de hacerme cargo del Gobierno. Con la nacionalización del Banco Central, que fue una medida tomada por el Gobierno anterior de acuerdo a lo que le pedimos que hiciera para que nos dejara una base firme en este sentido, que nos dio la base, es decir, la posibilidad de asegurar con el gobierno social, por el dominio de la masa, el gobierno económico de la Nación, para no vernos reducidos, como estuvieron los gobiernos anteriores, a ejercer solamente el gobierno político, que es sólo una apariencia de gobierno.

Tomada esa base económica, nosotros llegamos al Gobierno. En el Gobierno cumplimos con la conquista de esa base en forma sólida, lo que nos permitió realizar otra serie de actos que nos llevaron a la independencia económica de que les he hablado y que considerábamos nosotros un hecho absolutamente indispensable, sin el cual hubieran fracasado todas las reformas que queríamos imponer.

Señores: Tenemos el gobierno político obtenido por las elecciones que todos conocemos, de manera que, en un sentido general, con el dominio de la base social, de la base económica y de la base política, nosotros habíamos obtenido en una sola mano el poder que el Gobierno necesita para sustentarse. Es necesario ahora impulsar el movimiento y seguir en el orden de las reformas paulatina y sucesivamente, sin las cuales creo que no llegaríamos a imponer nuestros puntos de vista tal cual los interpretamos y sentimos nosotros.

La otra base que quedaba por tomar era la justicia, porque era lógico pensar en ella si ambicionábamos la consolidación jurídica de las reformas obtenidas. Un Estado no puede llegar a consolidarse si no tiene como base de su estructura la justicia, y ello nos ha llevado a la reforma de nuestra justicia, ya realizada en cuanto a hombres, y a realizarse en cuanto a codificación de la legislación, lo que se encuentra en estudio y ha de concretarse a corto plazo. Ésta sería la cuarta base que nos serviría no sólo para ejercer el poder, sino también para consolidar la acción de nuestro movimiento en el tiempo y en el espacio.

Iniciamos también la conquista de la quinta base u objetivo del movimiento, a que se ha referido el doctor Martínez Zuviría, es decir, la cultura nacional. En el Plan del Gobierno hemos establecido claramente todos estos aspectos a que me vengo refiriendo, ya que no es un plan que no contempla solamente el desarrollo de una parte de las actividades, sino el conjunto de ellas, buscando una combinación armónica, porque entendemos que en el desarrollo de un cuerpo institucional, como en el de un cuerpo físico, es necesario que sea todo absolutamente armónico: cuestión de origen patológico, como dice el doctor Figuerola.

Por esa razón es que en el Plan de Gobierno damos a la parte científica-cultural un espacio y una consideración tan grande como la importancia que le asignamos, porque todas esas reformas es necesario hacerlas también en el orden espiritual; y si al principio no hemos hablado mucho del espíritu, ello se debe a la necesidad, también mencionada por el doctor Martínez Zuviría, de que primero es necesario vivir para después filosofar. Fue necesario afirmar toda la idealidad que representa nuestro Plan, nuestra ambición y nuestra aspiración en una base más o menos sólida, que creo que hemos alcanzado.

¿En qué consiste la reforma en el aspecto cultural? En primer término, nosotros hemos reestructurado todo el orden de la instrucción pública. Hemos creado nuevas formas y estamos cambiando la orientación en todo lo relativo a la enseñanza primaria, secundaria, técnica y especial. La nueva ley universitaria da a la universidad argentina un nuevo carácter y una nueva orientación. Quedaría todo lo que se refiere al resto de la cultura, porque es difícil separar lo que es ciencia de lo que es cultura general. Quedarían las artes y las letras, que deben ser consideradas muy especialmente dentro del Plan, como han sido consideradas. La reforma universitaria, la de la enseñanza primaria, secundaria, especial y técnica, puedo asegurarles, en lo fundamental, está realizada. Ahora debemos encarar la

parte expresa de la cultura, como la hemos considerado en el Plan de Gobierno.

Señores: Mañana he de hablar con los profesores universitarios, que me han hecho el honor de designarme doctor honoris causa, lo que yo agradezco profundamente y he de aprovechar esa oportunidad para fijar puntos generales sobre el aspecto cultural.

En primer lugar, la Universidad ha de ocuparse de una parte importante de la cultura nacional y hemos de orientar, uniforme y racionalmente, desde la enseñanza primaria a la secundaria, a la especial, a la técnica y a la universitaria, con una unidad absoluta en la concepción de lo que debe ser nuestra cultura: la cultura argentina. Yo no creo, señores, que a esta altura de la marcha de la Nación nosotros podamos volver por otros fueros que no sean los de nuestra raza y que no sean los de nuestra propia cultura. De manera que en esto no habrá otro cambio que el que represente volver a retomar los cauces de los que nos hemos apartados lastimosamente, para volver a encontrarnos en lo que somos y en lo que debemos ser, y sobre esa orientación tratar de superarnos. No creo que en este aspecto pueda ser otra la orientación de la cultura argentina.

Señores: El aspecto general de nuestra cultura solamente puede ser orientado y realizado por el Gobierno si él cuenta con la colaboración de los hombres entendidos en esos aspectos. El Gobierno sólo puede dar un objetivo y una organización. Lo demás lo deben dar los hombres, lo deben dar ustedes. El Gobierno no puede realizar. Ésa es una colaboración de los intelectuales que sienten y piensan como nosotros. Por eso, cuando me dijeron que ustedes llagaban hasta acá para conversar sobre estos puntos, les he de confesar francamente que me produjo una enorme satisfacción, porque el Estado aspira a que los intelectuales formen una agrupación o una asociación que los unifique en sus propias tendencias y que haga desaparecer —lo que es lógico que exista en cada uno de los intelectuales, con sus círculos propios— esas pequeñas rencillas que se producen. Deben agruparse en una sola organización para luchar por la obtención del objetivo común a todos: el objetivo de la Nación. Es necesario subordinar todas las pequeñas cosas que se producen durante la marcha y las pequeñas interferencias al objetivo nacional. Si cada uno de los señores se dispone a luchar en este ejército, diríamos así, para alcanzar ese objetivo —y nosotros podemos decir que en cada uno de los intelectuales hay un luchador—, el éxito puede descartarse desde ya, porque el Estado va apoyar su propia orientación con todos y por todos los medios posibles.

De manera que, señores, la tarea previa a realizar es que ustedes se organicen, se unan, lleguen a tener en el problema general una unidad de concepción y en los hechos obren después con una unidad de acción, sin lo cual no vamos a poder esperar un éxito tan halagüeño y tan grande como el que todos ambicionamos.

Es lógico, señores, que el aspecto cultural del país haya marchado totalmente a la deriva por la simple razón de que nosotros hemos poseído una sola virtud: la de no tener organización ni orientación en ninguno de los aspectos fundamentales de la Nación. Nunca el Gobierno ha dicho cuál es el pensamiento básico sobre el cual había de elucubrarse el conjunto de las actividades de la Nación, ni en lo social, político, cultural, ni en muchos otros aspectos. Por esa razón, mi principal preocupación fue la de formular un Plan de Gobierno donde cada uno sepa lo que el Gobierno quiere a cada uno de los aspectos contenidos en el mismo.

El aspecto cultural también está explicado en el Plan de Gobierno; lo único que tenemos que hacer es tomar esas ideas básicas y ponerlas en ejecución, y para eso es que necesito la acción individual de cada uno de ustedes. Entre ustedes y el Gobierno, ¿cómo no se va a poder realizar una acción que nos lleva a la consecución de esos aspectos? Tendremos inconveniente, pero si el hombre no aprende en la vida a vencerlos, no sé qué puede aprender de más útil para seguir adelante; y cada uno de nosotros tiene más o menos dentro de sí un luchador que será necesario ponerlo pronto en marcha y en actividad, porque si no, cada día que pasa estaremos perdiendo tiempo que después será difícil recuperar.

Yo creo que en esto, como en todas las cuestiones que presuponen una acción de conjunto, todo está en la organización. A menudo en la Argentina los hombres que han tenido más éxito han sido aquellos que han sabido gobernar el desorden, porque ése ha sido en verdad el ambiente que hasta ahora hemos vivido nosotros. Quien ha sabido gobernar mejor el desorden ha sido siempre un triunfador en nuestro país. Y si no, analicemos nuestro propio movimiento: nosotros hemos ganado porque manejamos mejor el desorden que los otros.

Se dice que los austríacos no se podían explicar cómo Napoleón podía manejar a esa cantidad de gente que se le venía encima ganándoles las batallas. Ellos estaban acostumbrados a marchar bien formados, a maniobrar en forma ordenada. Sin embargo, Napoleón con su gente dispersa, les ganaba las batallas. Es que había conseguido manejar el desorden.

En nuestro país también es necesario acostumbrarse a manejar el desorden y, por lo pronto, nosotros debemos estar decididos a gobernar y a manejar por ahora el desorden; después, quizá, podríamos llegar a tener la satisfacción de manejar lo organizado.

Yo he dicho muchas veces que en este país, donde se estudian tantas cosas, que se está formando desde hace más de cien años, nunca he visto que se estudie organización. La organización es una ciencia que se puede considerar en su parte pura y en su parte de aplicación. En otros países se le da una importancia extraordinaria. Cuando yo llegué a Italia me encontré en Turín con un curso de organización pura que duraba ocho meses, ligado a otra materia; y después, en Milán, con uno de organización aplicada que duraba otros ocho meses, ligado a otra serie de materias. Lo primero que se me ocurrió preguntar a los jefes de allí fue por qué estudiaban tanta organización. Me respondieron: "Porque nosotros estamos en un momento de evolución en que todo está desorganizado, y como estamos reestructurando, lo lógico es enseñar a nuestros hombres organización". Yo pensé que a nosotros, que hace cien años que estamos desorganizados, no se nos ocurre estudiar para organizarnos.

Es una cosa bien lógica, a mi modo de ver: nosotros tenemos que empezar a estudiar organización porque de lo contrario vamos a seguir siempre en ese estado de desorganización y desorden en que hemos vivido hasta ahora. Ustedes, que están en el ritmo de la cultura, se dan cuenta de que no puede haber desorden más grande que el que reina en nuestro campo cultural. Y como nosotros hemos querido comenzar a organizarlo, aquellos que dominaban en el desorden y que tenían sus ventajas con él dicen que somos dictadores y que queremos poner a la gente a marchar a compás y con el fusil al hombro, uniformando los criterios y a las ideas. No se trata de eso, sino de organizar las fuerzas para tratar de obtener el mayor provecho con el menor sacrificio y organizar la cultura para que no sigamos implantando en nuestro país cosas contrarias a nuestra idiosincrasia, a nuestra raza, a nuestra religión y a nuestra lengua, sino que implantemos e imponamos nuestra propia cultura.

Yo pienso que el problema argentino en el aspecto cultural no está en el hombre, sino en la organización. Nosotros ya tenemos los hombres necesarios; lo que no tenemos son los organismos precisos. En el aspecto cultural, como en todos los demás aspectos, un ejército de franco-tiradores será difícil que llegue al éxito de conjunto, que es lo que necesitamos: el buen éxito para la Nación y no el buen éxito individual para cada uno de los hombres.

En este aspecto, considero que tenemos que disciplinarnos un poco; tenemos que unirnos, formar organizaciones de todo tipo y ponerlas al servicio de la Nación, lo que quiere decir al servicio común. Si no realizamos ese milagro y seguimos como estamos, no creo que lleguemos a obtener lo que todos ambicionamos. Mas, señores, piensen ustedes que las fuerzas del mal que trabajan en el campo cultural están organizadas, y nosotros, que nos consideramos las del bien, estamos desorganizados. Hay un principio según el cual lo único que vence al número es la organización. Es probable que seamos muchos más lo que pensamos de una manera determinada y mucho menos los que piensan en el campo contrario al nuestro. Pero ellos están organizados y nosotros no, y entonces el problema parte de esta premisa: es menester organizarse, organizar las fuerzas del Estado y las fuerzas civiles, primer punto sin el cual es inútil hablar de otras cosas. Sería el caso de aquel que se levanta todos los días, y al encontrar hormigas en su jardín, las junta en un plato y las echa al fuego, con lo cual no solucionará nada, pues al día siguiente encontrará más hormigas. Es necesario ir al hormiguero y eso se consigue con una buena organización.

No se puede dejar que cada hombre haga lo que pueda, en forma totalmente desordenada. Por eso, yo me encargo de organizar en lo referente a la cultura la parte que corresponde al Estado y ustedes se encargan de organizar lo que corresponda a los hombres: les aseguro que cuando juntemos las dos organizaciones, desde ese momento el buen éxito estará totalmente asegurado. Porque el Estado cuando se ejerce como lo ejercemos nosotros, con el gobierno social, el gobierno económico y el gobierno político, es de un poder tan extraordinario que si no lo hacemos sentir es porque no queremos, no porque no podamos.

Necesitamos dar a cada hombre, no un puesto, sino una tarea; y que la cumpla, y que la cumpla bien.

Nosotros ya estamos en marcha sobre este tipo de reforma. El Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, que en mi concepto sufre de elefantiasis, es algo demasiado ampuloso y grande para poder ser manejado por un solo ministro. Es necesario desdoblarlo, sobre todo en esta época revolucionaria en que estamos encarando la reforma de toda nuestra legislación. Es necesario modernizar los códigos en todo orden. Nos regimos por un Código de Comercio que contempla la navegación a vela, hoy que llegamos a Europa en cuarenta y ocho horas. El Código de Procedimientos tampoco anda más ligero que a vela. Todo eso hay que modificarlo. Este movimiento quedaría incompleto e inconexo si no modificáramos toda la codificación del derecho argentino en sus distintos aspectos; y para reali-

zar eso pienso dividir el Ministerio y crear un Ministerio de Justicia exclusivamente dedicado a la conformación y estructuración de una nueva codificación de todo el derecho argentino, para crear una época también en esto. Porque en este aspecto también soy ambicioso; creo que nuestro movimiento debe marcar una época en lo que al derecho se refiere.

Ello nos llevará a la posibilidad de establecer un Ministerio o una Subsecretaría de Educación, en donde estará representado el gobierno integral de toda la instrucción pública del país, para poder sistematizar, coordinar y sincronizar todas las actividades en un ciclo racional y continuado, reduciendo enormemente todas las exigencias formales que hoy existen, para formar hombres de criterio y de acción y no diletantes y generalizadores como los que estamos formando, en mi concepto, con la instrucción que se imparte hoy en día en nuestro país. Es necesario ir a una enseñanza práctica y no la teórica y verbalista a que nos tiene acostumbrado el sistema actual de la enseñanza.

Es necesario estructurar una enseñanza primaria, secundaria, especial y técnica de acuerdo a las necesidades e ir también a la Universidad para que sea una verdadera disciplina científica para los hombres que van a especializarse en cualquier profesión. Es necesario crear el instituto formador en la Universidad, una rama de investigación científica donde se lo haga trabajar al muchacho, para que no ande por las calles haciendo lo que no debe hacer, y una serie de academias que profundicen la investigación científica y la extensión cultural y profesional.

Señores: Esto ya está organizado y se está cumpliendo en parte. El otro aspecto sería crear dentro de ese Ministerio la Subsecretaría de Cultura, que tomaría todos los demás aspectos en lo que se refiere a las letras y a las artes, en forma de que sean, y también, actividades que pertenezcan al Estado; porque hoy parece que las letras y las artes no pertenecen a actividades del Estado y se delegan a cualquiera que se le ocurra pensar que se podría hacer esto o aquello. Es necesario que el Estado dé también en ese aspecto su propia orientación, que fije los objetivos y que controle la ejecución para ver si se cumplen o no. En muy poco tiempo eso va a estar organizado. No vamos a formar un cuerpo burocrático que se reduzca al decir de un hombre a otro "déle trámite", hasta que llega el maquinista que es quien en último análisis da el trámite a todas las cosas. Les adelanto que eso no se va a transformar en una cosa inocua e inoperante. Una vez que ustedes se organicen me podrán ofrecer los hombres que yo necesito para cumplir las funciones que se les ha de encomendar en forma viva, entusiasta, con capacidad y con amor, que es con lo único que salen las co-

sas bien en esta vida. Espero que ustedes se organicen en forma de sociedad, espero que se unan, que piensen como piensen, sientan como sientan y quieran como quieran, pero que cumplan dentro de la orientación que sin duda alguna fijará el Estado. Si los hombres no tienen orientación es porque no se les ha dado. No creo que los hombres que trabajan en los campos adversos a los nuestros sean malos o de mala voluntad. Hay hombres equivocados, hombres que están trabajando en una dirección porque les da más rendimiento que trabajar en la otra. Si lo traemos a la nuestra y les damos lo que ellos ambicionan, es probable que trabajen con tanto ahínco y buena voluntad como lo hacían en la otra.

Los otros días me decía un periodista de un diario que no es afecto a nosotros: "Yo escribo en contra porque me pagan, pero el día que me jubile va a ver qué pluma voy a ser para usted". Señores, ésa es la realidad de la vida.

Por otra parte, en ese sentido, si el Estado no tiene servidores es porque no los busca. En nuestro país hay gran número de buenos servidores, pero hay que buscarlos, guiarlos y ayudarlos.

Por eso, señores, cuando cuento con personas que entienden esta función con un poco de sacrificio me doy por satisfecho y me doy por muy bien servido cuando tengo hombres que trabajan con un poco de sacrificio de su parte para ayudar al Estado.

Si ustedes realizan esta unión, yo les aseguro que en poco tiempo más les podré ofrecer la organización que ha de regir en el futuro la cultura argentina. Será una organización como deben ser estas organizaciones. Primero, crearla para cumplir un objetivo. Segundo, debe tener un alto grado de simplicidad, porque en cuanto la compliquemos la efectividad va a ser siempre en razón inversa a su complicación. Tercero, esta organización debe ser de un alto grado de perfectibilidad, es decir que sea capaz de ir evolucionando para no anquilosarse en un procedimiento en estos tiempos en que, como dice el doctor Martínez Zuviría, cada diez años ruge una nueva generación. La perfectibilidad está en la evolución que esta organización ha de tener en sí. Finalmente, es necesario la estabilidad, sin la cual, señores, sería tarea de locos estar iniciando cada día una cosa nueva. Yo les ofrezco una organización de esta índole.

Hoy he querido solamente conversar sobre esto para expresarles a ustedes mis ideas. En cuanto a la orientación de fondo, ésa es una cuestión sobre la que no se puede improvisar. Tenemos grandes bases sobre las cuales hemos de ir organizando paulatinamente las ideas directrices.

Organizada la Subsecretaría de Cultura del Ministerio de Educación, los hombres que vayan allí serán los que han de fijar y ajustar detalladamente cada uno de los aspectos con su objetivo, su orientación y la forma de ejecución, para después poner eso en marcha y en acción.

He querido solamente realizar una conversación completamente improvisada, para dar a ustedes las ideas que el Gobierno tiene a este respecto y dejarlos así en libertad de pensamiento.

¿Cómo podemos ensamblar una actividad con otra? Es inútil que tomáramos medidas ahora para ir retomando el mercado argentino que hemos perdido, porque si lo hiciéramos individualmente o con medidas más o menos fragmentarias o aleatorias, no habríamos conseguido nada. Esto hay que hacerlo en forma integral; si no, las soluciones van a ser todas aleatorias. Es un asunto que hay que encararlo en una acción de conjunto para terminar con lo otro e imponer lo nuestro. Las pequeñas acciones llevan a pequeñas soluciones y la solución de este aspecto no puede ser pequeña: ha de ser una gran solución.

Por eso, después de lo conversado les voy a pedir que los jueves por la tarde, al menos por una temporada, realicemos conversaciones, unas veces con literatos, otras con pintores, otras con escultores, es decir, cada vez con una de las actividades en que ustedes pueden fraccionarse gremialmente, para ir así ajustándonos en una discusión más personal e inmediata a una tarea de conjunto. Mientras ustedes, con la buena voluntad que tienen, tratan de formar una agrupación o sociedad que los reúna para trabajar en conjunto, nosotros les haremos llegar oportunamente las tareas de estudio general, problemas que solamente pueden resolver ustedes que están bien compenetrados de los distintos aspectos de cada una de esas cosas.

Realizado esto, pondríamos en marcha el organismo para el que es necesario considerar dos aspectos fundamentales: la organización y los hombres, y en materia de hombres deseo que ustedes sean quienes los elijan, dentro de esa organización que se va a encargar de todo lo que representa la cultura.

Ésa sería la acción que desarrollaríamos todos nosotros; yo soy un soldado más cuando debo trabajar en una cosa como ésta.

La burocracia

Ésa es una cuestión que tenemos actualmente en estudio. Tendría que hablar mucho si debiera referirme a la administración. Comenzaría por

decirles que cuando llegamos al Gobierno lo primero que hice fue preguntar cuántos empleados teníamos, cuánto cobran, dónde están; el Estado no tenía ese dato, y no lo tenía porque no tenía al haber patrimonial, que ahora hemos inventariado. Ése es, señores, el estado natural de nuestra organización. Nosotros hemos hecho ya el censo de los empleados y funcionarios del Estado, del cual no se disponía. Ahora de allí pasamos a la racionalización, que estamos estudiando, y eso está ligado a toda nuestra legislación. La ley de contabilidad determina lo que debe hacerse en cuanto a expedientes y había que hacerlo. Mientras no hagamos un estudio y una revisión total de nuestras leyes no podremos modificar esa situación. Por ejemplo, cuando yo estuve en el ministerio, si moría un oficial o un soldado, no había ningún trámite que cumplir; en cambio, si moría una mula, yo tenía que firmar el acta de defunción. La ley de contabilidad que nosotros tenemos, y que recién hemos cambiado, es otro anacronismo tremendo, sobre todo en estos tiempos en que la oferta y la demanda han influido en la transformación y orientación del mundo.

Es necesario ponernos al día, andar en aeroplano y no utilizar la navegación a vela en cuanto a nuestras leyes. Todo eso es materia de reforma sucesiva; no se puede hacer de un golpe porque, si no, vamos a provocar un caos y no podremos entendernos unos con otros. Yo he sido un enemigo del "déle trámite" porque mata la inteligencia y el amor a la responsabilidad. Nosotros tenemos que establecer que el que recibe un expediente lo resuelve, para que el mismo no pase de una oficina a otra.

Entonces, concretando, para dejar una cosa establecida, ustedes, de acuerdo con el presidente de la Comisión de Cultura, organizarían una comisión que tuviese en su seno representación de cada una de las actividades para estudiar los asuntos de conjunto, y después subcomisiones para cada una de esas ramas, a fin de estudiar los asuntos particulares. Entonces nosotros formaríamos en la Secretaría Técnica, con la Comisión Nacional de Cultura, un consejo para estudiar todos estos asuntos, hasta que realicemos la organización definitiva de la Subsecretaría de Cultura. Así tendremos el organismo y los hombres, con lo que se habrán logrado nuestras aspiraciones.

Al ser nombrado doctor *honoris causa* por su obra en favor de la cultura nacional

14 de noviembre de 1947

Me es particularmente difícil en esta ocasión encontrar la palabra adecuada que traduzca con fidelidad los sentimientos que me embargan desde que me fue discernida la distinción de las universidades argentinas. Tanto más difícil me resulta cuanto arraigada está en mi conciencia la magnitud del problema universitario argentino. Desde que tengo uso de razón he oído debatirlo y su solución tardaba a pesar de no tratarse de un asunto trivial, de no constituir un problema que sólo afectara a un núcleo más o menos importante de ciudadanos cultos, sino que su trascendencia llega hondamente a todos los grupos sociales del país y, trasponiendo los linderos de la Patria, se clava ante la consideración de todos los pueblos de la tierra que puedan juzgar de nuestro mayor o menor peso específico ante el concierto de países civilizados.

Comprenderéis que un asunto de tal importancia, al que he dedicado largas y profundas meditaciones, de las que me he creído obligado defensor aun en los momentos oscuros de mi vida de soldado, ha de golpear fuertemente en mi corazón, cuando, por obra de la voluntad de mis conciudadanos, me ha sido dable contribuir a resolverlo y cuando vuestra generosidad ha querido expresar un reconocimiento del que no debo ser único deudor. Sólo puedo aceptar el honor que me hacéis si permitís que lo comparta con aquellos leales colaboradores que han puesto también su empeño (al que han añadido su capacidad y su versación) en estudiar, proyectar y resolver el problema universitario.

Sólo así podría aceptar este homenaje que colma mis ambiciones de argentino. Sólo así podía venir a reunirme con los componentes de nuestras universidades y festejar junto a ellos el magno acontecimiento que representa establecer unas bases sólidas sobre las que se asiente el venturoso porvenir de la cultura patria.

Señores: En mi concepto de gobernante y de argentino ha venido primando una idea que no vacilo en calificar de noble porque se encuentra compartida por todos los habitantes del país que anteponen su amor a la tierra que les vio nacer a toda otra clase de consideraciones. Esa idea no es otra que el anhelo del engrandecimiento de la Patria, de verla elevarse día por día no ya al nivel de las naciones más adelantadas, sino, a ser posible, por encima de ellas. El deseo es ambicioso, pero cuando la ambición no se ejerce en beneficio propio, sino que se derrocha hacia todos y cada uno de los demás, constituye un estímulo inapreciable.

En el desenvolvimiento de esa idea de superación argentina he tratado de formar un concepto integral, pues el crecimiento biológico de las naciones, lo mismo que el de los individuos, ha de realizarse en forma pareja y equilibrada, ya que el desarrollo de un miembro o de una función orgánica a expensas de los otros entra de lleno en el campo de la patología.

Coordinación de técnica

Las manifestaciones de la vida colectiva nunca tienen un sentido aislado. Por el contrario; todas las actividades se coordinan y enlazan entre sí. Se puede ansiar un gran desarrollo industrial del país, pero si al mismo tiempo que se impulsa ese aspecto de la economía no se acrecienta el aspecto cultural mediante la formación de técnicos y de investigadores, nada o muy poco se logrará. Y aun dentro de ese aspecto de intensificación cultural (necesario para el desarrollo industrial), no cabe tampoco establecer distingos ni preferencias. La cultura constituye un todo indivisible, y ni siquiera se concibe un país en el que, por ejemplo, las ciencias físico-matemáticas estuviesen muy avanzadas mientras que permaneciesen en un gran retraso comparativo las ciencias jurídicas y económicas, o viceversa. La vida la formamos entre todos, y para el proceso de desarrollo industrial del país se requiere lo mismo la colaboración de los técnicos en la fabricación de los distintos productos, que la de los economistas concededores de las posibilidades consumidoras del país, la de los médicos mantenedores de condiciones de salubridad indispensables al trabajo y la de los juristas que establezcan las condiciones de una relación civilizada entre los hombres.

Armonía de la cultura

Insisto en este concepto cuya vulgaridad soy el primero en proclamar, porque me ha servido para inspirar el Plan de Gobierno, que tendrá, y seguramente tiene, sus defectos, pero que obedece a ese sentido integral y

armónico a que me vengo refiriendo. Una gran parte del Plan está encaminada a incrementar las obras públicas que sirvan de base a nuestro progreso industrial y económico. Mas al lado de esas normas se han establecido otras de estructuración jurídica, de desarrollo cultural y, sobre todo, de intensificación y mejoramiento docente. De ahí nacen los proyectos de Ley incluidos en el Plan sobre Enseñanza Primaria, Secundaria, Técnica y Universitaria. No es caso de detenerme en los aspectos de la Enseñanza Primaria y Secundaria, pero en la Argentina, por sus condiciones de formación, resulta evidente que la mano de obra especializada y la mano maestra en determinadas ramas de la producción es deficiente, cuantitativa y cualitativamente. El primer paso para subsanar el mal habría de buscarse en la capacitación profesional del elemento obrero. En mi discurso de explicación del Plan a los señores senadores y diputados afirmé, entre otras cosas, que desde mis primeras actuaciones al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión he querido la formación de escuelas para la instrucción de menores en la industria y he aspirado a lograr la formación de buenos operarios mediante la creación de escuelas de aplicación técnica, de perfeccionamiento y politécnicos, y he propugnado también el establecimiento de escuelas tecnológicas para la agricultura y ganadería. Esto constituye el primer jalón de la obra a realizarse. El segundo está representado por la Universidad.

Orientación de la enseñanza

La primera cuestión que a mi juicio se ha de plantear, porque de ella depende la orientación y el sentido que se quiera dar a la enseñanza, es la de si la investigación tecnológica ha de tener preferencia con relación a la científica. El simple enunciado de la cuestión ya indica su enorme trascendencia. Está muy extendida la opinión de que para el desarrollo industrial de un país se necesitan más los hombres técnicos, entendiendo por tales los poseedores de una práctica, que los meramente teóricos. De ser ello cierto, tendríamos que enfocar las enseñanzas medias y superiores con un criterio de formación de trabajadores expertos en las diversas ramas. Sin embargo, esa idea no sólo se encuentra superada, sino que ha sido desechada, porque está demostrado que únicamente y sobre el campo de la ciencia pura puede florecer el progreso técnico, cuando menos el tecnicismo depurado que se necesita para afrontar las grandes empresas.

De ahí que al organizar la nueva Universidad argentina se haya de defender el principio de la ciencia pura. El conocimiento de la aplicación práctica de la ciencia ha de venir después como consecuencia de aquélla.

Pero todavía ese concepto resulta insuficiente, porque al formar la Universidad se tienen que resolver estos dos aspectos: 1) ¿Qué se entiende por ciencia pura?; y 2) ¿Cómo se puede llegar a su conocimiento? En cuanto al primero de ellos, no tengo por qué entrar a establecer definiciones. No hablo como profesor (porque no quiero incurrir en la vanidosa presunción de dirigiros la palabra ex cátedra por el solo hecho de haber recibido el título honorífico con que me habéis honrado), sino como hombre de gobierno, y en ese sentido, os digo que, por desgracia, en nuestras universidades ha sido muy corriente la confusión entre la ciencia pura y la ciencia verbalista. Puedo decir esto sin detrimento de los profesores actuales y de los que les han precedido, ya que entre ellos hay y ha habido auténticos hombres de ciencia y grandes profesores. El defecto no era de ellos, sino del sistema docente. El reconocimiento de los propios errores constituye la única virtud que nos puede llevar a la enmienda. Estará bien ofuscado quien no reconozca que nuestros profesionales se han formado oyendo (cuando les oían) a los maestros o leyendo en sus libros. Las prácticas de seminario, el aprendizaje sobre la realidad, tenía por su insignificancia un valor escasísimo. De trabajos de investigación y de extensión universitaria no hay ni qué hablar. No ya el hombre de ciencia, sino el mero profesional, se forman después de salir de la Universidad. Ésta, a lo sumo, ha dado al estudiante una idea orientadora que luego habrá de desarrollar. El *magister dixit* es necesario, pero es insuficiente. El maestro, además de decir, ha de hacer; ha de convivir con sus alumnos, ha de trabajar con ellos, no ya (como equivocadamente se cree) para mostrarles la aplicación práctica de los conocimientos, sino para que vivan la ciencia pura, para inculcar en ellos el amor a la investigación y a las grandes especulaciones del pensamiento. Una universidad que haga esto es la que yo siento y anhelo, y por eso deseo que la nueva Ley Universitaria sirva para la creación de verdaderos centros científicos.

La investigación científica

La cátedra propiamente dicha ha de estar acompañada de los Institutos de Investigación. He dicho en otra ocasión que las universidades no deben limitar sus tareas a la formación de profesionales, sino que deben cumplir paralelamente los fines más elevados de fomentar la cultura y realizar la investigación científica de altos vuelos. En los países donde la Universidad ha concebido así su función, se ha hecho acreedora al respeto de todos los ciudadanos y ha sido el factor principal del progreso científico. Es necesario situar en el primer plano de la actuación universitaria la exten-

sión y la investigación científica. Basta leer la nueva Ley para comprender que es ésa su idea madre.

En la Universidad se ha de afirmar una conciencia nacional histórica. No ha de haber lagunas entre los albores de nuestra personalidad política independiente y la historia que arranca hace más de tres milenios, de los berroqueños riscos pirinaicos y carpetovetónicos. Se ha de afirmar la continuidad histórica y, al mismo tiempo, organizar la investigación científica y preparar a los investigadores para el progreso de las ciencias, las letras y las artes; difundir el saber y la cultura; preparar para el ejercicio de las profesiones liberales; crear un cuerpo dedicado a la vida científica; crear y sostener institutos de investigación y cursos de perfeccionamiento; divulgar las investigaciones científicas y fomentar el desarrollo de publicaciones y actividades sociales, jurídicas, económicas, literarias y filosóficas.

La cátedra y la agrupación de institutos

De acuerdo con la idea expuesta, se ha de iniciar un proceso evolutivo que vaya desde la cátedra al instituto y del instituto a la agrupación de institutos. La cátedra es el primer paso y representa, podríamos decir, la célula del sistema. Representa el saber de un hombre transmitido a sus discípulos y a sus oyentes. Pero eso no basta, porque la ciencia del individuo se atrasa y se anquilosa si carece de los medios necesarios para los estudios comparativos y para el desenvolvimiento de sus propias teorías y de su propia ciencia. Para impedir esto se debe tender a que los profesores se vean asistidos de una tal cantidad de elementos de trabajo, humanos y materiales, que su labor pase de la enseñanza magistral, y aun de las prácticas de seminario, a la función científica de investigación. Cuando eso se haya logrado, habrá nacido el instituto.

Y todavía el instituto no cumple la aspiración suprema, porque sigue representando una tendencia hasta cierto punto individualista. El catedrático, convertido en director del instituto, sigue siendo el orientador de la investigación a través de sus teorías personales; pero esas teorías tienen que ser contrastadas con otras que, sobre ser igualmente respetables, pueden resultar contradictorias. De esa lucha de doctrinas surge la verdadera ciencia. Por eso la necesidad de formar agrupaciones de institutos. Y esa necesidad cumple otra finalidad. En efecto. No hay un aspecto del saber humano que pueda vivir aisladamente. Todos, aun aquellos que parecen más dispares, se encuentran vinculados y unidos en una cadena cuyos eslabones representan una mayor o menor afinidad según se encuentren más próximos o más remotos. De poco serviría un instituto de fisiología si no

estuviese vinculado a otro de anatomía, ni uno de legislación del trabajo si no se le vincula con iguales institutos de sociología y economía. Así es en todo.

Sentido colectivo de la enseñanza

Este modo de sentir la ciencia ha de llevar a quienes la cultivan a una posición de altruismo, en el sentido de que la obra a realizar se ha de hacer colectivamente y ha de tener un valor también colectivo. Entiéndase bien que cuando hablo de acción colectiva no quiero decir que se deban despreciar o menospreciar las iniciativas individuales. Por lo contrario; creo que en la iniciativa individual se encuentra el principal motor del progreso social. El afán de sobresalir, el ansia de gloria, el deseo de mando, la codicia misma representan factores tan estimables que sin ellos viviríamos probablemente como los hombres primitivos. Para mí, la acción colectiva representa el esfuerzo de la sociedad para alcanzar la meta deseada. Es posible que un hombre solo, trabajando aisladamente, logre llegar a descubrimientos científicos de gran trascendencia; mas eso tiene muy escaso valor para la vida y para la cultura de un pueblo. No basta con que un hombre o muchos hombres hagan ciencia, sino que es preciso que en cada nación se cree el clima necesario para el desarrollo de la ciencia. Tal es el sentido colectivo a que me he referido.

Si nos fijamos en los países que marchan a la cabeza de la ciencia, observaremos que el progreso de ella obedece tanto a la labor de determinados hombres como al auspicio y al calor que reciben de quienes no realizan labor científica. En nuestra Patria, por ejemplo, el sentimiento humanitario de solidaridad social se manifiesta (tampoco con mucha frecuencia) en la fundación o en la aportación económica de fines caritativos y benéficos. Sería de desear que quienes han alcanzado situaciones de privilegio se acordasen igualmente del inmenso bien que podrían realizar impulsando con su dinero la investigación científica.

También el fin que persiga la ciencia ha de encaminarse hacia el bienestar social. Repito ahora lo que creo haber dicho en alguna otra ocasión y posiblemente ante algunos de mis oyentes. Es muy interesante que las conquistas de la ciencia lleven el beneficio a una o a unas determinadas personas; pero es mucho más importante que se beneficien todas ellas. Entre un arquitecto que sepa construir un hermoso rascacielos y otro que ponga sus conocimientos al servicio de la solución del problema social de la vivienda que agobia al mundo, es éste mucho más útil que aquél. Lo mismo se puede decir de todas las actividades profesionales.

Formación de academias útiles

No quiero terminar la exposición de mis puntos de vista sobre la necesidad de impulsar la investigación científica sin señalar la conveniencia de enaltecer la formación de academias de las diferentes ramas del saber humano, que sirvan no sólo como premio a los hombres que se hayan distinguido en las respectivas disciplinas, sino también como institutos de orientación científica y cultural. Claro es que en esta materia se debe aquilatar muy bien para la selección, distinguiendo los valores verdaderos de la ficción de esos valores, lo que representaría el mejor medio de consagración de hombres de ciencia y de teorías científicas, siempre, naturalmente, que esas academias no constituyan, cual es frecuente en muchos países, organismos anquilosados, a veces valladar insalvable del progreso científico por su exceso de celo en la defensa de un sentimiento conservador, sino instituciones ágiles que más se preocupen de ayudar a los investigadores de fuera que de proteger el prestigio de sus componentes.

¿Es ardua la lucha que debemos entablar para conseguir estos ideales? ¿Poseemos los elementos que se necesitan para alcanzarlos? ¿Existen los hombres capacitados para la lucha? ¿Tenemos la decisión irrevocable de vencer los obstáculos que se nos presentan?

Si otros pueblos llegaron a las altas cumbres del saber y fueron fuentes de inspiración y sostenimiento de otros pueblos o de otras épocas, ¿por qué la Argentina no puede apetecer el lugar que Dios reserva a los que resultan vencedores en las más terribles pruebas?

Señores: Me permito exponer ante vosotros, doctos profesores, hombres dedicados al estudio y personas cultas que me escucháis, mi punto de vista como hombre de mi generación, como ciudadano formado en la cultura de mi pueblo y como hombre que lleva sobre sí la responsabilidad del Gobierno de su Patria y que tiene el deber de conducirla por el rumbo glorioso que ha seguido cuando su trayectoria no se separó de todo aquello a lo que debe su personalidad.

No debéis ver en mis palabras un prurito de erudición, que sería pandería, ni mucho menos el propósito de emular a los que por su profesión y su preparación deben ser nuestros maestros.

Ved solamente en la relación de mis ideas cómo un argentino, que quiere por encima de todo a su Patria, recoge e impulsa lo que está en el ánimo de todos, aunque muchos no sepan definirlo, para sentar una bella afirmación que sea para el futuro la base de nuestro desarrollo docente y nuestro porvenir cultural.

El poder de la cultura

Creo firmemente que la cultura es determinante de la felicidad de los pueblos, porque por cultura debe entenderse no sólo preparación moral y arma de combate para sostener la posición de cada hombre en la lucha cotidiana, sino instrumento indispensable para que la vida política se desarrolle con tolerancia, honestidad y comprensión.

Pero cuando una Nación recupera su ser nacional, cuando un país se reencuentra después de haberse diluido en tanteos triviales e influencias extrañas a su tradicional modo de ser, la cultura se convierte en fuerza de inimaginables proyecciones.

Este postulado constituye mi gran preocupación. Ya en un mensaje al Congreso expuse brevemente el desenvolvimiento de la cultura argentina y me referí a la seguridad que tengo de su glorioso porvenir.

En el Plan de Gobierno se indicó esquemáticamente que la cultura se forma por tradición y por enseñanza, y se conserva en bibliotecas, museos y archivos, perfeccionándose por la conjunción de sus factores integrantes, a saber: el hombre, en su afán de superación; la sociedad, en su progreso evolutivo nacional, y el Estado, como expresión de sus componentes y en cumplimiento de su irrenunciable misión educadora.

A la cultura directamente heredada, a nuestro acervo tradicional, he de referirme esta noche. Pero conviene que dedique un breve espacio al origen de nuestro saber: la cultura grecorromana, de la que debemos ser y somos continuadores, y que fue en su tiempo inicial síntesis de las que florecieron anteriormente, como la caldea, la persa y la egipcia, culturas que se desvanecieron en el tiempo posterior a Alejandro para ser absorbidas definitivamente por las formas helenísticas.

Quiero referirme especialmente a la cultura griega como base de las conclusiones a que debo llegar, porque ella constituye en sí y fue formada por un proceso tan característico, tan consecuente consigo mismo, tan recio y definido y tan unido dentro de su variedad que no ha habido otra forma de civilización que pueda comparársele.

La historia de la cultura griega es la exposición del prodigio que nos lleva súbitamente desde el brutal sistema de la tiranía oriental a las más elevadas y no superadas cumbres de la sapiencia humana. Al florecer de la cultura griega se ha llamado con razón asombroso momento en el que se produce el fenómeno creador más fecundo de la vida de la humanidad, porque facilitó la comprensión del cristianismo y dio lugar al nacimiento

de la civilización occidental, que todavía *sigue vivo* en las modernas disciplinas culturales.

Espíritu inmortal

El prodigio de la cultura griega consiste en que no sólo apareció y floreció cuando los helenos existían, formaban pueblos, organizaciones políticas, sistemas artísticos, órdenes arquitectónicos y escuelas filosóficas, sino que después de sometidos esos pueblos y hasta disgregados y desaparecidos como Estados, continuó el espíritu heleno fecundando los siglos hasta el presente.

Todo lo griego pertenece a un mismo proceso cultural. Nada que hubiera creado el hombre anterior deja de ser conocido, captado, transformado, en una palabra helenizado, dentro de su característica variedad y unidad al mismo tiempo, aprovechándose maravillosamente del legado de las civilizaciones anteriores o simultáneas. Las formas de organización de la sociedad, las matemáticas, la medicina, la arquitectura, la escultura, la poesía y el derecho existían ya creados y en sus distintas formas lo aprovecharon los griegos, pero transformando radicalmente sus conceptos por su pasión por los principios de medida y perfección.

Y ello pudo ocurrir en virtud de un ajuste que coloca al pueblo griego en rango de progenitor de la humanidad por su genio creador en el campo filosófico al plantear los problemas de la mente, despreciando mitos y prejuicios y adelantándose a través de los siglos con Platón y Aristóteles.

Sintetiza un autor el genio griego con la siguiente relación: "En el templo de Apolo en Delfos aparecían en su pórtico máximas como ésta: 'Nada con exceso. La medida ante todo'. Según la primera de estas sentencias, todo exceso en sí es un mal, y según la otra, la medida en sí es un bien. Se contraponen, por lo tanto, exceso y medida. En los días de la madurez del genio griego esta comprensión de la vida obtendrá diversas formulaciones: una, en la filosofía; otra, en la política; las restantes, en el arte. Todas ellas nos darán el sentido del equilibrio, la fórmula mágica del arte de conducir hombres y gobernar pueblos.

Los valiosos elementos que integraban la cultura griega fueron después captados por el pueblo romano. Roma añadió un sentido que debía ser el que facilitara materialmente la comprensión y adopción de los principios filosóficos griegos y la propagación y extensión del cristianismo, y con él, la desaparición de los mitos panteístas. Me refiero al sentido del Imperio y al concepto del *Derecho* que, juntamente con la extensión en el

mundo civilizado de la lengua del Lacio, fue la base determinante de nuestra civilización.

No es preciso analizar para ello la historia de la Monarquía, de la República y del Imperio romano como instituciones políticas. Roma fue siempre imperial, porque, por designio divino, para la evolución del mundo debió ser así.

El verdadero poderío de Roma se desarrolló en su organización administrativa y en su prodigioso genio militar formado para defensa del Imperio; en la definición y evolución de su Derecho y en el cultivo de su lengua, que era propagada a los pueblos conquistados que, al captar civilización tan superior, contribuían a universalizar y refundir la cultura grecorromana en el mundo conocido cuya capital era Roma.

Roma no poseyó figuras científicas, pero asimilándose a las enseñanzas griegas prosperó asombrosamente en arquitectura, astronomía, matemáticas, ciencias físicas y literatura.

Permitió, además, que su codiciada colonia, la Península Ibérica, se compenetrara tan hondamente con la Ciudad Madre que no sólo le proporcionara grandes escritores y filósofos, sino que también le diera emperadores. Los godos, los dominadores que siguieron a los romanos, una vez convertidos al cristianismo, asimilaron la cultura romana que hallaron en España y, por el uso del latín, dieron lugar al nacimiento de las lenguas romances y con ellas al idioma que hablamos en tierras de Hispanidad. Y cuando Alfonso el Sabio quiso codificar el Derecho Ibérico, dio forma al Derecho Romano, base de los primeros cuerpos legales que fueron estudiados y aplicados en nuestra América.

No hay que olvidar que el Imperio Romano en sus últimos tiempos era cristiano. Roma seguía siendo capital del mundo como sede del Romano Pontífice, y la cultura grecorromana, conservada durante la Edad Media en abadías y conventos después de la caída de Bizancio, resurgió avasalladora con el Renacimiento.

Legado magnífico

En ese estado del mundo surge otro acontecimiento trascendental con sabor de epopeya y figuras de leyenda. Unos hombres que pueden compararse a los héroes de la mitología llegan a las "islas y tierra firme de las Indias". Letrados unos, analfabetos los más, clérigos otros, pero todos impregnados de esa cultura milenaria cuya formación tan esquemáticamente vengo relatando. Y esos hombres van sembrando con su fe, su lengua y su

sangre, semillas de esa cultura cuya posesión muchos ignoraban. Y sus romances y canciones, sus tradiciones y sus costumbres, saturados de siglos de civilización, son captadas por aborígenes que viven una vida atrasada en muchas centurias. Así, en el folclore del norte argentino, en lengua aborigen se cantan, interpretadas con forma singular, antiguas leyendas medievales europeas, y un buen día, un feliz día, un soberano que vive en otro continente crea una Universidad en Córdoba del Tucumán a imagen y semejanza de la de Salamanca. Y así se realiza el milagro que nos hace legatarios de la cultura clásica.

Señores: La declaración de nuestra independencia política dio entrada a todos los vientos de opinión y a todas las luces y sombras del saber. Los profesores aquí reunidos podrán enjuiciar con magistral erudición y sobrados argumentos la labor cultural desarrollada en nuestra Patria en lo que llevamos de organización nacional. Yo, sin su preparación, pero no cediendo en un ápice en su patriotismo, he de afirmar con tristeza que buena parte del gran legado cultural que recibimos de España lo hemos olvidado o lo hemos trocado por advenedizos escarceos, introducidos a la par por los potentados, que dilapidaban sus fortunas en ciudades alegres y cosmopolitas y regresaban cantando loas a su propia disipación, y por los vencidos de los bajos fondos de cualquier parte del mundo, que llegados a nuestras playas y a fuerza del número y por obra del contacto directo y constante con nuestro pueblo, lograban infiltrarle un indefinible sentimiento de repudio de las manifestaciones espontáneas de todo lo tradicional hispano-criollo.

Así, la literatura, la ciencia, el derecho, la filosofía, el arte, han adquirido formas híbridas, difusas y apagadas; siendo cada día menor el sentido de grandeza y el afán ascensional que ha de animar a las verdaderas creaciones del espíritu, para que alcancen realmente atributos de universalidad y perennidad.

La nueva fórmula humanística

La cultura de la raza latina en América, a pesar del sello auténticamente español, alcanzó jerarquía universal y sabor de eternidad porque supo fundir el alma peninsular en los viejos moldes del clasicismo greco-latino.

Si se hubiera limitado a traducir los clásicos y adaptar su vida al estilo de Grecia o de Roma, ni hubiera alcanzado el esplendor de los Siglos de Oro castellanos ni hubiera podido parangonar sus héroes con los de la *Ilíada* y la *Eneida*. Pero España supo libar las esencias de la antigüedad y

construir monumentos imperecederos que han sido el germen de las culturas de nuestro continente. Del maridaje de dioses y héroes, filósofos y artistas de la vieja Atenas; de los reflejos imperiales de la antigua Roma redimida por el Signo de la Cruz, de la fusión de la ley de Dios y el derecho de Roma que supo amalgamar con sentido ascético y caballeresco nuestra Madre España ha de salir de nuestra tierra americana, por la unión entrañable de su ancestral señorío y nuestra esplendorosa juventud, la nueva fórmula humanística que eleve al hombre a las más altas cimas de la civilización moderna.

España, Madre Nuestra

La riqueza espiritual que, con la Cruz y la Espada, España nos legó —esa Cruz y esa Espada tan vilipendiadas por nuestros enemigos y tan escarnecidas por los que con su falsa advocación medraron—, fue marchitándose hasta convertirse en informe montón irreconocible, hecho presa después del fuego de los odios y de las envidias que habían concitado con su legendario esplendor. Pero antes de convertirse definitivamente en cenizas, las pavesas del incendio aún nos bastarán para que en nuestras manos se conviertan en antorchas, que remozando el alma máter de la Universidad argentina, traspase las fronteras, despierte la vacilante fe de los tibios y semidormidos pueblos que aún creen más en las taumaturgias del oro que en los veneros que encierran el espíritu y la voluntad de trabajar y ennoblecerse y tenga aún fuerzas suficientes para llegar al corazón de Castilla y decir con acento criollo y fe cristiana: “¡España, Madre Nuestra, Hija Eterna de la Inmortal Roma, heredera directa de Atenas, la grácil, y de Esparta, la fuerte: somos tus Hijos del claro nombre; somos argentinos, de la tierra con tintineos de plata que poseemos tu corazón de oro. Como bien nacidos hijos salidos de tu seno te veneramos, te recordamos y vives en nosotros! Precisamente porque somos hijos tuyos sabemos que nosotros somos nosotros. Por esto, sobre lo mucho que tú nos legaste, hemos puesto nuestra voluntad de seguir hacia arriba hasta escalar nuevas cumbres y conquistar nuevos laureles que se sumen a los ya eternos que supimos conseguir. Por esto abrimos de nuevo las viejas arcas que guardan los restos de la cultura que esparcisteis por el mundo a la sombra de banderas flameantes defendidas por espadas invencibles. Tus filósofos, humanistas, poetas y artistas; y tus juristas, místicos y teólogos, cuando vieron que las antorchas de la revolución espiritual y el vaho del materialismo hacían peligrar el tesoro secular que acumulaste, decidieron ponerte a buen recaudo que evitara tu profanación”.

En el Banco de la Nación, ante los gerentes de sucursales y agencias

20 de noviembre de 1947

Al saber que estaban presentes en esta casa los señores gerentes del Banco de la Nación, llegados de las distintas regiones del país, no he querido sustraerme al inmenso placer de venir hasta aquí para saludarlos personalmente.

Conozco perfectamente la tarea que cada uno de ustedes desarrolla en los diferentes lugares, puesta la mirada en un solo objetivo, que ha de ser el de todos los argentinos: servir en el puesto que cada uno ocupa, haciendo todos los días un poco más, para que al abandonar este mundo dejemos a nuestra Patria más grande, más próspera y más feliz.

Desde que estoy al frente del Gobierno, como jefe del Poder Ejecutivo, he tratado de realizar una cosa por sobre todas las demás: transformar el criterio político de gobierno en un criterio económico. Entiendo al país como una inmensa empresa, en la cual hay algunos socios que realizan tareas constructivas y otros cuya tarea es destructiva, como pasa en todas las sociedades de la tierra. Y el Gobierno quiere que todos los socios de esta gran empresa realicen trabajo constructivo, económicamente constructivo.

El país, como el mundo entero, vive una etapa que es económica en sumo grado. Si el Gobierno de la Nación abandonase los resortes que puedan favorecer a la economía, no de un grupo determinado o de un sector preconcebido de la sociedad argentina, sino de todos los argentinos, cometería un gravísimo error. Las medidas que el Gobierno ha tomado tienen por finalidad la defensa de la Nación, vale decir, de todos sus habitantes. En ese sentido, estoy experimentando las más altas satisfacciones que he tenido en el ejercicio del Gobierno. Las causas de esas satisfacciones se escalonan desde el hecho de ir llevando adelante económicamente al país, en forma

tal que las esperanzas aumentan cada día ante las realizaciones que a cada momento vamos pulsando, hasta la comprobación de que países extraordinariamente organizados, con siglos de experiencia tras de sí, están asimilando hoy nuestros propios métodos, puestos ya en ejecución hace más de un año.

Nosotros damos extraordinaria importancia a todo lo que se refiere a la reactivación económica del país y nos hemos lanzado a la confección de un plan ambicioso y grande y a la realización de las obras que plantea ese programa, para que la reactivación económica, que hoy es más bien de forma, llegue a convertirse en una verdadera realidad de fondo para todo el país, construyendo las grandes empresas que pueden ser trascendentales, no para nosotros, sino para las generaciones de argentinos que han de seguirnos. Al hacerlo, estamos elaborando el más importante y el más trascendente de todos los factores que han de jugar en la vida argentina, quizá por muchos años.

Sé bien que el Banco de la Nación Argentina ha sido el puntal de las finanzas y de la economía de la Nación y el primer organismo que se ha ocupado de lo que nosotros propugnamos en estos momentos en todos los órdenes: la reactivación económica. Sé que en las más apartadas regiones del país el consejero económico de la zona es el gerente de la sucursal o agencia del Banco. A él recurren, no sólo para la ayuda sino también para el consejo, los hombres de las distintas poblaciones y de las más diversas actividades, templando su espíritu en lo que, en mi concepto, es el deber de la hora: llevar nuestras finanzas y nuestra economía a una situación tal que, en corto tiempo, aseguremos que la Argentina no ha de sufrir en el futuro quebrantos financieros ni desastres económicos, única manera de consolidar ese indefinido avance en el progreso de la Nación sobre bases económicas estables y equilibradas.

Señores: Yo les pido como un compañero de tareas y de lucha —ya que yo lo soy por antonomasia de todos los ciudadanos argentino—, cualquiera sea la labor que desarrollen, que lleven a las regiones que están bajo el consejo y la influencia económica de las agencias del Banco de la Nación las propias ideas nuestras todo lo ambicioso de nuestro Plan, cuya principal columna y objetivo es la reactivación económica. A ese país, que ha luchado por pequeñas empresas, debemos convertirlo en uno que luche por grandes empresas; debemos perder ese complejo de inferioridad que lleva a los hombres a encarar sólo aquello que no tiene peligro y decirles a todos los argentinos que la ayuda del Estado está, precisamente, para servir a los que no tienen posibilidades, ya que los que poseen medios y re-

cursos no la necesitan. El Banco debe ser su sostén, de modo que en el futuro cada argentino que posea espíritu de iniciativa y quiera jugarse en una gran empresa tenga el apoyo de todos los demás compatriotas, representado por esta institución que, por su larga tradición, el acierto con que ha actuado, la eficacia de los hombres que la dirigen y la prudencia con que realiza su labor, siempre será una garantía para ellos y para todos nosotros.

Señores: Me he extendido quizá un poco más de lo que deseaba, pues yo sólo quería hacer acto de presencia y expresarles mi más amplia y profunda solidaridad. Desde mi puesto estoy para servir a ustedes, de la misma manera que ustedes sirven a la Nación desde los suyos. Piensen que de esa labor que ustedes realizan depende, en gran parte, el éxito de toda la empresa en que la Nación está empeñada desde hace un año y medio. El Plan de Gobierno se puede ejecutar si cada uno de nosotros quiere ejecutarlo y pone profunda fe en los medios que es capaz de mover el pueblo argentino para alcanzar su objetivo. Nuestra independencia económica es ya un hecho. Ahora tenemos que hacer trabajar a todos los argentinos y lanzarnos en obras que no terminen en seis años de gobierno, sino que abarquen un ciclo de sesenta años para que sean verdaderamente trascendentes.

Yo he de dejar al país al que me suceda en forma que él no pueda detenerse y siga la marcha hasta completar esas obras, ya que, en mi concepto, hasta ahora no se han realizado aquí grandes ejecuciones. El tiempo dirá si hemos estado acertados y dirá también si los argentinos que nos sigan son capaces de continuar con el mismo profundo amor a la Patria, con la misma dedicación y el mismo esfuerzo con que nosotros estamos cumpliendo nuestra tarea diaria.

Señores: Que al regresar a sus distintos cargos y lugares tengan ustedes buena suerte, terminen este año 1947 rodeados por el cariño de sus familias e inicien también el próximo año de 1948 con esa inmensa felicidad que yo deseo fervientemente para todos.

Gracias. Si el pueblo de la Nación abarca a los argentinos que quedan fieles a sus principios, todo un grupo de iniciativas en el sector económico de la vida argentina, que de aires los argentinos, comienza un gran camino. Las medidas que el Gobierno ha tomado han permitido a la Nación, que decir, a todos sus habitantes. En las últimas horas experimentando las nuevas satisfacciones que se obtienen en el ejercicio del Gobierno. Las cosas en esos seis meses se escalonan desde el terreno de la economía política económica al país, en forma

En Lavallol, con motivo del inicio de la construcción del gasoducto

21 de noviembre de 1947.

La construcción del gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires es otra de las obras que no necesita propaganda en el Plan de Gobierno para cumplirse en el más breve plazo, haciendo posible que el gas natural de la tierra argentina sea distribuido entre todos los habitantes sin diferencias de categorías.

Aprovecho esta oportunidad para presentar el reconocimiento del Gobierno al señor secretario de Industria y Comercio, quien ha puesto todo su afán, inteligencia y dedicación para impulsar esta parte del Plan Quinquenal, así como al ingeniero Canessa, quien ve concretado en este acto el sueño de su vida. Estoy persuadido de que bajo la dirección de hombres de este temple, el oleoducto cuyas obras inauguramos hoy, dará nacimiento a una nueva era para la Nación en materia de combustibles.

Por este motivo es que les agradezco en nombre del Gobierno, como les agradecerá también el pueblo argentino, cuando se pueda cobrar el gas a los pobres a seis centavos el metro cúbico.

El hecho que el cumplimiento de esta obra que es económica en su naturaleza. Si el Gobierno de la Nación atiende las necesidades que el Estado argentino tiene para el desarrollo de su industria y comercio, el gas natural que se encuentra en la tierra argentina, será distribuido a todos los habitantes de la tierra argentina, así como a todos los habitantes de la tierra argentina. El gas natural que se encuentra en la tierra argentina, será distribuido a todos los habitantes de la tierra argentina, así como a todos los habitantes de la tierra argentina. El gas natural que se encuentra en la tierra argentina, será distribuido a todos los habitantes de la tierra argentina, así como a todos los habitantes de la tierra argentina.

En su visita al Club A. Huracán

En el Banco de la Nación,
ante los gerentes de 22 de noviembre de 1947

20 de noviembre de 1947

Amigos de Huracán:

Entre las numerosas preocupaciones que el Gobierno tiene por encarar en forma integral todas las actividades que, de una manera directa o indirecta, inciden sobre la tranquilidad, la felicidad y el sosiego de la sociedad argentina, el aspecto relativo a la cultura física es una de las principales que en este momento estamos tratando de propugnar.

Desgraciadamente, nuestro país no había encarado el apoyo que el Estado tiene obligación de prestar a las asociaciones que están cumpliendo una función de extraordinaria importancia en el perfeccionamiento físico de nuestra raza. Ésa es la razón por la cual hemos iniciado una política de apoyo, de ayuda, de consejo y de organización a todos los clubes, especialmente a los populares que, como Huracán, nuclean un alto número de personas que se benefician con los servicios, diríamos colectivos, de una entidad que acciona en bien de un barrio populoso, simpático y admirable.

Señores: Yo soy un hombre con inclinaciones profundamente populares. Si algún honor podría llegar a lo más profundo de mi corazón, es el homenaje que las multitudes de trabajadores y de hombres humildes pueden tributarme.

Sabiendo lo profundamente popular que es esta institución, el haberme discernido el honor de ser socio honorario y el haber querido tener la amabilidad de recordármelo con una medalla, que aprecio y que agradezco profundamente, me llena de gratitud y de reconocimiento. Siempre me sentí ligado profundamente a esta institución, por ser popular y argentina, y desde hoy en adelante tendré presente este gesto que colma toda la satisfacción a que pueden aspirar hombres que están, como yo, cumpliendo una función social.

El sentimiento es más o menos satisfactorio que se vivió en el momento del Club. Los días de esos son años que se olvidan desde el momento en que se comienza a vivir de nuevo al mundo, en forma

Sé bien, señores, cuál es el mérito que en esta inmensa barriada de Caseros tiene el Club Huracán. Sé cómo trabaja el Club y qué ofrece a sus asociados, como así también cuál es el esfuerzo que realiza por llevar adelante el deporte en nuestra tierra. Reconozco tales méritos, y como gobernante estoy obligado a apoyarlo y a propugnarlo para que ello se extienda a todo el territorio de la Nación.

Cuando numerosos clubes como Huracán cubran todo el territorio de la Nación, habremos hecho un inmenso bien a la Patria, porque habremos sustraído a nuestros jóvenes del vicio y de los lugares donde los hombres no ganan en salud ni en virtud, para convertirlos en deportistas que van preparando el alma y el cuerpo para ser ciudadanos virtuosos y dignos.

Señores: Agradezco profundamente que ustedes se hayan acordado de mí para brindarme la satisfacción de estos hermosos momentos. Se los agradezco porque soy un hombre profundamente sentimental y no hay estímulo tan grato para mi espíritu como el saber que he podido hacer bien en algún sentido a los hombres que lo merecen por su trabajo, por su dedicación y por sus condiciones.

Antes de retirarme quiero expresarles a ustedes la seguridad de mi gratitud y decirle al señor presidente del Club, en mi nombre y en el de mi señora, cuánto le estamos reconocidos por su amabilidad. Al mismo tiempo, deseo pedirle que haga presente a toda la institución que cuando llegue el momento en que necesite del apoyo oficial para cualquier actividad, no lo daré como un favor que se dispensa inmerecidamente, sino como una obligación de gobernante.

Por último, formulo mis más fervientes votos porque la prosperidad y el éxito acompañen permanentemente a este club, y no puedo dejar de expresarles que el general Perón estará compartiendo espiritualmente con ustedes cada una de las conquistas que se vayan obteniendo en el local social o en el estadio.

27 de octubre de 1977

En el Banco de la Nación
ante los gerentes de sucursales y agencias

Al recibir los restos de los padres del Libertador San Martín

24 de noviembre de 1947

El homenaje que el pueblo argentino rinde al Libertador, general don José de San Martín, trayendo al seno de la Patria los restos de sus padres amados, es de extraordinaria significación espiritual: ha nacido del fondo mismo de sus inagotables reservas morales y de su conciencia cristiana, que le permiten cumplir con amor y sin esfuerzo el mandamiento de la ley de Dios que obliga a honrar a padre y madre. Es un homenaje de máxima excelsitud y delicadez, que reconoce en la personalidad del Libertador no sólo al Capitán de la Victoria, sino también al varón probo y austero, ejemplo de virtuosos, a quien su carrera pública y su destino de gloria no le apartaron de los precepto severos y a la vez sencillez sobre los que edificó su vida de hombre honrado.

El pueblo argentino siente y exhibe como espíritu de su gloria esa vida limpia y esa personalidad moral tan bien conformada; y por ello es que creo que ha de ser grato al espíritu del Gran Capitán, que fue buen hijo y buen padre, que los restos de sus seres amados descansen en el seno de este pueblo argentino, donde él deseó que reposara en su corazón y que tan fervorosamente lo venera como Padre de la Patria.

Por ello comenzamos trayendo los restos del capitán don Juan de San Martín y de doña Gregoria Matorras, hasta quienes también se extiende nuestra gratitud de pueblo fuerte por los propios títulos que tiene, pues en el hogar que los supieron edificar, modelo de austeridad cristiana y de virtudes raciales, recibió el Libertador la enseñanza y encontró el ejemplo que hiciera posible la formación de su extraordinaria personalidad.

En nuestro Buenos Aires fue fundado ese hogar, cuyo jefe, don Juan de San Martín, ya se había distinguido como instructor de infantería y en las luchas ocurridas en torno al sitio de la colonia de "El Sacramento" a

las órdenes, entre otros, de un general de la jerarquía del gobernador Cevallos. Más tarde es nada menos que don Juan José Vértiz quien le encomienda la custodia y administración de las misiones guaranícas de Yapeyú, Santo Tomé, San Borja y Veracruz, destino en el que había de revelar excepcional aptitud militar y el talento organizador y administrativo con que luego deslumbrara al mundo su glorioso hijo.

Debió luchar contra el portugués, vecino tenaz, y contra las intrépidas tribus que tenían en permanente zozobra a las colonias misioneras y hasta las que a menudo llegaban como una lucha enfurecida de destrucción, de odio y de muerte. En ese alejado escenario, don Juan de San Martín defendió con las armas la verdad de la cruz y la gloria de España, al mismo tiempo que hacía progresar la colonia guaraníca revelando ser tan prudente gobernante como esforzado capitán.

Doña Gregoria Matorras emigró a las Indias en cumplimiento del amor jurado y de la lealtad debida. Compartió con su esposo las vicisitudes de sus destinos militares; y en Yapeyú, San Borja, Buenos Aires o Málaga, cumplió abnegadamente la importante misión que el sacramento del matrimonio destina a la mujer cristiana. Cuidó la casa, la estrecha senda familiar y la formación de sus hijos, pudiendo señalar el rey cuando ya viuda solicita una pensión que no siempre reconocían las leyes de entonces, "que ha sacrificado el corto sueldo de su difunto marido y toda la dote de la exponente en crear, educar y poner en carrera honrosa a dichos sus hijos".

De la unión de don Juan de San Martín y de doña Gregoria Matorras debió surgir un hogar como el que ellos tuvieron, modelo de virtudes, y en el que se guardan, se acrecientan y transmiten en todos los actos de la vida cotidiana los preceptos y las notas que distinguen el genio de la estirpe que, en la parábola de los siglos, ha servido para que esta gran comunidad hispánica de naciones tenga la pretensión y el orgullo de sentirse heredera de las virtudes raciales de ese pueblo que dio, para mejor gloria del hombre, descubridores, colonizadores, civilizadores, evangelizadores de tal calidad y tal número que no ha dado más ni mejores pueblo alguno de esta tierra.

Los argentinos creemos en la importancia fundamental de la familia. El hogar es el recinto sagrado donde el hombre y la mujer vuelcan sobre sus hijos lo mejor de sus espíritus. Con el auxilio del templo y de la escuela se convierte en la gran fábrica donde se prepara el futuro de la Patria; y en la medida en que sepamos conservar las seculares virtudes hogareñas, podremos estar seguros de nosotros mismos.

Todos los esfuerzos para hacer más justa la distribución de la riqueza y por promover el bienestar general llevan como destinatario final el hogar de los humildes y su mejor afianzamiento, para que alejándolo, en la medida de lo posible, de las inquietudes e incertidumbres económicas, pueda cumplir su insigne destino de dar a la Patria hijos fuertes, justos, útiles y generosos.

Siendo esto así, ¿cómo no íbamos a creer que la personalidad moral de nuestro Libertador se plasmó en las normas severas con que don Juan de San Martín y doña Gregoria Matorras edificaron su hogar? Todos los biógrafos del Gran Capitán han reconocido esta influencia bienhechora. José Pacífico Otero, luego de sostener que si los héroes son los hijos de sus obras, lo son también de esa influencia ancestral que es el alma y la sangre de sus mayores, dice que "para confirmar este aserto, nos basta recordar que muchas de las virtudes dinámicas de nuestro Libertador descúbranse en su padre, que fue soldado, y en su madre, que fue una santa mujer".

Doña Gregoria Matorras y don Juan de San Martín eran oriundos de la región leonesa, donde nacieron héroes de los valores cardinales de Guzmán el Bueno y poetas de la alta jerarquía de Jorge Manrique; héroes y poetas que España ha dado en grado tan distinguido y en tan gran número.

En *El Quijote*, el héroe cuya imagen nos proporciona Cervantes, está sumergido y latente el ideal hispánico, ascético, histórico, acaso resignado, en el que se abre la flor de la caballería y se amasan los héroes y los santos.

De esa pasta, de ese linaje, fue el leonés don Juan de San Martín, cuya esposa doña Gregoria Matorras, que venía de cristianos viejos, honrados y de sangre limpia, según reza un testimonio de la época, llevó a su hogar la energía serena, la honradez sin mácula y la lealtad sin desfallecimientos que distinguen a la mujeres de su tierras. De ellos heredó el Libertador las características de su personalidad, que son las de los hombres de las campiñas y la montaña leonesa. Tranquilo en el andar, digno de porte, firme en el decir, con un hondo y claro sentido de lo que es justo, soñador al par que reflexivo, con matemática exactitud, dotado de ese raro entendimiento para conocer el corazón de los hombres y la naturaleza de las cosas, que en la preparación de su ejército le permitió encontrar colaboradores insignes donde nadie lo sospechaba y que en la encrucijada de su destino le aconsejó renunciamientos sublimes que dieron a su nombre la gloria inmarcesible para toda la eternidad.

Los argentinos, que sentimos en tan alto grado la voces y las potencias anímicas de la argentinidad, que somos tan celosos de nuestra soberanía

y de nuestra individualidad como pueblo y que creemos con profunda seguridad en el destino luminoso de la Patria, nos queremos y reconocemos, empero, como un núcleo social que ha dado a su vida ese sentido trascendente que le da la civilización latina y cristiana, sobre el que edificaron su hogar y formaron sus hijos doña Gregoria Matorras y don Juan de San Martín.

Por ello laten en el pulso vivo del alma nacional las voces eternas de la raza civilizadora, y por ello, cualquiera fuera la actividad en que febrilmente se ocupe el pueblo argentino, siempre tiene dirigido su corazón y su mente hacia la afirmación de los valores del espíritu, que a modo de una luminosa estrella polar orienta y guía los afanes y la vida de la Nación.

Cuando hemos levantado ciudades, poblado el desierto, construido puertos, alambrado la pampa, horadado la selva, incorporado a nuestro destino a millones de extranjeros, la Argentina ha entendido que todo ese esfuerzo, lejos de ser un fin en sí, era sólo un medio para mejor servir al hombre, que es la imagen de Dios. Porque siento y creo en las excelencias de esa tradición, y porque comprendo la responsabilidad que como gobernante tengo respecto de ella, es que aprovecharé cuanta oportunidad se presente para insistir en la necesidad de cuidarla. Y fue así como, en momentos en que el país vive el ritmo inusitado de un extraordinario desarrollo económico e industrial, que hasta ahora no había sido conocido, sentí la necesidad de dar mi fervorosa voz de alerta; y por ello, el Día de la Raza y en oportunidad señalada, dije: "Porque en este país, donde la naturaleza con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza material, deberíamos dar todos los días gracias a Dios por sus dones maravillosos. Pero esa riqueza no es todo, sino que es necesario tender también hacia la riqueza espiritual, hacia eso que constituye los únicos valores eternos, que son los que unirán, si es necesario, a los argentinos en defensa de la Patria a costa de cualquier sacrificio".

Sólo los valores del espíritu asegurarán la eternidad de la Nación. Porque ellos están vivos en el pueblo nuestro, es que podemos asistir a este homenaje de tan honda significación, en que con profunda gratitud y veneración honramos al hijo, nuestro Libertador, trayéndole los restos mortales de sus padres a que descansen en su proximidad en el seno de la Patria, y a quienes también con venerada gratitud honramos porque fue sangre y espíritu de ellos el que es gloria de todas nuestras glorias. Los trajimos al amparo de la bandera azul y blanca y en un barco de guerra que se distingue con el claro nombre de "Argentina". Y ahora, al enfren-

tarse los restos de los padres con los del hijo glorioso, mientras nosotros meditamos profundamente en la grandeza de Dios y en el destino de la Patria, acaso puedan ellos ver que de la urna próxima, que guarda los restos del soldado desconocido de la Independencia, surge una espectral columna de granaderos que, jinetes en sus potros de pelea, rinden honores y afirman su secular fidelidad con el varonil y enérgico grito de "¡Presente, mi general!"

Doña Gregoria Matorras y capitán don Juan de San Martín: La antigua hidalguía hispana hizo posible que volvierais a la tierra en que edificateis vuestro honrado hogar cristiano. Vais a descansar en ella, en la que nació y descansa vuestro glorioso hijo, nuestro Gran Capitán y Padre de la Patria. El pueblo argentino, que sabe honrar a sus muertos y es celoso de su gloria, los recibe y se constituye en el custodio de vuestras tumbas para honor de su fe sanmartiniana y como una alta y distinguida expresión de su gratitud de pueblo fuerte.

Doña Gregoria Matorras y capitán don Juan de San Martín: La antigua hidalguía hispana hizo posible que volvierais a la tierra en que edificateis vuestro honrado hogar cristiano. Vais a descansar en ella, en la que nació y descansa vuestro glorioso hijo, nuestro Gran Capitán y Padre de la Patria. El pueblo argentino, que sabe honrar a sus muertos y es celoso de su gloria, los recibe y se constituye en el custodio de vuestras tumbas para honor de su fe sanmartiniana y como una alta y distinguida expresión de su gratitud de pueblo fuerte.

Doña Gregoria Matorras y capitán don Juan de San Martín: La antigua hidalguía hispana hizo posible que volvierais a la tierra en que edificateis vuestro honrado hogar cristiano. Vais a descansar en ella, en la que nació y descansa vuestro glorioso hijo, nuestro Gran Capitán y Padre de la Patria. El pueblo argentino, que sabe honrar a sus muertos y es celoso de su gloria, los recibe y se constituye en el custodio de vuestras tumbas para honor de su fe sanmartiniana y como una alta y distinguida expresión de su gratitud de pueblo fuerte.

Doña Gregoria Matorras y capitán don Juan de San Martín: La antigua hidalguía hispana hizo posible que volvierais a la tierra en que edificateis vuestro honrado hogar cristiano. Vais a descansar en ella, en la que nació y descansa vuestro glorioso hijo, nuestro Gran Capitán y Padre de la Patria. El pueblo argentino, que sabe honrar a sus muertos y es celoso de su gloria, los recibe y se constituye en el custodio de vuestras tumbas para honor de su fe sanmartiniana y como una alta y distinguida expresión de su gratitud de pueblo fuerte.

Al felicitar a un alto funcionario de la Aduana

25 de noviembre de 1947

He sido gratamente sorprendido por los informes halagüeños que el señor interventor de la Administración General de Aduanas y Puertos ha pasado a la Secretaría de la Presidencia, donde se revela el empeño entusiasta de las autoridades del puerto de Bahía Blanca al conseguir exceder la cifra de doscientas mil toneladas en el embarque de cereales que el señor interventor había fijado como máximo deseable para el mes de diciembre próximo.

Como Presidente de la Nación, me hago un deber destacar como galardón de honor a que se ha hecho acreedor su patriótico empeño, mediante el cual se ha sobrepasado todas las esperanzas cifradas a la competencia y honradez de los funcionarios que tienen a su cargo las tareas múltiples del puerto de Bahía Blanca.

Al felicitarlo, con la alegría que causa saberse rodeado de esforzados hombres de lucha, me es grato hacerle llegar el saludo cordial de vuestro Presidente.

En la Casa de Gobierno, ante artistas pintores

27 de noviembre de 1947

Hace unos días nos reunimos con un núcleo de personas que tenían las mismas inquietudes que nosotros vamos teniendo desde hace ya tiempo al encarar el problema de la cultura en forma integral. Nuestra aspiración, señores, no es pasar por entre las cosas con una cierta indiferencia, como se acostumbraba a hacer en nuestro país, sino crear nuevas formas, nuevos sistemas y, sobre todo, una obra de fondo que consolide de una manera permanente nuestra cultura.

La revolución o el movimiento que nosotros representamos quiere tener el alto grado de tolerancia que deben tener estos grandes movimientos cuando son realmente grandes y profundos, y no reducirse a simples cuestiones de forma, a que suelen limitarse los pequeños movimientos. Nosotros queremos realizar en la República una obra de transformación que modifique los errores existentes que todos conocemos, y que dé nacimiento a una nueva creación que represente el sentir y el pensar de los argentinos de nuestras generaciones. Cualquiera sea nuestra colocación, nosotros juzgamos los hechos por los resultados que han dado y no por las causas que han provocado esos resultados, y así nuestro interés está en llegar con el *mínimum* de esfuerzo a conseguir grandes resultados.

Para llegar a lo que hemos realizado, hemos tenido necesidad, primero, de consolidar materialmente nuestro pensamiento. Por eso hemos buscado en el campo de las actividades consolidar primero una base social, porque la inquietud nacional, la de un mayor número de hombres, estaba en la solución de esos problemas sociales. Encaramos después la consolidación de una base económica, sin la cual es difícil poder realizar ni consolidar ninguna obra. Posteriormente, encaramos la consolidación de una base política, pues nuestro sistema democrático es la única forma de llegar con

justicia a realizar una obra que esté de acuerdo con lo que piensa la mayoría de la población.

Realizadas estas tres reformas fundamentales, podremos encarar la verdadera obra de fondo, de creación, que es necesario realizar para que las cosas trasciendan en el devenir del tiempo y la gente no nos olvide dentro de pocos años. Esa obra, que en mi concepto es la verdadera obra de consolidación, queda por cumplirse. Hemos obtenido la posibilidad de hacerla; ahora veremos si tenemos el acierto de llevarla a cabo.

Dentro de este concepto, hemos encarado una reforma que llegue a consolidar algo que es indispensable y fundamental para la vida del país, que se adapte a las nuevas formas y que modifique los errores y los inconvenientes que ya conocemos. Me refiero a la justicia. Allí también se está tratando de llegar a una transformación profunda.

Vendría después todo lo que se refiere a la instrucción pública en sus distintos aspectos, empezando por la primaria, secundaria, universitaria y técnica, y agotado todo eso —de lo cual ella no se puede separar— todo lo que se refiere a la cultura.

Perdonen ustedes que yo ya haya hecho esta revisión sintética del panorama, pero era necesaria para encuadrar dentro de él, con sentido de universalidad e integralmente, el problema que nosotros queremos encarar.

Cuando me refiero a cultura me refiero preponderantemente a las artes y a la letras, que son el andamiaje fundamental de este aspecto, ya que toda la parte científica y de otras característica se desarrolla en otro campo, con una organización posiblemente más afirmada y más consolidada.

En esto, señores, podríamos culpar en gran parte al Estado de no haber realizado una tarea más racional; y en parte, también, a nuestros artistas, que no han tenido la suficiente conciencia social para unirse en su acción. Si se hubiesen unido en una acción común, el Estado no podría resistir en manera alguna a los requerimientos que surgieran de la colectividad de artistas para determinar lo que el país debe hacer, no en su beneficio, sino en el de la Nación misma y de su cultura, ya se trate de un aspecto de las artes o de las letras.

Señores, yo, como representante del Estado, solamente puedo ofrecerles una cosa: la acción estatal, que ha de traducirse en la organización y los medios. Lo demás, lo tienen que dar ustedes: los hombres. En nuestro país ha funcionado una organización estatal encargada de esta función que, hasta ahora, en mi concepto, no ha cumplido su finalidad, porque ha

carecido de hombres, y no porque no los haya en la República Argentina, sino porque, como ustedes acaban de decirlo, los hombres que han dirigido cada una de esas actividades no han sido personas entendidas, no han sido técnicos; por eso el Estado necesita de la colaboración de ustedes para poder poner en funcionamiento, acertadamente, la organización que él crea y para emplear eficientemente los medios que pone a disposición de la misma. Yo les ofrezco esos medios y esa organización y espero de ustedes su colaboración. Yo les daré el material; ustedes me darán el alma para esa organización. Porque sería inútil que yo creara un hermoso y ampuloso organismo si estuviera destinado, como ha ocurrido hasta ahora, a carecer del alma y de la inspiración necesaria para cumplir sus finalidades.

Refiriéndome ahora en forma directa a las artes plásticas, he querido ir circunscribiendo a círculos menores lo que ya hemos conversado con una numerosa representación de todas las esferas de la cultura nacional. Llegando a circunscribir, iremos tecnificando nuestra acción.

Yo creo, como ha dicho el maestro Quirós, que tenemos dos funciones fundamentales a cumplir, respecto a las cuales nuestra generación tiene una inmensa responsabilidad. La República Argentina quizás nunca se ha encontrado en mejores condiciones que en este momento para encarar una obra de gran aliento. Nuestro país, hasta ahora, ha estado enfermo de realizaciones de pequeñas cosas, y yo quiero enfermarlo de realizaciones de grandes cosas.

Soy de los que creen que cada individuo es capaz de realizar el objetivo que se propone; es cuestión de la acción y del acierto con que lo resuelva. Pero los pequeños hombres tienen siempre pequeños objetivos, y nuestra aspiración ha de ser la de tener grandes objetivos, porque siempre hay tiempo para limitar las aspiraciones y, por el contrario, se carece siempre de tiempo para ampliarlas cuando uno no tiene la persuasión absoluta de que puede realizarlas.

Creo, señores, que nosotros hemos adquirido un grado de cultura suficiente, pero si nos conformamos con eso seríamos un pueblo que ha comenzado ya su decadencia, y a los cien años de vida no creo que ningún pueblo pueda encontrarse en esa situación. A ese grado de cultura alcanzado debemos ponerle por delante objetivos de superación, es decir que debemos trazar nuevos jalones, colocarlos delante de toda esa cultura aprendida y heredada y ponernos a trabajar para llegar a ellos. Ése sería, para mí, el primer objetivo.

El segundo sería, como lo ha dicho el maestro Quirós, contribuir a elevar el arte y las bellas letras en toda esta zona del hemisferio que pertenece a nuestra raza y a nuestras costumbres.

No creo que hayamos realizado ni aprovechado todo lo que la naturaleza y la Providencia han puesto a nuestra disposición. Creo que tenemos que trabajar más. Creo, señores, que el genio también es trabajo. Yo creo más: En nuestro país todavía no se trabaja lo suficiente.

Es necesario que la Argentina se acostumbre a trabajar más en todas las actividades.

Es indudable que éste es un objetivo que también debemos perseguir. Estas cuestiones se obtienen más con el sacrificio que con ninguna otra condición humana. El Estado es culpable, por lo menos en el ochenta por ciento, de que ello no se haya realizado en nuestro país, porque no ha sabido crear el clima necesario para que nuestros artistas vivan su clima. Esto es tan viejo como la historia del mundo. Es necesario, especialmente en las inclinaciones artísticas, que los países sean capaces de crear un clima, y claramente se ve que las distintas etapas de la historia de los pueblos van indicando el progreso a la decadencia de su arte según haya existido o no un clima propicio a esta clase de creaciones del alma y de la inteligencia humana.

Lo decía los otros días al maestro Quirós: "Yo, que he visitado el Vaticano, sé qué puede hacer el Gobierno por el arte".

Todos los artistas que han llegado a la cumbre, en todas partes del mundo, han sido necesariamente ayudados por los gobiernos, porque ésa es una función eminentemente estatal. Si el artista no recibe ayuda del Estado, no podrá nunca realizar integralmente su objetivo, porque la vida con sus necesidades tendrá que restarle muchas energías, y sabemos perfectamente que la vida es corta para llegar a concluir un verdadero artista en toda la acepción de la palabra.

Sé bien que ustedes conocen mejor que yo el fondo del problema y sé también que mediante la colaboración y cooperación de todos el Estado puede cumplir su función tal cual yo la concibo y como aspiro a que se realice.

En mi concepto, crear escuelas y salones no es cosa difícil, y el Estado puede hacerlo con poco sacrificio. La tarea difícil es la de formar artistas y la de llevarlos adelante. Ésa, señores, es una tarea que el Estado sólo no puede cumplir.

Por estas razones es que les solicito la colaboración, la que más que formal o administrativa, debe ser de fondo; debe ser un movimiento del conjunto de todos los artistas colaborando en común, no para bien de persona determinada alguna, sino para bien del conjunto de todas las personas.

Por esa razón hemos de estructurar una Subsecretaría de Cultura dentro del futuro Ministerio de Educación, de manera que se sepa en el aspecto cultural que el Estado cumple su función dirigiendo las actividades con el asesoramiento y la colaboración de los hombres del género y no de burocracias, porque si creamos una burocracia más fracasaremos como todas las veces que se confió a una burocracia la realización de una obra constructiva.

Por eso, y para concretar la obra, quisiera que ustedes, que han tenido la amabilidad de llegar hasta aquí, elijan a cuatro o cinco escultores, a cuatro o cinco pintores y a otros cuatro artistas para constituir una comisión encargada de estudiar todo lo referente a las artes plásticas.

Sé que esta tarea es difícil, porque los artistas, en general, tienen sus divergencias; pero aprovecharemos esas divergencias para llevar al organismo estatal a precisar las inquietudes de todos los sectores artísticos. En esto descarto cualquier cuestión de poder político o de otro carácter, porque lo que juega aquí no son los votos, sino el talento, y donde éste se encuentre iré a buscarlo, aunque sea en un enemigo personal.

Por eso, señores, una vez constituidas las comisiones de cada una de las distintas actividades de las artes y de las letras, haremos un organismo que tendrá la tarea de organizar inicialmente todas esas actividades. Y si en el futuro fracasamos, yo tendré entonces el recurso de decir que la culpa es de los artistas argentinos. Yo pondré en manos de ustedes, dándoles libertad absoluta, lo necesario para proceder a la organización. Acostumbro a dar a los hombres una responsabilidad, pero acostumbro también a darles la libertad necesaria para que ellos defiendan su chance.

Otra de las cosas que me preocupa, señores, dentro de esta clase de actividades, es terminar con la diferencia de sectores. Yo tengo la triste experiencia de que cualquier obra que se sectarice, muere. Lo sectario, enemigo de lo universal, no tiene en este aspecto ninguna chance, porque reduce su campo de acción y nosotros no vamos a sectarizar, sino a universalizar. En algunos casos, señores, yo he fracasado por haber encargado la organización de alguna actividad a hombres que han ido luego allí con un criterio estrecho y han hecho sectarización política, poniendo a su lado a

un grupo de amigos, y así pasamos el tiempo en esa pequeña lucha y la obra grande no se lleva a cabo.

Yo digo esto porque en la designación de esta comisión quisiera que figuraran hombres de todos los ángulos, representativos de todas las tendencias, porque con una sola tendencia no hemos de hacer absolutamente nada. Que peleen un poco entre ellos, pero sin trascender al resto del cuadro, donde debemos hacer una tarea de aglutinación. Todo el que venga a hacer una tarea constructiva en ésta será bienvenido, y si él tiene razón, se la daremos, como es natural; porque de esta lucha, de esta discusión, ha de salir lo que sea más provechoso para la Nación.

El arte es una cuestión tan difícil y tan compleja que los que hoy tienen razón, dentro de cincuenta años pueden no tenerla, y lo que nosotros tratamos es de no ser propietarios ni de la razón ni de la verdad hoy, para no tener después que reconocer que hemos estado equivocados.

La Comisión que represente a los plásticos desde este momento, o desde el momento que ustedes la designen, se va a incorporar a la Secretaría Técnica de la Presidencia, para hacer después una reunión plenaria y encarar ya la organización del organismo que ha de dirigir la cultura en general, en todos sus aspectos.

Dentro de la ciudadela de Humanidades que ha de construirse hemos de colocar todo lo que se refiere al arte. Hemos de construir allí las escuelas y los grandes salones de exposición de distinto tipo. Las demás artes plásticas estarán junto con la Facultad de Arquitectura, a pesar de que la Facultad de Arquitectura y Urbanismo quiere tener su propio museo —la gente no quiere unirse, quiere dividirse—, pero me parece que es mejor colocar todo junto, pues no podemos gastar tanta plata para hacer salones; haremos uno y grande.

El Museo de Bellas Artes ya está proyectado. Se construirá posiblemente en el centro de esa gran ciudadela que tendrá Humanidades, Filosofía y Letras, Arquitectura, Urbanismo y todos los grupos de la cultura, con los locales necesarios para las exposiciones de distintos tipos.

Ésa es la idea y ya están votados los fondos; se los vamos a agregar a la ley universitaria y los iremos construyendo paulatinamente.

Si ustedes me ayudan y ponen también de su parte un poco de trabajo para llevar delante esto, yo creo que podremos realizar una obra extraordinaria. El Estado puede dar medios que no puede conseguir el que se dedica a esta clase de trabajo; el Estado puede hacer por la creación de un clima adecuado lo que no pueden hacer los artistas. El Estado puede prote-

ger el arte nacional de una manera como no lo pueden hacer los artistas; el Estado puede realizar una propaganda interna e internacional que no podrán llevar a cabo los artistas aisladamente. En fin, el Estado puede promover movimientos culturales internos y externos en una forma que no lo podrán hacer los artistas.

Realizando una labor bien coordinada, en uno o dos años se pueden obtener resultados absolutamente desconocidos para nuestro ambiente, dando a la República Argentina un movimiento como no hemos conocido.

Yo creo que si todos cumplimos con nuestro deber, tendremos la inmensa satisfacción de haber puesto la piedra fundamental a este nuevo movimiento argentino, que tanta falta hace en nuestro país, en defensa de las artes y de las bellas letras. Ya hemos vencido en otras actividades; tratemos de superarnos en ésta del espíritu y de la inteligencia, que tanta importancia tiene para el país.

Señores: Yo termino dejando en manos de ustedes este asunto, rogándoles que designen lo antes posible esa comisión, para que comencemos a trabajar en estas cuestiones y podamos iniciar una tarea de acercamiento con los demás artistas que, por una u otra causa, no han llegado hasta nosotros.

El deseo mío es el de contar con la mayor colaboración y cooperación. No hemos llamado a los artistas para una cuestión política, sino para una cuestión nacional. De manera que no interesa lo que piensen o sientan. El deseo nuestro es el de hacer el bien nacional, de manera que estaremos agradecidos y gratos a todo aquel que quiera colaborar en esta obra, sin distinción de colores o creencias de cualquier naturaleza. Éste es un movimiento amplio.

Por eso yo les ruego a ustedes, que tienen vinculaciones con todos los artistas, traten de interesarles en esta cruzada, sin distinción de colores. Y, sobre todo, para que esto marche y vaya adelante, creo que tenemos que interesar grandemente a la juventud y encarar el asunto con un criterio amplio, para que no hagamos una oligarquía artística, porque entonces no vamos a ninguna parte. Dejémosle el camino abierto a todos esos muchachos que tengan aspiraciones. De cada cien de ellos, noventa fracasarán, cinco saldrán mediocres, pero a lo mejor dos o tres saldrán buenos, y esa cosecha es la que el país necesita y a la que el país aspira.

Yo tuve un gran amigo escultor, el "chivo" Cullen, que murió hace tiempo. Recuerdo que él tenía una casa en la calle Riobamba a la que llamaba "el templo". A ella acudían artistas que no tenían dónde vivir, y él

los alojaba y los ayudaba. Desde allí, según me habían dicho, había mandado a varios a Italia, donde habían trabajado y triunfado. Yo siempre le conservé gran cariño porque, aunque tenía sus rarezas, era un gran amigo.

Siempre he pensado que en estas cuestiones del arte es indispensable que el Estado se preocupe de crear también algunos "templos", y yo los he de crear. Hay una cantidad de muchachos que nunca llegan a nada, que se sienten artistas, que algunas veces visten "como artistas", pero de entre ellos salen algunos que valen, y eso es parte también del clima que nosotros debemos crear. Por eso pienso que podemos encarar entre todos una tarea grande que alcance no solamente a los que ya son artistas, sino también a los que están formándose y a los que tienen aspiraciones de serlo.

Si nosotros actuamos acertadamente, llevaremos a la masa popular un mayor sentido artístico y una educación artística, con todas las deformaciones y las insuficiencias con que el arte llega a las masas, pero es necesario interesar a éstas por el arte, creando el verdadero clima para llegar a esos objetivos.

Todo ese programa ya lo habíamos meditado, y al poner en el Plan Quinquenal el capítulo que se refiere al aspecto cultural, habíamos ya organizado de una manera general nuestras ideas para establecer un plan a realizar.

Afortunadamente, ahora llega el momento de ponernos en marcha. La comisión que ustedes designen será responsable ante ustedes y ante mí de la forma como se pongan en marcha todas esas ideas que todos compartimos, pero que representan todavía una utopía difícil de realizar. Creo que, con la buena voluntad de ustedes, con la colaboración del Gobierno y con todos los medios materiales que yo pueda poner a disposición de esta obra, ella puede cumplirse satisfactoriamente.

Yo no tengo nada más que decir. Si alguno de ustedes quiere hacer manifestación, lo escucharé gustoso.

(Expresan sus opiniones varios concurrentes, predominando el temperamento de constituir una comisión que gestione la organización de una sola entidad que agrupe a todos los artistas.)

No quiero dejar pasar la oportunidad sin decir que si todos los artistas plásticos se uniesen y formasen una sociedad, no solamente tendría influencia en la vida del país, sino también en el extranjero, mientras que no representan nada las pequeñas sociedades.

Creo que la idea expuesta es brillante y que ha de ayudar a la unión de todos los artistas. Así, si se ayuda a un sindicato para levantar su local

social, también ayudaré a los artistas plásticos para que construyan su propia casa, que después la pagarán despacio.

La comisión que se designará tendría dos funciones: la de acercarnos a nosotros y la tarea de unificación del gremio.

Bien. Entonces, el señor presidente de la Comisión de Cultura podría tomar a su cargo la designación de esa comisión, buscando el acercamiento de todos los artistas plásticos para formar un verdadero organismo que los represente a todos. Eso es lo fundamental. Que nosotros sepamos que lo que se propone se propone en nombre de todos los artistas plásticos del país.

Ése sería, pues, el primer paso: nombrar la comisión que represente a la asociación y también a los que no están asociados.

Luego, esa comisión seguiría trabajando en colaboración con nosotros para que la tarea del plan cultural, hasta tanto la asociación confirmara a sus representantes en sus puestos o eligiera nuevos para que la representara en la Secretaría Técnica de la Presidencia y dirigir estas actividades hasta que organicemos todo.

Bien. Debo dejarlos, no sin antes agradecerles muchísimo, señores, su presencia y su colaboración.

Al anunciar el estatuto bancario

28 de noviembre de 1947

Amigos bancarios:

Francamente he de confesarles que en estos últimos días he estado tan atareado en los distintos asuntos pendientes de mi función de gobierno que no he preparado ninguna conferencia sobre el Plan Quinquenal. Sin embargo, voy a tener la satisfacción no de disertar académica ni ordenadamente, sino de hacer una charla rápida sobre el tema.

¿Qué es el Plan Quinquenal? Se puede explicar de numerosas maneras, según se mire de uno u otro ángulo. Pero lo fundamental es que el Plan de Gobierno quiere cambiar totalmente la fisonomía económica, política y social de la Nación. ¿Y cómo queremos hacerlo? Realizando una obra cuyo valor más político sea la elevación del pueblo argentino para colocarlo, de pie y en marcha, en una postura que signifique abandonar lo más rápidamente posible la situación estática en la que permanecía, en estado vegetativo, hace tantos años.

Reconozco que la tarea no es fácil y comprendo también que en toda empresa de gran envergadura el que la afronta corre siempre un riesgo mayor que el que no hace nada. Pero el concepto moderno de gobierno no es, señores, defender a los hombres que gobiernan una nación misma. No nos interesa el concepto que podemos nosotros merecer; lo que nos interesa es el concepto que ha de merecer la Nación Argentina en el futuro. Y no sólo comenzamos a sentir nosotros el valor de ese concepto hace ya algún tiempo, sino que empiezan a sentirla los extranjeros de las lejanas regiones de la tierra. No digo que se pueda vivir de ese consenso cercano o lejano, pero cuando ese consenso se haga carne en el mundo, por ese solo hecho, la República Argentina habrá ganado en su economía, en su política y en su paz social.

Yo siempre recuerdo una lección de la vida que me ha quedado grabada profundamente. Cuando era un muchacho, tenía dos compañeros

excelentes que me acompañaron en los primeros grados. Uno de ellos era un muchacho soñador; el otro, estudioso, tenaz, pero con una imaginación muy relativa, de muy poco valor. Con el correr de los años, supe que uno de ellos había concluido sus estudios más o menos bien, pero que no se había dedicado a ninguna carrera, sino que simplemente resolvió establecerse con un bolichito con el cual se iba desarrollando. El otro, con una imaginación más despierta, a pesar de no haber realizado otros estudios que los que curso aquél, comenzó, un poco más audaz, a encarar empresas más importantes desde un principio. Según me cuentan, fracasó dos o tres veces, pero al final acertó y hoy es un hombre que tiene un gran capital y dirige una empresa que hace honor a nuestro país. En definitiva, mientras que el que se inició con el bolichito sigue al frente del mismo desde hace treinta y cinco años, porque nunca fue capaz de encarar una empresa de mayor importancia, el otro es, hace ya treinta años, un comerciante de alto rango que no sólo ha logrado un porvenir para él, sino que también ha hecho un inmenso bien a la Nación con su empresa. El Plan Quinquenal, señores, quiere cambiar la mentalidad del dueño del bolichito para que encare una gran empresa.

Pero si la solución del problema estaba en un mayor trabajo y en un mayor sacrificio, era también necesario pensar si el país estaba en condiciones de llevar a cabo ese mayor trabajo y de soportar ese mayor sacrificio en la situación en que vivíamos. Hacía veinticinco años que una prédica constante venía impregnando gota a gota al pueblo argentino con una doctrina de oposición de sus propias fuerzas y de combate entre los propios hermanos. En el orden social, se había llegado al borde de la revolución, único remedio que existía en esos tiempos frente al egoísmo y a la incompreensión de los hombres que dirigían a los trabajadores argentinos. Si a ese pueblo le hubiéramos obligado, por los medios que eran comunes en aquellos tiempos, a un mayor trabajo y a un mayor sacrificio, habríamos provocado la revolución social, porque los más incomprendidos y explotados se hubieran levantado; y lo peor, que se hubieran levantado con razón. Fue necesario entonces comprender que antes de exigirle un mayor trabajo y un mayor sacrificio era necesario cumplir con los que debían desarrollar ese trabajo y afrontar con mayor sacrificio. Y por eso, producida la Revolución, la etapa inmediata fue la liberación social, la justicia social. Cuando yo pedí, con mi amigo Mercante, la oportunidad de que nos nombrasen en el Departamento Nacional del Trabajo, no hubo uno solo de los revolucionarios que no se riera de nosotros.

Decía Napoleón que los hombres no son nada y el hombre lo es todo. Nosotros tenemos el Hombre, y necesitamos los hombres que no echen a perder y destruyan la obra que ese hombre construye. Y es que nuestra enorme obra requiere la colaboración de todos. No olviden nunca esto; y si lo recuerdan siempre, no solamente realizaremos la obra, sino que superaremos los límites de lo que nos hemos propuesto.

A nuestros críticos les causa extrañeza de que del Plan sólo podamos cumplir el veinticinco por ciento propuesto. Ni en esa cifra creen. Ellos piensan que trabajaremos seis horas, y no saben que trabajaremos veinticuatro horas en tres turnos, día y noche, si es necesario, pero haremos lo que nos hemos propuesto. No lo duden en ningún momento.

Agradezco esta oportunidad que se me ha brindado de conversar estos instantes con ustedes en esta magnífica reunión, unidos, sin diferencias y con las pequeñas rencillas olvidadas. Debemos acostumbrarnos a ser tolerantes, tolerando hasta la intolerancia, y así venceremos. Hay que superar y no escuchar a los que gritan calumnias e insultan. Estamos demasiado ocupados para detenernos a escuchar lo que digan atrás o de costado.

Mi aspiración de gobernante es que estemos todos contentos y todos trabajando en una obra grandiosa que beneficie a los millones de argentinos que esta tierra pródiga ha de producir en el porvenir.

Ante los ministros de Hacienda de las provincias

79 de noviembre de 1947

Señores ministros:

Tengo un gran placer en saludarles y agradecerles la amabilidad que han tenido de haber llegado hasta aquí después de cumplir con las tareas que los ha congregado en esta Capital con motivo de la reunión de ministros de Hacienda, que tiene para nosotros mucha importancia, especialmente para el desarrollo de los planes, tanto del Gobierno Nacional como de los gobiernos provinciales.

Hace pocos días he hablado extensamente con los señores gobernadores de provincia y les he expresado la necesidad de impulsar el trabajo en la misma forma como lo hacemos aquí. Sé que ustedes constituyen un resorte muy importante en el desarrollo de toda acción que los gobiernos provinciales pueden cumplir, así como nuestros organismos financieros y económicos lo tienen para la realización del Plan de Gobierno, de extraordinaria importancia.

Hemos cambiado un poco el criterio antiguo de que el ministro de Hacienda era un señor que se limitaba a decir cuáles eran las posibilidades con que se contaba. Nosotros hemos cambiado en el orden nacional el sistema de tener solamente un ministro de Hacienda, a quien se le sobrecargaba con toda clase de responsabilidades y trabajos, que él difícilmente podía cumplir en toda la amplitud que la función le imponía, ya que el Estado no dispone de otros órdenes de estudios económicos que los que hace el propio Ministerio de Hacienda.

La constitución del Consejo Económico Nacional, así como la reforma general del sistema bancario, ha traído en el orden nacional otros sistemas. El Ministerio de Hacienda normalmente se limita a decir si se puede o

no realizar una obra teniendo en cuenta las disponibilidades de fondos con que se cuenta.

Es el encargado de buscar los fondos para realizarla. Es decir, encaramos con el objetivo y no nos dice que la obra no puede hacerse por falta de dinero, sino que se va a arreglar para conseguirlo y el dinero se consigue de una manera o de otra.

Sé que es la misma función que ustedes están desempeñando, porque cuando se requiere realizar una obra, el dinero siempre se encuentra. Si estuviéramos en Grecia, Checoslovaquia, o quizás en Francia misma, Italia, España, etc., podríamos decir que no tenemos de dónde sacar la plata. Pero en la República Argentina hay muchos lugares de dónde sacarla, como también hacer producir el dinero para realizar obras.

El Plan Quinquenal tiende a crear trabajo, a dividir las actividades de la Nación en forma tal que todos se pongan a trabajar.

Como consecuencia de la política que se ha seguido hasta ahora aquí al encararse grandes obras, ellas duraban no más de seis años, porque cada presidente quería poner en ellas la chapa con su nombre y el de los ministros. Para la Nación, las obras de gran trascendencia no pueden terminarse en cinco años. Por eso hemos encarado grandes obras, pero no lo ha sido para siete, ocho o diez años, sino para cuarenta años. La falta de continuidad ha hecho que un gobierno se interese y otro no y que se haya gastado diez veces más de lo que debía costar una obra que ha durado cuarenta años, cuando se podía haber terminado en diez.

Con respecto a nuestro Plan Quinquenal, ha sido calificado de optimista y ambicioso. No hay tal; lo que quiero es iniciar las grandes obras para terminar las que sea posible. El que me suceda tendrá que continuar el Plan. De esta manera estamos creando trabajo y obligando a la gente a que realice obras productivas.

Creo, señores, que el sistema a seguir en las provincias es exactamente el mismo. No hay que olvidar que nosotros disponemos de un giro circulante anual muy superior al que había cuando nos hicimos cargo del gobierno. El antiguo sistema bancario había conseguido obtener un giro anual de la circulación fiduciaria equivalente a cuatro veces la emisión, vale decir, unos dieciséis mil millones de pesos, considerando que el valor de la emisión fuera de cuatro mil millones. Ahora estamos girando ya ocho veces el valor de la emisión, de modo que la riqueza anual en circulación ha pasado a ser de treinta y dos mil millones de pesos. Y hemos de

llevarlo a diez veces, para tener así, aproximadamente, cuarenta mil millones de giro anual.

Ese aumento de riqueza significará un aumento de la inflación, pero también una mayor actividad, que es lo que a nosotros nos interesa. De cualquier manera, la inflación que pueda producirse la mantendremos siempre un veinte por ciento por debajo de la que afronte el país de menor inflación. No podemos abandonar la relación natural que debe existir en el comercio internacional.

Siempre he pensado que, en el orden económico, íbamos a vivir sin ninguna crisis. Las necesidades del mundo van aumentando, calculándose ese aumento en unos veinte millones por año en lo referente a los productos fundamentales que nuestra tierra produce. Estados Unidos ya ha limitado los saldos exportables. Australia, Canadá podrán seguir abasteciendo en la proporción en que lo han hecho hasta ahora. Lo cual quiere decir que el déficit de esos productos irá aumentando, lo que nos permitirá aumentar nuestra producción una vez que hayamos resuelto el problema del transporte, ya que hemos de aumentar esa producción solamente en la medida en que podamos exportarla.

Solucionado este problema, haremos propaganda, pagaremos más los productos, impulsaremos más la producción, seguros de que todo lo que produzca la República lo podremos vender a buen precio y no a los precios que antes nos fijaban.

Todo eso abre posibilidades económicas muy grandes a nuestro país. Les he hecho esta pequeña disquisición para que puedan llevar ustedes un sentido, diremos así, optimista, en la apreciación del factor económico y, especialmente, del financiero. No nos va a faltar dinero. No digo que nos vaya a sobrar, pero por lo menos tendremos abundancia, como que este año el ministro de Hacienda va a poder cerrar el ejercicio financiero de 1947, por primera vez en la historia argentina, con superávit. Vamos a ver con qué argumentos nos combatirán los que dicen que tiramos el dinero, que no sabemos lo que hacemos, cuando sepan que hay cien o doscientos millones de pesos de superávit en el presupuesto de 1947.

Todo esto nos debe impulsar a buscar las soluciones económicas que posibiliten la realización de obras, empleando bien el dinero.

Ustedes, los ministros de Hacienda, tienen que cuidar que se emplee bien el dinero, porque estamos muy acostumbrados a invertirlo mal. Y emplear bien el dinero quiere decir invertirlo en obras útiles, y obras útiles, en mi concepto, son aquellas que benefician, en forma directa o indi-

recta, a la población que necesita. En el país se ha estado haciendo todo lo contrario: dando el dinero a la gente de recursos y sacándoselo en gran parte a quienes lo necesitaban. Sirve de ejemplo el Instituto Movilizador, que hizo perder ochocientos millones de pesos repartidos a señores que han sido o son todos millonarios.

Nuestra política ha de ser totalmente distinta. Por eso nosotros podremos ayudar, no extraordinariamente ni más allá de nuestras posibilidades, pero sí en la medida de lo que podamos, a los gobiernos de provincia para que ellos realicen su obra.

El Plan de Gobierno comprende solamente grandes lugares. El relleno y la coordinación de las zonas económicas ha de ser motivo de los planes provinciales, que pueden tener una misión más inmediata y rápida sobre las obras que realizan y ajustarlas a una mayor conveniencia.

El Gobierno Nacional ha distribuido las obras del Plan Quinquenal sin distinción de provincias o territorios, contemplando las grandes necesidades y teniendo en cuenta el conjunto. El resto corresponde al orden provincial.

Estamos dispuestos a prestar a la economía de cada provincia toda la ayuda necesaria, hasta agotar las posibilidades financieras de la Nación, ya sea en el ejercicio del año o dentro del Plan Quinquenal; más allá, nosotros no podremos.

Por otra parte, iremos formando una pequeña bolsa de reserva por lo que pueda acontecer, aunque no creo que ninguna contingencia peligrosa nos amenace: las cosechas de este año ya están salvadas y las lluvias que se están produciendo favorecerán la cosecha de maíz.

No creo que haya problemas este año. Pero pueden sobrevenir en el futuro. Debemos tener en cuenta que si ocurriera la desgracia de que Australia, Canadá, Estados Unidos o Rusia misma sufrieran la pérdida de una cosecha, la situación del mundo sería catastrófica.

Nosotros, si queremos compensar eso, debemos estar listos para producir en gran escala lo antes posible, para reemplazar cualquier pérdida de cosechas en alguna parte del mundo o aquí mismo.

Ya estamos estableciendo las conexiones necesarias para ello.

Señores: No quiero hacerles perder más tiempo. Agradezco muchísimo esta visita, y les ruego que lleven a sus provincias el optimismo de que les he hablado y que cada uno de ustedes sea un factor de emulsión para realizar obra.

Con discursos no vamos lejos. Es solamente con obras como vamos a dejar patentizado en el territorio de la Nación cuál ha sido nuestra preocupación y cuál nuestra capacidad de gobernante. La conversación tiene quizá algún valor de propaganda, pero la realización tiene el valor objetivo de la obra que nadie puede borrar. Ésa es la mejor propaganda y la mejor política.

Por eso les pido que colaboren con los gobernadores para realizar obra de alguna manera.

Estoy preparando un plan de construcción de viviendas, que han de ser bastante bien hechas, para llevar a cabo lo más pronto posible. El problema de la vivienda es pavoroso, incluso en Buenos Aires. Hay que persuadir a los gobernadores a que construyan más casas, porque si resolvemos el problema de la vivienda, habremos realizado una obra muy importante, más importante de lo que nosotros mismos pensamos.

Estamos haciendo barrios de quinientas a ochocientas mil casas a ritmo acelerado. Hemos hecho, también, dos exposiciones de casas prefabricadas: no valen nada y son caras. Con doce mil pesos se hace una casa de ladrillo, con su piso y sus instalaciones, y que un obrero puede ir pagando sin mayor esfuerzo por menos de lo que actualmente está pagando por la pieza de un inmundo conventillo.

Los gobernadores quieren que les haga las casitas; yo les haré algunas, pero no todas. Hay que interesar a los gobiernos para que ellos tomen las medidas adecuadas porque, como les digo, éste es un asunto muy importante.

Nosotros estamos haciendo, por intermedio de Obras Sanitarias, obras de desagüe en el cinturón de esta ciudad —San Martín, Avellaneda, etcétera— con un plan de seiscientos millones de pesos. Esos pueblos no tienen, en algunas partes, aguas corrientes, desagües ni nada. No cuesta tanto poner un caño general, y después otro cañito hasta la casa y las instalaciones. La gente a la cual llegue ese beneficio se acordará siempre de nosotros, pues tiene que ir a buscar su agua con tachitos cada vez que la necesitan. Es una obra que tiene importancia económica, política y social.

La administración es como un peso que hay que arrastrar, y eso no debe ser. En vez de estar la administración al servicio del Gobierno, está la administración frente al Gobierno; cualquier empleado se puede dar el placer de retardar el trámite de las cosas en veinte días, y eso nos está haciendo perder mucho tiempo. Si nosotros no vencemos al burócrata, el burócrata nos vencerá a nosotros. Hemos aumentado el ritmo de trabajo, pero debemos llegar a aumentarlo en un cien por ciento. Se está estudiando la racionalización total, tomando ciclo por ciclo y tratando de reducir el

trámite al menor número posible de hombres. El mejor sistema es el que utilizan los bancos, que es el más rápido y sin necesidad de pasar el asunto por el escribiente. Debemos usar más el teléfono, porque por correo se demora siempre más.

En el puerto terminamos de reajustar los trámites. Allí se necesitaban hacer, para despachar o introducir una carga, treinta y cinco operaciones, con intervención de ocho ministerios. Eso podía ocurrir en el año 1940, cuando entraban catorce barcos por mes y salían trece, doce o diez; ahora entran cien barcos diarios y el asunto cambia. Afortunadamente, estamos solucionando ese asunto con bastante rapidez y el puerto marcha.

Bien, señores: Les auguro un gran éxito en las funciones que ustedes desempeñan en sus respectivas provincias. Acá estamos dispuestos a darles una mano en todo lo que sea posible y ayudarles. No hacemos diferencia de provincias, y en ese sentido pueden ustedes estar absolutamente tranquilos. Cuando ayudamos a una provincia ni cuenta nos damos si es una u otra.

Después de haber estado en el puerto, me fuí a casa y me quedé allí hasta las once de la noche.

En estas disposiciones que el gobierno ha tomado para hacer llegar a las provincias los recursos económicos, por el lado de la Unión Internacional de Naciones, se ven en el artículo del día anterior del "Clarín". Quisiera que ustedes nos cuenten cómo se los van recibiendo.

Por otra parte, al ser un momento de sequía, he estado pensando por qué no podemos tener un programa que ayude a las provincias polígrafas y áridas. En el lado de este año, se está haciendo un trabajo que debería realizarse en otros años. ¿Les parece bien?

No sé si que no haya problemas económicos. Pero, por lo que sé, le voy a decir. De hecho, cuando yo me voy a un país extranjero, como que Argentina, Canadá, Francia, España o Rusia, yo me voy con un millón de dólares. La Nación, en el momento, está pagando...

Se los voy a enviar en un momento, que voy a ir a los principales puertos marítimos, a los puertos de pasajeros, a plaza de los vapores, a los puertos de pasajeros, a los puertos de pasajeros, a los puertos de pasajeros...

¿Les parece bien, señores, que voy a ir a los principales puertos...

Señores: No sé si que no haya problemas económicos. Pero, por lo que sé, le voy a decir. De hecho, cuando yo me voy a un país extranjero, como que Argentina, Canadá, Francia, España o Rusia, yo me voy con un millón de dólares. La Nación, en el momento, está pagando...

Al recibir a delegados al Congreso Constituyente del Partido Peronista

1° de diciembre de 1947

Señores: En primer término, celebro tener la inmensa satisfacción de poder saludar reunidos a todos los hombres que en estos momentos representan el sentir y traen la representación de las fuerzas políticas que apoyan nuestra obra y nuestro trabajo en todas las latitudes de la República. Lo celebro señores porque nuestras fuerzas habían constituido hasta ahora, y especialmente durante las luchas comiciales del 24 de febrero —lo que yo llamé más o menos “una guerra de montoneras”—, una fuerza que tenía más entusiasmo y decisión que organización. Y lo celebro más porque de ahora en adelante someteremos a la capacidad que nos dio ese entusiasmo y esa decisión un factor que suele ser decisivo: la organización.

Señores: Muchas veces he pensado que este movimiento, que nosotros consideramos salvador para la nacionalidad, necesitaba consolidarse en el tiempo y en el espacio. De esa consolidación podemos esperar el cumplimiento de todos los postulados que nos van llevando paulatinamente a las realizaciones que con todo el esfuerzo y venciendo todas las dificultades estamos salvando, más también con el entusiasmo y la decisión que con la organización, que todavía es bastante primaria dentro del orden institucional.

Siempre pensé que para que los movimientos de tipo como es el nuestro quieran dentro del panorama nacional la relativa perennidad que ellos necesitan para ser útiles, debe seguir a las etapas de la aglutinación de las masas un sentido organizativo, es decir, pasando de la primera etapa, que generalmente es gregaria en todos estos movimientos, a la etapa de la organización, y de ésta a la etapa de consolidación; porque, si no, estos movimientos suelen resultar fragmentarios y no cumplen, tanto en el tiempo como en el espacio, con la misión que les está encomendada.

Por eso también he dicho muchas veces que este movimiento que nosotros representamos, que ahora está detrás de un hombre, ha de transformarse paulatinamente para colocarse detrás de una bandera y detrás de un ideal. De esa manera le habremos dado el sentido de perennidad a que me he referido.

Nuestra misión no la podemos cumplir en la corta vida de un hombre. Los hombres pasan y las naciones suelen ser eternas. En consecuencia, buscando esa eternidad para nuestra Patria y la perennidad para nuestro movimiento, es necesario que lo organicemos con declaraciones de principios, con doctrinas perfectamente establecidas y con cartas orgánicas que den a este movimiento la materialización orgánica que él necesita. Busquemos darle también un alto grado de perennidad que nos prolongue a través de nuestros hijos, de nuestros nietos y de las demás generaciones.

¿Qué hemos hecho en este orden de ideas con nuestro movimiento?

Los movimientos de este tipo tienen dos influencias: una, la que representa en sí el mismo movimiento; y otra, la que irradia para el resto de los hombres que forman la Nación y sus instituciones, sean éstas de nuestra ideología o de cualquier otra.

En cuanto al primer objetivo para nuestro movimiento, primero nos hemos puesto de acuerdo en el fondo de nuestra concepción. Hemos irradiado a las masas una doctrina que fija nuestra posición, determina nuestras ilusiones y fija los objetivos que queremos alcanzar.

Lo hemos logrado por persuasión y por sentimiento, que es como normalmente se llega a las grandes masas. En las masas hay quienes piensan y quienes sienten la aglutinación que les llega de una mística común, que ha de alcanzar tanto al que piensa por persuasión como al que siente por su corazón.

Este trabajo tan difícil de realizar ha sido hecho por nosotros en este movimiento. Una gran cantidad de argentinos piensan y sienten como nosotros. Sin las condiciones a que me he referido los movimientos de aglutinación colectiva son irrealizables, de manera que al haberlo alcanzado nos crea una posibilidad, pero nos crea también una responsabilidad.

Para responder a esa responsabilidad es que surge hoy el imperativo de organizarse. Tenemos la base de que esa organización, que es la misma manera de ver el problema argentino, una similar manera de apreciarlo y una manera semejante de resolverlo.

Es necesario ahora dar consistencia racional y orgánica a ese movimiento, que hoy solamente está unido, podríamos así decirlo, espiritual-

mente, para que resista al tiempo y a la lucha, que es lo que en política desgasta y perfecciona.

El segundo objetivo es el de extender la influencia de ese movimiento en las realizaciones de orden nacional, es decir, beneficiar con lo que nosotros consideramos justo y honrado al resto de los argentinos que no piensan ni sienten como nosotros.

En eso también ha conseguido el movimiento un avance considerable. Bastaría decir, en ese sentido, que nosotros hemos realizado una forma casi integral de los distintos sectores de la vida nacional en este tiempo.

¿Cómo fue encarada esta reforma integral? Pensamos que la República Argentina ha ido pasando por sucesivas etapas y transformaciones que han sido trascendentes o intrascendentes, hayan sido ellas encaradas con criterio acertado o con medios desacertados.

Pensamos que desde 1810 y 1816, en que se dio comienzo a la realización de nuestra independencia política, hasta 1928, en que realmente se realizó esa independencia, fue una etapa constructiva y de realizaciones, profundamente trascendental para la Nación y para la nacionalidad. ¿Cómo es que se realizó eso, señores? Todo el pueblo puso a disposición de esta naciente comunidad de criollos todo lo que tenía, lo jugaron y ganaron. Pero quedaron todos desposeídos, porque esa larga guerra fue consumiendo todo lo que los argentinos tenían. En esa guerra, cada uno puso cuanto tenía, incluso sangre y vida, y era de esperar que obtenido el triunfo, el beneficio hubiera de repartirse también, poseyendo cada argentino en la medida en que había perdido. Podríamos decir que lograda la independencia política de la Nación, era menester luchar para que esos que todo lo habían perdido, que habían quedado totalmente desposeídos, volviesen a recuperar por lo menos en grado aceptable cuanto habían puesto al servicio de la Nación.

¿Y cuál fue el panorama que contemplaron más de veinte generaciones de argentinos? Toda esa lucha para la mayor parte de la población había sido estéril. Por eso a menudo vemos o vimos guerreros, descendientes de guerreros, que pedían limosna por las calles de Buenos Aires. Ya Martín Fierro cantó por primera vez la rebelión de esos hombres que lo habían perdido todo, pero no se le interpretó eso como el sentir de esa clase de hombres desposeídos, sino como poema más o menos iluso de los tiempos de la organización nacional. Desde entonces hasta ahora, señores, los movimientos revolucionarios populares se han venido sucediendo en la República Argentina, en esta paz de diez, doce, ocho, seis o siete años, pa-

sando a ser la revolución argentina una institución ya constitucional, porque los beneficiarios de los golpes de Estado juraron respetar y hacer respetar la Constitución Nacional. Normalmente, en este mismo salón, más de cinco revolucionarios han jurado lo mismo y más de diez revoluciones han fracasado desde entonces hasta hoy. ¿Por qué fracasaron? Yo, en mi corta, relativamente corta vida, he visto tres revoluciones fracasadas, triunfantes en el golpe de Estado, pero fracasadas como revoluciones, porque en esta tierra los golpes de Estado han sido todos venturosos, pero una vez en el poder, los revolucionarios o los beneficiarios de los golpes de Estado han fracasado todos. Las revoluciones fueron siempre populares.

El pueblo estuvo con las revoluciones porque el pueblo esperaba algo que no venía. ¿Por qué era eso? Porque cada una de esas revoluciones o pseudorrevoluciones interpretó el golpe de Estado como un hecho político, y no era un hecho político. Los revolucionarios llegaron al poder y dijeron: "Una revolución política: cambio a los hombres y sigo con los mismos sistemas", pero sin comprender mayormente, de manera profunda, la formación y el fondo de las instituciones argentinas; y así pasaron intrascendentemente, normalmente vilipendiados por el mismo pueblo que estuvo de acuerdo cuando hicieron el golpe de Estado.

Esta Revolución del 4 de Junio hubiera sido exactamente lo mismo si hubiéramos dejado marchar los acontecimientos por el cauce que parecía más simple y más fácil, cambiando unos cuantos hombres y poniendo a otros.

Nosotros interpretamos de distinta manera este movimiento. Nosotros creímos y creemos que el problema argentino no es un problema político. Es un problema económico social que la Nación viene reclamándose soluciones desde hace casi un siglo, y que no fue nunca encarado por los movimientos revolucionarios que tuvieron una razón de ser en ese problema económico-social que se desvirtuaron porque encararon las formas y las soluciones políticas que al pueblo argentino no le interesaban en la medida que le interesaban las soluciones de sus problemas sociales y económicos.

La influencia que nuestro movimiento va a tener en el orden jurídico e institucional, como lo hemos venido realizando hasta ahora, ¿la hemos realizado en forma de adaptar al Estado a las necesidades que popularmente surgían? El error más grave que puede cometer un político es no ubicarse en el panorama real de la situación del país, es decir, mirar el espectáculo y no penetrarlo ni conocerlo y, en consecuencia, preciarlo y resolverlo equivocadamente. Hemos visto cómo hasta ahora, en nuestro

concepto, se había equivocado el enfoque de esa situación y de ese panorama de la Nación.

Veamos cómo lo enfocamos nosotros y cómo tratamos de resolverlo para que se precie cuál es el beneficio que hasta ahora hemos ofrecido desde dentro de nuestro movimiento a la Nación misma y al pueblo argentino en especial.

Señores: Ustedes han vivido conmigo esta etapa de la historia argentina y saben tan bien como yo lo que se ha hecho, pero yo solamente voy a hacer una rápida revista de las realizaciones trascendentes, no de las pequeñas realizaciones.

Nosotros encaramos, en primer término, una reforma social, que anunciamos ya en el año 1943. Cuanto les voy a decir demostrará que no hemos venido tropezando, sino que somos hombres que firmemente estamos ejecutando un plan que vamos cumpliendo en todas sus etapas. Esa reforma social nace con lo que era fundamental para nosotros. Los tiempos que vivíamos nos iban indicando el camino. A ese dolor de la tierra que tenía sublevada a la mitad de la población de la República Argentina, o a sus tres cuartas partes, durante muchos años, se habían ido sumando los que llegaban de Europa, tan descontentos como los que estaban aquí, trayendo a la vez sus propios problemas sociales, trasplantado —diremos así— el dolor de otras tierras al dolor de nuestra tierra, con lo cual el problema social había aumentado.

Señores: La reforma social se encaró casi empíricamente sobre el camino. Se encaró en la única forma en que podía encararse, en una reforma social; no por el método ideal, porque todavía estaríamos planeando cómo deberíamos realizarla, sino por el método real, viendo lo que era necesario hacer y poniéndose a realizarlo inmediatamente, única manera de poner al día, sin pérdida de tiempo, el problema de la justicia social en nuestra tierra, que ya estaba en tren de provocar reacciones que quién sabe a qué extremos podían haber llegado, con pérdida para todos los argentinos, sean éstos ricos o pobres.

Ustedes saben tan bien como yo cómo se realizó la reforma social. A ella nosotros debemos agregar la reforma económica, porque ésta sentaba las bases de la posibilidad para la reforma social. Una reforma social que no lleve en sí una reforma económica es siempre relativa: tiene el límite del que no se puede pasar.

La reforma económica trataba simplemente de dos puntos fundamentales: mantener dentro del país la riqueza del mismo; repartir esa riqueza

equitativamente, sin que hubiera hombres que de esa riqueza sacaran tanto provecho que fueran extraordinariamente ricos, ni hombres que de esa misma riqueza sacaran tan poco beneficio que fueran extraordinariamente pobres.

Declaramos que la independencia económica para la etapa final del primer ciclo: mantener dentro del país la riqueza de los argentinos tapando todos los agujeros e intersticios de donde se escapaba hacía ya tantos y tantos años. Queremos establecer un sistema que paulatinamente vaya completando la reforma social, de manera que los beneficios sean equitativamente distribuidos, es decir, en razón directa al esfuerzo y al sacrificio que cada uno de los argentinos realiza.

Señores: Yo podría decirles que estas dos reformas han sido ya cumplidas. Queda por decir la tercera etapa, que es su consolidación, porque es inútil que quisiéramos creer que esto está consolidado. En la vida de las naciones en tres o cuatro años no se consolida nada. Es menester encarar decididamente la tercera etapa, es decir, la consolidación de estas dos reformas; la consolidación de la reforma social y la consolidación de la reforma económica, favoreciendo de esta manera la materialización de una nueva, que es casualmente la reforma política.

Nosotros, en esta última, consideramos a su vez tres etapas distintas: la primera es la reforma política propiamente dicha, es decir, conformar una serie de principios o una doctrina que con el poder de nuestra fuerza política hemos de imponer al futuro del país, llamando a todos los hombres de buena voluntad que nos acompañen en esta obra, que consideramos de bien, porque está basada —como ustedes habrán visto— en principios morales sin los cuales la política se vuelve un arma contraria del país.

Los que afirman que la política es buena o que la política es mala se olvidan de decir que la política es buena cuando está en beneficio del país y es mala cuando está en su perjuicio, y ello depende de que esa política se base en principios constructivos o, por el contrario, en principios destructivos. Los principios constructivos son los que nosotros tratamos de introducir dentro de la política argentina, morigerando las pasiones, creando instrumentos de defensa y de bien público, afirmándolos en principios morales y de la nacionalidad, a fin de dar a nuestra fuerza política un alto grado de constructividad sin lo cual sería una triste fuerza tanto más triste cuanto más poderosa fuese.

Esa reforma política está orientada y dirigida, en primer término, a sacar de las instituciones y del Estado cualquier fuerza que esté al servicio de otra causa que no sea la Nación. Queremos que las instituciones de la República no estén manejadas sino por funcionarios de la República y que esos funcionarios sean leales y honrados servidores de la Nación.

Queremos que la política se realice en los medios políticos, pero no más allá. Vale decir, señores, haciendo valer aquello por lo que durante tantos años todos ustedes, como yo, hemos protestado gritando a quien no nos ha querido oír, de que la Nación no puede estar al servicio de la política, sino la política al servicio de la Nación.

Eso es cuanto nosotros queremos realizar y debemos luchar para que así sea.

Creo que la reforma política, después de barrer con el fraude y con todos esos graves inconvenientes con que se ha luchado en la Argentina durante tantos años, después de liquidar las persecuciones y combinaciones de toda clase que se hacen en perjuicio del Estado, debe hacer desaparecer la política de las instituciones, de modo que éstas sirvan a sus objetivos y finalidades y la influencia de una determinada política, que bien puede ser destructiva y para mal de la Nación.

Es por ello que nosotros queremos organizar nuestra fuerza política, crear un verdadero partido inteligente, idealista, con profundo sentido humanista, sin lo cual las masas pasan a ser oscuros instrumentos de hombres que pueden ser esclarecidos o pueden ser miserables.

La organización es indispensable para que nos manejen nosotros y es indispensable para bien de la Nación, porque como muchas veces he dicho, si no somos nosotros quienes hacemos el bien a la Nación, por lo menos le hacemos el inmenso bien de obligar a nuestros adversarios a que también se organicen, para que formen una fuerza orgánica que represente, no el sentir de un sector de la Nación, sino que sea intérprete y ejecutora de ese sentir.

Esa organización es la que nosotros encaramos y, en mi concepto, tiene dos aspectos que debemos resolver. La organización de un partido político que solamente esté destinado a aglutinar hombres llevados por cualquier sentimiento que no sea el bien de la nacionalidad no es un partido político, es una turba política cuando mucho.

Lo primero que hay que darle a un organismo es su espíritu. Así como un hombre sin alma es siempre un cadáver, un organismo que no posee espíritu o alma será un cadáver grande o chico, pero cadáver al fin.

El alma colectiva está formada por una serie de principios y sentimientos que individualizan a esa masa, que piensa en conjunto de una manera similar, tiene un objetivo común y se aglutina detrás de un ideal que también es común a todos los hombres que la componen.

Por esa razón, al hacer los planteamientos básicos para la organización definitiva de nuestro partido, hemos comenzado por fijar claramente los principios y la doctrina porque ellos representan el alma del movimiento.

Sin una manera similar de interpretar y sin una manera similar de sentir, cuanto aquí he dicho es inútil, así se grite "Viva Perón" y se llame a sí mismo "peronista".

Para ser peronista no es suficiente haber intervenido en nuestro movimiento, no es suficiente haber sido elegido para una función dentro del mismo, no es suficiente decirlo y que lo hagan los demás. Es necesario e imprescindible que cuanto se dice acá se sienta profundamente.

Esto es lo fundamental de nuestro movimiento y de la organización del mismo. Quien piense y quien sienta lo que aquí se dice está unido al otro que piensa y siente lo mismo; pero quien piensa distinto, aun cuando se ponga un título en pecho, no es peronista.

Como vengo diciendo, esto es lo fundamental. Sin eso no existe partido y sin eso no iremos a ninguna parte, porque son las fuerzas del espíritu las que guían y llevan al hombre, aunque él la quiera resistir. No son las fuerzas materiales y las pasiones la fuerza motriz del hombre. Será el espíritu el que lo llevará, y quien no tenga el espíritu inclinado a pensar y sentir de una manera similar a la de su agrupación, será siempre un hombre díscolo y difícil dentro de un movimiento de hombres que tienen un mismo sentir y pensar.

Una vez llenado ese primer requisito de la organización, es decir, el que lleva a la aglutinación de los hombres por el espíritu, viene el aspecto material, el que muchas veces suele ser un telón que tapa una triste realidad, pero que lo necesitaremos. Para que éste sea realmente un movimiento, es necesario que ese telón esté de acuerdo con el fondo, es decir, que sea la representación real de una real unidad.

En otras palabras, la organización material no se hace sin poner en conjunción y en formación orgánica a los hombres que tienen una conformación espiritual exacta o relativamente exacta de uno y otro. Este anteproyecto contiene las dos cosas: contiene la organización espiritual, vale decir, la declaración de principios y doctrinas que conforman el alma de

nuestro movimiento, y una carta orgánica que le da forma material a esa aglutinación, que solamente puede hacerse con el espíritu y el corazón.

Eso es lo que yo quiero que ustedes interpreten en esta declaración.

Nosotros en la reforma política comenzamos por modificar los métodos. Hasta ahora, los partidos políticos contaban sólo con una carta orgánica que contenía un sinnúmero de enumeraciones más o menos vagas, en las que los valores morales brillaban a menudo por su ausencia. Nosotros vamos hacia otra clase de iniciación.

Queremos hombres que piensen y sientan como nosotros, que tengan un objetivo similar al nuestro, que estén dispuestos a sacrificarse en beneficio colectivo para servir solamente a la Nación y para practicar el bien como lo entendemos y como lo iremos perfeccionando durante nuestra marcha.

Tenemos un punto de partida distinto. Sabemos lo que queremos y sabemos adónde vamos.

Bastaría ahora que tuviéramos la fuerza de espíritu suficiente para cumplir cuanto anhelamos.

Señores: En esta organización, que representa para nosotros la verdadera forma política, sería inútil encararla dándole a la población algunas máximas para cumplir o algunas directivas para realizar. Las reformas se hacen reformando y comenzando por reformarse a sí mismos, porque es muy viejo y conocido el método que encara la reforma por la reforma de los demás y ya nadie cree a aquel que predica de una manera y obra de otra. El primer aspecto de esta organización —recapitulando— es dar orgánicamente un espíritu al movimiento, con su mística, con sus principios, con la determinación de las grandes normas de ejecución. Eso conforma un estado, diríamos, espiritual del movimiento, que se entiende algunas veces y que se siente otras. ¡Bendito sea quien puede entenderlo y sentirlo! Y aquel que solamente lo sienta, que se ponga a estudiar, a trabajar y a meditar, para también comprenderlo. Y aquel que solamente lo comprenda, que le pida a Dios que lo haga bueno para sentirlo. Y no se crea que esto es una perogrullada, porque hay políticos que han hecho la política durante cincuenta años sin comprenderla, en tanto que otros la han comprendido sin haberla hecho jamás.

El segundo aspecto es el de la organización material. Esa organización material, ¿cómo ha de realizarse? Toda organización de masas, sean las masas tomadas en un sentido o en otro, implica siempre un problema material de organización similar, porque entre los hombres hay quienes

mandan en primer grado, quienes mandan en segundo grado y quienes obedecen; si no, no puede haber una organización material de masas.

En primer grado, son los que dirigen el conjunto; en segundo grado, son los que dirigen las partes, y, en tercer grado, son las partes mismas que realizan obedeciendo. Sin eso no hay organización. Lo que quiere decir, señores, que toda organización implica un problema de tres incógnitas a despejar: el conductor, que es el que maneja el conjunto; los cuadros, que son los dirigentes de segundo grado que dirigen a las partes; y el tercero, la masa. Las incógnitas de esa ecuación se van dilucidando durante la marcha. Es la marcha que dice quién es el conductor, quiénes son los cuadros y es la marcha quien decide quién es la masa.

Hay muchas distorsiones en este campo de la organización; hay enormes distorsiones. Muchas veces existe un conductor que no merece serlo, pero que ha sido hecho en una convención, por decreto, por audacia o por cualquier otra razón. Cuando ello suceda, el conjunto puede ser homogéneo, marcha bien, pero no va a buen puerto porque no lo llevan a buen puerto. Pero puede suceder también a la inversa: que el timonel central, el que dirige el conjunto, va a buen puerto, pero no pueden llegar porque los cuadros que lo sirven durante la marcha disocian las fuerzas.

Pero también con un conductor capaz, si se quiere, con cuadros capaces, si se desea, pero con una masa indisciplinada, que no obedece ni a unos ni a otros, fracasa la organización. De manera que si aspiramos a hacer una organización como ella debe ser, ha de tener un conductor capaz, cuadros capacitados para la conducción parcial y una masa unida, doctrinaria y materialmente.

Llegamos al cuarto factor de la organización, que es casualmente, señores, la disciplina. La disciplina es muy buena o muy mala, según se la aplique bien o se la aplique mal. No importa la cantidad de la disciplina, lo que interesa es la calidad de la disciplina. Yo soy un hombre formado desde los doce años en la disciplina más férrea que puede existir; soy un amante de la disciplina y soy un defensor de la disciplina; pero la disciplina, señores, tiene también su límite. Como yo digo siempre, el pan es el mejor alimento, pero a quien se come una bolsa de pan, no le resulta el mejor alimento. La disciplina tiene acepciones completamente distintas. La disciplina puede ser militar y la cumplen bien los militares con un código de justicia militar que es de la más terrible. Puede ser eclesiástica y la obedecen los eclesiásticos. Pero si a nosotros nos quieren hacer cumplir la disciplina eclesiástica, yo creo que no cumpliríamos ninguno de nosotros; y es

porque no somos eclesiásticos. Si a ustedes quieren hacerles cumplir la disciplina militar, no la querrán, porque no son militares. Si queremos entender lo que es la disciplina, es menester que analicemos la verdadera acepción de la palabra disciplina. Nosotros en esta organización no necesitamos ni la disciplina militar ni la disciplina eclesiástica, necesitamos la disciplina política, que es distinta a todas las disciplinas.

¿En qué consiste la disciplina política? Ofrece dos aspectos como todas las disciplinas: forma y fondo. ¿Cuál es el fondo de la disciplina política? Para explicarlo haré un paralelo entre la disciplina política y la disciplina militar. La disciplina militar encuadra al hombre, le saca su ropa, le pone otra, le enseña a caminar de otra manera, le enseña a recibir una orden y a ejecutarla con inteligencia, pero fríamente; va guiado permanentemente por el superior, desde que sale hasta que llega a cumplir su objetivo. Si se detiene en el camino, ha de ser por orden superior; es decir, es conducido en el verdadero concepto sin ser en ningún caso conducto. Obra por acción de presencia y siempre en conjunto.

¿Qué es la disciplina política? Cada hombre, aun dentro de una masa, obra individualmente porque es una disciplina confiada a su conciencia y no a la voluntad de uno que manda y que dirige todos los actos.

El militar sale con su tropa y llega al objetivo con ésta, todo en conjunto y a voz de mando algunas veces.

El político está librado a sus propios pensamientos y a sus propias reflexiones. Él sólo tiene un punto de partida común y un objetivo adonde debe llegar, y él elige su camino. Él marcha por distintos caminos de distintas maneras, individualmente, a su libre albedrío; y si no le gusta, se vuelve. Él marcha con una sola condición: no perturbar a los que marchan con él y llegar simultáneamente al objetivo que se ha fijado por su propia voluntad en el momento en que es preciso que llegue. Lo que la disciplina política no permite es el engaño; lo que la disciplina política no tolera es el mal procedimiento; lo que la disciplina política impone es la sinceridad y la lealtad en todos los procedimientos y por sobre todas las cosas. En la disciplina política nadie está obligado a realizar lo que su conciencia no le obliga y, en consecuencia, quien quiera realizar un mal acto no solamente corrompe la disciplina partidaria, sino que se hace pasible de que esos hombres que deban obedecerlo sean quienes tengan derecho a mandar a quien está mandado.

Señores: Quien realice una treza o quien efectúe una maniobra en beneficio propio no puede imponer ni exigir disciplina a quienes deben

obedecer. Por esa razón la disciplina política es una disciplina eminentemente de fondo. Por esa razón, también, el conductor no se hace, nace; y por esa misma razón, los cuadros directivos tampoco se hacen, sino que nacen. Desgraciado quien cree que se puede hacer un conductor por decreto o por elecciones. Esto es simple de explicar: conducir es un arte, y el artista nace, no se hace.

Esta disciplina de que yo oigo hablar muy a menudo es como muchas otras cosas, que están en todas las bocas y en muy pocos corazones. Mande con dignidad, mande con sinceridad, mande con desinterés, con lealtad; mande con hombres, con honradez, y será obedecido. Pero mande tergiversando la realidad o con engaños, en provecho propio y no del conjunto; mande a base de combinaciones, y verán cómo el mejor conductor no será obedecido.

Y en esto volveré a repetir lo que tantas veces he dicho. Cuando un dirigente manda, debe ser obedecido siempre que esté encuadrado dentro de ese eslogan que tanto conocemos y que dice: "Todos seamos artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie".

Si se manda así, la disciplina no tendremos que imponerla. La disciplina será una consecuencia de la acción que nosotros realizamos. No mandemos nunca lo que no es justo, y seremos obedecidos. No impongamos jamás una injusticia, porque eso trae la rebelión de las masas.

De disciplina podríamos hablar mucho, pero basta decir que para ser obedecidos tenemos que mandar bien.

Desgraciadamente, todavía no hemos podido organizarnos porque los acontecimientos no nos han llevado a esa organización y comenzamos ahora esta nueva etapa del movimiento, vale decir, la etapa de la consolidación del mismo, que ha de lograrse con esta organización que iniciamos. Si la inspiramos en cuanto he dicho, el éxito está alcanzado. Pero en caso contrario, es inútil que trabajemos durante años y años tras una ilusión que nos resultará inalcanzable.

Por eso es que hay que llevar a todas partes de la República estas ideas, con el objeto de lograr la formación de un organismo homogéneo. ¿En qué consiste la homogeneidad de ese movimiento? En una cosa muy simple que los hombres olvidan conocer: dónde vamos y qué es lo que queremos, es decir, realizar un movimiento que se analice a sí mismo y dé su razón de ser por el movimiento que persigue. Una acción absoluta de objetividad en la realización y concepción de todas nuestras cuestiones.

Para llegar a la unidad de eso, sólo nos será necesario vivir la situación de la Nación, apreciar el lugar de conjunto de la misma y los problemas que son comunes. De esa apreciación saldrá una misma solución y una misma manera de resolver los problemas. Esto es lo que el movimiento alcanzará con su organización.

El organizarlo suficientemente nos ha traído algunos problemas que ustedes conocen como yo, problemas que comienzan por ser políticos y luego se transforman en institucionales. De eso no resulta ningún beneficio y sí grandes perjuicios para la Nación, y especialmente para las lejanas provincias y departamentos donde esos conflictos se producen.

Es desgraciado pensar, aunque explicable, que nosotros, por no tener una oposición con quien combatir, nos estamos combatiendo entre nosotros mismos. Yo no critico a un bando u a otro. Critico a los dos porque cuando uno no quiere, dos no pelean. Y porque estas peleas terminan siempre con acusaciones de bandolerismo político en un bando y en el otro; es decir que la solución del problema institucional la posponen a una solución personal.

Pero ahí no termina el mal. Los facciosos crean las facciones, y así el problema adquiere virulencia de segundo grado. Y de las facciones viene la disociación que ya es, diré, de tercer grado y peligrosa.

Cuando dentro de una fuerza política aparece un faccioso que quiere influenciar a un sector para formar una facción, es como cuando se produce una caries en una muela: hay que sacar la muela; no hay otro remedio.

Y ahí, precisamente, está el caso de la disciplina partidaria. Debe haber un organismo —ya se ha creado, son los tribunales de disciplina partidaria— que cuando aparezca uno de estos hombres para quienes el interés personal prima sobre el interés de conjunto, se le aplique la condigna sanción: “Señor, usted es personalista, usted quiere trabajar para sí; váyase al campo y trabaje para usted”.

Señores: Dentro de nuestro movimiento, todos trabajamos para todos y no hay cabida para aquel que quiera aprovechar del trabajo de los demás y trabaje para él.

Todo ello sin contar que a menudo estas facciones forman cámaras negras de difamación de los propios compañeros organizados, preparando planes de cómo lo van a difamar a Sutano o a Mengano para hacerle perder el ascendiente y pasar ellos adelante.

Esto no es una falta de disciplina partidaria; eso entra en los límites de la delincuencia común y está descartado que en nuestras fuerzas no pueden convivir tales delincuentes.

Se habla, a veces, de hombres que tienen grandes aspiraciones y aun de los que tienen ambiciones. Bien, señores, yo en eso tengo mi manera de pensar. Yo pienso que si Napoleón Bonaparte no hubiera sido un ambicioso hubiera muerto como capitán de artillería y Francia no tendría hoy el resplandor de su propia gloria puesto en el resplandor de la gloria de Napoleón. Desgraciado nuestro movimiento si no tiene hombres con aspiraciones y aun hombres ambiciosos, porque ésa es una fuerza motriz que el género humano ha recibido de la Divina Providencia, unos en menor grado y otros en mayor grado. Quien se conforma con su suerte o andar por entre las cosas que han creado los demás, es un mediocre. El ser con aspiraciones, que quiere crear cosas nuevas, que no se conforma con andar entre las cosas que han creado los demás, ése es el hombre.

Señores: Lo que sí hay que agregar a esto es que la ambición y la aspiración de los hombres han de ser, en primer término, justificadas, y para justificarlas es necesario que esa ambición o esa aspiración la cumpla él con su trabajo constructivo y no para perjudicar y molestar a los que van junto a él.

Esto es una carrera, señores; es una carrera en que cada uno corre por su andarivel, y el que tiene aspiraciones y ambiciones de ganar tiene que correr más ligero, pero no hacerle trampas a los de al lado. Y como a nosotros, a las autoridades del partido, les toca hacer de jueces a aquel que no corra por su andarivel o moleste al que corre al lado. Lo tenemos que descalificar y lo hemos de descalificar inflexiblemente para poder afirmar la verdadera y única disciplina que debe reinar dentro de nuestro movimiento, es decir, la honradez en los procedimientos. Estamos de acuerdo en que se lucha para sobresalir, pero sobresalir por métodos honrados.

Si nuestro movimiento con una gran amplitud, sin sectarismos de ninguna naturaleza, sin coerciones que puedan esparcirse en ninguna forma, avanza por el camino ancho de la verdad y de la realidad, no tenemos nada que temer.

Si nos sectarizamos, iremos perdiendo paulatinamente la fuerza con que contamos y nos convertiremos en un movimiento que vivirá en su torre de marfil, pero que no representará dentro de la República el sentir del conjunto, transformándose en un pequeño organismo que marchará contra la corriente.

Los movimientos populares son también cuantitativos, y en la selección de la especie humana es necesario tomar la totalidad de sus miembros, no seleccionando partículas de un pequeño sector que nada representa y que nada es.

Nuestro movimiento es popular. Luego, el pueblo tiene libre acceso a él y dentro del mismo tiene libertad de pensamiento y el derecho de imponer su voluntad, si ella es superior.

Por eso, yo uso la tolerancia aun contra la intolerancia. Dejemos ahora las armas y, como digo a menudo, tomemos el violín, que puede ser más efectivo. Esto es de una gran sabiduría, aunque lo exprese de una manera simplista.

En la República no tenemos oposición, pero sí tenemos algunos opositores. Con procedimientos honrados debemos ir persuadiéndolos de que están equivocados y de que se encuentran colocados en mal terreno, ya que piensan y sienten desde hace años como nosotros. Han dicho muchas veces que es necesario hacer lo que nosotros hacemos, y hoy están en la oposición. Ello se explica porque andan detrás de posiciones personales y no defienden un movimiento nacional. El hombre prima sobre la colectividad y el egoísmo no es buen consejero.

Por eso estamos empeñados en este movimiento y en conseguirlo con alta tolerancia.

No deseo alargar esta conversación que es tan grata para mí. Solamente quiero hacerles llegar un consejo que tengo la obligación de darlo como más viejo: En este congreso partidario que realizamos hemos de dar la sensación al país de que estamos unidos, que pensamos de una misma manera y que tenemos todos un mismo objetivo, y sobre todo, lo que tanto predicamos, o sea, ser artífices del destino común y no instrumentos de la ambición de nadie. Debemos demostrar que estamos de acuerdo y que vamos a trabajar por el bien de todos. Eso es lo que ha de salir de este Congreso. Si en él nos peleáramos por pequeñas cosas que no tienen importancia, habríamos dado un triste espectáculo y quizá fuera un factor de debilidad frente a nuestra propia grandeza. Somos muchos, estamos empeñados en una misma lucha: demos el ejemplo de que estamos unidos y que trabajamos y que no hay intereses personales entre nosotros. Si damos esa lección, el partido ha de salir de este congreso tonificado y honrado en sus procedimientos.

Por eso sería hermoso para nuestro movimiento que un Congreso al que concurren hombres de catorce provincias y nueve gobernaciones se

reúnan en representación de sus pueblos peronistas y lleguen a conclusiones exactamente iguales en un acuerdo y en una amistad que nos honra a todos.

Esa lección la debemos dar a todos los demás partidos y a la masa de nuestro partido. Esa lección de unidad, tolerancia, lealtad y sinceridad para con nosotros mismos será el ejemplo más tonificante para la Nación. Si de este congreso sale una acción de conjunto, habremos dado un hermoso ejemplo a la ciudadanía argentina.

Todos los congresos y todas las convenciones que se realizan terminan siempre mal. Nosotros seremos los primeros que terminaremos en una absoluta armonía y eso representará una conquista mayor que todas las demás conquistas que podamos obtener. Hemos encarado la reforma social, la reforma económica y la política, que la vamos a hacer nosotros y la vamos a mostrar con nuestro propio ejemplo. Después seguirán las otras reformas.

El año que viene iniciaremos la verdadera reforma del Derecho argentino. Nuestro movimiento no puede terminar con reformar el orden social, el orden económico y el orden político. Es necesario consolidar esas tres etapas con la consolidación jurídica de nuestro movimiento. Esa reforma ya se ha iniciado. Debemos a las Cámaras de la Nación el haber seleccionado el elemento humano para ir reformando nuestra justicia, y yo estoy satisfecho de lo que se ha hecho hasta el presente. En esta parte de la reforma humana, del cambio de los hombres, reformaremos la legislación. El año 1948 ha de ser de profundos cambios en lo jurídico. Hemos de poner al día nuestros códigos de procedimientos y de fondo; hemos de dar al país una nueva legislación más a tono con los días que vivimos. Es anacrónico que en estos días en que se está intentando la navegación estratosférica, en que se emplean diez horas para venir de Europa a Buenos Aires, empleemos un código de comercio que fue hecho para la navegación a vela, cuando se tardaba seis meses en llegar al continente europeo. Cito eso como ejemplo por no citar más.

Hemos de encarar la reforma de los códigos del procedimiento, del derecho de trabajo que ha sido reformado alrededor de una ley subsidiaria: la de accidentes del trabajo, a la que se le fueron agregando nuevos adornos como un árbol de Navidad, con nuevas leyes y nuevas disposiciones. Hay que ir a la reforma de la legislación de fondo; ningún movimiento trascendental como el nuestro lo ha dejado de encarar, porque es necesario poner al día la parte jurídica.

Eso, señores, representará en el devenir de los tiempos la consolidación de nuestro movimiento, la afirmación definitiva de que nuestras conquistas han sido buenas y de que la reforma social, económica y política ha sido real porque ha sido afirmada en el tiempo y justificada y consolidada por la acción de la justicia.

Luego ha de venir la reforma de la educación. Hemos de encarar la instrucción primaria, secundaria, técnica y universitaria para ponerla a tono, porque sería incompleto que reviéramos todo y no tratáramos de instruir a nuestra juventud en el fondo de esa reforma. Empecemos por educar ya a los hombres dentro de esa concepción doctrinaria. Pongamos a su alcance toda esa reforma y eduquémoslo en la ciencia para servir al objetivo de la Nación, con unidad de concepción y de acción.

Extenderemos esa reforma a la cultura, para que las artes y las letras, en nuestra tierra, comiencen a fructificar en beneficio de los argentinos aprovechando el remanente de nuestra cultura y de la cultura europea que hemos heredado, para ir colocando nuevos jalones a la marcha, para no ser los que nos conformemos con andar entre las cosas que otros crearon. En el año 1948 hemos de dar un tono determinante a la reforma para ajustarla a las nuevas concepciones que consideramos justas.

Luego seguirán otras reformas largas de explicar pero que toman todo el resto de las actividades nacionales. Y pensemos que en el año 1949, quizá en 1950, la Nación entera ha de iniciar un nuevo ritmo de marcha al influjo de todos esos cambios, para que todos los hombres y los organismos de la Nación se dirijan a un objetivo común de una manera similar y armónica. Si nuestro movimiento cumple eso, es probable que pase a la historia como el Renacimiento argentino.

Y nosotros, en nuestro ambicioso objetivo, aspiramos a que ese Renacimiento argentino sea la reestructuración de la Nación política, soberana y económicamente libre.

En esta marcha, señores, no habrá fuerza que la pueda detener. Nuestro movimiento tiene que cumplir ese objetivo y lo ha de cumplir solamente si nosotros, que representamos el elemento directivo de esa masa, luchamos incansablemente por conseguirlo y tratando al mismo tiempo que cada uno de los elementos que constituyen esa masa luche también incansablemente detrás de igual objetivo.

Si realizamos esa labor de conjunto con la organización material de nuestras fuerzas, el éxito total está asegurado.

Tenemos actualmente el gobierno social, económico y político de la Nación; y tenemos luego la posibilidad con ello de influenciar toda la marcha de la República.

Todos los que respondan a nuestra bandera tienen la obligación de secundarnos, luchando incansablemente y con sacrificio, si es necesario, para conseguir esos objetivos.

Estoy persuadido, y lo espero, con las fuerzas de mi espíritu argentino, de que cada uno sabrá cumplir con su deber.

En el primer aniversario de la creación de la Facultad de Odontología de la Universidad de Buenos Aires

4 de diciembre de 1947

Es con verdadera emoción que llego hasta esta casa para compartir el acto con los profesionales que aquí se dedican a aprender y a enseñar, trayendo señores, con emoción, la buena voluntad que el Gobierno está obligado a tener para el encaramiento de esta clase de problemas. Y al compartir estos breves instantes en este recinto de la Facultad de Odontología de la Universidad argentina, quiero traerles unas palabras de saludo y felicitación, especialmente para los profesionales que, teniendo bien alta la divisa, han sacado adelante la vieja idea de convertir la Escuela de Odontología en Facultad, que los hechos, los méritos, los trabajos que están realizando nuestros odontólogos justifican ya desde hace tanto tiempo. Nosotros somos fieles a las palabras que tanto hemos repetido —“Mejor que decir es hacer”—, y hemos apoyado esta creación porque la consideramos necesaria y justa.

La ciencia médica argentina, dentro de cuya ciudadela nos encontramos, ha tenido ya la fortuna de contar entre sus filas al maestro Arce, que es el verdadero creador de esta ciudadela. Con este edificio comenzó una obra para toda la Universidad de Buenos Aires y veremos si solamente con esta buena intención y el apoyo que el Gobierno pueda prestar a los profesionales argentinos surgirán nuevas ciudadelas para las demás facultades que, inspiradas en esta grandiosa creación, ofrezcan a los profesionales y a los estudiantes argentinos los locales necesarios donde la ciencia pueda hacerse con el máximo de provecho y con el mínimo de sacrificio.

Señores: Yo solamente puedo asegurarles que la Universidad argentina puede estar absolutamente cierta de que todo aquello que el Gobierno pueda realizar en beneficio de la ciencia argentina no habrá sacrificio que

el Gobierno no imponga a la Nación para llevarla adelante, porque tenemos entendido que una nación sin ciencia, sin verdadera ciencia, no va adelante por más esfuerzos físicos que se exija a sus habitantes y por más esfuerzos morales que se imponga al país.

En la reunión de empleados públicos realizada en el Luna Park

4 de diciembre de 1947

Compañeros de la Liga Argentina de Empleados Públicos:

Es inmensa mi satisfacción al ver reunidos en esta magnífica concentración a todos los servidores del Estado, desde el más humilde hasta el más importante funcionario o magistrado de la Nación. Nosotros somos hombres que entendemos la función pública de esa manera, ejercida sin desigualdades, ya que todos estamos igualmente obligados a prestar nuestro servicio honrado a la Nación, a la que debemos todas las alegrías y satisfacciones de nuestra vida y somos los custodios de su gloria y su tradición.

Como tales, estamos obligados a entregar a la Nación todos nuestros esfuerzos, tan desinteresadamente como sea posible y tan honradamente como sea posible de realizar de mejor manera.

Hace pocos días he fijado el objetivo que deben perseguir nuestras fuerzas políticas para realizar una verdadera reforma de la Nación. En tal oportunidad, he dicho que es indispensable que saquemos de las instituciones del Estado todo factor político que no esté al servicio directo de las mismas.

Entiendo que hay una sola política que debe alumbrar la inteligencia y dignificar el corazón de los argentinos que sirven a la Patria, y esa política debe estar al servicio exclusivo de la Nación. Si nosotros, los funcionarios empleados del Estado, estamos al servicio directo de la Nación, ¿para qué vamos a hacer otra política?

El empleado o funcionario público es un hombre al servicio directo del Estado y, por lo tanto, es también un responsable directo de la marcha del mismo. De ello surge la conducta que cada uno de nosotros debe seguir para bien del país.

En estos momentos el Gobierno encara numerosas realizaciones. He dicho que no queremos ver el país enfermo de pequeñas empresas; lo deseamos ver animado en las grandes empresas. Para ello es indispensable que todos los funcionarios y empleados del Estado compartan con el Gobierno la dirección y la ejecución de todos los planes de realización en que estamos empeñados.

Señores: La efectividad de los cuadros de la administración del Estado reside fundamentalmente en que cada uno cumpla su función en un medio de seguridad y de tranquilidad. Yo no me he explicado jamás cómo la administración pública ha podido desenvolverse en medio de una inestabilidad absoluta careciendo de leyes orgánicas que protegieran al empleado que trabaja y se porta bien.

Pero, señores, un poco de culpa en esto también hemos tenido y tenemos los empleados y funcionarios del Estado. Es menester que entre nosotros se desarrolle e inculque una verdadera conciencia social, una clara conciencia nacional de servidores del Estado. Podría afirmar que si los empleados del Estado no disponemos todavía de una ley orgánica, uno solo ha sido el factor que lo ha impedido: la política. Yo considero que cada servidor del Estado tiene el derecho en su conciencia de pensar como desee hacerlo; pero tengo también la convicción de que un empleado o servidor del Estado debe pensar como quiere en las cosas secundarias, pero en lo fundamental no debe ser guiado más que por un solo sentimiento: servir al país. Cuando un empleado o funcionario sirve al Estado con capacidad y con honradez, no debe interesarnos que sea lindo o feo, blanco o negro, o que en sus cosas piense de esta u otra manera. Estamos acostumbrados a juzgar con demasiada ligereza a los empleados públicos; cada uno de los hombres que vive en esta tierra se cree con derecho a hablar mal, por lo menos una vez al día, de los empleados públicos. Es menester que esa mala costumbre termine y para ello hay un camino: prestigiar la función pública con el propio ejemplo y la propia austeridad. Y así, en el andar de los días, hemos de demostrar a los pueblos de la República que donde está un funcionario o un empleado público hay una garantía de capacidad y de honradez. Y veremos cómo en el futuro transformaremos el panorama y tendremos entonces la satisfacción de que cada día los habitantes de esta tierra, por lo menos una vez, hablen bien de los empleados públicos.

Señores: Entre las numerosas obligaciones de carácter social que el Gobierno ha debido cumplir, confieso que estamos en retardo con respecto a los empleados y funcionarios del Estado. Debo hacer presente que ello no

ha sido por olvido del Gobierno o de los funcionarios encargados de esa función, sino porque había problemas más urgentes que atender. He pedido a todos los señores ministros que nos honran hoy con su presencia que, en cada uno de los ministerios, estudien y resuelvan, en forma expeditiva, todo lo referente a la acción social para el personal directamente dependiente de los ministerios, así como del que reviste en reparticiones autárquicas.

Deseo que en la época propicia ningún empleado público se vea privado de disfrutar de unos días de vacaciones en la montaña o a orillas del mar. Deseo también la racionalización de la administración pública y elevar al Congreso Nacional, en el menor tiempo posible, un proyecto de ley orgánica que dé garantía absoluta a todos los empleados en el sentido de que aquel funcionario que cumple con su deber y es honrado no podrá ser removido de su puesto.

En la historia de nuestra administración varias veces se ha querido realizar este propósito y ustedes saben que ello no ha sido posible.

Como afiliado número uno de la Liga de Empleados Públicos, con toda la responsabilidad que ello impone y con la enorme satisfacción del título que ostento, voy a permitirme darles un consejo: De nada valdría una ley orgánica si con el tiempo pudiera quedar sin efecto por otra ley orgánica.

He de darles una ley orgánica justa y equitativa, pero en ustedes queda la obligación de defenderla y mantenerla. Por eso he visto con inmensa satisfacción la constitución de esta ley, la del empleado público, y he querido dar el ejemplo afiliándome como primer servidor del Estado. Tiene por delante una inmensa tarea que realizar de orden social y cultural. De orden social, para que cada uno de nosotros esté defendido por el apoyo de los demás en todas aquellas cuestiones en que el Estado prestara su apoyo decidido, como es la mutualidad que representa siempre una defensa de la colectividad cuando los bienes personales no alcanzan a defender al asociado por sí solo; y un deber cultural, que es el de llevar al espíritu de cada uno de los servidores del Estado la necesidad de servir a la Patria desde su puesto con responsabilidad, con abnegación, con honor y con verdad.

La función estatal debe ser desempeñada con el concepto de que nadie es más importante que los demás, con la ilusión, en cada funcionario o empleado, de que el mundo gira alrededor de su propia función.

Esa misión cultural de la Liga Argentina de Empleados ha de ser de inmensa utilidad al Estado. Es menester que alguna vez nos demos cuenta de que el Estado nos coloca en una función para que desde ella elaboremos su grandeza, afirmemos su dignidad y, por sobre todas las cosas, para que seamos ejemplo de abnegación, de sacrificio y de honradez.

Señores: Al asistir por primera vez a una concentración de miembros de la Liga, haciéndolo en mi doble carácter de jefe de Estado y de afiliado de esta benemérita asociación, debo declarar públicamente que, como Primer Magistrado de la Nación, aseguraré de modo inquebrantable la justicia entre los funcionarios y empleados del Estado, y que, como miembro de la Liga, he de aportar todo mi esfuerzo para que el Gobierno la apoye y la ayude en sus aspiraciones.

Deseo agregar un pedido a cada uno de los funcionarios y empleados y es que en el futuro sea cada uno de nosotros un verdadero defensor de sus camaradas; que no nos sumemos jamás, ni por la falta de carácter ni por la mala inclinación, a las críticas que nos hacen desde los círculos fáciles de este o aquel sector de la Nación; que, desde hoy en adelante, unidos indisolublemente todos nosotros, consideremos que para un empleado público no debe haber nada mejor que otro empleado público. Consolidemos un verdadero espíritu de unidad y de unión entre nosotros. Con esta camaradería el Estado saldrá beneficiado y nosotros podremos depurarnos paulatinamente de los malos elementos a fin de formar un cuerpo del Estado que esté constituido solamente por los buenos.

Finalmente, compañeros de la Liga Argentina del Empleado Público, luchemos porque esta institución sea cada día más unida y más poderosa; luchemos para que el éxito corone los esfuerzos de todos, para que la acción social de nuestra Liga sea cada día más intensa, y luchemos, en fin, para que cada uno de nosotros pueda sentirse cada vez más satisfecho y más honrado de formar en los cuadros de este ejército civil de la Nación.

En la reunión de los miembros de la Comisión de Enlace Interministerial con los Legisladores

5 de diciembre de 1947

En primer término debo expresarles que me siento muy feliz de que ustedes hayan llegado hasta aquí para escuchar la explicación sobre la planificación del Plan Quinquenal.

En general, no se conoce mucho sobre la marcha del Plan Quinquenal y es indudable que éste sin una planificación lo más perfecta posible acarrearía un sinnúmero de inconvenientes en su ejecución que podrían llevarlo, si no a fracasar, por lo menos a que no se realice dentro de un racionalismo que es el más conveniente para esta clase de realizaciones.

Por esa razón se ha creado, aquí en la Presidencia, un organismo de coordinación interministerial, a fin de que todos los aspectos del desarrollo del Plan Quinquenal puedan irse cumpliendo de una manera más racional.

Es indudable también que esta racionalización no está todavía aplicada en su conjunto. Sin embargo, ella permite ir vigilando las realizaciones e ir ajustando paulatinamente el Plan.

Yo no he querido hacer una planificación previa porque hubiéramos perdido posiblemente de un año a un año y medio para poderla poner en marcha. Sin embargo, se ha puesto en movimiento todo aquello que era posible y durante la marcha vamos a ir ajustando la planificación, porque generalmente lo ideal es siempre antagónico con lo real, y el someterse a una planificación ideal hubiera representado anular, posiblemente, muchas realizaciones y retardar la ejecución de las obras.

Es posible que durante la marcha misma se pueda ir planificando y ajustando perfectamente a esa planificación todas las realizaciones. No será posiblemente —como digo— lo ideal, pero es lo práctico.

Hasta ahora no hemos tenido dificultades de ninguna naturaleza, y como el que ajusta todas estas realizaciones es, casualmente, este organismo, el Poder Ejecutivo, que es quien dispone el empleo de los fondos, puede ir realizando eso por ese único gabinete que abre o cierra según las necesidades y conveniencias de la planificación.

Para el plan vial se piden sesenta millones de pesos. Cada obra del Plan ha de ser individualmente autorizada. Yo no quiero que los caminos se tuerzan, que los caminos sufran un sinnúmero de distorsiones por distintas influencias. La única influencia a la cual debe estar sometido el plan vial es la que contemple las necesidades de esta planificación que tiende a liquidar todas las influencias, espurias o no, pero que no son ocasionales. Decimos que tenemos que cumplir y hacer las cosas bien, y eso es lo que queremos hacer. Quizá se pierdan diez o veinte días en la iniciación de una obra, pero ese tiempo lo hemos de ganar en otras consideraciones.

Por eso, señores, yo quiero que escuchen cuál es el tipo de racionalización, el metodismo que se va siguiendo en esto, la coordinación que se va estableciendo, los estudios que se van realizando. Cada ministerio tiene aquí un representante que es el encargado de decir qué se está realizando, cómo se está realizando y cuál es la coordinación que es necesario establecer. También ellos podrán informar detalladamente a los señores cuál es el estado de esa realización, por dónde vamos, cómo vamos, y cuál es el ajuste que de esas realizaciones se va a hacer con la coordinación general.

Casi todos los que actúan en esto son hombres técnicos y les pido que traten de dar una explicación práctica, al alcance de todos, sin mucho tecnicismo. Lo que nos interesa conocer es el estado general de planificación como así también el estado general de realización.

Inauguración de la Exposición de la Industria y del Comercio

6 de diciembre de 1947

Como presidente de la Nación declaro solemnemente inaugurada esta muestra, que tiene por sede la ciudad de Resistencia, y que por simbólica combinación abre sus puertas en este 6 de diciembre, fecha en que festejamos el Día de la Industria.

Hace un año justo se celebró este día en un acto cordial, y en él, con palabra improvisada y conceptos espontáneos, adherí al mismo, desnudando mi pensamiento ante un importante y numeroso grupo de industriales y comerciantes que se convocaron para celebrarlo. Hoy me dirijo a esos mismos hombres y a los que se han incorporado a ellos para ratificar los conceptos de entonces y para ahondar más dentro de los mismos con la autoridad que otorga la razón cumplida en el tiempo.

El hombre lucha sobre la tierra buscando el equilibrio espiritual y material de la humanidad que integra. Desde el místico que trata de conectar su alma con los signos del mensaje divino para pacificar con su luz las dudas del hombre; desde el filósofo que se aísla de la realidad interesada y ante la solitaria profundidad de su razón cumple dolorosos ascensos hacia la última verdad; desde el sabio que cava en las entrañas de la materia para entregar a la humanidad el metal de cada conquista; desde el sociólogo que escruta las marchas y las contramarchas de la grey humana sobre los caminos de la historia; desde el gobernante que, llevando a cuestras las ansias de los pueblos que lo designan conductor, escoge los caminos para arribar al valle de la felicidad posible, todos y cada uno, en la medida de su conciencia y de su fuerza, buscan alcanzar esa perfección del equilibrio humano.

De todas esas altas tareas debe ser, sin duda, la que ofrece mayor responsabilidad y urgencia aquella que debemos sobrellevar los hombres de

gobierno. Porque ella se relaciona con la felicidad presente y porque ella está expuesta a la necesidad del tiempo dentro del cual los conducidos quieren gozar de las soluciones a que aspiran. Si un místico no encuentra el hilo que lo ponga en contacto con la palabra divina, nadie lo hará responsable de este fracaso.

Si un sabio no logra la fórmula que cure una lacra, nadie le reprochará su tardanza. Lo mismo que si un filósofo no retorna de sus alturas con la verdad en la mano o si un sociólogo no encuentra el rumbo perfecto de la sociedad en medio de la historia. En cambio, si un gobernante no concibe un mínimo de felicidad para su pueblo y para los hijos de su pueblo, es enjuiciado por aquellos que le otorgaron el mandato y sufre la calificación de gobernante fracasado. Es por ello que el gobernante tiene que obrar con urgencia, planear con anticipación y actuar con velocidad para ganar tiempo a las horas. El gobernante debe además manejar la materia social tal como se le presenta en el instante histórico de la realidad que vive e imprimirle su impulso ideal sin desdeñar las condiciones especiales con que esa materia social llegó a sus manos. El gobernante, por otra parte, para llevar a los suyos al "valle de la felicidad", debe abrirse paso con mano firme por entre las marañas egoístas de los poderosos de adentro y de afuera, que tratan por su parte de imponer su propio equilibrio y de buscar su propio bienestar, sin comprender que las fórmulas que ellos propongan significan la felicidad de unos pocos sobre la infelicidad de los demás y la felicidad de unas pocas naciones sobre la infelicidad de las otras naciones de la tierra.

Han alcanzado un año y medio del nuevo sistema de gobierno para que los productores comprendan que no habíamos quedado a voltear chimeneas, sino a consolidarlas apoyándose en las bases de la justa distribución, que es más poderosa que la base de la fuerza injusta. Por ello vemos tambalearse y derrumbarse en países de vieja cultura industrial las mismas chimeneas que aquí se levantan o se consolidan.

Debo confesar que a ese aspecto de la lucha se sumó otro factor psicológico de grave significación: los argentinos estábamos convencidos de que éramos un país de agricultores y de ganaderos exclusivamente, y a ese convencimiento habían contribuido los egoísmos de afuera que tenían interés, sin duda alguna, de que siguiéramos siendo por los siglos de los siglos mansos colonos aptos para suministrar a precios bajos materiales de boca, en trances de paz o de guerra, y para adquirir los productos industrializados a precios altos en horas de paz y a precios prohibitivos en horas de guerra.

Desde mi juventud, cuando el mundo enfrentó la conflagración de 1914, vi cómo el país exigido por la necesidad interna realizó su primer esfuerzo por industrializarse y cómo comenzamos a producir elementos cuyo logro nos parecían, hasta entonces, verdaderos milagros de las viejas culturas. Habíamos roto el primer prejuicio norteamericano de que esta parte del continente era inepta para la manufactura de sus propios productos. Pero terminó la guerra y la industria se precipitó en el fracaso empujada por la realidad de la competencia internacional y por la idea que nos habíamos hecho los argentinos que éramos incapaces de dominar los aspectos de la calidad en la producción.

Algunas clases sociales contribuyeron a ahondar este prejuicio peyorativo y a nuestra industria se la llamó "industria de la emergencia", destinada a desaparecer cuando desapareciera la emergencia de la guerra que la había alentado.

Cuando enfrentamos la Segunda Guerra Mundial, se agudizaron las mismas necesidades y la Argentina, más adulta para ejercitar su defensa, volvió a las andadas y levantó otra vez "industria de emergencia" en medio de un mundo enloquecido y dispuesto a cortar los caminos del mar, a veces por imposición de las circunstancias, a veces por designios inconfesables. Fue entonces cuando, ya con la responsabilidad del Gobierno sobre las espaldas, comenzamos con nuestra tarea de intensificar la industrialización con un sentido permanente. Debimos vencer, en primer término, aquella debilidad psicológica de la guerra anterior y crear el optimismo necesario para que el país, como consumidor, y los industriales, como productores, comprendieran que estábamos sobre una tarea que no habría de terminar con la guerra.

Bien supe en ese momento que al natural egoísmo del capital, por conseguir una mayor ganancia, se sumaba un egoísmo especial: el que surge de toda explotación transitoria del capital. Las industrias transitorias son las más crueles porque tratan de conseguir en poco tiempo el máximo de intereses y porque de entrada renuncian al sentido de la perpetuidad que contribuye a humanizar la explotación y a dejar obras de progreso en el mañana. La fábrica de emergencia se construye mal, se organiza peor y no se interesa por mejorar sus resultados ni aspira a que el material humano que colabora con ellos lo haga en medio del bienestar. Por eso, mientras creamos el concepto de la industria permanente, imponíamos las condiciones de higiene y de trabajo indispensables para una etapa destinada a incorporarse a la vida económica y social del país. Así fue como mientras

asegurábamos la tranquilidad de los obreros, creábamos un clima productivo tendiente a mejorar día a día la calidad de la producción.

Los temperamentos apocalípticos, esos que ven sólo derrumbes en cada momento de la historia, me acusaban de estar fomentando una industria artificial y de estar amparando un proletariado fugaz y, al mismo tiempo, hablaban al oído de sus industriales, en cuyo porvenir no creían, para que se pusieran en contra de la revolución que yo representaba.

Pero felizmente para el mundo, y muy felizmente para nosotros, aquella guerra terminó y la industria argentina no ha desaparecido y las clases obreras siguen en sus tareas de colaboración aumentando cada vez su entendimiento de que viven en un país que escucha su reclamo y de que son factores útiles dentro de un sistema de producción que habrá de beneficiarlos a ellos mismos en la medida con que ellos beneficien al sistema.

Ha terminado la guerra y no se produjo el anunciado desbande de las masas trabajadoras retornando a los campos argentinos. Ha terminado la guerra y cada día, como lo hacemos hoy al inaugurar esta exposición industrial del noreste argentino, sentimos el orgullo de ofrecer al país y al mundo muestras de nuestra producción destacables por su precio y por su calidad y dignas del respeto moral por provenir de un mecanismo industrial que cuida lo que produce con el mismo celo con que respeta a los hombres que contribuyen con su esfuerzo y con su inteligencia a esa producción. La industria argentina no está manchada con sangre de esclavos argentinos y aspira al honor de ser tan justa como la más justa del mundo entero en su fundamentación social.

Nos estamos industrializando y nos industrializaremos más aún, y para ello no fue ni será necesario, como se nos decía en todos los tonos, arrasarse con el agro argentino. Por el contrario, en base a la industrialización hemos consolidado las posibilidades del agro incorporando su producción peculiar a un sistema económico de defensa nacional que será más factible en cuanto más se pueda bastar a sí mismo y en cuanto menos dependa de los demás. Ya no somos un país de compra dura y de venta blanda: venderemos con dureza a los que nos vendan con dureza y venderemos con blandura a los que nos vendan con blandura.

Y quiero hoy, en este 6 de diciembre, Día de la Industria, levantar asimismo otra acusación injusta que integra el grueso lote de acusaciones de que fuimos víctimas a lo largo de nuestra lucha. Se dijo que estábamos despoblando los campos para poblar el Gran Buenos Aires como conse-

cuencia de la incrementación industrial, y que estábamos destruyendo el equilibrio demográfico de nuestra Nación. En primer término, debo decir que esta exposición del noreste argentino, como las muestras y fiestas industriales realizadas en Jujuy, Tucumán y este mismo Chaco, revela que el auspicio gubernamental no lo estamos otorgando ni lo otorgaremos con predilecciones geográficas tendientes a consolidar una zona determinada del país en olvido de las demás, sino que, por el contrario, estamos dispuestos a cumplir el Pacto Federal, devolviendo en posibilidades de progreso a todo el país todo lo que el país sacrificó en las horas de la Emancipación y de la Organización Nacional para que fuera posible esta Argentina venturosa y grande, amparo de sus propios hijos y de todos los hijos del mundo que quieran participar lealmente en su grandeza.

En segundo término, debo aclarar que la industria no ha robado ni un solo brazo al agro. Por el contrario, ha utilizado, otorgándoles un puesto de dignidad en la vida, a todos aquellos brazos que el agro no podía usar por lógica saturación y que se habían recostado en los rancheríos de los arrabales de los pueblos del interior y sólo eran material apto para la incuria dentro un sistema político que apenas si los computaba como guarismos humanos en la hora pasajera del comité del fraude, cuando en lugar de salir los políticos en busca de una conciencia, salían en busca de una libreta o de un brazo fuerte al que complicaban maliciosa y venalmente en el acto vandálico de atropellar las instituciones de la democracia. Ese mismo hombre, abandonado a su suerte y a su desgracia, sin posibilidades en el campo ni en la ciudad, material de enganche en jornadas de vino y empanadas, y presa fácil del vicio y del delito que después la sociedad castigaba con dura represión, es hoy, gracias de Dios, un elemento social equilibrado, productor ponderable que al mismo tiempo que se valió como vida, ha salvado a la familia, que ahora puede fundar, y a la sociedad a la cual pertenece con el legítimo título que da la dignidad del trabajador.

Por todo ello, al declarar inaugurada desde la ciudad de Buenos Aires esta exposición del noreste argentino, siento, como hijo de esta tierra, la alegría de ver al país en marcha; como gobernante de sus hijos, la íntima satisfacción de haber creído en este presente que ayer nomás era una nebulosa, y de saber que detrás del día de mañana nos esperan realidades mejores aún, si seguimos manejando en armonía todas las fuerzas de la Nación y si continuamos recibiendo del pueblo el impulso necesario para vencer los egoísmos de afuera y de adentro, que seguirán dictándonos consejos, unas veces, y elevando protestas otras, con la intención de desviarnos en el rumbo cierto. Todo eso se hará dentro de un plan racional, y

hasta los mismos que en determinada hora se sintieron víctimas de la justicia, tendrán que ir comprendiendo gradualmente que la justicia que se otorga es nada más que la justicia que después se recibe. Queremos una Argentina respetuosa y respetada en medio de la comunidad internacional. Y queremos un país cuyos distintos factores integrales converjan en un plan de progreso común, para lo cual es necesario que la felicidad de unos no signifique la infelicidad de los otros.

El gobierno argentino se propone cumplir con sus deberes y obligaciones internacionales, tanto en el terreno político, de respeto a los principios de la Carta de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos, como en el terreno económico, social y cultural. Pero lo que más queremos hacer es que el ser argentino se sienta feliz en la plenitud de un deber cumplido, por el sentido digno que el hombre argentino puede darle a su vida.

El gobierno argentino quiere tener en cuenta a todos los argentinos, de todas las generaciones que se han formado en el país, y a todos los que se están formando, para ser un país más unido. Cada ministerio tiene una tarea específica que cumplir, pero que debe estar siempre dirigida a una meta común: el bienestar de todos los argentinos. Cada actividad que se realiza debe tener un sentido y una finalidad que sea el bienestar de todos los argentinos. Cada actividad que se realiza en el país debe tener un sentido y una finalidad que sea el bienestar de todos los argentinos.

Cada uno de los que forman este gran territorio argentino debe poder contribuir a su bienestar, dentro de su capacidad, con el trabajo que realiza. Cada uno de los que forman este gran territorio argentino debe poder contribuir a su bienestar, dentro de su capacidad, con el trabajo que realiza. Cada uno de los que forman este gran territorio argentino debe poder contribuir a su bienestar, dentro de su capacidad, con el trabajo que realiza.

Al recibir a los cadetes de aviación que viajaron a España

12 de diciembre de 1947

En primer término, deseo agradecer al señor brigadier De la Colina la oportunidad que me brinda de poder decirles a ustedes algunas palabras.

Desde hace algunos años la Aviación argentina está desarrollando actividades que no pueden ser sino extraordinariamente gratas para un soldado. Esas numerosas actividades han impuesto muchos sacrificios no solamente a la Nación, sino también —los más importante— al personal de Aeronáutica. Pero es indudable que en la vida militar únicamente los sacrificios son los que construyen. La vida fácil, la vida cómoda, no es la escuela del soldado ni es compatible con la actividad creadora que la Nación necesita de cada uno de sus hijos.

Nosotros, con una nueva mentalidad, independizamos a la Aviación dándole la importancia que ella debe tener en países que, como el nuestro, marchan a la cabeza de las naciones del mundo. El viaje que acaba de realizarse es la coronación de todos esos esfuerzos, que han venido haciendo de la Aviación una verdadera fuerza, con cohesión espiritual, con el entusiasmo que es necesario tener para llevar adelante las cosas grandes, con la juventud que impulsa desde abajo y con los hombres maduros que, arrastrados por ese entusiasmo, ponen a su servicio la experiencia que dan los años y la sensatez que proporcionan los conocimientos.

Es para mí una inmensa e intensa satisfacción —tal como no podría serlo, quizá, para ningún otro presidente de la República— poder contemplar la realización de este primer viaje a Europa llevado a cabo por nuestros muchachos, como coronación de esa serie de sacrificios efectuados, no en beneficio de ninguna empresa material, sino en aras de un ideal, como es,

para la Argentina, el contar con una aviación que esté de acuerdo con la importancia de la Nación y con los patrióticos deseos de todos los argentinos.

Ustedes tienen el inmenso honor de pertenecer a la promoción de cadetes que al graduarse efectúa —por primera vez también en nuestra historia— un crucero internacional, vinculando a los dos países que probablemente representan hoy el más grande baluarte de nuestra raza. Esto podría no tener mayor importancia en los tiempos pasados, pero hoy, cuando luchamos denodadamente por conservar los valores del espíritu por sobre todos los demás valores, tiene una importancia extraordinaria, ya que considero que esos valores espirituales han de ser las fuerzas realmente decisivas para resolver la situación caótica que vive el mundo.

Por eso felicito, en nombre de la Nación, al señor secretario de Aeronáutica, que ha tenido esta brillante idea; a los señores jefes oficiales que la han realizado con la alta pericia que esperamos de nuestra aviación, y a los cadetes que, como sangre nueva, vuelcan en esta empresa lo más hermoso que la vida tiene: los sentimientos y el entusiasmo de sus años juveniles.

Espero que todos los años tengamos la satisfacción de repetir este viaje y que cada año encontremos duplicada o triplicada nuestra Aviación. Los países que olvidan que las fuerzas aéreas son hoy tan decisivas en la vida económica de las naciones como en el caso de guerra realizan una labor derrotista en su propio perjuicio. No hay esfuerzo que nuestro país no haya de realizar en el futuro en tal sentido. Recuerdo que hace dos años teníamos una aviación militar muy escasa y casi ninguna aviación comercial. Y al analizar lo que hoy tenemos como fuerza militar y como fuerza aérea comercial, siento una inmensa satisfacción. Cualquiera sea el esfuerzo que tengamos que realizar y el sacrificio a que debamos someternos, seguiremos adelante para llegar a cumplir, Dios mediante, nuestra aspiración inicial; tener pronto, lo antes posible, mil aviones en vuelo y contar con fuerzas comerciales de aeronavegación que representen un elevado índice en esta parte del continente, tanto por su organización y por la eficiencia de sus servicios como por la cantidad y calidad de los aviones que podamos tener en movimiento. Si eso lo realizamos, aumentará nuestra satisfacción al contemplar nuevos viajes semejantes a éste por la conciencia del deber cumplido.

Ustedes, que son hombres jóvenes, graben para siempre en su memoria lo que voy a decirles: Cuando con el brigadier De la Colina nos hicimos cargo de nuestra Aviación, no podíamos mantener más de doce avio-

nes en vuelo. Nos hicimos entonces la promesa mutua de luchar sin descanso hasta poder mantener en vuelo mil aviones, y no la habremos cumplido mientras no los veamos volar sobre nuestros aeródromos.

En la celebración Día del Petróleo

13 de diciembre de 1947

La grandeza de un pueblo, derivada del bienestar de sus habitantes, se halla influida por diversos factores. Posiblemente sean la laboriosidad y la honradez los principales, pero también depende mucho de las riquezas naturales que el territorio nacional encierre y del acierto y habilidad en su explotación. Un país rico con una población indolente corre el riesgo de que sus riquezas naturales se pierdan o, lo que es más grave, vayan a aumentar la potencia económica de otros países. Si esto ocurre, se produce la peligrosa situación de caer en servidumbre y de que la independencia política no vaya acompañada de la independencia económica.

Es éste un punto al que me he referido con alguna frecuencia por la gran preocupación que he puesto en el curso de mi vida en relación con la Argentina. A fuer de sinceros, debemos confesar, que en nuestra Patria se venía produciendo la situación comentada. Nuestro suelo abunda en toda clase de bienes materiales. Sus condiciones agrícolas son insuperables; su sistema hidrográfico es capaz de crear insospechadas cantidades de riego y de energía; el subsuelo encierra tesoros minerales que algún día, cuando sean bien conocidos y bien aprovechados, se podrán definir como fabulosos. Y por si todo ello fuese poco, contamos con una de las riquezas más codiciadas y más necesarias en los tiempos modernos: el petróleo.

Sin embargo, es fuerza reconocer que hasta el presente no hemos sabido disfrutar de todos esos beneficios y que por sobre ser tributarios de otros países, no ya en productos elaborados, sino en materias primas que poseemos en abundancia, hemos dejado que nuestra economía haya sido rígida y aprovechada desde afuera. Más aún: siendo ésa la realidad, debo también declarar que, a mi juicio, a esa situación no se ha llegado ni por culpa ni por defectos imputables a la masa popular. Muy por el contrario, ella contiene un material humano de primera calidad, porque el término medio del argentino es inteligente, laborioso, sufrido y hábil en las ma-

nualidades. Prueba de ello se encuentra en el hecho de que cuando se ha querido variar el rumbo y dar un fuerte impulso a nuestra economía, no nos ha fallado el elemento humano ni en el aspecto dirigente ni en el aspecto ejecutor. Tenemos, entonces, que reconocer que la culpa de aquella situación era de las clases rectoras. En cuanto a los capitalistas, porque en el campo encontraban medios fáciles de acrecentar sin esfuerzo sus fortunas, dando a sus actividades un sentido absolutamente unilateral y primario. Y en cuanto a los gobernantes, porque preocupados por sus luchas de bandería y por las ansias de caudillaje, no tuvieron las inquietudes de los políticos de otros países, más preocupados que los nuestros por alcanzar un ideal presente y futuro de bienestar de las clases humildes y de engrandecimiento nacional. Es ésa la gran culpa que les cabe ante la historia. Y conste bien que al decir lo que antecede hago una apreciación de carácter genérico, pues examinado el asunto desde un punto de vista individual sería torpe, y sobre torpe falso, desconocer la existencia de algunos grandes estadistas a lo largo de los años de nuestra independencia. Desgraciadamente, constituyendo nuestros próceres casos aislados, su actuación de gobernantes ha pesado poco en la vida nacional y prácticamente su labor se ha perdido ante la malicia, la torpeza o la incomprensión de quienes, compartiendo con ellos las responsabilidades del poder, no estaban a su nivel. Es grande Sáenz Peña con su ley electoral, pero ella no impidió el fraude organizado desde las alturas. Como éste se podrían multiplicar los ejemplos.

Desde que me hice cargo de la Primera Magistratura del Estado vengo luchando por modificar esa situación anormal y no sólo en el sentido de incrementar nuestra economía mediante el desarrollo de la industria, de los transportes y de la explotación de las riquezas naturales, sino también procurando nacionalizar nuestra producción y nuestros medios de trabajo, rescatándolos de manos foráneas y de monopolios internacionales, lo que no es incompatible con el respeto y aun el aliento a cuantas personas de otras nacionalidades quieran venir a fundir su esfuerzo y su dinero con los nuestros.

No pecho de jactancioso si digo que en ambos terrenos he avanzado considerablemente y que, en cuanto se refiere a la nacionalización de las empresas de servicios públicos, la casi totalidad del camino ha sido ya recorrido. Afirmo que no daré ni un paso atrás y sí los que faltan hacia adelante. La independencia económica proclamada en Tucumán este año, como complemento de la independencia política, no es ninguna utopía,

pese a las sonrisas de quienes tienen al mismo nivel su malicia y su falta de patriotismo.

Que mi preocupación no es de ahora y se manifiesta públicamente desde que asumí la Presidencia de la Nación se acredita con la lectura de muchos de mis discursos y con el Plan de Gobierno que di a conocer a los cuatro meses de hacerme cargo del Poder Ejecutivo. Allí señalé mi aspiración de que los beneficios del Plan alcanzasen a todos los argentinos y que la explotación de la riqueza comprendiese a nuestros tres millones de kilómetros cuadrados en lugar de la parte que se explota en la actualidad; y manifesté concretamente que había que ir pensando en la necesidad de organizar nuestra riqueza para evitar que continúe yendo a parar a manos de cuatro monopolios, mientras los argentinos no han podido disfrutar siquiera de un mínimo de tal riqueza. Esa organización —sostuve— ha de estar a cargo del Estado, sin que nos deba preocupar demasiado la imputación de que nuestra economía esté dirigida, ya que en ninguna parte es libre, y la diferencia consiste, verdaderamente, en que la oriente el Estado para repartir la riqueza entre todos sus habitantes o que la dirijan y absorban los oligopolios económicos para ir engrosando en el extranjero sus inmensos capitales.

En este proceso de industrialización y de explotación de las materias primas contenidas en nuestras riquezas naturales he creído siempre que una de sus bases esenciales estaba representada por el mayor y mejor aprovechamiento de todas las fuentes de energía motriz, indispensables para nuestro desarrollo económico y para nuestro bienestar social. De ello hube de dolerme ante los señores legisladores nacionales en mi discurso de presentación del Plan de Gobierno, señalando que un balance de las necesidades y recursos nacionales causaría el pronunciado desequilibrio actual en materia de energía, cuya consecuencia directa es la ya crónica dependencia del exterior en orden al aprovisionamiento de combustibles industriales, tanto más sensible cuanto que esa dependencia contrasta con la ponderable riqueza potencial de nuestro patrimonio energético, todo lo cual nos marcaba el camino a seguir y definía la única política que cabría adoptar. El ritmo de nuestro progreso económico y el avance hacia la deseada autonomía energética se encuentran supeditados a las posibilidades de brindar los recursos nacionales aún inexplorados, cuyo racional aprovechamiento exige no malgastar las fuentes percederas de energía y propulsar, en cambio, la utilización de la potencia de nuestros ríos.

Considero que aquellas palabras encierran un gran sentido en orden al problema petrolífero, que es el que motiva mis palabras en este día.

Porque de una parte tenemos necesidad de extender nuestra industria y nuestra producción, lo que supone un mayor consumo de energías, y, por otra, tenemos que librarnos en la mayor medida posible de la dependencia exterior en el aprovisionamiento de combustibles. Para conseguirlo existen dos caminos: es uno aumentar la explotación de todas nuestras fuentes de energía y es otro ahorrar la procedente de fuentes prececederas mediante una mayor amplitud en el uso de las imperecederas.

En el caso del petróleo, la cuestión se advierte claramente. Si en las circunstancias actuales necesitamos una cantidad fijada en ciento y sólo producimos cuarenta, debiendo importar el sesenta restante, deberemos poner fin a esa situación aumentando nuestra producción hasta donde sea posible, pero también usando otros elementos nacionales productores de energía, principalmente la fuerza hidráulica. Si con ella disminuimos, por sustitución, el consumo de petróleo, habremos aminorado el número índice de nuestras necesidades y será cada vez menor la diferencia entre nuestra producción petrolífera y nuestras exigencias consumidoras. A ello se encaminan las previsiones contenidas en la obra que estamos realizando y que ha de tener dentro de poco un magnífico exponente en la disminución del consumo de combustibles sólidos merced al aprovechamiento del gas desprendido de las explotaciones petrolíferas, que hasta el presente quedaba torpemente perdido. También debo señalar el impulso que se está dando a la explotación carbonífera de Río Turbio, que ha de contribuir en gran medida y en forma rápida a la solución del problema del combustible.

El problema de la energía, tan vinculado al del petróleo, es, pues, como se ve, un problema de coordinación. Ya lo dije también en su oportunidad al señalar que planear en materia de energía es algo más que proyectar un programa de obras y construcciones. La falta de visión de conjunto ha llevado en otras épocas a realizar obras técnicamente irreprochables que no han llenado ninguna finalidad práctica, porque el agua y la energía en ellas acumulada no han contemplado ni las necesidades ni las posibilidades de cada región. En medio de la abundancia de nuestra naturaleza pródiga, y a causa de ella, el problema de la energía no fue ni tenido en cuenta, ni siquiera advertido, hasta que la realización de las importaciones de combustible impuestas por la guerra las presentó con dramático relieve.

Ya dije también que no nos interesaba dilucidar las causas de la comprensión o indiferencia de los gobiernos responsables de aquella ecuación, porque lo que nos preocupaba, en cambio, era encarar decisiva y aceleradamente la tarea, más constructiva, de administrar el patrimonio energético

de la Nación con la doble finalidad de salvaguardar sus recursos y de subsanar sus deficiencias.

Como resumen de aquella situación y de ese cúmulo de torpezas, debo consignar, para poner fin a mis palabras, que en cuarenta años de explotación petrolífera el Estado no ha logrado extraer más que el cuarenta por ciento del petróleo que se necesita para abastecer las necesidades normales del país. No entro a averiguar las causas que han motivado esta extraordinaria lentitud en explotar las riquezas de nuestro suelo, pero afirmo que estoy decidido a modificar radicalmente la tradición del Estado en punto al disfrute de las riquezas naturales. En vez de aguardar sesenta años para alcanzar la explotación suficiente, es nuestro deber hacer todo lo posible para acortar ese largo período.

La política petrolera argentina ha de basarse en los mismos principios en que descansa toda la política económica: conservación absoluta de la soberanía argentina sobre las riquezas de nuestro subsuelo y explotación racional y científica por parte del Estado, advirtiendo que cuando el Estado rescata la dirección inmediata y directa de los bienes que la Nación posee, no debe ya despojarse del privilegio de seguir administrándolos sin compartir funciones con otros intereses que no sean los que corresponden a todos los argentinos.

El general Perón habla al magisterio

19 de diciembre de 1947

En primer término, les agradezco que hayan tenido la amabilidad de llegar hasta acá para darme la inmensa satisfacción de poderlos saludar personalmente.

Tengo por el magisterio argentino, y especialmente por sus autoridades, el más alto respeto, que es común a todos los que todavía guardamos en el fondo de nuestro espíritu el reconocimiento hacia los que han contribuido a nuestra formación personal, que se dedican a esta noble profesión de enseñar cumpliendo uno de los mandamientos de nuestra ley religiosa y llenando ese inmenso vacío que todavía, por desgracia, existe en nuestro país. Frente a esta situación, ninguno de nosotros hace exageradamente todo lo que se podría y lo que se debería hacer en el país para terminar de una vez por todas con la falta de enseñanza, que es atraso y que es una zancadilla a la civilización que nuestra Patria debe alcanzar dentro del más corto plazo.

Dentro de las previsiones que se han contemplado en el Plan de Gobierno —que hemos tratado de hacer tan ilimitadamente grande fuera posible, ya que los objetivos han de estar de acuerdo con las aspiraciones que nosotros debemos tener para el progreso y el perfeccionamiento de nuestro país—, la enseñanza en sus diversos aspectos, ya sea en la rama primaria, secundaria, técnica, especial, universitaria, como así también la alta cultura, ha sido considerada en su totalidad sin olvidar ninguna de sus manifestaciones.

Una de las críticas que se han hecho es que el Plan de Gobierno contiene demasiadas cuestiones; vale decir, que al aspecto económico se le agregó el aspecto social, que a éste se le agregó el cultural, y que al cultural se le agregó la justicia, habiéndose mezclado un sinnúmero de problemas.

Yo, en contra de esa crítica fácil, creo que si alguna virtud tiene este Plan es el de ser integral, porque en los organismos institucionales como

en los individuos, ningún miembro o ningún órgano puede progresar en perjuicio de los demás, sino que ha de ser un proceso orgánico, donde ninguna cuestión se desarrolle exageradamente en perjuicio de otra que no se desarrolla.

Lo que yo he buscado es armonizar perfectamente bien cada una de las actividades, dando a las normas de aplicación —como hemos llamado en el Plan a todo lo que se refiere a la enseñanza, la ciencia y la cultura— el lugar que deben ocupar en un país que no solamente quiere tener vacas y gran producción, sino que también quiere contar con hombres que vayan progresando en su civilización, en su ciencia y en su cultura aparejadamente con el proceso del progreso económico, del progreso social y del progreso político.

Señores: Abusando de que ustedes hayan sido tan amables, yo me voy a extender quizá un poco en este Plan, para no quitarle casualmente ese aspecto de integralidad que él debe tener.

Cuando concebimos este Plan, yo recuerdo que fijé los primeros objetivos que deben alcanzarse mediante un estudio realista de la situación del país, de lo que el país había sido, y aun de su historia, porque creo que nada se puede hacer sin encarar la parte constructiva basándose en la experiencia que se tiene y en la apreciación real del panorama que se vive.

Creo que uno de los grandes errores nuestros ha sido siempre proceder por planes más bien idealistas que realistas. Para nosotros, el procedimiento real es tan importante como el ideal. El primero fija las posibilidades; el segundo, las ambiciones. Y es necesario equilibrar perfectamente bien las ambiciones con las posibilidades, porque, si no, las realizaciones no se pueden concretar.

Es así que siempre he considerado que uno de los grandes errores de nuestros hombres ha sido no haber vivido perfectamente bien o enfocado perfectamente bien el panorama de la Nación antes de encarar cualquiera de las empresas que se habían de realizar.

Generalmente, cuando uno tiene una falsa visión de la situación, comete errores de buena fe e inconscientemente, motivados por una falsa apreciación de la situación. Una mala situación lleva a una falsa apreciación de la situación, y ésta a un error de resolución o a un fracaso en la ejecución.

Yo me he cuidado de estas cosas en la elaboración del Plan de Gobierno pensando que él mismo debía tener un objetivo superior, tra-

tando así de corregir los errores básicos de nuestro pueblo y de nuestras instituciones.

La observación más o menos serena de estos hechos arroja una conclusión clara a este respecto. En nuestro país, fuerza es confesarlo, no se trabaja todo lo que debería trabajarse; nuestro principal defecto es casualmente, la haraganería, y ésa es una cuestión que no tenemos mucho que decir, porque en la misma cada uno de nosotros tenemos cierta experiencia. Es necesario terminar con ese señor que encontrándose debajo de un árbol y preguntándosele qué es lo que hace, contesta: "Aquí estoy, estando". Ese hombre tiene que producir, tiene que estar trabajando.

Ésa es una de las cosas fundamentales, y el plan está destinado, precisamente, a la reactivación de la economía del país, lo cual es necesario obtener para crear trabajo donde actualmente no lo hay.

Con la creación del trabajo se crea riquezas y con ella se crean posibilidades de un mayor bienestar general. El Plan está destinado, en un primer término, a dar trabajo a los argentinos.

El plan general ha de compartimentar la acción nacional y ha de meter a los argentinos dentro de cada uno de esos compartimentos para que, en el futuro, el que no produzca no consuma en la medida de sus ambiciones, sino en la medida de sus posibilidades.

Podremos llegar, con el tiempo, a que el que no produzca no tenga derechos a consumir. Es necesario que cada uno produzca, por lo menos, lo que consume, porque la única manera de enriquecerse es produciendo más de lo que se consume. Ésta es la forma de enriquecer al país.

Éste es un problema simple. Tan simple que si nosotros nos ponemos a la tarea, lograremos fácilmente su realización.

Un país que tiene una cantidad de gente que produce más de lo que consume puede enriquecerse fácilmente, y es necesario recordar, en estos momentos, que no todo es lucha espiritual, sino que también entra la materialidad de las cosas.

Lo espiritual y lo material es necesario llevarlo equilibrado, ya que fácilmente vemos cómo los países pobres son los que más difícilmente avanzan en el camino de la cultura, y los países ricos los que alcanzan más rápidamente un alto grado de civilización. Es necesario ser idealistas, pero con los pies puestos en la tierra. Ésta es otra de las verdades que el hombre puede apreciar cuando filosofa.

Señores, éste será el primer objetivo: terminar con lo que se ha llamado un país de holgazanes, para hacer un país de trabajadores y de productores.

El segundo defecto que aprecio en nuestro país —conocer los defectos es una virtud— es la falta de continuidad en la labor de la Nación. Aquí no se han hecho más que esfuerzos parciales y esporádicos. Ésa es mi apreciación. Hay realizadas solamente muy pocas obras de aliento en nuestro país, y los países que no realizan obras de verdadera trascendencia, los que se conforman con vivir entre lo que han creado los demás hombres, sin ponerse a crear nuevas cosas, no van lejos. Para ir lejos, para crear nuevas cosas, no se puede estar pensando en pequeñas realizaciones o etapas. Es necesario lanzarse a la construcción de grandes ciclos para beneficio de la Nación.

Nada se consigue en poco tiempo sin sacrificio. Es necesario realizar obras de gran aliento, de verdadera trascendencia y de verdadero sacrificio. Nada vamos a construir sobre el placer y la molicie. Todo lo hemos de construir sobre el dolor, el sacrificio y el trabajo.

Todos hemos observado —ustedes en calidad de maestros han sido observadores imparciales— que los niños llevan a la escuela la representación de los hogares en que viven y de la sociedad de que forman parte. Eso lo habrán podido observar mejor que yo.

Yo también he sido un maestro en mis actividades. Ustedes reciben a los niños a los seis años; yo recibo a los jóvenes a los veinte años. Durante muchos años he pulsado lo que pulsan ustedes.

Saben bien que aquí —y lo habrán criticado tantas veces como yo— nunca se ha emprendido ninguna empresa que durara más de cinco años, porque como los gobiernos terminaban cada cinco años, querían colocar en la gran obra la chapa que dijera: "Presidente, Fulano, Ministro, Sutano". Es humano; pero eso no es lo que más conviene a la Nación. Sin continuidad de esfuerzo, el país no puede ir adelante. No se pueden realizar obras trascendentales en cuatro años; las de verdadera trascendencia duran diez, veinte, cincuenta años y a veces siglos. Todos admiramos el esfuerzo idealizado cuando decimos: el Duomo de Milán tardó quinientos años en realizarse. Uno piensa, ¡qué hombres éstos! Y ése es el verdadero elogio que ellos merecen, pues ellos han construido para su quinta generación, no para la suya. Así se hacen grandes y fuertes las naciones y los pueblos.

Ese defecto es la característica de nuestro país. Naturalmente, saben que un sistema de diques no se puede terminar en cuatro o cinco años. El

Plan de Gobierno —algunos lo han llamado Quinquenal— no va a poderse terminar en ninguno de sus aspectos, científico, cultural, etc., y eso ya lo sabía antes de esbozarlo. Pero aspiramos a hacer en cinco años todo aquello que podamos, dejándoles a los que nos sigan la tarea de perpetuarnos en el tiempo y en el espacio para extender esa acción. Solamente aspirando a esos enormes objetivos y marchando con la dirección de argentinos, que ha de guiarnos con la buena voluntad y el entendimiento con que realicemos esto, han de perpetuarse esas inmensas miras durante varias generaciones. Con ello estaremos bien servidos en el reconocimiento que puedan tener hacia los que iniciamos esta obra.

Este Plan no puede terminarse sino en una parte con lo que nosotros realizaremos. Si conseguimos dar esa continuidad, el Plan también estará servido en otros de sus objetivos fundamentales.

Para ello es necesario realizar primero estos dos objetivos: hacer trabajar a los argentinos que no trabajan, señores, y que deben trabajar, y hacer que institucionalmente se dé una continuidad a la obra del Estado, una continuidad en la orientación de esa obra, para alcanzar los grandes objetivos.

Terminado eso, basamos nosotros los demás objetivos en cada una de las grandes ramas en que hemos dividido el Plan de Gobierno y fijamos claramente cuáles son esos objetivos, e indicamos las formas de alcanzarlos. Lo demás está confiado a los hombres que han de realizar. Lo que hemos querido solamente con esto es dar una orientación uniforme a todos los hombres que trabajan en nuestro país, para que cada uno en su actividad conozca cuál es el objetivo que persigue la Nación, para que ninguno de nosotros trabajemos para nosotros mismos, sino para el país. En consecuencia, cuando hayamos conseguido poner a los dieciséis millones de argentinos en esa dirección, que todos marchen hacia un objetivo, con una visión de conjunto, con una unidad de concepción y con una unidad de acción, habremos realizado el milagro más extraordinario que puede realizar un pueblo: que todo el pueblo esté unido y marche en una misma dirección, pensando que cualesquiera sean los conflictos de opinión y de ideología, ninguno de ellos puede estar en contra del pueblo mismo ni en contra de la Nación Argentina.

Yo digo siempre, señores: ¿Cómo es posible que un país pueda marchar sin una orientación que le dé al pueblo su absolutamente necesaria unidad de acción? Si se ha de enseñar en la República Argentina, no es posible enseñar sin tener siempre presente qué es lo que la Argentina

drán todavía ustedes y todo el país. que sufrir algo la influencia política dentro de las instituciones; pero con la ayuda de ustedes mismos, con la ayuda de los señores ministros, del Presidente del Consejo y de todas las autoridades, iremos sacando paulatinamente toda influencia política para que dentro de los cuadros institucionales no exista nada más que una consideración: el hombre capaz, cuya capacidad esté calificada con la virtud, sin la cual a menudo la capacidad no es suficiente.

Decía yo que la labor, en ese sentido, es dura y pesada; pero gracias a Dios los hombres que integran nuestros equipos de trabajo, porque yo no trabajo con hombres, sino con equipos, son fuertes y sanos y están convencidos de que es necesario sacrificar hasta la última hora en beneficio de la eficiencia del conjunto.

Yo me felicito de tener la oportunidad de hablar personalmente con ustedes, porque ustedes pueden, en ayuda de nuestro trabajo, realizar una obra de extraordinario valor. Ustedes están en todo el territorio del país y son hombres escuchados por las poblaciones. Llegan a los hogares, como ha dicho el doctor Musacchio, por intermedio de los niños, los que suelen ser un vehículo de extraordinaria eficiencia. Ustedes tienen, en consecuencia, la oportunidad de aunar las voluntades y de ponerlas en marcha en favor de esta colaboración de conjunto.

Yo no les pido sino que trabajen para el bien del país; que pongan sus voluntades y sus esfuerzos en la obra común para lograr la realización de estas grandes obras que nosotros iniciamos, porque creemos y estamos absolutamente persuadidos de que el país tiene que ir adelante mediante la ejecución de las grandes obras proyectadas, tanto en el campo intelectual, como en el espiritual o material.

Al afrontar el problema de la enseñanza, nosotros hemos encarado uno de los aspectos más fundamentales de la misma, poniendo a los maestros que la imparten a la altura de sus necesidades. Este aspecto lo iremos mejorando aún más en la medida de lo posible, porque realmente los maestros no estaban ni remunerados ni considerados como debían estarlo.

En este sentido, recuerdo siempre a los espartanos. Ése fue uno de los pueblos que primeramente reaccionó contra la costumbre de utilizar a los prisioneros esclavos de ellos en la enseñanza e instrucción de las juventudes de sus pueblos.

Creo que los maestros cuyas aspiraciones no estén satisfechas, no pueden ser hombres que enseñen con la eficiencia y la elevación espiritual

que deben tener los maestros que han de enseñar y formar nuestras juventudes.

Por eso creo que el maestro debe llamar la atención de las autoridades, en el sentido de hacerles notar las posibilidades de elevar la vida al más alto límite que permitan las condiciones económicas de la Nación. Hasta ahora, creo yo, los maestros estaban un poco olvidados dentro del panorama nacional.

Se había pensado en que tienen largas vacaciones y que trabajaban pocas horas. Cuando me dieron este argumento para no mejorarlos en su condición de maestros, les dije: "No les den tantas vacaciones; háganlos trabajar más, pero páguenles".

Además de eso, creo que no hemos cubierto todos los sectores de la enseñanza en la República Argentina. La enseñanza no puede reducirse a lo que estábamos acostumbrados. Es necesario ampliarla a todas las actividades nacionales. No puede ser que la enseñanza de un país, ya sea en el orden primario, secundario, especial y universitario, se reduzca a cuestiones fragmentarias y aleatorias, como lo hemos estado resolviendo. Ninguna actividad del Estado debe ser modelada en el sacrificio y el dolor de cada hombre. Hay que enseñarle lo que él debe hacer en su vida, porque bien decía Martín Fierro que "árbol que nace torcido nunca su tronco endereza". Y es de pensar que el hombre cuya formación en la juventud es deficiente será un hombre que en su vida jamás volverá a enderezar su tronco.

Creo que, como nosotros lo estamos haciendo, la enseñanza hay que extenderla a todas las actividades nacionales. No debe haber un operario, por más humilde que él sea, que no haya recibido una enseñanza que lo capacite para rendir el máximo con el mínimo de esfuerzo. Ésa es también la solución de un grave problema social.

Esta extensión cultural a todos los aspectos de las actividades de una empresa de gran envergadura, la cual, sin la colaboración y cooperación de todos ustedes y de todos los maestros de la República, no podrá cumplirse acabadamente.

Hemos estructurado una nueva planificación, que probablemente llevará a nuevos métodos pedagógicos en la enseñanza en la República Argentina. Yo solamente les pido que se preocupen ustedes de crear esos nuevos métodos pedagógicos, porque a los argentinos hay que enseñarles con un método argentino. No hay necesidad de recurrir a Pestalozzi ni a ninguno de los otros grandes pedagogos. Eso sí, podrá estar basado ese método en los mismos principios del arte de enseñar en que basó Pesta-

lozzi sus grandes postulados, pero adaptado a los argentinos que poseen una idiosincrasia distinta, una inteligencia diferente, viven en otro medio, piensan de otra manera y sienten de distinto modo. Eso es lo que debemos crear. Nuestros hombres educadores deben crear, no adoptar; cuando más deben adaptar.

Pero, señores, debemos crear lo nuestro. Hay que crear nuestra escuela y hay que imponer nuestra enseñanza. Si eso se consigue, no continuaremos elucubrando sobre escuelas activas e inactivas. Elucubraremos sobre la escuela argentina, y el maestro argentino llegará a ser un modelo por sus propios métodos porque, no hay nada que discutir, la metodología está directamente ligada al proceso y al problema propio de cada país donde se enseña. Fuera de eso no hay nada más que herejías.

Eso es lo que nosotros perseguimos, para lo cual pondremos en manos de los maestros otra cosa que también siempre les ha faltado: los medios necesarios. No se puede enseñar ni formar espiritualmente a un niño sin los elementos necesarios o en un ambiente que es más bien para un establo que para una escuela.

En ese aspecto, el esfuerzo es extraordinario. Necesitamos diez mil escuelas. Creo que solamente podremos construir, en cuatro años, mil o mil quinientas escuelas. No podemos ir más allá porque también hay otras cosas que hacer. Pero, señores, creo que mediante el esfuerzo que está realizando el Gobierno de ahora en adelante podremos contar con una mayor posibilidad para ofrecer los medios necesarios a los maestros que en las distintas partes del país están sacrificados por su verdadero sacerdocio, que es la escuela en muchas partes.

He recorrido muchas veces el país, y no olvido nunca la impresión que recibí de una escuela en Santa Catalina, en Jujuy, donde una maestra, con diez o doce coyitas, llenaba su función en un medio precario, pero la llenaba. Vi después eso mismo en el Hito 1 de la República Argentina, casualmente el pueblo donde un maestro catamarqueño, con cuarenta y cinco grados de calor, tenía chicos en un ranchito de barro, pero enseñaba. Eso es lo que el maestro argentino tiene que perfeccionar y tiene que realizar.

Señores, hemos de terminar, en lo posible, con todo eso. Será quizá para ustedes, señores inspectores, más grato recorrer las futuras escuelas argentinas, y está en manos de ustedes hacer llegar al Consejo o al Ministerio, cuando sea oportuno y cuando sea necesario, sus protestas por la forma en que está funcionando la escuela tal o cual. Y si es necesario, lle-

gar hasta el propio ministro para decirle: "Esta escuela no está en condiciones; o se hace una escuela para que funcione adecuadamente o ciérrrela". Porque para mí es peor formar niños en un ambiente como éstos, que no formarlos. Quizá la naturaleza en que viven sea más adecuada que ciertos ambientes que yo he recorrido dentro de nuestro país donde funcionan escuelas.

Señores: Ningún esfuerzo que realicemos en este sentido tendrá limitaciones de nuestra voluntad. Haremos todo lo que sea preciso para que dentro de las Ideas del Plan vayamos lanzando los medios necesarios que, de acuerdo con la buena inspiración, la buena voluntad y el esfuerzo que ustedes realicen, completarán esa magnífica conjunción de lo que puede la voluntad y de lo que puede el esfuerzo que el país ha de realizar para mejorar la enseñanza en todos sus aspectos.

Señores: Es tal el placer que tengo yo en hablarles, que tendría el gusto de seguir haciéndolo; pero creo que les he pedido lo que yo quería pedirles, es decir, una absoluta cooperación para realizar nuestra enseñanza con más tesón, con más voluntad, y llevar las posibilidades de lo que ustedes ven a nuestras autoridades del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública para que ellos conozcan las necesidades, para ir perfeccionando métodos, perfeccionando los medios y perfeccionando el conjunto de todo eso que, bien armonizado, ha de permitir que el niño comience el ciclo en la edad infantil, alcance la universidad sin solución de continuidad y con profesores que hablen un mismo idioma y que vayan formando un tipo de hombre útil y virtuoso, que es lo que el país necesita, dejando que el resto lo siga él, y, sobre todo, tratando de formar hombres de criterio y capaces de realizar.

Afortunadamente, ustedes han escuchado una serie de conferencias, y creo que en el futuro será conveniente que de cuando en cuando se hagan estas reuniones de todos los inspectores, en la Capital Federal o en cualquier otro lugar del territorio, a fin de cambiar ideas cuando estemos más avanzamos en la unificación de métodos, y recibir así la impresión que los señores inspectores traigan de las zonas de acción. De esa manera se podrá dar la orientación general para que, así sea en La Quiaca o en Tierra del Fuego, en Buenos Aires o en Mendoza, todos trabajemos con unidad de concepción y con unidad de acción, sin lo cual formaremos hombres de regiones, cuando lo que nosotros queremos formar son hombres de una sola intención, que sientan de una misma manera, que piensen de una manera similar y que sean capaces de obrar de un modo común.

Solamente así aseguraremos la unidad nacional, base de toda la acción de conjunto que este país pueda realizar en el futuro.

Señores: Deseo que en el año que se va a iniciar sean ustedes inmensamente felices; que al retomar cada uno a su puesto lleve la persuasión absoluta de que cada uno de ustedes es una rueda importante en este inmenso mecanismo que es la Nación; que de cada una de esas ruedas depende el movimiento armónico de todo el país, porque en este enorme mecanismo cualquier rueda que falle va deteniendo la marcha del conjunto. Si cada uno de nosotros nos consideráramos no más de lo que somos, pero no menos de lo que podemos ser, es indudable que el país marcharía más aceleradamente o iría más lejos.

Lo que yo quiero es despertar en la mente de cada argentino la idea de que es necesario que todos trabajemos incansablemente, porque esa felicidad que tanto deseamos unos a otros la alcanzaremos mediante realizaciones. No hay que confiar todo en la Providencia; es necesario también ayudar a la Providencia. Lo que yo me propongo es que en esta tarea de hacer grande y feliz a nuestra tierra, ayudados por la Providencia, cada uno de nosotros pongamos el hombro también para ayudar a la Providencia.

Les pido que lleven mi saludo cariñoso a todos los maestros y a todas las autoridades que ustedes encontrarán en el interior de la República, o en sus diferentes destinos, y que al hacerlo les digan cuál es nuestra intención. Nosotros no somos sino un grupo de argentinos de buena voluntad que estamos haciendo todo lo que podemos hacer a fin de que las cosas anden cada día mejor. También deseo les digan que nuestra concepción del Gobierno es amplia y de absoluto respeto por las ideas de los demás, pero también queremos que nuestras ideas sean respetadas.

Creo que dentro de esas normas no podremos estar nunca unos contra otros, y en mérito a ello les pido que me ayuden en esa tarea.

El año 1947, dentro de la situación del mundo, ha sido muy malo. Nosotros la hemos sacado bien. El año 1948 ha de ser más difícil todavía, y quizá, si no termina en crisis, el 49 será terrible, porque esto se va incubando y no sabemos cómo va a terminar.

El pueblo argentino no tiene más que una forma de capear el temporal, cualquiera sea el momento o la situación en que el temporal se desencadene: estando unido como pueblo y marchado unido como nación. Nuestra desunión sería nuestro derrumbe.

De la unidad del pueblo argentino, del aglutinamiento de todas sus fuerzas morales y materiales, puede salir la salvación, cualquiera sea el proceso que el mundo siga en estos años de encrucijada histórica.

Esto es, finalmente, lo que yo les pido que lleven a todas partes. Que digan que estamos trabajando por eso, con un gran entusiasmo y firme voluntad; que lleven también a ellos nuestros deseos de que pasen unas felices fiestas, que el año 1948 sea propicio a todos y que todos sean muy felices.

Muchas gracias, y perdonen que por el número no pueda estrecharle la mano a cada uno de ustedes, como son mis deseos. Lleven, en cambio, la sensación de que, como argentino, los estrecho a todos y a cada uno.

Mensaje de Navidad

24 de diciembre de 1947

Compatriotas:

En esta nueva víspera de Navidad, nada puede ser más grato a mi espíritu que ponerme en contacto con todo el pueblo de la República para expresarle mis sinceros deseos de felicidad. Me complazco en hacerlo, porque siempre he creído que entre los ciudadanos de un país debe existir, más allá de las discrepancias ideológicas, una compenetración de sentimientos que los una en el santo amor a la Patria y también porque considero que quien inviste la representación conferida por sus ciudadanos debe ser intérprete de aquellos altos sentimientos y pregonero de aquel inextinguible amor.

De las festividades que conmemora la cristiandad, la de hoy es la más apropiada para reiterar la pureza de nuestros sentimientos y de nuestras intenciones a cuantos habitan nuestro suelo. Es la fecha más apropiada para que en cada hogar argentino llegue la voz con el fin de proclamar bien alto que el último móvil que guía nuestras acciones se encamina a proporcionar el mayor grado posible de felicidad a todos, sin perjuicio para ninguno ni lesión a los intereses legítimos de nadie. Este mensaje exhorta a todos juntos para que labremos el esplendoroso porvenir de nuestra Patria, para que, respetada y honrada por las otras instituciones, contribuya con su acción y su palabra a fortalecer los vínculos de paz y amistad con todo el mundo.

Así interpreto los mandatos que me ha confiado el espíritu pacífico y pacifista de mi pueblo y que yo me honro en compartir, me enorgullezco en proclamar y me esfuerzo en conseguir.

Poco avanzaríamos si nos limitáramos a sentir y proclamar tan elevados propósitos si no hiciéramos lo necesario para llevarlos a la práctica. Y es en ese terreno de las realizaciones donde a veces se choca con intereses creados que se oponen al propósito de extender el bienestar al mayor nú-

mero y a todos si es posible. Sucede con frecuencia que en torno a un privilegio abusivo se han creado de buena fe intereses diversos que, al ser afectados por medidas que benefician a la generalidad, hacen nacer la sospecha de que se ha procedido injustamente. El clamor pretende confundir a la opinión sensata; pero quitadas las estridencias del resentimiento, aparece nítidamente justificada la razón de las medidas y reflejadas en nuevo impulso del programa nacional.

La experiencia diaria nos demuestra que por encima de todas las consideraciones de orden particular, y a pesar de las disconformidades privadas, nuestra Patria progresa incesantemente y va alcanzando etapas previstas en un Plan de Gobierno armónico y realizable. Perseguir esta finalidad debe ser la gran tarea de todos los argentinos y de cuantos hombres de buena voluntad pueblan el suelo de la Patria. Perseguir este objetivo es la consigna que debe mover los resortes de nuestra voluntad; alcanzar tal finalidad y tal objetivo ha de ser la única recompensa que valore nuestro paso por la vida. Para lograrlo, necesitamos estar todos unidos. Hoy, la Argentina está en condiciones excepcionales para alcanzar el acariciado ideal de su grandeza. No debe verse malogrado por la incomprensión, por la envidia o por el rencor; no debe siquiera verse zaherido por mezquinas ambiciones ni ligeras discrepancias ni insustanciales caprichos. El mundo vive momentos difíciles; las perspectivas que otros pueblos presentan parece que no son muy halagüeñas para su tranquilidad y bienestar. Pero por providencial designio y abrumador contraste, nuestra Argentina está en camino de recuperación económica y resurgimiento espiritual.

La Argentina será verdaderamente grande si hay verdadera unión entre los argentinos. Por encima de todo importa el porvenir grandioso de la Nación. Cuantos me escuchan saben que la voluntad mayoritaria de mi pueblo ha puesto en mis manos la conducción de los destinos de mi Patria. Con los simples resortes del poder, podría muy bien afrontar todas las responsabilidades y ahorrar la satisfacción que brinda el éxito, pero quiero que todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra tierra puedan ejercitar el deber patriótico y contribuir, cada cual en su esfera y según su capacidad, a este esfuerzo que ha de brindar a la Nación Argentina el poderío moral y material que anhelamos en el orden interno y la paz perdurable que deseamos mantener con todos los países del orbe.

Deseo que esta Nochebuena lleve a vuestros hogares la bendición de Dios; a vuestros corazones el sagrado e inextinguible amor a la Patria; a vuestras conciencias el propósito de uniros en un solo ideal argentino que sobrepase las contingencias que puedan separar a los argentinos; a

vuestros pensamientos el recuerdo de los pueblos que sufren para comprenderlos y para ayudarlos. Y como síntesis de cuanto dejo dicho, espero que junto a mi cordial felicitación lleguen a todos los ámbitos de la Patria mis más grandes anhelos de esta hora, que puedo resumir diciendo: Concordia entre todos los argentinos y paz entre todos los pueblos del mundo.

Conferencias, Reportajes, Jornadas Radiales

Conferencia de prensa del general Perón sobre el problema de la vivienda

23 de enero de 1947

El primer magistrado inició su exposición en los siguiente términos:

"Un acontecimiento que creo interesante para el Plan Quinquenal es la llegada del primer equipo de técnicos de los Estados Unidos de Norteamérica.

"Son los primeros técnicos especialistas que vienen, como digo, de los Estados Unidos, ya contratados para hacer los estudios previos. A este respecto he sido aconsejado por amigos estadounidenses, como también por el embajador Messerschmit, a quien pedí opiniones porque lo considero un verdadero amigo nuestro. Él me recomendó, casualmente, al general Lord y al contralmirante Flannigan, dos hombres prominentes de los Estados Unidos, que constituyen una garantía absoluta de seriedad, de responsabilidad y de gran solvencia moral. La información que poseo sobre estos caballeros es inmejorable. Ellos están en contacto, a su vez, con todas las grandes empresas y los centros científicos estadounidenses, en forma tal que pueden asegurar, para la realización del Plan Quinquenal, la posibilidad de contar con el asesoramiento técnico-científico más capacitado y disponer de los materiales, máquinas, etc., que esas mismas empresas pueden ofrecernos con los últimos adelantos de la industria norteamericana.

"Acordamos la realización de viajes de estudio para considerar el Plan de Gobierno, no solamente en su aspecto teórico, sino también en su aspecto práctico, es decir, sobre el terreno y en colaboración con los hombres más especializados y con mayor experiencia en las distintas clases de obras que el Plan prevé para su realización.

"Estos señores han llegado de los Estados Unidos y han tenido conmigo su primera reunión en el día de la fecha, después de haber tomado contacto con las diversas reparticiones que entienden en los planes analíticos

correspondientes al Plan Quinquenal. La impresión que ellos han tenido de esta primera ojeada del Plan es inmejorable y su estado de espíritu es ampliamente optimista. Para darme una opinión definitiva han querido recorrer el terreno y visitar cada una de las zonas, como también interiorizarse de las obras que el Plan prevé y, efectuando ese reconocimiento, poder formarse un juicio definitivo para encarar el estudio analítico de cada uno de esos problemas.

"Con este propósito hoy mismo saldrán de viaje (queremos ganar tiempo) en avión, en tren, utilizando los medios más rápidos, en compañía del secretario de Industria y Comercio y de una comisión de técnicos argentinos hacia distintos puntos del territorio que es necesario observar y reconocer.

"El mayor interés que el Gobierno tiene —y así lo hice presente al general Lord— es la construcción de casas baratas, que constituye el problema más afligente que tenemos en el país. Para estudiar ese problema han venido cuatro técnicos especializados en la construcción de casas rápidas y económicas, y nosotros pensamos dar preferencia a la solución de este problema inmediato realizando los estudios necesarios, disponiendo la preparación y la selección del material indispensable y tratando de obtener en el más corto plazo la maquinaria, como así también los sistemas más modernos, económicos y eficaces que podamos obtener en Estados Unidos para iniciar inmediatamente la construcción de viviendas baratas para obreros y familias pobres.

"Este problema tiene para mí dos etapas. La primera tiene por finalidad solucionar, dentro de las condiciones y posibilidades actuales, y mediante una mejor distribución de la vivienda y un mejor aprovechamiento de las mismas, la ubicación de un mayor número de familias pobres que actualmente están viviendo en condiciones deplorables.

"Con este objeto hemos constituido varias comisiones que recorren distintos barrios metropolitanos, como ser Villa Soldati, el bajo de Flores y todas esas zonas donde las personas viven hacinadas en chozas de madera y latas, entre las miasmas que despiden las basuras, pues esos terrenos han sido rellenados con basura. Sacaremos de allí a esas familias —ya hemos sacado algunas— y proyectamos trasladar muchas otras. Las llevamos a otras viviendas y las proveemos de los enseres indispensables como ser camas, ropas, muebles, etc., y a las casas donde vivían las rociamos con un poco de nafta y les prendemos fuego.

"En esta tarea de mejoramiento de las condiciones de vida, por lo que se refiere a la vivienda, está empeñada mi propia esposa. Es una labor que hay que realizar con tacto para no ofrecer la sensación de que uno va contra las personas a las que se desea ayudar. Hay que hacerlo amablemente, con un poco de humanidad, más que como medida oficial, tratando de auxiliarlas directamente, porque si se lo hace en una forma burocrática no lograríamos el efecto que buscamos. Procuramos resarcir a esa pobre gente, un poco, de sus sufrimientos, llevándola a vivir a lugares tranquilos, con cariño y humanidad. Para eso estamos utilizando unos preciosos chalets californianos que nos ha facilitado el señor Dodero en el barrio obrero que estuvo construyendo en Avellaneda..."

Un periodista: "¿Eso es momentáneamente, para ubicarlos transitoriamente hasta tanto se resuelva el problema?"

Sr. Presidente: "Son ubicaciones transitorias para resolver los problemas más afligentes y evitar que esa gente continúe viviendo en terrenos rellenos con basuras. La segunda etapa sería la construcción en gran escala de viviendas rápidas y económicas, para ubicar en ellas a un gran número de obreros.

"El régimen que preferimos es dárselas en propiedad para que cada uno pueda tener su casita. Es indudable que en esto el Estado tendrá que contribuir con un cincuenta por ciento, porque ya hemos visto que siempre se ha fracasado cuando se ha procurado que el obrero la pague totalmente."

Un periodista: "Desearía formular una pregunta relacionada con este asunto ¿Ya está en ejecución lo relativo a la concesión de préstamos hipotecarios?"

Sr. Presidente: "Sí; desde el día que lo anuncié en la Bolsa. Pero eso soluciona una sola parte del problema. El otro aspecto lo tiene que encarar el Estado. Hay que construir sobre terrenos del Estado, permitiendo el pago de la edificación por mensualidades, basándose solamente en el costo de la casa y no del terreno. De ese modo el obrero pagaría treinta o cuarenta pesos mensuales de alquiler como amortización, y al cabo de diez años tendría su casa propia con la mitad de lo que antes pagaba por locación."

Un periodista: "¿Todo esto será llevado a cabo por algún organismo del Estado?"

Sr. Presidente: "Por varios organismos; pero no vayan a creerse que empezamos recién; en el año 1946 hemos construido más viviendas que en los veinticinco años anteriores. En Villa Concepción hemos construido

trescientos cincuenta chalets para familias pobres. Además, están los departamentos construidos en el Barrio Presidente Alvear y otros. Se ha construido de acuerdo a las posibilidades existentes. Pero ahora estamos hablando de un plan mucho más amplio para solucionar el problema de la vivienda en toda la República. Los técnicos americanos que han venido tienen procedimientos para hacer construcciones en gran escala. Van a recorrer todo el país."

Un periodista: "Ha dicho un intérprete que el general Lord dirigió la construcción de ciento cincuenta mil viviendas baratas en Estados Unidos."

Sr. Presidente: "Se trata de especialistas. El general Lord fue jefe del Estado Mayor General durante la guerra. Es un hombre capacitado, es una excelente persona, que constituye toda una garantía para nosotros."

"Lo que especialmente nos interesa es hacer conocer que ellos vienen aquí a trabajar, que son especialistas en la construcción de casas baratas. Nos interesa que se sepa esto aquí y especialmente en el exterior, podría creerse que vienen para cuestiones militares, pero con respecto a eso nada tienen que hacer aquí. El problema sobre el que más les he señalado es el de la vivienda. Los otros estudios son lentos, pero ellos están estudiando apresuradamente esta situación de la vivienda, que es la que tiene más importancia para nosotros. Lo relativo a saneamiento, irrigación, etc., lo van a estudiar después. El centro de gravedad de toda la acción de estos técnicos está radicado en las viviendas."

"Estos técnicos vienen a colaborar con nuestros ingenieros, quienes no se sentirán molestos, ya que aprovecharán la enorme experiencia que ellos traen. Insisto en que trabajarán en colaboración. Esta aclaración la hicieron ellos mismos, con toda corrección. Da gusto hablar con ellos; verdaderamente dan la impresión de ser hombres de trabajo, capaces y al mismo tiempo modestos."

Señor Lagomarsino: "Deseo informar que estos técnicos saldrán esta noche con nosotros para Río Negro. Visitaremos dos usinas últimamente compradas, y al mismo tiempo colocaremos la piedra fundamental de otras dos: las de Cipolletti e Ingeniero Julián Romero. Recorreremos el Alto Valle hasta Neuquén."

"Los ingenieros recorrerán las distintas zonas del país para ubicar las regiones donde se instalarán las casas baratas y aprovecharán al mismo tiempo este viaje para conocer los sitios donde vamos a instalar las usinas, etcétera. En este grupo de técnicos hay algunos que son geólogos, otros

que son especialistas en irrigación y en usinas. Hay también dos economistas entre ellos."

Sr. Presidente: "En el otro grupo vendrá un especialista en cuestiones hidroeléctricas."

Señor Lagomarsino: "Desearía que esta entrevista no llegara a su término sin antes destacar la forma en que ha respondido a nuestro llamado la industria privada. Puedo decir a este respecto que hemos recibido sorpresas muy agradables."

Reportaje del periodista norteamericano Pierre Loving al presidente de la Nación

6 de febrero de 1947

Señor Loving: "Desearía saber si el Gobierno tienen suficiente control sobre la influencia de la inflación en el país."

Señor Presidente: "Éste es un problema un poco complejo, del que venimos ocupándonos desde hace tres años. La inflación se para de una sola manera: con previsión. Tres años antes de que se produjera, nosotros hemos creado un Consejo para combatir la probable inflación que preveíamos. Debido a eso, hemos podido parar el cincuenta por ciento de la inflación. La Argentina tiene hoy solamente un 37% de inflación, mientras que en los países vecinos el que menos tiene un 350%."

Sr. Loving: "Según se dice en la Introducción del Plan Quinquenal, los precios han aumentado en un 150%."

Sr. Presidente: "Eso es en lo que se refiere a la importación, y no solamente esa cifra, sino más todavía en comparación con la época anterior a la guerra. Voy a tomar dos artículos como ejemplo. El trigo, antes de la guerra, lo vendía la Argentina al extranjero a ocho pesos el quintal y ahora lo vende a 35 pesos, es decir, cuatro veces más. La goma la comprábamos a 1,25 pesos, el kilo, y en estos últimos tiempos la hemos estado comprando a ochenta pesos, es decir, 65 veces el valor anterior. Esto demuestra que el aumento en los precios de exportación es muy inferior en casi todos los artículos al aumento producido en los precios de importación. Estamos dispuestos a formalizar acuerdos y tratados para volver a vender al precio de antes de la guerra, pero comprando también a precios de aquella época con cualquier país."

Sr. Loving: "Creo que eso sería imposible."

Sr. Presidente: "De lo contrario, aumentar los precios de nuestros productos en proporción a lo que nos cobran de aumento en los productos de importación. No siendo así, es mal negocio para nosotros."

Sr. Loving: "Cuando ya esté encaminado todo del plan de industrialización, los precios bajarán."

Sr. Presidente: "Hay dos clases de inflación, que se combaten también de dos maneras: primero, la inflación especulativa, la de los comerciantes, que es ficticia y se combate, como lo hemos hecho nosotros, fijando los precios. Además, tenemos la inflación natural, que obedece a la ley de la oferta y la demanda, y se combate produciendo más y limitando la exportación. Con estos procedimientos hemos obtenido éxito, porque los precios en la Argentina están por debajo de los del resto del mundo."

Sr. Loving: "En otros países están todavía subiendo los precios."

Sr. Presidente: "Hasta que ellos produzcan en proporción al consumo, pero hay que tener también en cuenta que otros países han quemado mucho en la guerra y nosotros no hemos quemado nada. Por otra parte, la industria americana todavía esta en estado de guerra; cuando se transforme a la industria de paz y produzca en gran cantidad, los precios van a bajar forzosamente."

Sr. Loving: "El intercambio comercial del trigo, semilla de lino, etc., mejorará las relaciones políticas con todo el resto del mundo, al mejorar las relaciones económicas."

Sr. Presidente: "Efectivamente. El intercambio económico va a mejorar las condiciones económicas, hará que mejoren las relaciones políticas."

Sr. Loving: "Los industriales americanos han sido invitados para venir aquí y van a ayudar a este país con sus maquinarias, industrias, etc. Desearía saber en qué condiciones vendrán, es decir, si serán pagados en dinero efectivo o con préstamos a corto plazo."

Sr. Presidente: "Nosotros pagamos todo al contado rabioso."

Sr. Loving: "Creo que la industria americana tendrá poca influencia sobre las condiciones políticas del país."

Sr. Presidente: "Tenemos gran interés en que vengan industriales y grandes industrias americanas a trabajar en la Argentina, por una razón muy natural: nosotros sabemos que las industrias en Estados Unidos pagan fuertes sumas en concepto de impuestos, y aquí no pagan nada. Cuando sepan eso en Estados Unidos y sepan también que aquí cuentan con

toda clase de garantías para trabajar, es indudable que muchísimos industriales van a venir a nuestro país."

Sr. Loving: "En Estados Unidos hay grandes esperanzas en lo relativo a las relaciones entre ambos países."

Sr. Presidente: "Eso es un asunto terminado."

Sr. Loving: "En el *Washington Post* han aparecido artículos muy favorables para este país. En Estados Unidos se conocen bien los discursos del señor Presidente y a este respecto debo decir que el que pronunció el otro día con los trabajadores ha sido el mejor discurso que le he oído."

Sr. Presidente: "He pronunciado demasiados discursos. Ahora estoy tratando de decir menos."

Sr. Loving: "Me agradecería tener copia de los discursos del señor Presidente."

Sr. Presidente: "Los tengo publicados en libros. Le voy a obsequiar los discursos que he pronunciado en los años 1944 y 1945, y el año próximo le mandaré a Estados Unidos los del año 1946."

Sr. Loving: "¿Qué sucedería si el Gobierno cumpliera solamente el 25% del Plan Quinquenal?"

Sr. Presidente: "Se ve que usted no me conoce. Yo pienso cumplirlo en el cien por ciento. Si no nos alcanza el día para ello, trabajaremos también durante la noche. En todos los órdenes estamos trabajando ya a tres turnos de ocho horas."

Sr. Loving: "Indudablemente, usted es un hombre de hierro, pero las obras dependen también de otros factores."

Sr. Presidente: "Nosotros hemos calculado que esto es una sola etapa de un plan de quince años. De este Plan se cumplirá cuanto sea posible dentro de los próximos cinco años, pero dejamos todo preparado para que los futuros gobiernos cumplan el resto. En algunas cosas vamos a cumplir el doscientos por ciento de lo previsto en el Plan Quinquenal, y en otras cumpliremos solamente el cincuenta por ciento; por eso calculo que, en conjunto, vamos a cumplir el cien por ciento."

"Voy a leerle algunos datos que tengo aquí: en hilados de algodón, por ejemplo, la producción anual era de 63.000 toneladas; el Plan Quinquenal preveía producir 80.000 toneladas anuales en la industria privada, es decir que faltaban 17.000 toneladas, y eso sin ayuda oficial. Pues bien, en cinco meses se han cubierto 3.700 toneladas, es decir que faltan menos de 13.000, lo que significa que vamos a llegar a producir más de lo previsto

en el Plan Quinquenal. En hilados de lana se producían 21.500 toneladas. El Plan prevé 30.000. Total a cubrir, 8.500, sin ayuda del Gobierno. Se han producido en cinco meses 829; restan alrededor de 7.600 por cubrir. Hilados de fibra: producción actual, 4.000 toneladas. El Plan Quinquenal prevé 6.000. Sin ayuda oficial se ha producido el doble de lo previsto, y solamente en cinco meses. Esto responde al pedido que yo he hecho a la industria privada en el Plan Quinquenal en el sentido de que se debe producir más. Papel para libros: producción actual 100.000 toneladas; previsto por el Plan Quinquenal, 190.000; de las 90.000 toneladas que faltan, solamente en cinco meses hemos cubierto ya 70.000. Papel para diarios: producción actual, nada. Por el Plan Quinquenal tendríamos que producir 50.000 toneladas en cinco años. Pues bien, en cinco meses ya hemos producido 20.000, de modo que si seguimos en el mismo ritmo, en dos años vamos a alcanzar la cifra prevista. Soda cáustica: producíamos 10.000 toneladas anuales y queremos producir 40.000. De las 30.000 que faltan, en cinco meses hemos cubierto 2.400 toneladas. Carbonato de sodio: hemos cubierto 1.500 toneladas más de lo previsto. Cloruro de bario: producción actual, 500 toneladas, previsto: 800; faltarían, pues, 300, y hemos producido 1.229, es decir que hemos cubierto en cinco meses 900 toneladas más de lo previsto. Minio: producíamos 650; por el Plan Quinquenal queríamos producir 1.000. Ya hemos cubierto 700. Zinc: producíamos 2.000; queríamos 6.000. Con la ayuda oficial hemos producido 4.200 y la industria privada ha producido 10.000, o sea, en total, 14.200, lo que quiere decir que hemos producido 10.000 toneladas más de lo calculado para cinco años y esto solamente en cinco meses."

Sr. Lovig: "¿Cómo se realiza la ayuda oficial?"

Sr. Presidente: "Por medio de las fábricas del Estado, para fomentar la producción. Los particulares no fabrican económicamente. Lo que no resulta económico, porque no da beneficios, lo toma el Estado a su cargo. Lógicamente, el Estado pierde plata en esta fabricación."

Sr. Lovig: "¿De dónde provienen esas cifras?"

Sr. Presidente: "Son datos oficiales del Ministerio de Industria y Comercio."

"Continuemos viendo. Aluminio: producíamos 1.200 toneladas; queremos producir 1.400 más y ya hemos producido 70 toneladas más de lo previsto en cinco meses. Ácido sulfúrico: producíamos 40.000 toneladas, es decir, lo necesario. Arseniato de calcio, etc., en cinco meses estamos ya en la producción total prevista."

Sr. Loving: "¿Se van a publicar oficialmente estos datos?"

Sr. Presidente: "No, porque no son datos definitivos. Las cifras las vamos a publicar cada año. El Plan Quinquenal está dividido en cinco años; cada año, en cuatro trimestres, y cada trimestre nosotros lo analizamos mes por mes. Éstos son los datos del primer mes del Plan Quinquenal."

Sr. Loving: "Por lo visto ese Plan es perfectamente realizable."

Sr. Presidente: "Tomemos otro ejemplo. Para el primer año del Plan Quinquenal nosotros queremos fabricar 13.000 toneladas de celulosa para rayón y solamente en el primer mes ya estamos en el total de esa cifra; y esto solamente en la industria privada."

Sr. Loving: "¿Este aumento se debe a los aumentos de salarios?"

Sr. Presidente: "Esto tiene que ver mucho con este asunto, porque con el aumento de salarios hay mucho más rendimiento. En celulosa, por ejemplo, nosotros antes de la guerra no producíamos nada. La industria particular no produce porque este renglón no le resulta económico; entonces tiene que producir el Estado, perdiendo plata; pero tiene que hacerlo para levantar la industria. Lo mismo sucede en cuanto a resina, óxido de cobre, cáñamo, etc., cosas todas que necesitamos para la industria."

Sr. Loving: "Los contrarios al Gobierno dicen que el Plan Quinquenal no asegura un salario anual o seguridad social."

Sr. Presidente: "Eso es muy simple: la seguridad de todo orden en el Plan viene por el aumento de la riqueza del país, porque trata de levantar el nivel de vida para toda la población. La garantía de la ejecución de esto está en que ya nosotros en los comienzos hemos aumentado los salarios, para el Plan Quinquenal solamente en un 25% en toda la República. Debe tenerse en cuenta que en nuestro país había hombres que ganaban veinte centavos por día y hoy no hay ningún trabajador que gane menos de doscientos pesos por mes."

Sr. Loving: "Si se asegura un salario anual de acuerdo con esa ley, ¿cómo puede impedirse el despido de la gente de los frigoríficos?"

Sr. Presidente: "Nosotros asistimos a una innovación en el sistema argentino de trabajo. La industria de la carne es muy variable durante el año. A veces una fábrica tiene cinco mil obreros y al mes siguiente no necesita más de dos mil. Entonces es necesario estabilizar el personal, porque esa situación trae problemas sociales muy graves."

Sr. Loving: "Tendrán que asignárseles otros oficios a los que quedan sin trabajo."

Sr. Presidente: "No; los frigoríficos tienen un personal estable y que no lo es."

Sr. Loving: "¿Esos obreros no estables no son especializados?"

Sr. Presidente: "Exactamente. Los toman y los dejan según las necesidades del trabajo."

Sr. Loving: "¿Pero los mandan a otro lado?"

Sr. Presidente: "Sí señor, para no producir catástrofes, como serían los despidos en masa."

Sr. Loving: "¿Se está haciendo actualmente?"

Sr. Presidente: "Sí señor, por un decreto-ley que di yo cuando era secretario de Trabajo y Previsión."

Sr. Loving: "Creo que esa ley no va a ser aprobada, porque no es necesaria."

Sr. Presidente: "Depende de los diputados y de los senadores. Eso es más bien una cuestión política que gremial."

Sr. Loving: "Me encanta su franqueza."

Sr. Presidente: "No tengo nada que ocultar, de modo que digo todo lo que pienso. Lo autorizo a publicar todo lo que he dicho en esta conversación."

Sr. Loving: "Muchas gracias. Ahora unas preguntas de orden personal. Mucha gente creía en mi país que usted era un hombre más bien bajo. Quiere decirme cuánto mide y cuánto pesa."

Sr. Presidente: "Mido 1.80 m. y peso 88 u 89 kilos, no sé exactamente."

Sr. Loving: "¿Hace muchos ejercicios?"

Sr. Presidente: "Un poco de gimnasia por la mañana."

Sr. Loving: "¿Tiene algún hobby?"

Sr. Presidente: "No tengo otro más que mis tareas de gobierno. He sido muchos años campeón de espada. En el año 1941 gané el último campeonato en Mendoza. Ahora, desde que estoy en el Gobierno, no practico más que el gobierno."

Sr. Loving: "Usted tiene sobre sí una responsabilidad que le obliga a cuidar su salud."

Sr. Presidente: "Afortunadamente de salud ando muy bien."

Sr. Loving: "¿Cuántos años tiene?"

Sr. Presidente: "Voy a cumplir cincuenta y dos."

Sr. Loving: "Realmente parece más joven. De esta tener 11 años recuerdo un retrato autografiado."

Sr. Presidente: "Con mucho gusto."

El señor Presidente entrega al señor Loving un retrato autografiado y dos libros de discursos con dedicatoria. Termina la entrevista siendo las 11 y 40.

Reportaje al general Perón publicado en Estados Unidos por el periodista Pierre Loving

6 de febrero de 1947

El presidente Juan Domingo Perón de la Argentina, me ha concedido una entrevista exclusiva por espacio de más de una hora, durante la cual discutió con cautivante afabilidad y gran atracción personal una amplia gama de asuntos vitales para la Argentina, Estados Unidos y la defensa del hemisferio.

El jefe del Poder Ejecutivo de la Argentina, quien mide aproximadamente un metro ochenta y pesa entre ochenta y ocho y noventa kilos, fue elegido por mayoría de votos en las elecciones del 24 de febrero del año pasado, que, como sus mismos opositores han reconocido, fueron "las más limpias y honestas que se hayan efectuado en la Argentina", analizó francamente en presencia del corresponsal, entre otros temas, las relaciones políticas y comerciales con Estados Unidos, el papel de la Argentina en la defensa del hemisferio, la colaboración de la industria norteamericana en el Plan Quinquenal y las libertades civiles bajo su administración.

Una semana atrás, sometí un cuestionario de doce puntos al general Perón, entregándome hoy sus respuestas, acto al cual subsiguó una conferencia extraoficial de noventa minutos de duración, a la que asistieron el ministro de Relaciones Exteriores, Juan Atilio Bramuglia, y dos representantes obreros norteamericanos.

Ésta ha sido la primera oportunidad que he tenido de estudiar de cerca al casi legendario protagonista de los hechos revolucionarios del 17 de octubre de 1945, que aglutinaron a sus partidarios y después aplastaron a sus opositores políticos. Cuando lo entrevisté hoy en su despacho privado de la Casa Rosada, el general Perón acababa de sostener una larga conferencia con el embajador norteamericano George S. Messersmith, quien

acaba de regresar a su puesto en Buenos Aires después de una estadía de seis semanas en Washington.

El presidente Perón es un hombre alto, bien constituido, con cabello oscuro, peinado atrás, sin sombras de canas. Habla con sencillez y sus gestos se limitan a mover las manos en dirección a su pecho o cara, sonriendo con ojos y boca. Trasunta aire de poseer inmensa reserva de energías, parece extravertido a su manera, mas escucha con atención a su interlocutor. Su fuerza dinámica se revela cuando dirige sus discursos a las multitudes en la Plaza de Mayo desde su balcón de la Casa Rosada. Pero, según me ha confesado, proyectó limitar sus discursos. "Ahora pienso hablar menos", me ha dicho. Sus amigos dicen que su magnetismo es "simpático".

Sus enemigos aseguran que se cubre con una máscara de voluntad de hierro. Ambos, amigos y enemigos, admiten, sin embargo, que Perón es sincero e inmensamente serio en lo atinente a su programa de bienestar social.

Antes de nuestra conversación advertí al general Perón que había preparado mi cuestionario de modo tal que quizá pudiera revelar al pueblo argentino qué está pensando el pueblo norteamericano acerca de la Argentina. Agregué que como periodista objetivo sólo me guiaba el propósito de clarificar los informes contradictorios, si me fuera posible. Me aseguró que deseaba "no ocultar nada" y concordó conmigo en que "servir a la verdad es la alta función de la prensa libre".

Después de entregarme sus respuestas a mi cuestionario oficial, conversamos durante casi dos horas sobre detalles del Plan Quinquenal. En la segunda parte del artículo versante sobre mi *interview* con el general Perón, relataré esta conversación.

Los puntos salientes de las respuestas del general Perón a mi cuestionario son: todos los malos entendidos políticos entre Estados Unidos y Argentina han llegado ahora al fin; la Argentina se halla dispuesta a asumir su propio papel en la defensa del hemisferio, según le sea encomendado por la decisión conjunta de las naciones americanas; el Plan Quinquenal será realizado en un "cien por ciento" en el tiempo especificado. Hizo notar también que las firmas norteamericanas que colaboren con el Plan Quinquenal serán pagadas "al contado rabioso".

He aquí las preguntas que sometí al presidente argentino y sus respuestas textuales:

L.: "V. E. ha declarado frecuentemente que la Argentina desea ardientemente la amistad de Estados Unidos. En su opinión, ¿cómo puede concretarse en la realidad ese deseo en los terrenos diplomático, militar, económico y cultural?"

P.: "He dicho que la Argentina mantiene tradicionalmente una política de paz y de amistad hacia todas las naciones continentales y extrancontinentales. Así ha sido siempre en relación a Estados Unidos. Y por eso he afirmado también que si en algún momento se ha producido una sensación contraria, no ha sido ciertamente por culpa de ningún gobierno del que haya yo formado parte, sino de elementos internos y externos políticamente interesados en deformar la realidad de los hechos presentándolos con malicia. Ha bastado un poco de buena voluntad para deshacer el equívoco, y las corrientes de amistad e inteligencia entre ambas naciones aparecen claramente definidas. Ello se consigue en el orden diplomático mediante una política de buena vecindad rectamente concebida y aplicada, respetando cada país la soberanía del otro, así como la igualdad de ambos y no tratando de inmiscuirse el gobierno de una Nación en los asuntos internos de la otra. Me complazco en declarar que nadie mejor que el actual embajador de Estados Unidos en la Argentina podría contestar a la pregunta en este aspecto. En el terreno militar, la amistad se fortalece con la idea de que los ejércitos no tienen una idea agresiva frente a los de las otras naciones, sino que están constituidos para defender intereses, derechos e ideales comunes. Desde el punto de vista económico, es preciso seguir un sistema que, desprovisto de egoísmo, permita la ayuda mutua mediante el intercambio de productos. La Argentina necesita muchos que puede obtener de Estados Unidos, y, a su vez, puede proporcionar otros necesarios a la Gran República del Norte. La firma de convenios comerciales representa el mejor camino para la subsistencia de relaciones amistosas. Y en el orden cultural, se impone un conocimiento recíproco de lo que cada país es y de lo que vale. Un vehículo excelente para la expansión cultural es el idioma, y el hecho de que cada vez se extienda más en Estados Unidos el aprendizaje del castellano y en la Argentina del inglés constituye un buen presagio de que nuestra amistad se afianzará también por motivos de cultura. La política de concesión de becas por estudios está dando ya óptimos resultados."

P.: "En la introducción del Plan Quinquenal de gobierno V. E. ha dado seguridades de que su administración no tiene intención de debilitar o destruir el régimen capitalista. Un sector del mundo comercial norteamericano, sin embargo, teme que la suerte del sistema de libre iniciativa,

en la Argentina mezclado con corporaciones industriales mixtas, y afirman que ésta es una interferencia efectiva del Gobierno en la industria privada. Otra parte del comercio de los Estados Unidos ve en la combinación de empresas privadas con organismos oficiales en la Argentina una marcada tendencia hacia el monopolio bajo los auspicios del Gobierno, circunstancia de peligro para los pequeños comerciantes y el curso normal de las operaciones sometidas a la ley de la oferta y la demanda. ¿Quisiera V. E. disipar esas insinuaciones, las que, por otra parte, pueden afectar la cooperación amistosa entre la industria de los Estados Unidos y el Gobierno argentino en la realización del Plan Quinquenal?”

P.: “La implantación del Plan Quinquenal de gobierno para el período 1947-1952 no perturbará la libre iniciativa; sólo se tiende al mantenimiento del equilibrio económico regulándolo en beneficio del bienestar material de la colectividad. Teniendo en cuenta que nuestra economía es esencialmente de tipo agrario, siendo de relativa importancia la industria extractiva y habiéndose desarrollado hasta el presente lentamente la industria manufacturera, el Estado interviene al sólo efecto de crear o impulsar la actividad privada de aquellos rubros en los cuales aún no se han interesado por no ser remunerativos o por no quererse correr el riesgo en el caso de una industria nueva. Es en estos casos cuando entran a actuar las sociedades de tipo mixto en su solo y único carácter de fomento, diversificando la explotación y recabando siempre el apoyo del comercio, de la banca o de la industria, que facilitan capitales y además concurren con su prestación personal integrando los cuerpos dirigentes en igualdad con los representantes gubernamentales.”

L.: “¿El establecimiento del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, cuyas operaciones se dijo que son secretas, está de acuerdo con el proyecto de estatuto enviado por Estados Unidos a la Conferencia Internacional sobre Comercio y Empleo, reunida recientemente en Londres?”

P.: “El Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio realiza sus operaciones de acuerdo a las necesidades del país. Sus actividades son las normales en un instituto de esa naturaleza y las mismas tienden a agilizar la mecánica del comercio interno y propender a una mayor coordinación del externo, teniendo por fin, y como norma fundamental de sus procedimientos, favorecer al limpio juego de las fuerzas económicas intervinientes en el campo nacional o internacional en cuanto estas últimas puedan afectar al país.”

L.: "Sobre este asunto, el senador republicano Artur Vandenberg, presidente de la poderosa comisión de Relaciones Exteriores del Senado Norteamericano, declaró recientemente en un importante discurso que los acuerdos multilaterales comerciales de los Estados Unidos dependerían en el futuro del 'tipo de competencia que nosotros (EE. UU.) debamos afrontar ante monopolios estaduales extranjeros y el hábito desarrollado en algunos países de hacer acuerdos bilaterales, según sus propósitos políticos o económicos'. Y también advirtió que 'tales prácticas nos forzarían a tácticas defensivas que no deseamos asumir voluntariamente'. Quisiera comentar el excelentísimo señor Presidente de qué modo el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, como repartición subsidiaria del Gobierno, es invulnerable a los cargos hechos por el senador Vandenberg? Más aún, ¿deja de considerar V. E. la creencia sostenida en algunos círculos de los Estados Unidos en el sentido de que el reciente convenio comercial chileno-argentino es un 'acuerdo bilateral' que encierra tanto propósitos políticos como económicos?"

P.: "La Argentina, al concertar tratados de comercio, no lo hace por motivos políticos ni para competir con otras naciones. Sólo busca favorecer a las distintas nacionalidades, allanar dificultades y acercar nuestro pueblo a los demás del orbe a fin de que, coordinados, puedan beneficiarse no sólo en el intercambio material, sino también en el espiritual, no olvidando en ese sentido las palabras de Su Santidad el papa Pío XII, quien manifestara que sólo con un intercambio inteligente y generoso entre los fuertes y los débiles será posible llevar a cabo una pacificación universal de manera que no queden focos de incendio y de incendio de donde puedan originarse nuevas calamidades."

L.: "¿De qué modo la Argentina ayudará a los países hambrientos de Europa tales como Italia, Austria, Hungría y Polonia? ¿Unilateralmente o por medio de la comisión correspondiente de la Organización de las Naciones Unidas?"

P.: "Sólo puedo decir que la Argentina, con la generosidad que es en ella característica, no ha regateado ni regateará esfuerzos para ayudar a los pueblos hambrientos. Sobre esta cuestión resulta ocioso acudir a palabras cuando lo cierto es que ya han hablado los hechos. Como también la realidad ha probado que es compatible la acción unilateral con la de la Organización de las Naciones Unidas."

L.: "¿La Argentina ha requerido la ayuda de Estados Unidos para la construcción de plantas de guerra y de industrias pesadas que pudieran convertirse rápidamente en medios de defensa?"

P.: "Ni es así, ni los problemas que afectan a la defensa nacional son susceptibles de comentario público, ni en el propio país ni mucho menos en el extranjero."

L.: "Siendo V. E. un distinguido experto militar, ¿cuál es su opinión sobre el flanco más vulnerable que tiene el continente americano en caso de ser atacado? En emergencia de un ataque realizado por una potencia no continental, ¿cuál sería el rol que desempeñaría la Argentina en la defensa de este hemisferio? ¿Si el ataque viniera del Atlántico? ¿Si procediera de una nación vecina?"

P.: "Por la misma razón no puedo contestar a esta pregunta. Por muy experto militar que yo fuese, los planes de defensa no son obra de una persona, aun cuando a ésta corresponda la jefatura de las fuerzas armadas en su calidad de presidente de la Nación, sino el resultado de muy detenidos estudios del Estado Mayor. ¿Cómo podría yo, presidente de la Argentina, referirme a esos planes, dejando cuando menos la incertidumbre de si expresaba una opinión personal o exponía un criterio de gobierno? Estoy, pues, seguro de que el presidente de Estados Unidos tampoco se prestaría a responder a la pregunta. Por otra parte, la contestación es tanto más difícil cuanto que no se refiere la interrogación a la defensa de la Argentina, sino a la del hemisferio, y ya se comprende que la acción de la Argentina para ese caso, que considero hipotético y remoto, habría de estar coordinada en el orden militar con la de las otras naciones americanas."

L.: "¿El representante de la Argentina en el Comité de Defensa Interamericana está preparado para precisar la parte que asumiría su país con mayor responsabilidad en la defensa de las regiones del Polo Sud, así como Estados Unidos se encargaría probablemente de una misión similar en torno al Polo Norte?"

P.: "Cuando fuera menester, el representante argentino estaría en condiciones de precisar la posición de la Argentina, porque el Gobierno argentino está preparado para cualquier contingencia que se presente."

L.: "En un caso de emergencia, ¿el pacto comercial chileno-argentino sería completado con una alianza militar? ¿Cómo podrían Chile y Argentina coordinar sus medios militares en la Antártica para fortificar conjuntamente la defensa del Polo Sur?"

P.: "Razones de discreción fácilmente comprensibles me impiden contestar a la pregunta."

L.: "Como V. E. debe saber, el senador Vandenberg afirmó recientemente que Estados Unidos actuó 'unilateralmente' al rehusar sentarse junto a la Argentina en las varias veces pospuesta Conferencia de Río de Janeiro para formular el pacto militar de defensa del hemisferio. Dijo textualmente que procedía en esa forma unilateral y que 'nosotros (los norteamericanos) nos movemos aparte frente a una expansión comunista'. ¿Quisiera V. E. comentar esta declaración del senador Vandenberg?"

P.: "Como la pregunta se refiere a una actuación que el senador Vandenberg atribuyó, no a la Argentina, sino a los Estados Unidos, no soy yo el llamado a contestarla. Sólo debo decir que no habrá pacto militar eficaz en defensa del hemisferio ni política continental acertada si no se cuenta con la colaboración de la totalidad de los estados."

P.: "El general Royal Lord, jefe de la misión económica norteamericana que visita la Argentina, me ha indicado que está preparando una recomendación acerca de la ayuda de las industrias de Estados Unidos para la ejecución del Plan Quinquenal del Gobierno de V. E., si los conocimientos y la práctica de Estados Unidos son invitados a tal cooperación para la industrialización de la Argentina. ¿Quisiera exponerme el señor presidente cómo espera financiar su Gobierno las compras de maquinarias e implementos de ingeniería que proyéctanse hacer en Estados Unidos?"

P.: "El Plan de Gobierno ha establecido en forma terminante los recursos con los cuales será financiado. Ellos son: 1) los recursos especiales que para cada caso establezcan las leyes; 2) los que provengan del sistema bancario regido por el Banco Central de la República Argentina; 3) mediante la emisión de títulos de la deuda pública, en la cuantía que estime necesario y conforme a las leyes que rigen la materia, y 4) por cualquier otro medio que juzgue adecuado al mejor éxito del Plan."

L.: "Las constituciones de Argentina y Estados Unidos han sido las más favorablemente comparadas en sus garantías de las libertades civiles, libertad de palabra, de prensa, reunión y culto. La Constitución Norteamericana, como sabe V. E., establece resguardos contra la violación de estos derechos humanos. Sin embargo, el presidente Franklin D. Roosevelt reafirmó el carácter fundamental de esos derechos humanos al proclamar las llamadas Cuatro Libertades durante la guerra. De tiempo en tiempo, los estadistas anuncian su fervorosa adhesión al principio de las libertades civiles, así como su protección contra la persecución por ideas políticas y

religiosas, de país y de raza, de credo y color, y afirman repetidamente el derecho a la educación y a un más alto nivel de vida. Sólo recientemente en Nueva York, durante la Asamblea de las Naciones Unidas, el ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, doctor Ricardo J. Alfaro, introdujo una resolución en aquel sentido con una lista en la que se clasifican ocho derechos humanos, aunque la Carta de las mismas Naciones Unidas contienen una cláusula sobre el particular. En vista de la comparación que siempre he escuchado, señor Presidente, entre el "new deal" norteamericano y los principios de su administración, me siento movido a preguntar a V. E. si no tiene también la intención de emitir en su oportunidad una declaración que abarque tales derechos humanos."

P.: "La comparación entre las Constituciones argentina y estadounidense es acertada en muchos aspectos, y sobre todo en lo que se refiere a la defensa de las libertades de palabra, de prensa, de reunión y de culto. A despecho de campañas tendenciosas, defiendo esas libertades con mayor empeño que lo hicieron otros gobiernos. Si hiciese falta una prueba, se encontraría en la lectura de cualquier periódico de la oposición, incluso en aquellos que no saben poner a la libertad de expresión el límite del propio decoro y de la decencia en el léxico. Otra prueba se puede hallar en que, alejado en absoluto del ideario comunista, he respetado sus ideas y la manifestación de las mismas, reconociendo la legalidad del Partido Comunista, cosa que no hicieron los gobiernos anteriores, pese a los alardes de democracia y de liberalismo que hacen los partidos que los integraban. No he pensado en hacer una declaración relativa a los derechos humanos, pero como la pregunta se me hace a propósito de una similitud entre mi política y el "new deal", no tengo inconveniente en señalar que los conceptos económicos evolucionan en todo el mundo y que el intervencionismo del Estado en materias económicas y sociales no sólo no va en contra de las libertades, sino que impide que la libertad de unos pocos sea mantenida a costa de la esclavitud de los más. No creo que exista una sola nación donde, en mayor o menor grado, no se practique ese intervencionismo, sin que por ello padezcan las libertades esenciales. Sobre este tema se podría llenar un volumen. Pero lo dicho basta para definir mi posición al respecto.

El presidente argentino me tiene un gran interés en conocer el programa de su política social y económica, y la manera en que el T. C. M. se desenvuelve en relación con la política económica y social de la Nación. Nuestra delegación tiene el honor de estar en la

Conferencia de prensa del general Perón tras su visita a las facultades

27 de febrero de 1947

Periodista: "Desearíamos conocer las impresiones del señor Presidente acerca de la visita realizada a las facultades."

Presidente: "Como en todas las cosas, en las facultades hay tres estados: la magnífica facultad, que no está terminada, la de Medicina; la otra, que está en pleno funcionamiento como está, en un lugar espléndidamente ubicado y donde se nota la preocupación por mantener las cosas viejas en buen estado y aprovechar lo mejor posible las nuevas; y la tercera es aquella de la que no se puede decir que sea facultad ni nada semejante por sus precarias condiciones, falta de locales apropiados para la enseñanza y otras deficiencias completamente ajenas, por cierto, a la preocupación de sus autoridades, y que deben ser prontamente modificadas porque es imposible que siga funcionando en esa forma. Yo alabo el esfuerzo de los profesores por mantenerse dictando sus cátedras en esos lugares inhabitables.

"De manera que la conclusión más lógica de esta visita es que hay que terminar cuanto antes las facultades que están en construcción y abandonar aquellos edificios viejos y ruinosos a la brevedad posible. Por otra parte, ya lo he prometido: vamos a tomar inmediatamente las medidas del caso para construir las nuevas facultades.

"Con respecto a la de Ingeniería, quizá fuera una solución momentánea sacarla del lugar en que está y llevarla a construcciones más o menos de emergencia, porque aquello es un foco de infección moral y física; podría trasladarse temporariamente a barracas que se construyeron rápidamente, para poder ubicar las cátedras en un lugar más adecuado y echar abajo el edificio actual. Ese asunto lo vamos a estudiar con el señor ministro, para dar esa ubicación circunstancial durante un año o dos, que es el tiempo en que calculamos deberán estar terminados los edificios para las Facultades.

Periodista: "Durante el transcurso de esta visita el señor Presidente habló de una ley de construcciones universitarias."

Sr. Presidente: "La voy a elevar al Congreso a la brevedad posible. Se trata de un proyecto de ley para la construcción de grupos funcionales de facultad.

"Podríamos decir que haremos tres grupos, tres ciudades universitarias. Una, que ya está en construcción y que toma cuatro manzanas, a la que llamaríamos la de los Estudios Médicos, donde estarían Medicina, Farmacia, Odontología y la Escuela de Parteras, además del gran Hospital-Escuela, que hemos de tratar de terminar rápidamente; igualmente estaría ahí la Maternidad Pedro A. Pardo, que pensamos inaugurar este año, y todas las comodidades para los estudiantes que se dedican a estas ciencias. Las otras correspondientes a esta primera ciudadela en parte están construidas y otras hemos de terminarlas a breve plazo. La segunda ciudadela vendría a estar en el barrio en que se halla ubicada actualmente la Facultad de Derecho y la llamaríamos de Humanidades. La Facultad de Derecho ya está en construcción y vamos a tomar en esta semana las medidas necesarias a fin de conseguir los medios para que ella pueda ser terminada, también, en el transcurso de este año. En esta ciudadela haríamos el edificio de Filosofía y Letras y el de Arquitectura y Urbanismo, guardando el estilo arquitectónico de la Facultad de Derecho; construiremos también el local para el Gran Museo y Biblioteca, además de las comodidades residenciales para alumnos y profesores. Y la tercera ciudadela sería la que estaría ubicada en este hermoso lugar, donde vendrían las Facultades de Ingeniería y de Ciencias Económicas, acompañando a la de Agronomía y Veterinaria. Además, tendrían su campo de experimentación fuera del radio de la ciudad de Buenos Aires, a cuyo efecto hablaremos con el Gobernador de la provincia de Buenos Aires para conseguirlo. El lugar adecuado sería donde están los viveros, que a la vez podrían servir como campo de experimentación.

"Según nuestros cálculos, toda esta obra debe estar totalmente terminada dentro del Plan Quinquenal, y si podemos antes, mejor; pienso que, por lo menos, antes de fin de año se podrá terminar una gran parte de los edificios de Medicina y Derecho, así como habilitar la Maternidad Pedro A. Pardo y el Hospital Costa Boera, que ya está inaugurado.

"En una palabra, vamos a empezar a trabajar intensamente en todas estas cosas para poner la Universidad al día, porque tal como está actualmente pareciera que, en algunas partes, están jugando a la ciencia. Y hoy a

la ciencia hay que tomarla muy en serio para que dé resultados, y para ello es necesario tener los medios indispensables. He notado que no hay ambiente propicio para la investigación científica, salvo en algunas partes, lo cual es muy importante, porque sin investigación científica una facultad no puede ir muy lejos. Ése es otro asunto que ha de preocuparnos, porque queremos que la ciencia argentina la conozcan, y bien."

Dr. Guardo: "El general Perón ha prometido proporcionar los fondos necesarios para que se termine la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina."

Sr. Presidente: "Eso lo voy a conversar con el señor Miranda, que tiene una habilidad extraordinaria para solucionar estas cosas."

Sr. Periodista: "Le agradecemos, señor Presidente, la amabilidad que ha tenido al formularnos estas declaraciones."

Sr. Presidente: "Absolutamente, la visita no será en vano."

El presidente de la Comisión de Asesoramiento, Sr. Guardo, dijo:

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

El Sr. Guardo dijo que el Sr. Perón le había prometido proporcionar los fondos necesarios para que se terminara la Facultad de Derecho y el Hospital Escuela de la Facultad de Medicina.

Primera jornada radial

20 de agosto de 1947

En mi ya relativamente larga vida vengo observando la obra de los gobiernos que la Providencia me ha permitido contemplar sin pasiones, sin odios, sin partidismos y sin espíritu opositor. Siempre he considerado que quienes gobernaban lo hacían de buena fe y con espíritu patriótico. Ellos entendían a su manera y obraban en consecuencia. Aprendí también que el gobernante y todo el que maneje caudales públicos está expuesto a la acusación de sus adversarios, aun cuando ellos no hubieran probado ser los indicados para "arrojar la primera piedra". He aprendido, en consecuencia, que quien tiene el poder por derecho debe renunciar a ejercerlo por la fuerza. He aprendido también que el gobernante no debe perder el tiempo en defenderse él, porque su misión es defender a la Nación, vale decir, a los demás. Él no puede tener pasiones y rencores que puedan eclipsar la única pasión que debe animarlo: la del bien público. Un gobernante pasionista suele ser injusto, y la justicia debe ser, con la prudencia, sentimiento nato del gobernante. Debe ser tolerante hasta con la intolerancia, sin ser débil, pero la energía debe emplearla sin límite en la ocasión que se atenta contra el Estado, el orden jurídico y las autoridades constituidas, pero jamás cuando el ataque sea sólo a su persona. Debe acostumbrarse a la injusticia, a la calumnia, a la difamación que los demás usarán en su contra cuando sean impotentes para combatirle con la verdad.

Es menester hacer el bien y realizar la obra, aun cuando algunos no la reconozcan y la nieguen. Los hombres públicos no trabajan para el agradecimiento de su contemporáneos; su obra es para ser juzgada por la historia. San Martín fue llamado ambicioso y ladrón por muchos de sus contemporáneos que lo combatían enconadamente. ¡Cómo no habríamos nosotros de escapar a acusaciones semejantes de los hombres que nos combaten!

Todo ello sin contar con los hombres falsos, desleales y malvados, que los hay, quienes son artífices para calumniar y para engañar, y que sólo se conocen en ciertas circunstancias. Uno de los hombres a quien vi siempre como uno de los más exaltados partidarios, supe que el 12 de octubre de 1945, cuando había yo caído, se habría ofrecido públicamente para asesinarme. Pero nada de eso es peligroso para el gobernante, porque tratándose de casos aislados, aunque abundantes, no pueden influir en la opinión pública. El peligro está casualmente en la propaganda maligna, artificial y calumniosa que, a fuerza de la repetición, termina por formar un clima artificial que la desaprensión circunstante acepta como real.

La propaganda moderna, generalmente dedicada al éxito materialista, no exalta ni propugna la verdad, ni la justicia, ni los valores morales, sino que se dirige a las pasiones de los hombres, entre ellas en especial al interés y al egoísmo mediante el engaño más o menos habilidoso.

La propaganda actual especula con una verdad aparente, con la que trata de tapar la verdad real. Al transeúnte desaprensivo se le dice: "Esto es lo mejor del mundo", para usar el sofisma más conocido. El que va con su problema lo acepta sin reflexionar. Lo dicen por veinte sistemas diversos: orales, escritos en forma directa o indirecta.

Si ese transeúnte desaprensivo reflexionara, la propaganda desaprensiva estaría destruida porque el enemigo de tal falsedad es precisamente el discernimiento.

Yo no he de olvidar jamás una lección que recibí cuando era niño. Discutía yo con una persona mayor por la veracidad de cierta afirmación por haberla leído en un diario. Esa persona tenía un perro al que llamaba León: "Mi amigo —me dijo, y dirigiéndose al perro lo llamó: 'León. León. León'. Y el perro vino—. Ha visto —me dijo—, le digo León y viene; pero no es león, es perro."

Desde entonces, cuando leo o me dicen algo, lo que hago es discernir por mí si ello es o no verdad, no sea que digan que es león y luego resulte que es perro.

Este consejo quiero transmitirlo a todos los argentinos de buena fe, porque he descubierto que en estos momentos hay muchos hombres de mala fe que desean engañar a la opinión pública con fines generalmente inconfesables.

Me he de tomar el trabajo de ser yo mismo quien informe a la opinión pública, tantas veces como sea necesario, a fin de evitar que la cizaña

de esos malos sembradores invada el campo de la verdad, y los buenos argentinos sean inducidos a caer en el error de mala fe.

Ello me ha inducido a efectuar transmisiones radiales que ruego sean escuchadas por todos los argentinos, sean éstos partidarios o no, porque considero que la verdad debe ser conocida por todos, piensen como piensen o sientan como sientan.

Uno de los estribillos más zarandeados por los comunistas socialistas y oligarcas contumaces consiste en afirmar "que vamos al desastre económico de la Nación". Lo repiten a diario y algunos lo dan ya como aceptado.

Jamás el presente económico de la Argentina ha sido más brillante y más sólido, y jamás tampoco el porvenir ha sido más seguro, halagüeño y provisor que los momentos actuales, no sólo en lo económico, sino también en lo social, en lo político internacional, en lo cultural, en lo industrial, etc.

Lo que deseo, más que demostrar esta afirmación, es mostrar en pocas palabras los hechos y obras ya cumplidas por nuestro Gobierno, que todos conocen, aunque no todos recuerdan, porque el defecto de los argentinos es precisamente la mala memoria, tanto por no recordar las buenas obras, como por olvidar los asuntos del fraude electoral, entrega del Banco Central de la República, exacción de colectiveros, negociados de luz eléctrica, corporación de transportes, tratado de carnes, asunto de los subterráneos, asunto del instituto movilizador donde se perdieron cientos de millones de otros, pagando nuestro Gobierno, empeñado además en deshacer y evitar los grandes malos negocios ocasionados al Estado.

Yo recuerdo que a esos mismos gobiernos se ha alabado la construcción de caminos y obras públicas de diverso carácter cuando era un ciudadano que sabía distinguir "los dientes blancos de un perro" al cual muchos no encontraban sino defectos.

Hago análisis retrospectivo y estudio comparativo entre esos gobiernos y lo que el nuestro ha realizado ya en un año y medio de acción, y francamente no me siento defraudado por la realidad frente a mis sueños de argentino y de patriota.

Este país que llegó a deber al extranjero casi 12.500 millones de pesos, pagando a veces casi dos millones diarios de servicios; que no dispuso nunca de divisas sino a base de empréstitos y deudas; que su circulación fiduciaria no estuvo nunca respaldada más que por el veinte al treinta por ciento por su oro, y que su valor adquisitivo disminuía así diariamente; que tenía los servicios públicos y su producción en manos de consorcios

extranjeros que lo gobernaban económicamente y a veces también políticamente; que estaba ligado a contratos leoninos con el extranjero y que ni siquiera estaba en sus manos el manejo de su dinero desde que el Banco Central era prácticamente extranjero; que en fletes, seguros, reaseguros y servicios perdía por año más de seiscientos millones de pesos; que sólo en la comercialización de su producción perdía por año más del doscientos por ciento de los beneficios actuales; que, además de todo ello, estaba obligado a rendir vasallaje colonial a sus explotadores foráneos; que sus obreros ganaban salarios de hambre; que tenía la mitad de sus puertos en manos extranjeras y particulares; que sus teléfonos no le pertenecían; que carecía de munición para tirar en los polígonos y sus soldados andaban descalzos y harapientos; que no había producido un solo gramo de pólvora ni uno solo de explosivos; que no disponía sino de pocos aviones envejecidos y destartados; que carecía de las armas y los vehículos más elementales para la construcción de las fuerzas armadas; que no había cuarteles para alojar a las tropas; que sus relaciones internacionales inseguras y aleatorias marchaban a la deriva según fuera el viento que soplara, a capricho muchas veces de los voluntarios que quisieran emprenderla contra la soberanía o la dignidad de la Nación, sin que nadie le saliera al paso, lo que nos presentaba en el mundo como a un país de quinto orden, desconocido e inoperante, cuya palabra no pesaba sino en sus propias fronteras, en tanto que cualquiera podía entrometerse en los asuntos que nos eran propios con la ayuda misma de algunos malos argentinos que especulaban en provecho personal, entregando a jirones la libertad e independencia de su patria.

Entonces se lo consideraba a esto un país rico y con el porvenir halagüeño.

¿Qué debo entonces pensar hoy de una Argentina que no tiene deuda exterior, pues la ha cancelado, pasando de país deudor a ser país acreedor, uno de los tres únicos países del mundo que son acreedores; que no paga sino que cobra servicios; que dispone de una reserva de oro que sobrepasa en mucho las mil toneladas; que su reserva de respaldo oro pasa del cien por ciento de su circulación fiduciaria; que ha nacionalizado el Banco Central y, en consecuencia, el dinero argentino, por primera vez, es manejado por argentinos, con el resultado de que el Banco Central ganaba en promedio sólo catorce millones de pesos por año y, en cambio, en este primer año de nuestro Gobierno ganó más de 130 millones de pesos, y concurre nada más con cien millones de pesos a la obra social de los empleados bancarios; que comercializa su producción por valor del doscientos

por ciento más que antes; que ha realizado su absoluta independencia económica, cuyo valor moral es inmenso y su valor material inapreciable; que ha nacionalizado los ferrocarriles, los seguros y reaseguros; que ha adquirido una flota superior a 1.200.000 toneladas y suprimido los servicios al exterior, cuyo beneficio sobrepasa al año los seiscientos millones; que ha nacionalizado los puertos y otros numerosos servicios como el gas y la energía hidroeléctrica existente; que ha nacionalizado los teléfonos; que en el año 1948 iniciará la provisión de gas natural de doce mil calorías por metro cúbico a bajo precio; que ha afirmado la justicia social, dignificado el trabajo y humanizado el capital; que su industria ha progresado en un quinientos por ciento, contando con altos hornos, minas de carbón y diversas materias primas; que fabrica por sí toda la pólvora y los servicios que necesita; que fabrica todas sus armas y municiones y vehículos; que ha construido todos los cuarteles que necesita; que ha puesto su ejército y su aviación al día en reclutación fabricando sus propios elementos y siendo uno de los cinco países en el mundo que fabrican aviones de propulsión a reacción; que ha concedido empréstitos a varios países necesitados por más de mil millones de pesos; que extenderá aproximadamente préstamos de hasta 3.500 millones a otros países; que ha establecido relaciones cordiales con todos los países de la tierra y firmado tratados con la mayor parte de ellos; que tiene una política internacional clara y definida, si no respetada, envidiada y admirada en el exterior; que se distingue por su política pacifista, su cooperación hacia los pueblos necesitados y por el celo con que se defiende aquí la verdadera dignidad de la Nación; que tiene un plan de gobierno en ejecución del cual 34 obras e infinidad de obras secundarias están en plena realización, mientras el resto se encuentra en su etapa de planeo y estudio para comenzar su ejecución cuando se estimen agotados los estudios previos; que ha comenzado la entrega de tierras a los que la trabajan; que cientos de inmigrantes son transportados a nuestras playas por nuestros barcos para incorporarlos a la tarea de engrandecer y enriquecer a la Patria; que ha aumentado todos los sueldos y salarios de los servidores del Estado en proporción insospechada, sin que para ello haya sido necesario recurrir a un solo aumento impositivo o nuevo impuesto, sino que, por otra parte, el año 1947 será quizá uno de los únicos cuyo ejercicio no arrojará déficit sobre el presupuesto previsto; que todos los trabajadores se ven amparados en la dignidad de sus derechos pudiendo ejercer incluso el de la huelga cuando responda a causa justa el motivo que la inspira, y encuentran en la organización sindical el medio de hacer frente a injustificadas resistencias patronales; que se esfuerza en resolver

los problemas emergentes de un desarrollo extraordinario por su rapidez y su volumen que ha dejado pequeños sus servicios públicos y medios de satisfacción para la producción, industrialización, distribución y consumo; que se esfuerza para la solución del problema de la enseñanza general, universitaria y técnica, todas incorporando ya, y en realización, la solución de todos los problemas; que ha establecido los derechos del trabajador como etapa definitiva y de consolidación jurídica de las conquistas sociales; que ha extendido los beneficios de la partición social hasta límites ayer nomás insospechados, capitalizando cajas que estaban al borde de la bancarrota y extendiendo servicios que antes alcanzaban sólo a pocos grupos de verdaderos privilegiados, basando el fondo jubilatorio, que se mantenía entre 850 y 950 millones de pesos a 1.982 millones; que con medidas previsoras defensivas de los bienes argentinos se ha evitado que miles de empresas argentinas fueran a la quiebra como sucedió en la otra posguerra, la del 18; que con un sistema bancario adecuado ha desterrado el favoritismo del préstamo como sistema a pocos y determinados señores del privilegio, para no tener después que crear un nuevo instituto movilizador para ser jubileo general, dejando congeladas las deudas por ochocientos millones de pesos que después pagamos todos los argentinos; que, en fin, sólo por citar lo más fundamental, ha realizado ya una obra tan colosal que una sola de las obras, la compra de los ferrocarriles, por ejemplo, hubiera sido suficiente para ser histórico a cualquiera de los gobiernos que nos precedieron.

Y los señores comunistas, los socialistas y los oligarcas contumaces aseguran que el país va a la ruina económica en los momentos precisamente que incorporamos al patrimonio nacional tantos miles de millones de pesos, como ellos dilapidaron cuando ejercieron combinadamente el poder, cuando pagábamos sus deudas, cuando adquirimos los servicios públicos que ellos entregaron a los consorcios extranjeros y cuando realizamos un plan de gobierno que ellos no fueron capaces siquiera de concebir. Ellos, por un lado, quieren hacer creer que nada de esto, que todos sabemos que es real, existe. Y por otro, organizan el sabotaje para que el país no pueda realizar el destino glorioso que anhelamos. Ellos sabotean de diversos modos la producción, que es la base de toda conquista económico-social.

¿Qué clase de argentino es el que sabotea la obra destinada a engrandecer a la Patria?

¿Qué clase de argentino es el que se opone a la independencia económica de la Nación?

¿Qué clase de ciudadano es el que se empeña en engañar al pueblo mediante la calumnia, la mentira y la infamia?

¿Qué clase de hombre es el que expedía con producir la miseria y el hambre de sus compatriotas para servir los fines políticos e imperialistas de un amo que lo maneja a miles del kilómetros?

Sería menester recurrir a los tiempos más oscuros de la historia para encontrar parangón con tales aberraciones. Se tolera en los hombres todas las faltas, menos las del honor. Se tolera en el ciudadano todos los delitos, menos los que se cometen contra su Dios, su Patria y su familia.

Señores: Sé que si cometiera la omisión de hablar siquiera pocas palabras de la deuda interna, como ya lo han hecho otras veces, algún diario, muy conocido por todos, sacaría mañana un artículo de fondo. Mi Gobierno recibió una deuda interna de arrastre de alrededor de 10.500 millones; la deuda actual es de poco más de 11.000 millones, en lo interno, porque lo internacional no existe.

Frente a esos mil millones de aumento, están muchos miles de millones de la deuda exterior pagada, otros muchos miles de millones en que se ha acrecentado el haber patrimonial del Estado.

Es natural que los argentinos prefiramos perder trescientos millones de pesos de interés anuales a los inversores argentinos, y no seiscientos millones de pesos anuales a los inversores extranjeros, y también puede darse quienes prefieren lo contrario. Todo es cuestión de opiniones y de conciencia, y cada uno respondemos de nuestra conciencia y no de la de los demás.

Por otra parte, si no tuviéramos esta deuda, ¿en qué invertirían los que no se arriesgan a otra clase de operaciones y, sobre todo, qué deuda daría motivo a los artículos de fondo que algún diario publica para criticarnos que tengamos una deuda pública que sus amigos contrajeron durante el tiempo que gobernaron y que nosotros somos los malos gobernantes que no hemos pagado todavía, a pesar de hacer poco más de un año que estamos en el Gobierno?

Pero lo que el pueblo debe saber de su deuda interna, y que esos diarios no se lo dirán sino torcida o capciosamente, es que hoy: el servicio anual de la deuda total de la Nación es de 347 millones de pesos, que si distribuimos entre los dieciséis millones de argentinos da una participación per cápita de veintidós pesos por año, que comparada con la extranjera resulta notoriamente inferior: Canadá tiene una deuda de 80 pesos por habitante; Estados Unidos, 87 pesos; Uruguay, 32 pesos; Inglaterra, 129

pesos y Suecia, 36 pesos. Compárese ahora el servicio anual de nuestra deuda total actual de 347 millones de pesos con la que tenía el país en las épocas de su prosperidad y de "seguro porvenir", que algunos añoran y que casi triplicaba la carga financiera por habitante en comparación con la actual.

Podríamos decir que hacemos tres grupos de cinco o seis salves sin rias. Uno que ya está en construcción y que a mi juicio minuzian a la que llamariamos la de los Estudios Médicos, donde estarían Medicina, Farmacia, Odontología y la Escuela de Dentistas, además el gran Hospital-Escuela, que hemos de tener en construcción simultáneamente, igualmente está la de la Mente, el Pedro A. Farfán, que pensamos inaugurar este año y todas las comodidades para los estudiantes que se dedican a estas ciencias. Las otras cinco son en construcción, en adelante en parte están concluidas y otras se nos irá terminando en breve plazo. La segunda en el ciclo vendría a estar en el futuro en que se está acordado actualmente la Facultad de Derecho y la Ilustración de Escuelas, La Facultad de Derecho ya está en construcción y a fines de año debería ser terminada, las necesarias para el desarrollo de esta ciencia para que ella pueda ser terminada también, en el transcurso de este año. En la actualidad haríamos el edificio de Escuela y Letras y el de Ingeniería y Química, igualmente el edificio arquitectónico de la Facultad de Derecho, construiríamos también el local para el Gran Mercado y finalmente además de las comodidades esenciales para los alumnos y profesores. Y a la vez se está construyendo que están obrando en este momento, se terminaría los edificios de Ingeniería y de Ciencias Exactas, acortándose a la de Agronomía y Veterinaria, además antes de comenzar se esperaba la construcción de la Facultad de Estudios de Maestros, un gran edificio para habitar en los edificios de la Universidad de los Andes para conseguirlos, el lugar quedará pendiente de estudio las obras, que a la vez podrían servir como campo de escape. Me he oído.

Según mis deseos e ideales cada uno de los debe estar un día en un terreno de Plan Quinquenal, y si podemos antes, me creíamos que por lo menos antes de fin de año se podría terminar una gran parte de los edificios de Medicina y Odontología, así como también la Mente, el Pedro A. Farfán y el Hospital Casa Blanca que ya está inaugurado, en 1952.

En una obra de carácter social empezamos a trabajar inconscientemente en estas cosas, pero tener la construcción de la Universidad como esta actualmente, preferir que en algunos países se han jugado la cabeza. Y hay

Segunda jornada radial

21 de agosto de 1947

Aunque mis detractores encuentren en mi propósito de hablar frecuentemente a la opinión pública un motivo para la crítica y el ataque, no pienso desistir de ese modo de actuación, porque entiendo que un gobernante democrático, que debe su ascensión al poder a los votos de su pueblo, tiene el deber de mantenerse en comunicación constante con él, haciéndole partícipe de sus inquietudes e informándole de sus puntos de vista en cuanto atañe a la situación del país y a los planes gubernativos que piensa desarrollar. Esta norma de conducta es siempre plausible por sus propósitos y pienso que encomiable porque me aleja de la cómoda postura de una dorada inactividad o semiactividad, para mantenerme constante y públicamente en posición de lucha, afrontando ante la opinión responsabilidades. Es en estos momentos tan indispensables que considero faltaría a elementales deberes si no me dirigiera a todos los argentinos para atajar la campaña difamatoria que promueven los políticos mal entendidos y que se está desarrollando a base de mentiras de las que no sería yo la víctima, cual pretenden quienes la inspiran y quienes la secundan, sino la totalidad de la Nación, cuyos supremos intereses defiendiendo y pongo por encima de todo otro género de consideraciones.

¿En qué consiste esta campaña? Sencillamente en deformar la realidad de los hechos para presentar, dentro y fuera del país, un panorama diseñado con negras tintas. No me preocupa, mejor dicho, no debe preocuparnos —puesto que me considero intérprete de los sentimientos de la gran mayoría del país— el reprobable intento, porque no ha de lograr su finalidad ni en el interior ni en el exterior, donde nuestro crédito internacional y nuestro peso de Estado libre e independiente se hacen sentir como nunca se sintieron.

Aunque mis palabras cubran de hipócrita rubor las más o menos pudorosas mejillas de quienes concebían la acción política a base de disimu-

Segunda jornada radial

21 de agosto de 1947

Aunque mis detractores encuentren en mi propósito de hablar frecuentemente a la opinión pública un motivo para la crítica y el ataque, no pienso desistir de ese modo de actuación, porque entiendo que un gobernante democrático, que debe su ascensión al poder a los votos de su pueblo, tiene el deber de mantenerse en comunicación constante con él, haciéndole partícipe de sus inquietudes e informándole de sus puntos de vista en cuanto atañe a la situación del país y a los planes gubernativos que piensa desarrollar. Esta norma de conducta es siempre plausible por sus propósitos y pienso que encomiable porque me aleja de la cómoda postura de una dorada inactividad o semiactividad, para mantenerme constante y públicamente en posición de lucha, afrontando ante la opinión responsabilidades. Es en estos momentos tan indispensables que considero faltaría a elementales deberes si no me dirigiera a todos los argentinos para atajar la campaña difamatoria que promueven los políticos mal entendidos y que se está desarrollando a base de mentiras de las que no sería yo la víctima, cual pretenden quienes la inspiran y quienes la secundan, sino la totalidad de la Nación, cuyos supremos intereses defiendo y pongo por encima de todo otro género de consideraciones.

¿En qué consiste esta campaña? Sencillamente en deformar la realidad de los hechos para presentar, dentro y fuera del país, un panorama diseñado con negras tintas. No me preocupa, mejor dicho, no debe preocuparnos —puesto que me considero intérprete de los sentimientos de la gran mayoría del país— el reprobable intento, porque no ha de lograr su finalidad ni en el interior ni en el exterior, donde nuestro crédito internacional y nuestro peso de Estado libre e independiente se hacen sentir como nunca se sintieron.

Aunque mis palabras cubran de hipócrita rubor las más o menos pudorosas mejillas de quienes concebían la acción política a base de disimu-

los, quiero tener el valor de señalar la amarga realidad de que la Argentina se presentó siempre, salvo tal vez en contadas excepciones, como nación satélite de otras más poderosas e influyentes. Nunca fue dirigente, sino dirigida; y cuando adoptaba una actitud, tenía que poner la mirada tanto en los intereses argentinos como en los extranjeros, dominadores de nuestra economía. Mal que pese a muchos, esa realidad se ha transformado. Hoy no somos ya colonia económica, y no por afanes imperialistas, que maliciosamente se nos atribuyen, pese a mis constantes desmentidos, sino por la fuerza de nuestra cultura, de nuestro sentido humanitario y pacifista, por el hecho indiscutible de nuestra libertad y de la adhesión ciudadana a la acción del Gobierno, por nuestras medidas de justicia social y por nuestro primer propósito de defender nuestro sistema institucional y con él las esencias fundamentales de la civilización occidental, sin rechazar, antes bien impulsándolas, las variaciones que imponen los tiempos. Somos escuchados con respeto por todas las naciones y apoyados por una parte de ellas. Los intentos de desacreditarnos han fallado y la verdad es que, en el exterior, aquellos hombres que han tenido la loca pretensión de inmiscuirse en nuestros asuntos y de marcar el camino a la ciudadanía argentina han fracasado ruidosamente porque nuestro pueblo ha rechazado altivamente el intento y sus propios pueblos les han vuelto la espalda con desdén. Me sería fácil en estos momentos poner de relieve otros hechos demostrativos de cuanto digo. Pero no es mi propósito examinar ahora los problemas internacionales, sino referirme a las cuestiones internas. La campaña de descrédito a que he aludido se asienta en el vaciamiento de los hechos políticos y los hechos económicos. Hoy hablaré de los aspectos generales de la campaña y de los métodos que se emplean para desarrollarla; métodos en verdad poderosos porque para aplicarlos se han coligado la vieja política, la prensa netamente capitalista, un sector considerable del capitalismo que torpemente ve en los avances sociales un peligro para sus intereses, los enemigos que, en el exterior, mantienen ideales extremistas de izquierda o de derecha y los enemigos que, en el interior, sirven tales doctrinas foráneas, incompatibles con nuestras tradición y con el sentido de nuestra Constitución.

Examinemos, en primer término, la actitud de algunos periódicos que secundan manifestaciones impulsadas por políticos apasionados y desorbitados. Pretenden presentar la situación de la Argentina como la de un Estado enemigo de la libertad y de la democracia. Imputación fácil de hacer y que se puede lanzar impunemente contra todos aquellos que no participan de las ideas del imputador. Posiblemente, no habrá en el mundo ni

un solo gobernante —ni el mismo presidente Truman— que no se haya oído tachar de totalitario por el solo hecho de combatir el comunismo, lo que lleva a la paradoja de que se califique de totalitarismo a quienes impugnan un sistema tan netamente totalitario como pudo serlo el fascismo o el nazismo.

Para conseguir el efecto buscado, el primer eslabón consiste en afirmar que en la Argentina no existe libertad de prensa ni libertad de pensamiento. Pero tal afirmación está desprovista de fundamento. No hay censura para los libros ni para los espectáculos ni para la prensa. La simple lectura de los periódicos lo acredita plenamente. Las agencias y los diarios, que se denominan a sí mismos serios, adoptan aires de gran señor para lanzar la insidia, la mentira y los más burdos sofismas. La prensa menor, ciertos semanarios, no se preocupan del estilo y no emplean otra cosa que la procacidad, la vulgaridad, el insulto, el desacato y la calumnia. No hay para qué decir que aquéllos hacen más daño que éstos, porque la literatura del libelo lleva en su naturaleza los gérmenes del propio descrédito y a la larga produce náuseas hasta a los mismos que, en principio, la alentaron como válvula de escape a la amargura producida por un tremenda derrota electoral.

Sin embargo, quiero recordar que el Gobierno se ha mantenido sereno frente a los ataques y ha dejado que todo el mundo diga lo que quiera, lo mismo si lo hacía en forma correcta que si se metía plenamente en el campo del delito. En cuanto a la crítica serena, pensó en mantener igual actitud; pero no estoy muy seguro de haber procedido bien al actuar con excesiva indiferencia frente a las expresiones del tipo delictuoso, porque ellas han servido para crear un clima nefítico y cloacal que yo personalmente puedo despreciar, pero que como gobernante he de impedir en el momento mismo de advertir que la lenidad afecta al prestigio del Poder Ejecutivo y en el extranjero se esgrime como elemento de ataque a la Argentina.

Los hombres de la oposición, y al referirme a ellos quiero dejar a salvo todos los respetos y aun toda la gratitud que debo a quienes nos combaten con altura de miras y con expresión elevada, están demostrando sólo una cosa: que son malos perdedores. Anunciaron por doquier mi derrota electoral, se coaligaron en una mal llamada U.D., que llevaba dentro la inevitable descomposición por la incompatibilidad de sus elementos y por la corrupción de sus ingredientes, y sin embargo fueron ellos los derrotados.

Y como habían puesto su jactancia al mismo nivel que su vanidad, ahora que han perdido y desde el momento mismo en que perdieron, vale decir, cuando todavía ignoraban cuál iba a ser la acción del Gobierno, se lanzaron a la innoble actitud del ataque por la calumnia y de la difamación como arma única de combate. Para ello no han vacilado algunos en situarse en tierra extranjera para despotricar contra el Gobierno de su país. La tribuna pública y las balanzas parlamentarias son utilizadas no para hacer una crítica y una oposición serenas y constructivas, fundamento de toda democracia, sino para buscar el desprestigio de otros hombres. Es verdad lo que acabo de decir. En reciente visita, el Presidente de un país hermano me dijo que sin oposición no hay democracia. Pero no es menos cierto que la oposición tiene responsabilidades y deberes similares a los del Gobierno, por lo cual, cuando la oposición no es consciente, altruista, desinteresada, serena, objetiva, impersonal, sino atrabiliaria, infecunda, negativa, grosera y contumaz, no puede haber tampoco democracia, ni siquiera el mínimo de condiciones para una convivencia civilizada. Ese sistema de lucha es particularmente objetable cuando se emplea contra un régimen que se basa, guste o no le guste a la oposición, en las normas de nuestra Carta Magna. No se trata de debatir ideas y procedimientos, sino de hacer guerra de nervios, lo que con expresión modernísima ya empieza a llamarse la guerra en frío. Únicamente así se explica que se organicen grupos de individuos para difundir simultáneamente sobre diversas zonas de la capital rumores falsos y especies caprichosas.

Esa oposición finge defender la democracia, cuando en realidad la está minando en sus cimientos. Y si de esto precisase alguna prueba, se encontraría en el hecho de la actitud que adoptan en relación con las fuerzas armadas de la Nación; de una parte quieren implicarlas —faltando a elementales conceptos democráticos inconstitucionales— en las responsabilidades del Gobierno, y de otra, no desperdician ocasión en halagarlas para ver —¿vano intento?— si las ponen frente a los actuales titulares del Poder Ejecutivo. Para sacarse la espina de la derrota electoral, para satisfacer sus instintos vengativos, buscan ansiosamente la manera de echarse en los brazos del primer general que estuviese dispuesto a recibirlos —si es que hubiese alguno— para provocar una sublevación que acabase con mi Gobierno Constitucional y para implantar una dictadura a su medida, aunque ella tuviera que ser “*made in*” cualquier nación extranjera.

Como la campaña difamatoria no da los resultados apetecidos, la oposición ha entrado en la etapa de los pronósticos turbulentos, y es ella la que me ha movido a pronunciar estas palabras. Echando mano de la

"caja de los truenos", no ha faltado político de tierra adentro capaz de afirmar "que se ausentaba del país porque iban a producirse cosas muy graves". Ni hemos carecido tampoco de malicioso agorero que, atribuyéndose la condición, no sé si de Júpiter tonante o de Vulcano regulador de las erupciones ígneas, ha anunciado que la suerte de este Gobierno estaba ya sellada y que asistimos a los últimos días de Pompeya. Por suerte, Pompeya es el Gobierno; y digo por suerte, ya que Pompeya, sepultada en lava y no en malas pasiones, ha dejado al cabo de los siglos el recuerdo de una civilización magnífica de un arte exquisito. Nosotros, en cambio, tuvimos la dicha de asistir a los últimos días de una Sodoma política, calcinada por el fuego celestial a causa de su depravación.

Claro es que en los errores de la oposición existen matices, y así en la escala de la violencia y la difamación ocupan más alto lugar quienes más profundamente sufrieron la derrota. Pero, ¿qué culpa tenemos nosotros que el Partido Socialista sintiese en carne propia el desdén electoral de las masas trabajadoras, a las que, por otra parte, siempre despreciaron y a las que traicionaron en momentos decisivos para aliarse con el capitalismo dominante y servirle disimuladamente. Y conste que no me estoy refiriendo al contubernio de última hora, sino a su trayectoria de creciente aburguesamiento. No se hagan ilusiones. De su fracaso o, para mejor decir, de las razones de su fracaso no se van a salvar por mucho que multipliquen sus falsedades, sus injurias, sus expresiones de bajos fondos. Cada vez se entierran más, porque los elementos obreros que se dejasen seducir por su campaña no irían a engrosar o, más exactamente, a nutrir sus filas, sino las de otro partido con el que está en pugna el Socialismo Internacional.

Ese partido, hipotético beneficiario de la campaña contra el Gobierno, el Partido Comunista, ha adoptado una táctica más hábil, aunque bien conocida, de la infiltración de los medios obreristas. Actúa de lobo con piel de cordero; dice apoyar muchos actos del Poder Ejecutivo, pero marca directivas para el sabotaje de la labor social; aumenta las huelgas para adjudicarse el éxito de su solución; grita cuando lo considera oportuno "¡Viva Perú!", y no obstante trata de mezclarse con las clases populares para anarquizarlas y ver si las desvía de la ruta que han emprendido; dice haber roto con la U.D., pero al igual que ella lucha contra la justicia social del Gobierno y contra la independencia económica del país; fomenta en el campo y en las fábricas la merma de la producción, la carrera de salarios, las peticiones de declaraciones de insalubridad en el trabajo; y todo ello con el propósito de que llegue un momento en que el Gobierno tenga que oponerse a los excesos y poder aprovechar la oportunidad de enfrentarle

con los trabajadores; y actúa por orden del exterior en un sabotaje organizado.

Pero no son únicamente los comunistas quienes sabotean la economía del país y el normal desenvolvimiento de sus instituciones. Junto a ellos hay que señalar y condenar a los partidos, que por su sola cuenta adoptan procedimientos totalitarios incompatibles con la Constitución argentina y con la vida de una de las instituciones cuyo título se encuentra en el sufragio popular. Y también han de entrar en la condenación aquellos industriales y comerciantes que con un malentendido criterio sobre su convivencia particular anteponen ésta a los supremos intereses de la Nación. Entre ellos, y entre quienes todo lo encuentran apto para sus desmedidos negocios, se encuentran los agiotistas y los especuladores, los acaparadores y los creadores de bolsas negras. Tengan, sin embargo, cuidado porque el juego puede convertírseles en peligroso: primero, por la enérgica acción del Poder Ejecutivo, decidido a impedirlo, y segundo porque si el Poder Ejecutivo fracasase en su intento, podría ser el pueblo quien les ajustase las cuentas.

Ya sé que de todas estas palabras se querrá deducir la consecuencia de que agito demagógicamente a las masas para lanzarlas contra los periódicos y contra los productores. Tan acostumbrados estaban los políticos a proceder con tapujos, a resolver entre ellos todos los asuntos con las consabidas medias palabras, que no conciben que se pueda hablar claramente al pueblo. Pero el pueblo sabe bien que no incito a nadie contra nadie, que presento los hechos como son y que advierto lealmente los peligros de ciertos métodos combativos. Pero será para los que no lo entiendan así, para los que no cambien de táctica. Cumplo mi deber, y al aceptar la responsabilidad de mis actos, dejo a los demás con los suyos.

Conste bien que toda esta gama de enemigos del orden y de la tranquilidad pública —no me cansaré de repetirlo— nada tienen que ver con una oposición constructiva y provechosa. Aquéllos, contrariamente a ésta, actúan a base de falsedades, calumnias y sofismas para engañar a la opinión pública y no para esclarecerla. Combaten al Gobierno para debilitarlo, no para encaminarlo; hablan del país no para beneficiarle, sino para obtener un provecho personal.

Es necesario que todo eso termine. Para conseguirlo, bastan los recursos normales que nos da la ley. He dicho que seríamos tolerantes hasta con la intolerancia, pero que no toleraríamos la delincuencia ni la infamia. Hasta ahora no hemos extremado, ni siquiera empleado, los medios repre-

sivos que lícitamente están a nuestro alcance. Nuestra moderación se ha inspirado especialmente en que los autores eran nuestros enemigos mortales. A su ofuscación, a su odio y a su falta de altura, hemos preferido oponer la serenidad y el desdén. Mas nuestra actitud ha de estar limitada por la necesidad de defender el bienestar y la tranquilidad colectivos.

Hemos tratado por todos los medios de pacificar los espíritus, pasando por alto una beligerancia permanente, un sabotaje sistemático, una lucha sin cuartel contra el bien mismo del país, una agitación activa y una conspiración permanente contra el orden por los elementos, para nosotros bien conocidos, de la U.D., donde marchan del brazo oligarcas y comunistas, unidos para provocar en el país una lucha que sólo puede acarrear el mal de todos, frente al bien de la Patria, que es lo que defendemos.

Una mayoría extraordinaria en comicios puros nos ha investido del poder que queremos ejercer con prudencia, pero sin debilidades. Frente a ello encontramos una oposición compuesta por políticos despreciados y comunistas internacionales, mancomunados tal vez sólo por la circunstancia de que ambos trabajan por cuenta de intereses o amos extranjeros. Nosotros esgrimimos la verdad, la ley y el derecho; ellos la conspiración, la lucha ilegal y el procedimiento artero de la calumnia, la mentira, la deformación de la realidad, en provecho de una causa que ha sido desahuciada por el pueblo y aplastada por los comicios más puros y más limpios que el país ha conocido. Ellos trabajan para la esclavitud de las masas argentinas (esclavitud amarilla o roja, pero esclavitud al fin). Nosotros hemos demostrado con hechos incontrovertibles que luchamos por los derechos del hombre que trabaja y produce. Por ello nos sentimos apoyados por el pueblo mismo y ésa ha de ser nuestra fuerza de combate, si es que sigue la insensatez de que hasta hoy han dado prueba nuestros adversarios y con ello provocan una lucha que vamos a seguir hasta el fin, si nos vemos obligados a caer en el extremo que deseamos evitar por todos los medios a nuestro alcance.

Ellos emplean el sabotaje, la agitación, la infiltración comunista, el atraco y el engaño en las masas. Nosotros no tenemos otro medio que la verdad; y la verdad ha de triunfar al fin como ya triunfó. Por eso pretenden encender la lucha, porque saben que por medios pacíficos el pueblo no ha de elegir al que los engaña o favorece una esclavitud amarilla o roja, sino la libertad que todo argentino desea y respeta.

No serán los políticos pasados de moda, con todas sus mañas y toda su dialéctica, e intelectuales ignorantes los que puedan volver a esclavizar

Tercera jornada radial

22 de agosto de 1947

En la conferencia de anoche he señalado los métodos reprobables que la oposición emplea en su campaña contra el Gobierno y cómo su finalidad esencial es presentar un panorama pesimista que no responde a la realidad. Dispuesto mi ánimo a reconocer a cada cuadro lo que le corresponde, atribuyo a los opositores a mi Gobierno la responsabilidad de haber creado un clima artificial, pretendiendo que se acepte como verdad inconclusa lo que no es más que una interpretación ficticia y arbitraria de los hechos, es decir, una apariencia de la realidad verdadera.

La verdad tiene el carácter objetivo y se desprende de factores concretos y de cifras que no pueden ser desconocidas ni defectuadas en términos de buena fe. La apariencia se encuentra influida por circunstancias objetivas que tienen su manifestación principal en las campañas de tipo político o, más propiamente, político-económico que se desarrollan con mayor o menor intensidad por móviles interesados. Una desbordada oposición política que se apoya en todo un sistema de organización capitalista puede hacer creer que una nación de situación sólida en el aspecto económico se encuentra al borde del abismo. Y eso es precisamente lo que está sucediendo en Argentina. Nunca su situación ha sido más firme ni nunca un crédito internacional ha estado más alto; y, sin embargo, las constantes prédicas de los enemigos del Gobierno y las campañas tendenciosas de una prensa al servicio de intereses inconfesables están creando un clima de preocupación que ha llevado al ánimo de no pocas personas imparciales (a las no imparciales es inútil referirme) la sensación de que nos encontramos al borde de la bancarrota y que no ha de pasar mucho tiempo sin que se produzca una ruina absoluta.

Contra una situación falsa, que el engaño y la captación opositora y comunista quiere hacer aparecer como un recurso de los que no aceptan la derrota democrática del 24 de febrero ni se conforman con los éxitos in-

mediatos del Gobierno, tratando de minar sus cimientos, nosotros podemos presentar con números y argumentos toda la realidad de nuestra situación económica, social, política e internacional.

En medio de la crisis más espantosa que haya azotado a la humanidad, la República Argentina goza de un envidiable índice de prosperidad y bienestar.

Para evidenciarlo, bastaría decir que los productores ganan más que nunca, los industriales y los comerciantes tienen los más altos beneficios, los obreros obtienen los más altos salarios de la historia argentina y las mejores condiciones de trabajo, en tanto el costo de la vida argentina sólo ha subido una mínima parte con respecto al resto de los demás países del mundo, puesto que ocupamos el tercer lugar de los menores costos en la actualidad.

Este país, que llegó a tener una deuda externa elevadísima, pagaba por servicios casi dos millones por día y hoy no debe nada al exterior. Su deuda interna, que era de diez mil millones, no ha sido aumentada sino en una pequeña parte. En cambio, el haber patrimonial del Estado se ha beneficiado con la compra de los ferrocarriles, los puertos, los teléfonos, las usinas, la flota mercante e innumerables obras y empresas que sobrepasan en mucho el monto de la deuda interna que estamos pagando y que fue contraída, como la externa, por los gobiernos que hoy añoran las personas de espíritu colonialista o anárquico.

¿Cuánto vale para el país la independencia económica que hemos conquistado? Es indudable que los que negociaban con el vasallaje del país se debían haber perjudicado personalmente; pero el Gobierno debe mirar para los beneficios del resto de los argentinos y por la dignidad de la Nación, y no por pugnar el desarrollo y el progreso de los malos argentinos que negocian con la libertad de su Patria.

Los comunistas y los opositores "*à outrance*" dicen que vamos a la ruina. Pero establecen un juicio de mala fe, porque saben que jamás estuvo tan seguro como hoy el porvenir económico de la Nación. Las estadísticas lo dicen claramente y no sabemos qué elementos de comparación tienen para tan aventurados como falsos y malévolos vaticinios. Hay más riqueza que nunca, hay más progreso que en todos los tiempos que ha conocido la Nación. De país deudor en el mercado internacional, hemos pasado a ser país acreedor. Nuestra moneda, que por el régimen legal debe tener un veinticinco por ciento de garantía, está respaldada actualmente tres veces más.

Como ejemplo, podemos comparar la posguerra actual con la guerra de 1914-1918, cuando en sólo pocos días los precios de cereales, lana, etc., de nuestra producción bajaron a límites ruinosos. El pan costaba un peso con veinte centavos el kilo, el azúcar un peso con cincuenta centavos y se compraba en las comisarías. La ropa y los alimentos estaban por las nubes y se pagaba la administración con dos, tres y seis meses de atraso; los salarios eran de hambre, y cuando los obreros salieron a la calle a pedir mayores salarios, arreglaron el asunto a balazos.

Hoy los precios alcanzan para nuestra producción valores superiores a cuanto hemos visto en el curso de nuestra historia económica, con la ventaja de que los precios del consumo interno no han experimentado la suba de la posguerra anterior.

El pan cuesta 35 centavos el kilogramo y el azúcar 45 centavos; la ropa y los alimentos no han alcanzado altos precios sino por la especulación que hoy se combate con eficacia. La prueba está que el consumo ha aumentado en el país en forma extraordinaria, pues sólo en pan se consume casi un millón de toneladas más, y no hay producción que aguante frente al consumo actual. La energía eléctrica del Gran Buenos Aires ha aumentado en un setenta por ciento. Nuestra cosecha se ha negociado por tres mil millones de pesos, y hoy se saca por ella casi tres veces esta cifra. Perdíamos en fletes seiscientos millones, en seguros y reaseguros trescientos millones y en servicios trescientos millones más; es decir, ahorraremos más de mil millones de pesos anuales por estos conceptos. Merced a todo ello, el Estado puede mantener los precios del pan, el azúcar, la leche, el aceite, y muchos otros artículos subvencionados para que el pobre pueda consumirlos sin desmedro de su limitado poder adquisitivo. Pero los malévolos opositores y los agitadores comunistas, aliados hoy como estuvieron aliados el 17 de octubre y el 24 de febrero, aprovechan los aparentes beneficios que el Estado obtiene para lanzar su veneno sectario, su odio enfermizo entre los agricultores y productores, ocultando la verdad y aprovechando la simpleza, cuando no la ignorancia, de algunos para atacar al país en lo más noble y en lo que será el remedio de todos los males que el presente del mundo padece en la producción. Algunos dicen que estamos mal; yo les pregunto: ¿Cuándo hemos estado mejor? ¿O es que se juzga la economía argentina porque en una época, y sólo por unos días, puede carecerse de papa o haya escasez de carbón en un mundo donde se carece de todo? ¿Cuál sería la situación nuestra si no hubiesen mediado las hábiles y prudentes medidas del Consejo Económico hoy y del Consejo Nacional de Posguerra ayer? La contestación no es necesaria que la enunciemos noso-

tros. Bastará que los argentinos observen lo que pasa en todos los países americanos y europeos, muchos de los cuales comen merced a lo que nosotros producimos y podemos enviarles.

Bastará también pensar que el único país que en la actualidad no está racionando ninguno de sus artículos es la Argentina.

No creo que pueda hacerse cargos al Gobierno porque algunos señores no puedan pasear en sus automóviles cuando el mundo atraviesa la mayor crisis de combustible líquido que conocen los países. En Estados Unidos, que elabora el ochenta por ciento de la nafta que consume el mundo, está racionada. La Argentina, que sólo produce el 47 por ciento de la nafta que consume, no puede tener la pretensión de gastar este mineral en forma discrecional. No obstante, pese a todas las dificultades, la carencia actual se ha de subsanar en poco tiempo más, y puede preverse que no faltará este combustible.

Sin embargo, no está demás denunciar que, en muchos casos, la carencia de artículos de primera necesidad se produce por el sabotaje de las fuerzas contrarias al orden. El caso de la papa, denunciado ya por los diarios, es un ejemplo. Los agitadores comunistas, que recorren las zonas agrícolas presionando y amenazando a los chacareros para que no siembren ni levanten las cosechas es otro ejemplo elocuente de una maniobra destinada a empobrecer al pueblo, formando el clima en que puedan prosperar las doctrinas destructivas de nuestra democracia y de nuestro régimen institucional.

La riqueza de una nación se funda en la inexistencia de su deuda externa; en su reserva de oro; en el valor de la moneda comparativamente a los de mejor cotización que, para nuestro caso, ha de ser el dólar; en el valor de su producción; en la compensación de cheques; en el volumen de las transacciones bursátiles; en el volumen de las quiebras; en la nacionalización de sus servicios; en los precios de los artículos esenciales en relación con el poder adquisitivo del dinero y con el nivel real de los salarios; en el bienestar existente y en el nivel de ocupación de las masas trabajadoras.

Si de los males públicos se culpa a la acción de los gobiernos, también habrá que atribuirles la bondad de la situación. Y si de los datos presentados resultase que, comparados con los niveles máximos y mínimos de los años transcurridos desde la Primera Guerra Mundial con los niveles actuales, estos fuesen más favorables, habría que concluir reconociendo:

- 1) Que es injustificada (por no emplear calificativo más grave) la campaña que en el orden de los problemas económicos se está siguiendo contra el Gobierno. Jamás se había hecho nada, y ahora existe una orientación clara y definida que la están copiando otros países.
- 2) Que es criminal (porque otro calificativo no cabe) la campaña que se está siguiendo en ciertos sectores para presentar a la Argentina como un país en quiebra, cuando la realidad es que su economía nunca ha estado más firme y más floreciente.

Aun a riesgo de repetir conceptos, permitidme que ofrezca los siguientes datos estadísticos.

Elemento esencial para apreciarla es el nivel de ocupación. Comparadas las cifras sobre la base del año 1943 con las actuales, nos da el siguiente resultado: año 1943, 100; año 1947, 114,4. El mínimo nivel de ocupación de que existen datos estadísticos corresponde al año 37, con un índice igual a 79,3 por ciento. Tomando también como base el año 1943, tenemos este resultado: Mínimo: año 1932, 74,9; máximo: año 1947, 156, 5 por ciento.

Aun cuando el estudio comparativo de estas cifras pudiera parecer desfavorable, la realidad es muy otra, porque el mayor costo (que obedece en gran parte a las consecuencias de la guerra) se encuentra sobradamente compensado con el aumento de los salarios y con el conjunto de los beneficios sociales obtenidos por los trabajadores, según se puede ver a continuación: año 1943, 100; año 1947, 173,1, lo que representa un aumento de 73,1 por ciento.

En el año 1932, el salario básico sólo alcanzaba un índice de 71.

Merced a la legislación social actual, no sólo las mejores sostenidas están representadas por el aumento de los salarios, sino que además perciben otras ventajas económicas que antes no tenían, que representan un porcentaje considerable sobre dicho salario por estar a cargo de los empleadores. Tales son: aguinaldo, 8,33 por ciento; ampliación ley despidos, 5,83 por ciento; jubilación (aporte patronal), 11 por ciento; vacaciones pagas, 5 por ciento; régimen de aprendizaje, 1 por ciento; fiestas nacionales pagadas, 1,77 por ciento. Total: 32, 83 por ciento.

Este aumento de porcentaje representa sobre el nivel actual de salarios (173,1) un aumento de 5,7 puntos que, adicionado al nivel mencionado, representan un costo de retribución del trabajo de 229,80 pesos por cada 100 pesos que se pagaba por obrero en 1943.

Estos beneficios son los que tienen un carácter general determinado casi siempre por preceptos legales. Pero existen otras ventajas derivadas de convenios colectivos, por los que se rigen la mayor parte de los establecimientos, como son: a) salario familiar; b) medio salario complementario en caso de accidente; c) salario por enfermedad común; d) indemnización por días de huelga.

Todos estos conceptos se estiman en más del cuatro por ciento, quedando todavía subsistente hasta fin de año la indemnización doble por despido, que representa un plus de más del cinco por ciento.

Si hiciese falsa otra prueba de la mejor situación actual de la clase obrera, podría encontrarse incluso un dato negativo, cual es que la producción media del obrero ha descendido del cien por ciento, en 1943, al 89,2, que se registra en la actualidad.

El factor principal, puesto que existen otros de tipo político, en esta merma del rendimiento de trabajo está representado por los crecidos salarios que permiten al trabajador disminuir el ritmo de su proporción sin que se resientan sus posibilidades de vida. Cuando señalamos esa realidad como prueba del bienestar económico del proletariado, no dejamos de advertir la necesidad de poner un correctivo a la situación como medio de proteger el interés colectivo de la Nación.

Desde el año 1943, el total de la deuda repatriada alcanza 1.342,2 millones de pesos moneda nacional, de los cuales 347 millones en el curso del año actual.

No sólo la actividad financiera del Gobierno se ha encaminado a reducir la deuda exterior, sino que se ha cuidado de aumentar la riqueza nacional, adquiriendo en el exterior empresas de capital extranjero radicadas en nuestro suelo por valor de más de 3.038 millones de pesos monedas nacional en teléfonos, ferrocarriles, puertos, aguas corrientes, gas y otros servicios.

En el año 1938, sólo existían reservas por valor de 1.295,8 millones, llegando a septiembre de 1946 a 6.007 millones y en la actualidad (junio de 1947) se mantenían en 4.709 millones, no obstante haberse atendido las repatriaciones de deuda y aparte de los servicios adquiridos que antes hemos señalado.

Desde el final de la guerra de 1918, la cotización del dólar ofrece el siguiente cuadro: máxima en 1940: 460,33; mínima en 1919: 224,56; actual, 1947: 410,5.

Como se ve, desde el año 1940 a la fecha, la moneda argentina ha aumentado considerablemente de valor con relación al dólar; y si bien es cierto que la situación comparativa fue más favorable para nuestro país en 1919, ello fue debido a las causas que se produjeron en Estados Unidos y que son sobradamente conocidas.

Durante los últimos años, el máximo valor de la producción alcanzó a veintidós mil millones de pesos moneda nacional y la mínima, en el año 1935, a 7.155 millones. La estimación actual, en los seis primeros meses del año 1947, alcanza a trece mil millones; o sea, probablemente en doce meses, a veintiséis mil millones, lo que equivale a cinco mil millones más que en el mejor año. Lo elocuente de la cifra excusa todo comentario.

Recuerden los viejos dirigentes obreros los tiempos en que los que nos critican gobernaban y legislaban: para obtener diez centavos de aumento en el mísero salario era menester luchar diez años y los conflictos terminaban con unos cuantos tiros y muchos dolores para los hogares proletarios. ¿Quién hablaba entonces de los derechos del trabajador? El único derecho que el trabajador tenía era el de sacrificarse y luchar sin esperanzas.

Pensemos ahora en lo que ha ocurrido desde la creación de la Secretaría de Trabajo. No creo que sea necesario recordarle al pueblo, ni menos a los trabajadores, cuánto se ha hecho y cuál es el orden de las conquistas que se han asignado al proletariado argentino: ellos mejor que nadie las conocen y las están viviendo.

La formación de una conciencia social, la elevación de la cultura, la dignificación del trabajo y la humanización del capital operado en nuestro país, sumados a los salarios, condiciones de trabajo y previsión, nos ponen a la cabeza de los países del mundo y del progreso social de las naciones. En esto también, de nación deudora hemos pasado a ser nación acreedora. Ello ha irritado a algunos explotadores incomprensivos e inconscientes y ha exacerbado a los comunistas. Ambos trabajan por la misma causa: la ruina y la explotación del pueblo. Los primeros por la explotación material que les dicta su egoísmo y su avaricia. Los segundos porque su credo sólo prolifera en ese medio: la miseria de las masas. Por eso, aliados, trabajan con finalidades distintas, pasiones similares e idénticos medios. Los explotadores materiales usan el comercio para el logro de sus fines y mediante la especulación desmedida y fría, dulcificada en el engaño, en la propaganda hábil y falaz y en el disimulo artero, tratan de obtener un beneficio propio más de lo que en justicia les corresponde. Tienen por lo menos el escrúpulo de lastimar la conciencia ajena.

En cambio, el comunista considera la conciencia como un prejuicio burgués. Para él, el fin justifica los medios. Si el hambre y la miseria de las masas es el caldo de cultivo que necesita, trata de obtenerlo sabotando la producción y destruyendo la riqueza. Si no lo consigue, trata de convencer a la masas que están mal pagas y sacrificadas, y mienten tanto como sea necesario para convencer a los incautos de que cada uno puede obtener un palacio y vivir con gran lujo sin trabajar y sin sacrificarse.

Si las masas son peronistas, tratan de infiltrarse en ellas y escuchar allí el sabotaje sistemático contra las masas mismas. Con ello obtienen dos objetivos: uno indirecto, llevando la disconformidad y el conflicto; otro directo, empobreciéndolas mediante la destrucción de los valores y riquezas que todo conflicto implica.

Ellos a grito de "Viva Perón" y "siendo más peronistas" que nadie, se introducen en el peronismo y en los gremios y, desde adentro, anarquizan, desorganizan, disocian y descomponen los gremios hasta hacerlos débiles y postrarlos a los pueblos explotadores para ponerlos al servicio de las ideas, intereses y jefes extranjeros.

¿Cómo podemos pensar que un comunista puede dirigir un gremio de buena fe? Ellos actúan con otra finalidad que la del gremialismo. ¿Cómo pueden defender nuestros intereses argentinos si sus intereses no están en la Argentina, sino en el extranjero, desde donde reciben órdenes? ¿Qué han de hacer los comunistas a las conquistas sociales de nuestra evolución, si sabemos que donde ellos imperen el trabajo se impondrá, no como a seres humanos, sino como a un materialismo inhumano y absoluto? Si sabemos que en el Edén con que ellos simulan soñar se trabaja diez y doce horas, se come lo que se puede, se vive en pocilgas y se destruye lo que consideramos más sagrado: la familia. Miran con desdén y luchan por imponer un materialismo terrorífico, materialista e inhumano. Ellos hablan de democracia y corresponden a la más terrible de las dictaduras, con checas, gestapos, policías políticas, destierros, cárceles y penas de muerte y muertes sin pena. ¿O es que los hombres son tan ignorantes y tienen tan mala memoria que olvidan todo eso?

Ha llegado la hora de que todo el que tenga algo que perder (y todos tenemos) piense que éste es un problema a resolver por todos y nadie puede sustraerse a hacer su parte. El que se desentienda, por egoísta, de hacer su parte es tan enemigo como el que trabaja en contra. La actividad culpable siempre del indeciso y del activo/inactivo es la base de todos los frac-

tos colectivos. En esta lucha nadie puede faltar, porque defendemos lo de todos: la Patria.

Faltar a esta cita de honor significa traición. Permanecer inactivo cuando los demás luchan es faltar a la cita. Defendemos no sólo lo nuestro, sino lo de nuestros hijos y lo de los hijos de nuestros hijos argentinos.

“Que cada uno sea artífice del destino común y ninguno instrumento de la misión de nadie”, reza el aforismo peronista. Que cada ciudadano piense que en estos tiempos se está jugando el destino de la Nación y que no hay delito más infamante para el ciudadano que, cuando ello ocurre, el que no se juegue en uno de los bandos o se encuentre en los dos.

El 17 de octubre vuelve; como entonces, los comunistas, socialistas, políticos desplazados, oligarcas contumaces y explotadores sin conciencia alistan sus huestes para dar la batalla contra el pueblo, esta vez aliado con su Gobierno. Unidos y decididos, estemos tranquilos, porque de una alianza tal, irracional y espuria, no pueden salir sino decisiones también espurias. Nosotros les oponemos la verdad y la justicia, y venceremos. Como entonces, sólo se necesita fe y confianza. En los momentos actuales, lo que saca de quicio a nuestros adversarios es que nosotros hayamos, en un año y medio, llevado nuestro país a la mejor colocación y situación político-internacional de toda su historia.

Que hayamos logrado destacar a la Nación Argentina entre todas las naciones del mundo por la prudencia de sus juicios y la justicia de sus afirmaciones, y que hoy nos reconozcan en todas partes como un país que ha sabido salvar su dignidad sin petulancias, bravatas ni posturas descompuestas. Defender su soberanía con altura y dignidad; obtener su independencia económica sin choques ni fricciones irreparables; afirmar una revolución económico-social exitosa, sin interferencias extrañas ni violentas y sin derramar una gota de sangre; ligar su destino con dignidad y altura a las demás naciones del continente, sin claudicar principios y sin olvidar tradiciones; ayudar económicamente al mundo, sin convertir la ayuda en limosna; enunciar principios y finalidades pacifistas, sin claudicar de los principios de la nacionalidad y ni de la altivez de la Patria; despertar en el mundo el interés por nuestra República y sus cosas; hacerla conocer iniciando una nueva era de comprensión de nuestras inquietudes e iniciativas, “dejando algunas veces de ser yunques para ser martillos”.

¿Cómo han de perdonarnos los diplomáticos internacionales que anduvieron siempre con el paso cambiado, cuando no al azar de la comparsa, cansados y sudorosos de correr tras ella sin alcanzarla?

Menos han de perdonarnos aquellos que hicieron causa y mesa común con quien nos humilló y escarneció con una leyenda negra que jamás olvidará el pueblo argentino. Menos aún han de perdonarnos aquellos que imploraron a una nación extranjera una intervención armada a la Patria para salvar quizá sus intereses o satisfacer su deseo impudico.

La superación magnífica de la situación política internacional, obra paciente de aciertos y prudencias, rinde sus frutos actuales, cuando los argentinos tienen frente al mundo una Patria libre, digna, justa, soberana, independiente de todo poder extraño de la tierra. Nuestro concepto elevado debe ser hoy, frente al mundo, una conducta honrada que en las naciones como en los hombres es el mejor camino a la consideración de los demás y a la dignidad ante la propia conciencia.

Nuestro país es uno de los más ricos y prósperos del mundo. Porque tenemos esas grandes riquezas y ese porvenir grandioso, no necesitaremos jamás recurrir a una economía restringida. La liberalidad de nuestro sistema económico se evidencia en las resoluciones del Banco Central, garantizando a los capitales que se incorporen su salida, más los intereses que les correspondan, según el plazo de permanencia.

Con ello el concepto y las relaciones internacionales han mejorado y mejorarán aún más. Los países no tienen amigos incommovibles, tienen intereses permanentes.

Los amigos con intereses contrapuestos dejan pronto de ser amigos. La amistad afirmada en intereses paralelos se refuerza constantemente. Con los pueblos que queremos ser amigos tratamos de poner sus intereses paralelos con los nuestros, seguros de que el futuro ha de dar el fruto que buscamos.

La Argentina, como gran Nación, está dispuesta y pronta para ocupar el lugar y el puesto que le corresponde en América. No sólo para disfrutar, sino para luchar también, si es preciso, por la consecución de su propio destino al lado de las demás naciones hermanas del continente.

Que nuestro aporte no es despreciable puede apreciarlo el mundo en los momentos actuales, y en el futuro hemos de probar lo que vale la energía de un pueblo unido y decidido a conquistar su destino.

Cuarta jornada radial

23 de agosto de 1947

Pongo, hoy, término a esta serie de disertaciones radiales, cuya principal finalidad ha de ir encaminada a concretarlas en unas conclusiones que puedan servir de orientación o de consejo a quienes, amigos o enemigos, me han oído de buena fe y tengan puesta la mirada en la tranquilidad, en el bienestar y la grandeza de la Nación.

Quiero confesar con toda lealtad que al escribir lo que he leído he dejado brotar libremente mis ideas. De este modo, cuanto hayan perdido mis palabras en corrección habrán ganado en sinceridad. Cuando he hecho llamamientos a la concordia o, por lo menos, a la nobleza en los procedimientos combativos, he hablado con el corazón que pone ante todo el amor a nuestro tierra argentina; y he atacado, y en otras ocasiones con cierta violencia, pero puedo asegurar que ni me ha movido ninguna posición bastarda ni he tenido en cuenta los ataques a que me veo sometido constantemente por unos enemigos que en ese terreno personal nada me importan, pero que como Presidente de la Nación no puedo dejar de considerar en cuanto sus ataques, no por serlo, sino por la violencia que encierran y por la forma descomedida en que se producen puedan redundar en daño interior y exterior de la Patria.

En lo que se refiere a este aspecto exterior, entiendo que no son dignos de la ciudadanía argentina quienes, sea cualquiera su posición respecto a mi Gobierno, se prestan a llevar sus rencillas y sus odios más allá de nuestras fronteras.

Los problemas argentinos debemos ventilarlos los argentinos, y no cabría mayor humillación para los que así se consideran que repetir por segunda vez el lamentable episodio y la triste vejación a que sometieron aquellos sectores políticos que, para ver si conseguían un triunfo electoral, se echaron en brazos de un político foráneo. Ciertamente que en el error llevaron su merecido; y por eso, si en mis actos primara la ambición personal, les

dejaría incurrir nuevamente en el mismo o parecido yerro. Pero como mis actos se inspiran en la dignidad de la Nación y en el respeto a su soberanía, tengo el deseo de que todas nuestras diferencias internas cesen en el exterior, donde deberemos producir una sensación de unidad en la defensa de los intereses patrios. Posiblemente es ese sentimiento de la nacionalidad, que nada tiene que ver con el nacionalismo en el sentido totalitario que ahora se da a la palabra, lo que me ha hecho condenar con más energía a aquellos hombres y partidos políticos que reciben de afuera las instrucciones para tratar nuestros asuntos internos. Es obligación de limpia argentinidad reforzar los triunfos que en el terreno internacional ha conseguido la Argentina merced a las directivas de nuestra política exterior.

En lo interno, mi requerimiento no puede ir encaminado a obtener una unidad, que ni es factible ni probablemente resultaría beneficiosa. "De la discusión, nace la luz", dice un conocido y viejo proverbio castellano; de la lucha, podríamos nosotros añadir, nace la renovación y el progreso. Pero, bien entendido, que discutir no es injuriar, sino defender con altura ideas contrapuestas; y que luchar equivale a combatir con nobleza, pero no a asesinar a traición. No pido, pues, unidad de pensamiento, ni siquiera de aspiraciones. Mantenga cada cual las suyas, porque en el terreno doctrinario todas son respetables.

Mas me creo plenamente autorizado, en mi calidad de titular del Poder Ejecutivo, no ya a reclamar, sino a exigir corrección en el ataque. El espectáculo lamentable y vergonzoso de la difamación sistemática, de la injuria y del desacato, tiene que cesar de una vez por todas. Ensucian a la colectividad y denigran a quienes se valen de ellas. El Poder Ejecutivo tiene el propósito de velar incluso por la dignidad de los difamadores y anuncia desde este momento su propósito de recordarles la existencia, mediante su estricta aplicación, de un conjunto de normas legales que llevan el título de Código Penal. Si hasta el presente el Gobierno ha llevado su delicadeza al extremo de no hacer caso de tales procedimientos, desde hoy habrá de perseguirlos con serenidad, pero también con energía. En esta labor de la depuración de las costumbres políticas, estoy bien seguro de que los Tribunales de Justicia habrán de actuar con el necesario rigor de la aplicación de la ley, colaborando así a desterrar de nuestra Patria, que fue siempre modelo de hidalguía, unos modos incompatibles con la cultura y con la convivencia civilizada.

Fuera de eso, diga cada cual lo que quiera, pero no es libertad de expresión, constitucionalmente garantizada, lo que está en juego.

Aquellos opositores que actúan de buena fe, defendiendo sus convenimientos y señalando objetivamente los posibles errores de que ningún gobierno como ningún hombre está libre, merecerán nuestro reconocimiento y la gratitud de la Nación. Y aquellos que sin caer en el campo del delito tengan que acudir o quieran acudir a falsedades, engaños, subterfugios o sofismas, háganlo enhoramala, porque al pecado llevarán la penitencia. El pueblo, el sano pueblo argentino, las innumerables gentes que actúan en la vida sin prejuicios y sin pasiones mezquinas, les volverán la espalda con el desprecio que merecen los falsarios.

Y lo que queda dicho con respecto a la libertad de expresión resulta naturalmente aplicable a toda actuación política. Pero no parece excesivo emplazar a los opositores vedados o encubiertos del Gobierno para que procedan rectamente. La mayor crítica que cabe hacer a la actuación comunista es su táctica infiltratoria, su afán de aparentar lo que no son para engañar a las masas obreras, su disfraz de peronismo para actuar como dirigentes gremiales y llevar engañados a los obreros adonde éstos no tienen el propósito de ir. Lo que no se puede hacer es mezclarse en las organizaciones y sindicatos no comunistas para alentar reivindicaciones inoportunas, promover huelgas, fomentar el ausentismo, reducir la producción e implantar la indisciplina en el trabajo sin más fin que crear un clima de inquietud y de desconcierto que lleve, un día, a la necesidad de enfrentar a las masas trabajadoras con el Gobierno, rompiendo la compenetración en que se encuentran. Pero el propósito es demasiado claro y a él no se van a prestar los trabajadores ni el Gobierno.

Corresponde a los sindicatos tanto adoptar medidas encaminadas a descubrir y a erradicar a los dirigentes infiltrados, cuanto señalar a los trabajadores cuándo su reivindicación es beneficiosa y cuándo tiene ocultas intenciones. Así, por ejemplo, deben estar advertidos de que los aumentos excesivos en los salarios no van encaminados a favorecerles, sino a prolongar la carrera interminable entre las retribuciones y el costo de la vida. El Gobierno ha hecho, en materia social, la labor que es conocida y piensa proseguir en ella sin desmayo, pero con la prudencia necesaria para que no se desquicie el sistema económico y resulten los trabajadores las primeras víctimas de la desorganización.

Pero donde más quiero insistir es en el aspecto de la disciplina del trabajo y de los peligros de reducir la producción.

En el orden de la disciplina del trabajo, deben ser los mismos trabajadores y sus dirigentes auténticos los más interesados en mantenerla, porque sin ella se hace imposible la labor fructífera.

El Poder Ejecutivo se ha cuidado de evitar los abusos patronales contra los trabajadores, y éstos actúan hoy en un plano de dignidad y de equiparación de derechos como nunca tuvieron y como todavía no han alcanzado en los demás países. Precisamente esa defensa de los trabajadores frente a la vitalidad patronal es lo que ha motivado que una gran parte del capitalismo argentino se haya puesto en contra de mi persona y de mi Gobierno. Ha sido ese proceder, que constituye mi mayor orgullo, lo que me ha valido el título de demagogo, que si en lo social es ridículo, gramaticalmente resulta inadecuado porque no propongo un gobierno despótico de las multitudes ni de nadie.

Pero un gobierno que quiera ser fiel cumplidor de sus deberes ha de abordar los problemas desde un punto de equilibrio; y, por eso, así como no he admitido la explotación, ni siquiera la desconsideración de los empleadores hacia los empleados, tampoco debo permitir los excesos de éstos en cuanto puedan poner en peligro la economía nacional y el bienestar colectivo. La disciplina no es autoritarismo, sino sentimiento de la propia responsabilidad. No se trata de quién es más ni de quién es menos, ni tampoco de quién manda ni de quién obedece, sino de que cada cual ocupe en el trabajo el lugar que por su competencia y por sus funciones le corresponda. Una vez situados en el lugar correspondiente, debe cada cual poner toda su voluntad y su empeño en conseguir que la labor resulte lo mayor y lo mejor que sea posible, con el convencimiento de que disminuir el rendimiento normal del trabajo envuelve una actitud criminal, porque no va en detrimento de los intereses del empresario, sino en perjuicio directo de la sociedad y de los mismos trabajadores que reducen intencionadamente su rendimiento. Deténganse los trabajadores en observar el panorama del mundo y podrán advertir que esa táctica de lucha, que no se da sólo en la Argentina, sino que tiene caracteres universales, está provocando en todas partes unas reacciones de las que puede resultar víctima toda la sociedad.

Es muy posible, o es seguro, que los dirigentes infiltrados a que antes me he referido han de pretender que los obreros se convenzan de que la indisciplina en el trabajo constituye un método lícito y eficaz en la lucha. Por mi parte, sólo quiero decir que el problema también se planteó en la Rusia soviética, y el Gobierno adoptó medidas de disciplina tan tremendamente coactivas contra los trabajadores que si aquí se llevasen a cabo en la décima parte no habría palabras suficientes para condenar a quienes las

implantasen. Sin embargo, nadie podrá decir con fundamento que los títulos gubernativos para la defensa de la economía soviética sean superiores a los que puedan alegarse para la defensa de la economía argentina. Sin llegar a tales extremos de rigor, he de ocuparme de restablecer las cosas a sus debidos límites, y estoy seguro de que he de encontrar, para tal labor, el apoyo entusiasta de las masas trabajadoras que me han secundado y que han inspirado lo más noble de mi actuación pública.

El otro aspecto del problema a que he aludido es el de la merma en la producción. La Argentina necesita en estos momentos no sólo mantener su nivel normal, sino incrementarlo como sea posible. Ello influirá en el menor costo de la vida y pondrá al alcance de las clases de menores ingresos muchos artículos de que hoy carecen por su escasez.

Por otra parte, no es posible que el Gobierno lleve adelante su política de industrialización del país si al mismo tiempo se sabotea, consciente o inconscientemente, la producción. Para que el juicio sobre esta materia sea justo, he de aclarar que no toda la culpa en la baja de la producción es imputable, ni siquiera principalmente imputable, a las masas trabajadoras. El elemento patronal tiene no poca responsabilidad en la misma. A ello la impulsan móviles económico-políticos y no pocas veces un afán especulativo, porque la escasez de producción le permite aumentar los precios y compensar con creces la baja producción. Lo que parece inconcebible es que los obreros se dejen engañar en la maniobra. La resistencia patronal es tanto mayor cuanto pretende ser una réplica de las medidas adoptadas por el Poder Ejecutivo para reprimir el agio y el encarecimiento de la vida. No necesito señalar que mi campaña en tal sentido no sólo no ha de decrecer, sino que ha de intensificarse en la medida que resulte necesaria.

Mas insisto en que el asunto ha de ser encarado también con relación a la posible resistencia de los trabajadores; y ello no sólo por las repercusiones políticas y por las intenciones ocultas que antes he señalado, sino por los fundamentos económicos de que también he hecho mención. Sobre esta base, bueno será decir que si persiste la situación, el Gobierno tendrá que considerar la necesidad de realizar una adaptación de los salarios al costo de la vida, no ya para poner a nivel de éste los que se encuentran por debajo, sino para congelar los que se encuentran excesivamente por encima, ya que la realidad nos prueba que un excedente considerable del salario del trabajador en relación con sus gastos le permite el ausentismo o la disminución del ritmo de la producción. En consecuencia, habrá que otorgar primas de superproducción y disminución de la infraproducción.

Entiendo que para llegar a una solución de ese problema hay que empezar por establecer las siguientes premisas:

- a) Que en el momento actual los salarios han alcanzado niveles iguales o superiores a los del costo de la vida, aun cuando todavía quedan algunos por debajo de dichos costos.
- b) Que, en consecuencia, el poder adquisitivo del salario es superior al de antes de la guerra.
- c) Que en estos precisos momentos los precios de los artículos de alimentación, vestido y menaje se están reduciendo o, por lo menos, estabilizando.
- d) Que es indispensable aumentar la producción, tanto para satisfacer la demanda derivada del mayor poder adquisitivo del salario cuanto para obtener un mayor abaratamiento de la vida.
- e) Que no obstante la elevación de los salarios, la producción marca un ritmo decreciente.
- f) Que para evitar el proceso inflacionista se hace necesario adaptar los salarios al costo de la vida, estabilizando los que estén por encima de dicho costo y aumentando al nivel correspondiente los que se encuentren por debajo.

Como consecuencia de todo lo dicho, resultaría indispensable adoptar normas encaminadas a lo siguiente:

- 1) Estabilizar los precios a los niveles establecidos después de las disposiciones legales recientemente publicadas sobre la represión del agio y de la especulación.
- 2) Adaptar los salarios al costo de vida conforme al criterio expuesto.
- 3) Obligar a que los industriales comuniquen mensualmente al Poder Ejecutivo las cifras de ocupación, tiempo trabajado, salarios pagados, falta de asistencia al trabajo y producción actual con los antecedentes de la misma a partir del año 1942, inclusive.
- 4) Luego, aplicar sanciones cuando por circunstancias no justificables se haya decrecido la producción normal de un establecimiento. Esas sanciones podrían consistir en una reducción de los salarios y en una multa al patrón, calculada sobre el total de dichos salarios. Cada una de las partes podría eximirse de la sanción acreditando que la merma de la producción es debida exclusivamente a la otra. El importe de las reducciones y de las

multas iría a un fondo común destinado a pagar primas de producción.

Éstas son las conclusiones a que me han llevado los puntos de vista expuestos; pero todas ellas se pueden condensar en un anhelo que ha de surgir en lo más íntimo de nuestro ser, que signifique a la vez expresión de optimismo, grito de esperanza y renovación de amor a la Patria. Ese anhelo ha de reflejarse en el firme propósito, en la inquebrantable voluntad de seguir luchando por la consolidación de la independencia económica, ya obtenida, y por el aumento de la riqueza como medio de consolidar también y de ampliar la situación económica alcanzada en el país. "Producir, producir y producir" ha de ser nuestro lema, a fin de afirmar, mejorándola, la posición social de que actualmente disfrutaban las masas laboriosas. Y como procedimiento más eficaz para lograr tan elevados objetivos, es indispensable defender en todos los campos la realización del Plan de Gobierno.

Termino con lo dicho esta serie de disertaciones radiales y agradezco a quienes se han tomado la molestia de escucharme la atención que me han dedicado. Renuevo mi propósito de mantenerme en frecuente comunicación con el pueblo, porque es ése el camino más seguro para la mutua comprensión e inteligencia. De mis palabras, saque cada cual las deducciones y los juicios que crea conveniente. Si, en definitiva, ellas hubiesen servido para unimos en un afán común, el tiempo no habría sido perdido.

Conferencia de prensa del general Perón sobre su reciente visita a Bolivia

30 de octubre de 1947

Regreso de Yacuiba con el espíritu reconfortado. A lo largo de toda la ruta, he podido pulsar el sentimiento y el pensamiento del pueblo, sin distinción de categorías. Y él me ha prestado el estímulo que significa la cordialidad y el entusiasmo. Es indudable que ese sentimiento traduce una clara visión de los pobladores de esa extensa y rica zona argentina, que vieron en la ratificación del tratado entre ambos países el punto de partida de una política de mejoramiento económico que redundará en beneficio de ambos países y que contribuirá a la vez a consolidar las relaciones entre Argentina y Bolivia, unidas ya por vínculos históricos que no es necesario recordar.

Queda así demostrado que los pueblos, cuando se ven interpretados en sus aspiraciones, tienen una clara intuición para reprobear o aplaudir los actos de sus gobernantes, porque la masa trabajadora, por encima de fórmulas y textos, sabe buscar y encuentra la esencia de las determinaciones de sus gobernantes. Por eso me reconforta y me incita a seguir por el derrotero que me he trazado, la expresión de calor popular que he percibido. Este calor popular se ha hecho también extensivo a nuestro hermano, el presidente de Bolivia, en tierra argentina, del mismo modo que la he sentido yo en tierras bolivianas. Por ello, constituyó un símbolo de la hermandad que estrecha a las dos naciones la unión de mi nombre al del mandatario boliviano.

Para mencionar sólo algunos de los aspectos de mi viaje, quiero destacar la magnífica impresión que me he llevado con motivo de la visita que efectuamos al campamento petrolífero de Sanandita. He podido constatar, en la modernidad de la técnica que impera, en la eficacia de las instalaciones levantadas y en la empeñosa laboriosidad de los técnicos y obre-

ros de Bolivia, un índice de la potencialidad que puede desarrollar la república hermana.

Bolivia y Argentina, por medio del trabajo, cuya ratificación hemos firmado conjuntamente con el Presidente de Bolivia, Dr. Herzog, tendrán en este documento el instrumento que hará posible no sólo la adecuada contemplación de ambas economías, sino la oportunidad de que el afianzamiento de esas relaciones económico-comerciales convierta en efectiva y duradera esa fraternidad que desde hace más de un siglo mantenemos sin alteración, porque nos une una raigambre de tradición heroica, pero que no se había materializado a través de una efectiva comunión de intereses y posibilidades económicas, que son, hoy, formas prácticas, reales, de concretar la armonía y cordialidad entre los pueblos. El tratado con Bolivia ratifica la orientación de nuestro país en materia de política económica. Queremos contribuir a crear, por medio del establecimiento de relaciones económicas y comerciales francas, claras y sin reservas mentales ni designios ocultos, esa democracia económica a la que aspiramos los pueblos de América, como complemento de la independencia política, para que ésta sea verdaderamente efectiva.

Estos principios ya tienen su basamento en la Declaración de la Independencia Económica formulada en Tucumán el 9 de julio, y los sucesivos actos de mi Gobierno, encaminados todos al logro de ese fin. Esto es, por otra parte, el mejor camino para afianzar la justicia social que constituye el objetivo central de mi programa de gobierno.

Quiero insistir en la necesidad de llegar a una efectiva cooperación económica entre los pueblos del mundo. En este aspecto, la Argentina está materializando sus propósitos. En el caso con Bolivia, he impartido las instrucciones necesarias para que sean sorteadas las pequeñas dificultades de carácter aduanero que frecuentemente se presentan al comercio chico que se desarrolla a lo largo de la línea fronteriza. Estas actividades están generalmente en manos de personas humildes, y al facilitarles su labor, se contribuye a mejorar su economía individual y a fomentar ese pequeño comercio. Estos aspectos contempla también el pensamiento del Presidente de la República hermana, Dr. Herzog, animado del mismo espíritu de justicia social, que constituye el anhelo y la aspiración de todos los pueblos del mundo.

Hasta aquí lo que puedo esbozar a grandes rasgos en cuanto al alcance inmediato de la ratificación del tratado. Quiero ahora destacar que me impresionó profundamente la franqueza del pensamiento del presidente Herzog.

Su clara visión de los problemas que afligen al mundo lo lleva a interpretar la hora con un sentido de la realidad poco común, aunque coincidente con la necesidad de arbitrar soluciones de tipo social como fundamento real para una paz duradera. Como observación de carácter personal, puedo afirmarles que el Presidente de Bolivia, a través de su indiscutible simpatía, se convirtió de inmediato en un verdadero amigo de las poblaciones argentinas que visitó conmigo; el pueblo, sin distinción de jerarquías, lo aclamó constantemente, viendo sin duda en el mandatario boliviano el intérprete de una fraternidad nunca desmentida.

Conferencia en la Liga por los Derechos del Trabajador

20 de noviembre de 1947

Debo advertir, antes de comenzar esta pequeña disertación, que no me he propuesto hacer una exposición académica sobre los derechos del trabajador. Los derechos del trabajador, en mi concepto, más que interpretarlos, se sienten o no se sienten. De manera que no es precisamente una disertación de tal carácter la que yo voy a hacer, sino que me propongo simplemente hablar sobre el tema exclusivamente de acuerdo a cómo lo siento yo, sin haber preparado absolutamente nada, porque creo que en esta forma les daré un pensamiento vívido de cuál es el origen de esos derechos, que hemos proclamado con anterioridad.

Nosotros establecimos, hace ya tiempo, señores, entre tantas otras cuestiones referidas a los derechos de los hombres que trabajan, una doctrina que es simple pero real y justa, extraída, como todo lo que ha de ser extraído para que sea real, de la verdadera realidad que el pueblo vive, no inspirada en otro sentimiento que el de interpretar esa realidad.

El éxito que nosotros hemos tenido en el campo político, en mi concepto, está basado, más que en ningún otro factor, en haber sabido interpretar una realidad que otros no veían; y considero que el error más grave que puede cometer un hombre político (aún cuando, como yo, no sea realmente un político) es no apreciar con claridad el panorama de los verdaderos problemas cuya solución encarará, hacia el Gobierno o desde el Gobierno, con beneplácito y acuerdo de la masa ciudadana que representa como opinión pública. Cuando un político no ve claramente el panorama, comete errores de tal naturaleza que poco a poco lo van desprestigiando, apartándolo de su verdadera posición y del prestigio necesario para que el Gobierno que ejerce tenga la autoridad popular que debe tener, ya que los gobiernos modernos que no gobiernan las masas populares, en realidad no gobiernan, aunque ellos crean lo contrario.

En este aspecto de la interpretación de las masas populares, nosotros tenemos una concepción tan vieja como nuestra posición: cuando nuestro pueblo —porque fue “nuestro” pueblo— luchó por obtener la independencia política del país y realizó el extraordinario esfuerzo y el cruento sacrificio de miles de vidas, que se ofrecieron para la supervivencia de nuestra Patria, esperó no el premio, pero sí una igualdad social, para que una vez obtenida esa libertad pudiera ser vivida con honor, con dignidad y con placer. Pero fue defraudado por nuestras clases dirigentes, y de ahí nació lo que yo llamo “el dolor de la tierra”. Los que se llamaron —y especialmente llamó Martín Fierro— “doctorcitos de la ciudad” escamotearon el triunfo de esas masas populares y las relegaron al “dolor de la tierra”, mientras ellos disfrutaban de los bienes y de la felicidad que la naturaleza había puesto en esta tierra para todos y no para una parte de la población.

También fue Martín Fierro quien dijo en aquella oportunidad a qué se debía eso. Decíamos que el ideal de la justicia que los hombres pueden asegurar es que seamos todos iguales ante la ley. Lo sostenemos y, a fuerza de sostenerlo sinceramente, nos hemos convencido de que ésa es ya la realidad, que es cierto, pero en realidad de verdad dista mucho de serlo. Pues decía Martín Fierro que la ley es como la telaraña: “El bicho grande la rompe y pasa y el chico queda prendido en ella.” Nuestras inmensas masas populares estaban en esa situación, con otro grave inconveniente: el de que nosotros, que teníamos la obligación de crearles, aun dentro de ese medio, un margen mejor de vida, nos habíamos despreocupado, indiferentes y egoístas, del problema de los que disfrutaban de una menor felicidad que nosotros. Es menester comenzar por reconocerlo para comenzar a ponerle remedio.

Nosotros pensamos que todo esto, que es una realidad que no hemos sabido modificar a lo largo de tantos años, solamente puede corregirse si reaccionamos contra esos errores, los que llevarán paulatinamente a nuestra Patria a una diferencia de clases que no debe existir en una tierra como la nuestra, tan bien dotada y tan abundante como para que, no dieciséis, sino ciento sesenta millones de hombres puedan vivir con dignidad y felicidad.

Señores: Al establecer los derechos del trabajador, nosotros hemos querido compensarle a nuestra clase popular su menor grado de felicidad y de dignidad en la vida. De dignidad real, sobre la cual no hay que hacerse ilusiones. Creamos, empíricamente, lo que pudimos crear en el momento oportuno: la Secretaría de Trabajo y Previsión. ¿Qué era la Secretaría de

Trabajo? Les diré cuál fue la verdadera concepción con que se creó, porque yo fui su creador y el inspirador de todas las obras que allí se realizaron. Veíamos a nuestra pobre gente empujada desde todos los lugares; iba a todas partes a pedir, y cuando lograba conseguir algo, salía amargada a pesar de haberlo conseguido. Veíamos al desgraciado que no tenía dónde recurrir, que debía afrontar mil situaciones que se le creaban: desde el agente de policía, que los sacaba del banco de la plaza, hasta quien lo recibía mal, aun para darle de comer o para ayudarlo. Era así vilipendiado por una sociedad —responsable de ese estado de cosas, al cual no había sabido poner remedio— que lo repelía en todos los medios donde tomara contacto con ella.

Si la sociedad somete al individuo al convencionalismo de sus leyes, —cuando él está de pie y puede obedecerlas—, cuando está en la desgracia tiene la obligación de hacerse cargo de ese hombre a quien ha sometido con ese convencionalismo legal. Éste, en el fondo, no es otra cosa que una costumbre hecha ley, que los hombres acostumbran a obedecer. Pensamos señores, que para poder igualar en la realidad eso que ha sido siempre una ficción —que somos los hombres iguales ante la ley— solamente podría existir un camino: dar al sector desheredado algunos derechos que puedan ser generalizados para todos, con un valor real y efectivo. Así nació la Secretaría de Trabajo y Previsión. Yo creé el organismo, llamé a todos los empleados, les hablé, los instruí, llamé hasta a los ordenanzas y les dije: “Vamos a hacer una casa donde el más desgraciado llegue y pueda mandar, porque alguna parte debe tener donde él mande; un organismo donde llegue un hombre a defender sus derechos que no se le han aceptado en ninguna parte y que allí se lo acepten o, por lo menos, se estudie su problema para solucionarlo.”

Es natural que entre la gente que entonces llegó a la Secretaría tuviéramos que aguantar muchas cosas, pero lo hacíamos con un alto espíritu de resignación; porque esos que nunca habían mandado, a quienes nunca se les había permitido siquiera tener un desplante con cualquier funcionario, algunas veces se excedían. Pero, señores, si es común excederse en tantas cosas, ¿por qué no habríamos de tolerar que esa pobre gente, que nunca se había excedido, lo hiciese ahora por primera vez? Con ese espíritu, la Secretaría pasó a ser la Casa de los Trabajadores y se comenzó a estructurar algo más racional y orgánico. Y es, precisamente, del espíritu de esa casa que han nacido los Derechos del Trabajador.

Estas ideas básicas, que han inspirado la política que hemos seguido desde entonces, es necesario llevarlas adelante si queremos realizar la ver-

dadera unidad nacional, haciendo desaparecer divisiones que no se justifican en el pueblo argentino, reaccionando contra ese mal ingénito nuestro de haber aceptado esas divisiones como fatalidades históricas. Los pueblos están sometidos a ciertas fatalidades históricas, pero éstas también se modifican mediante la contracción, la inteligencia y la abnegación de los mismos.

De esa primera concepción, simplista si se quiere, de los derechos del trabajador, pensamos nosotros que pudiera surgir una verdadera base para el nuevo derecho argentino, y en este sentido quisimos cristalizar en diez reglas, concretas y simples, la nueva base sobre la cual los juristas pudiesen desarrollar una verdadera doctrina que encuadrara los derechos reales, y no teóricos, de esta masa popular que nosotros, genéricamente, llamamos "de trabajadores", aunque muchos no se distinguen realmente por el trabajo.

Durante la marcha de la Revolución nosotros hemos encarado algunas reformas de trascendencia, dicho sea esto con respecto a algunas opiniones que creen que nuestro movimiento es un movimiento inorgánico y anárquico. Esas reformas van desde el campo social (primera base conquistada por la Revolución, que se fundó, precisamente, en una nueva concepción de la justicia social) a la conquista de la base económica (que nos ha producido tantas luchas y tantos sinsabores, como así también tantas satisfacciones) y luego a la toma de la base política, realizada por el favor del pueblo, al que procuramos interpretar. Siguiéron otras fases revolucionarias que dieron motivo, en cada caso, a una profunda transformación, mediante una serie de reformas que han de ser substanciales. Y entre todas esas reformas, creo que una de las más trascendentes, porque ha de ser consolidatoria de nuestra obra, es la reforma del derecho argentino.

Es inadmisibles que la República Argentina tenga su codificación desperdigada, ha más de un siglo, y que en estos momentos el Código de Comercios, por ejemplo, tenga todas sus disposiciones acordes con la navegación a vela, en momentos en que se habla ya de la navegación estratosférica. Aunque ese hecho, por sí solo, no justificará suficientemente la reforma de la justicia, nosotros, como argentinos, tendríamos la obligación de encararla para ponernos al día, suprimiendo todos los errores y defectos que han llevado al pueblo argentino a realizar más de veinte pequeñas y grandes revoluciones tras un objetivo que todavía no ha logrado la Nación.

La realización de la reforma, en lo que concierne a la legislación argentina, y especialmente en el aspecto de la justicia, es necesario que interprete el momento; dictar justicia para el momento y no para lo que pensaron, fueron y realizaron nuestros antepasados de la cuarta o quinta generación.

Los derechos del trabajador fijan solamente un aspecto o punto de partida para que el jurista apoye en él la moderna concepción de cómo se ha de legislar nuestro derecho al trabajo, para que esta concepción, netamente revolucionaria, se ponga en marcha y en ejecución tan pronto como ello sea posible.

Sabemos perfectamente que si esa reforma se redujera a los hombres, habríamos realizado sólo una parte de nuestro programa. Es necesario que ella llegue a los códigos y que llegue, además, a los organismos más representativos de la nacionalidad, como así también a su carta básica.

Los Derechos del Trabajador, creo yo, deben ser agregados, como se ha propuesto, a la Constitución del país, para que jamás puedan ser olvidados. Porque así como los derechos del hombre y del ciudadano han remediado algunos males y avances sobre la libertad de los hombres, en general, los del trabajador, que se circunscriben a la clase popular más protegida por la ley y por el Estado, equilibran el derecho a vivir con dignidad y felicidad e impiden la mayor gravitación de una parte de la población sobre el resto, que no puede llevar sino a la división de la sociedad y a la destrucción del orden interno de las naciones.

Es indudable que, como dice un viejo principio militar, la verdadera obra de arte nunca consiste en un plan: la verdadera obra de arte consiste en realizarlo. En ese sentido, señores, el año 1948 hemos de iniciarlo con lo que podríamos llamar la reforma del derecho argentino.

Cuando se producen movimientos que tienen la trascendencia del nuestro, la etapa no se consolida si los hombres de talento, de patriotismo y de virtud que existen en el país, además de los entendidos en las distintas materias, no se reúnen y se ponen seriamente a trabajar para que se concrete en un conjunto de reglas lo que sería la codificación rectora de las normas de conducta de los hombres, de las instituciones y de las leyes. Y eso es lo que aspiramos a realizar. Hemos de aislar el Ministerio de Justicia y lo hemos de dedicar exclusivamente al estudio de la codificación del nuevo derecho argentino, de fondo y de forma, para ponernos al día también en este aspecto. Para esa labor hemos de llamar a colaborar a todos los argentinos, piensen como piensen y sientan como sientan, porque

es menester llegar a una conclusión que sea aceptable para todos los sectores de la vida argentina.

Creo que nadie se ha de negar a una colaboración que representará, quizás, la más importante obra que cumplirá la Revolución. Con ello aspiramos a consolidar nuestro movimiento, en el tiempo y en el espacio, para que las futuras generaciones argentinas tengan algo que agradecer nuestro paso por la vida, ya que, en caso contrario, no justificaríamos la necesidad de haberla vivido y ni valdría la pena de haber pasado por ella.

La constitución de la Liga por los Derechos del Trabajador indica dos cosas fundamentales: primero, que esa declaración, sentida por un enorme sector de la actividad nacional, ha obtenido adeptos en toda la clase trabajadora; segundo, que llevará a todas las partes de nuestro país, y aun al exterior, esta nueva filosofía argentina que será la base, en mi concepto, para un mundo mejor.

A quienes quieran seguir esto no les está vedado el conocimiento de lo que aquí ocurre; y si lo siguen, tengo la intuición de que no ha de ser para mal de ningún pueblo, sea afecto o desafecto a nuestra manera de pensar. Los Derechos del Trabajador, difundidos, serán de un efecto extraordinario. Ya algunos organismos mundiales han podido apreciar, si quiera sea someramente, la profunda intención que estos derechos llevan en sí.

Realmente, he observado con alguna sorpresa cómo un Congreso de trabajadores opuso dificultades a la consideración de derechos que hacen a la esencia misma de la vida de la clase productora, mientras que se aceptan ellos por organismos internacionales que representan tipos de sociedad que se fundamentan en las más opuestas concepciones del derecho y de la economía.

Es que, señores, he recogido la experiencia de que esos congresos internacionales de trabajadores lo que menos tienen es, casualmente, esto último. Son hombres que no trabajan con la sinceridad y lealtad con que estamos trabajando nosotros. No trabajan, tampoco, por una causa superior, sino sirviendo intereses de pequeños grupos, ya que son dirigentes a sueldo de quienes los mandan al Congreso y jamás representantes de los obreros. No obstante, nosotros, para mucha gente, no defendemos a la clase trabajadora, sino que nos estamos sirviendo de ella y dirigiendo el movimiento sindical, aunque en un año y pocos meses hemos realizado todo lo que ellos han dejado de hacer en un siglo.

Señores: La formación de la Liga de los Derechos del Trabajador tiene un alto fin que cumplir: llevar a la conciencia de nuestro pueblo y a la conciencia de todos los demás pueblos la convicción de que hay una sola solución para terminar con la lucha de clases, la que ha de terminar con el mundo si no se termina con ella. Y esto se justifica en alto grado dadas las condiciones en que las masas trabajadoras viven hoy en el mundo.

No creo que esas formaciones que se llaman socialismo y comunismo respondan a otra causa que al denominado régimen capitalista de explotación. Los comunistas y socialistas no son ya ni siquiera causa, sino efecto, y cuando suprimamos la verdadera causa, que es el Estado capitalista con la explotación del hombre por el hombre, pasará poco tiempo para que no tengamos ni noticia de lo que han sido el comunismo y el socialismo. Véase, si no, el experimento a que nos hemos sometido nosotros mismos y que estamos realizando. Es indudable que tengo mis más enconados adversarios entre los socialistas, y el hecho se debe a que he realizado muchas cosas buenas que ellos sólo mencionaron durante casi cincuenta años. Es lógico, pues, que sean mis enemigos, porque no estuvieron leal y sinceramente con las ideas que sostuvieron. Por mi parte, no he hecho otra cosa que llevar a la práctica lo que ellos dijeron y no fueron capaces de realizar: ¡Si ni siquiera pensaron, muchos de ellos, que pudieran lograrlo!

Hay una diferencia más sustancial todavía, y es que nosotros hemos trabajado con lealtad y sinceridad para el pueblo y hemos actuado para conseguir el bien de la Nación. Ellos, a menudo, difundieron sus ideas sin fe, y aun cuando se propusieron llevarlas a la práctica, no fue en provecho de toda la Nación, sino en beneficio propio. Esto explica por qué triunfamos nosotros y por qué fracasaron ellos.

La Liga por los Derechos del Trabajador cumplirá con esa hermosa función: actuar con la lealtad y sinceridad que no se conocieron antes en nuestro país, para promover un movimiento que tiende a suprimir la lucha entre los hombres y a ligarlos en sus intereses, en sus virtudes y en sus objetivos. ¿Por qué digo "ligarlos en sus intereses"? Porque en esta clase de movimientos es menester, antes que nada, ser objetivo, ser realista—como dicen otros—, o sea, encarar los hechos por su finalidad y con un profundo conocimiento de lo que es el hombre. Los hombres, como las naciones, no tienen amigos permanentes, sino intereses permanentes. Cuando entre dos amigos se contraponen sus intereses, tardan poco en ser enemigos. Y cuando a dos enemigos se les ofrecen intereses paralelos, tardan poco en ser amigos. Esto es lo que la vida enseña. Lo que nosotros buscamos es poner en paralelismo los intereses de todos los argentinos,

para que todos empujen en la misma dirección y con la misma intensidad. Si esta finalidad se logra, los procesos de lucha irán disminuyendo y los de colaboración y cooperación irán aumentando. Y así llegará, Dios mediante, un hermoso momento para la vida argentina en que sus dieciséis millones de almas, sin distingos de banderías, partidos o ideologías, trabajarán por el país en cualquier tiempo, con cualquier ideología y en cualquier partido en que se encuentren.

La Liga por los Derechos del Trabajador es también una bandera de la doctrina que ha de crearse en base a estos diez verdaderos mandamientos que permitirán, con el tiempo, una mayor colaboración y cooperación entre los que conciben y los que ejecutan en nuestra tierra. Esos principios han de ser difundidos con verdad y sinceridad, sin las deformaciones a que estamos acostumbrados a recurrir cuando no nos conviene o nos conviene demasiado una cosa; sin buscar interpretaciones capciosas o torcidas, sino así, simples y reales, como ellos son si se presentan en una escueta enunciación que permita interpretarlos sin otra intención que el deseo de aplicarlos rectamente. Cuando esos derechos, conocidos y practicados por los hombres y por el Estado, alcancen un alto grado de aplicación, los hombres que de ellos disfruten advertirán que a tales derechos, como sucede con otras cosas en la vida, corresponden deberes y obligaciones. Es necesario dar a nuestro pueblo, en primer término, los derechos, y fijarles después, las obligaciones, porque de lo contrario no podrán ser aceptadas de buen grado.

La acción que la Liga puede desarrollar, tecnificando esos principios, presentando el análisis de la síntesis que representa cada uno de los derechos del trabajador, haciéndolos conocer y practicar, ha de ser de un beneficio cuyas proyecciones todavía no podemos medir. Esos derechos le dan nombre a una institución; lanzados en todas direcciones, constituirán quizás una de las más grandes conquistas de nuestro movimiento.

Es conocida por antigua la técnica de desdoblamiento en las funciones para llevar a cabo movimientos de gran envergadura como es el nuestro. La técnica es simple y nace de un gran principio que establece la forma de lucha. Cuando se ataca frontalmente un objetivo, llega un momento en que los adversarios detienen su avance. En milicia acostumbramos a lanzar columnas colaterales que, desbordando, actúan sobre la retaguardia de nuestros adversarios para librar allí una lucha decisiva.

La Liga por los Derechos del Trabajador, en mi concepto, es la más extraordinaria y formidable columna colateral que lanzamos para que pe-

netre profundamente en todos los sectores en que estamos detenidos por la acción de los adversarios; tiende a caer sobre el flanco y la retaguardia y debilitar las posiciones contrarias, a efectos de que allí, donde no llega nuestro movimiento y nuestra doctrina, lleguen los hombres de esta asociación.

Con esta Liga y con la independencia económica de la Nación, hemos de formar las dos columnas más fuertes de sustentación de nuestro movimiento. Me toca a mí, con todo el pueblo argentino, defender la independencia económica. A ustedes les corresponde defender los Derechos del Trabajador con el enorme entusiasmo, la capacidad, la sinceridad y la lealtad que reconozco en todos los componentes de esta meritoria agrupación.

No desearía abundar en mayores consideraciones. Les he expresado cabalmente todo cuanto pienso. Consideren que soy también un componente de esta entidad; piensen que estoy al servicio de esta causa que yo vengo defendiendo desde hace tanto tiempo y que he de hacerme siempre presente en todas las decisiones que ustedes adopten y en todos los trabajos que realicen, porque así consolidaré la acción que ustedes desarrollen.

Finalmente, deseo que tengan todo el éxito que merecen, y solamente he de pedirles, para bien de esta asociación, muy pocas cosas. En primer término, les pido que mantengan un alto grado de tolerancia para con los compañeros y los adversarios. Solamente la comprensión y la tolerancia harán eficaz la acción de esta Liga. La lucha no es función de ustedes, sino la persuasión. Según tengo entendido, esta entidad se ha formado para convencer a los argentinos de la necesidad de una causa noble que ha de cumplirse. La función ha de ser, pues, de persuasión y no de lucha. Hay otros campos para batallar y desparramar la simiente que consideramos justa y noble. La persuasión ha de llegar a todas partes y todos los hombres, aun cuando fuera necesario recurrir a la resignación. Recordemos la famosa frase de Licurgo, cuando uno de sus más encarnizados enemigos le saltó un ojo de un bastonazo y él contestó al ataque con aquellas palabras tan hermosas: "Pega, pero escucha". Ésa es nuestra función: que peguen, pero que escuchen. La palabra y la persuasión son armas mucho más poderosas que un fusil o un garrote.

En segundo lugar, deseo pedirles que, juntamente con esa acción persuasiva y pacífica, constituyan una organización que sea siempre de orden y traten de incidir en la vida nacional buscando la paz y el amor entre los hombres, sin lo cual nada puede considerarse de un provecho superior para la Nación.

Además, quiero que esta asociación, que ha de servir tan eficazmente a nuestro movimiento, no permita que se filtre la política en sus filas, pues tan pronto ello sucediese, habría penetrado el germen de la disociación. Para que la obra de ustedes sea efectiva, deben actuar en lo intelectual y en lo moral como un bloque granítico, considerando que no hay nada mejor para un hombre de la Liga.

Por último, señores, agregaré que nuestro movimiento no es político, es un movimiento nacional. Por tal motivo, nunca hablo yo de "partido", porque no partimos de nada. Queremos incorporar a nuestro gran movimiento a todos los argentinos que quieran realizar lo mismo que nosotros, que sientan las mismas patrióticas inquietudes y que deseen llevar a nuestro pueblo por su verdadero rumbo, que había perdido, encaminándolo hacia los valores eternos y no hacia los circunstanciales, volviendo por el alma criolla que todos ponderamos y que todos tenemos que sentir profundamente, aunque a veces nos apartemos de ella. Esta doctrina netamente argentina, al unificarnos, nos ha de llevar a actuar con nobleza netamente argentina. En este movimiento debemos perdonar los agravios, olvidar las injurias, pasar por alto los errores y ayudar a los hombres a rectificarse para que se incorporen a nuestra lucha en aras de un objetivo superior.

Por ello, pase lo que pase, les pido que jamás se sectaricen, sino que se universalicen; que llamen a su seno a todos los hombres de buena voluntad, honrados y capaces, porque de la conjunción de hombres en diversas maneras de sentir y de pensar saldrá lo genuinamente criollo con sus verdaderos valores constructivos. La Liga será tanto más grande cuanto más tolerante sea con los demás, para que los demás sean también tolerantes con ella.

No me explicaría la constitución de un organismo de lucha en este momento en que todos nos hallamos empeñados en lograr la paz. Algunos hacen grandes diferencias entre la paz interna y la paz internacional, sin darse cuenta de que en los tiempos que corren la paz internacional se altera cuando no hay paz interna, y viceversa.

Señores: En este difícil momento que vive la humanidad, la Argentina es una ínsula relativamente tranquila en donde los hombres comienzan a olvidar y a no proferir injurias contra los demás hombres, salvo contadas pero no honrosas excepciones; en donde comenzamos a asociarnos para colaborar y para construir (entre nosotros, muchos de los que antes fueron nuestros adversarios), y donde tampoco escapa la agrupación de algunos ancianos que todavía quieren pelear, lo que califica verdaderamente este

movimiento de pacifista, ya que los que podemos pelear no queremos hacerlo, aunque los que no pueden tengan todavía deseos de seguir peleando.

Señores: Dentro de estas ideas, que son las que ustedes mismos han concretado para las bases de la asociación; dentro de esta concepción, que creemos no es equivocada, pues sigue una doctrina que ya es conocida por todos nosotros y que consideramos que es perfectamente adaptada a la realidad y a las necesidades argentinas, comienza a funcionar esta Liga que agrega un eslabón más a la cadena que nos encontramos empeñados en fabricar los argentinos, cadena de comprensión, de unión y de colaboración para formar una Argentina más grande y mejor, una Argentina donde todos veamos de una manera similar, apreciemos las cosas de igual modo y resolvamos, en comunión y en acuerdo, todos los problemas que presenta la vida nacional, sin embanderarnos en luchas estériles e inútiles. La lucha, por el contrario, ha de ser para construir; ésa es la verdadera lucha anhelada por los argentinos que pensamos todos los días, por lo menos una vez, en nuestra Patria.

Esta clase de lucha es la que iniciará la Liga por los Derechos del Trabajador. Yo felicito, como primer mandatario de la Nación, a cada uno de los ciudadanos que se encarga de la realización de esta magnífica obra. La veo ya difundida, a través del tiempo y de la distancia, sobre todo nuestro territorio, y aun saliendo al exterior y fundando filiales en todo el mundo para llevar al ánimo de los hombres de todas las regiones de la tierra una convicción fundamental: la de que, por sobre todas las cosas, hay algo que no debe olvidarse sin grave riesgo y que consiste en la necesidad de que aquellos que hayan alcanzado una mejor vida, un mejor estado material y una dignidad superior, se ocupen de ayudar, de dar la mano y de favorecer a los que no han tenido la fortuna de alcanzar ni esa virtud ni esa dignidad ni ese bienestar.

Con esto, señores, me despido de ustedes por el día de hoy, ya que viviré permanentemente ligado a esta institución; y al expresarles mis sinceros deseos por la prosperidad personal de cada uno de sus componentes, espero también que todos los años podamos reunirnos en este día para festejar los triunfos alcanzados por nuestra prédica y para poder decir: tenemos tantos más adherentes que se han sumado con sinceridad y con lealtad a esta obra de bien que sólo persigue el amor entre los hombres y la colaboración entre los argentinos.